



de

LESLIE CHARTERIS

EL SANTO  
HOMBRE AL

Lectulandia



Uno de los más fabulosos robos de la historia...

Vogel el pirata moderno, intenta rescatar por su cuenta un millón de libras esterlinas del fondo del océano. Y Simón Templar «El Santo», luchará audazmente contra el pirata.

Todo un mundo de pasión, de aventuras, de humanidad violenta. Otra extraordinaria aventura de Simón Templar.

**Lectulandia**

Leslie Charteris

**¡El santo, hombre al agua!**

**El Santo - 16**

ePub r1.0

Titivillus 29.05.2019

Título original: *Saint Overboard*  
Leslie Charteris, 1936  
Traducción: José María Cañas  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Capítulo I

# DE CÓMO FUE PERTURBADO EL SUEÑO DE SIMÓN TEMPLAR, Y DE LA CITA HECHA POR LORETTA PAGE

### I

**S**imón Templar despertó ante el grito, cuando la mayoría de los hombres probablemente se habrían desperezado desganados y continuado durmiendo. Fue lo bastante distante para eso, apagado por los múltiples velos de la blanca bruma del verano que arrojaba sus finas guedejas de niebla sobre los ojos de buey y llenaba la noche con fría humedad. Más bien le despertó el hábito de los años que el volumen real del sonido. Fue algo así como esa veloz respuesta a cualquier sonido que casi todos los animales de la jungla sienten aun en sueños, ese salto instantáneo a la plena conciencia de cada facultad aguzada como el filo de una navaja.

Despertó en el acto, sin ningún movimiento repentino o alteración alguna en el ritmo de su respiración. La única diferencia entre el sueño y el despertar estribó en que, apenas sus ojos estuvieron abiertos, su cerebro empezó a hurgar en el fondo de su memoria para saber si ese grito a medio oír no tenía una definición más precisa de su significado. El temor, el ansia y la sorpresa estaban allí, sin expresión articulada... Y luego oyó la voz de un arma, sus ecos repercutiendo en una sucesión de notas más vivas a través de la obscuridad húmeda; otro grito más débil, y un chapoteo...

Escurriose de entre las mantas y movió sus largas piernas por el costado de la litera con la agilidad natural y sin esfuerzo de un gran gato. Al avanzar por el angosto pasillo, la fría humedad de la niebla llegó a sus pulmones y acarició su piel momentáneamente a través de la delgada seda de su pijama, pero poseía el otro don animal de adaptarse inmediatamente a la temperatura.

Ese solo reflejo de estremecimiento corrió por él cuando sus pies descalzos tocaron la cubierta húmeda por la niebla. Luego se sintió laxo, e inclinándose un poco hacia delante con las manos apoyadas sobre la tabla superpuesta de la cabina posterior, trató de oír algo que explicase la extraña interrupción de su sueño.

De acuerdo con el calendario, debía haber luna llena; pero los bancos de niebla marina que habían flotado a eso de la medianoche, a causa de una de esas curiosas manifestaciones como de temperamento que a veces se producen sobre la costa norte de Francia en los comienzos del verano, había velado su luz hasta reducirla a un simple destello fantasmagórico que prestaba un tinte de iluminación gris a la nubosa oscuridad. Sobre el otro lado del estuario St. Malo se perdía por entero: hasta las luces de navegación del yate más cercano al suyo no arrojaban sino una fosforescencia en medio de la oscuridad. Sus propias luces proyectaban como una tenue y difusa aurora sobre las líneas marinas del *Corsair*, sin llegar más allá de lo que hubiera podido verse con un fósforo. No podía ver nada que le diera su explicación; pero sí podía escuchar, y sus oídos compartían esa indecible fijeza de todos sus sentidos.

Se mantuvo inmóvil, con las fosas nasales ligeramente dilatadas, casi como si quisiera atraer el aroma en su ayuda contra la niebla y pudiera olfatear la información en la humedad salobre de las sombras. Volvió a oír nuevamente el murmullo de las olas al golpear contra el casco y el débil resonar de la cadena del ancla al descender uno o dos eslabones mientras el yate se balanceaba con la marea. Oyó el crujido sibilante de una cuerda cuando el chinchorro sufrió una sacudida contra el costado de una embarcación amarrada dos andanadas más allá, y escuchó también el trepidar de un tren al rodar sobre los rieles un poco más allá de aquella franja de imperceptible luminosidad que era Dinard. El quejumbroso pitido de un barco avanzando hacia el puerto bastó para decirle su propia y clara historia. Luego percibió el murmullo de voces en alguna parte sobre el agua desde donde había llegado el grito, y se formó su propia imagen mental al oír ruido de tacones de zapato rozando contra la madera y el sonido de un remo al resbalar sobre su chumacera. Todas estas cosas se delinearon en su mente como formas de detalles de contrafondo sobre una placa fotográfica, pero ninguna de ellas tenía el tono exacto de lo que él estaba esperando.

Después oyó como un siseo etéreo de agua, una delgada lluvia de gotas cayendo desde una cabeza incautamente levantada en medio de las aguas aceitosas, y el roce de un movimiento tan rápido que apenas si llegó a

percibirse por encima del golpeteo del mar debajo de su propio casco. Pero lo oyó, y tuvo la certeza que era el ruido que había estado esperando.

Escuchó inclinando ligeramente la cabeza, con los oídos aguzados para una definición más precisa del sonido. Por encima de la niebla oyó el ruido del roce de un cabo deslizándose de su rollo y el repentino zumbido de un motor portátil al entrar en movimiento. Todo ello llegó a ser sintonizado en la fineza de su atención. Luego él lo cortó otra vez, tal como uno deja de sintonizar una estación que hace interferencia en un aparato ultrasensible de radio, y volvió a escuchar una vez más aquel sigiloso ruido sobre el agua, aquel ruido propio de un hábil nadador que estuviera intentando acercarse con rapidez, pero sin hacer ruido. Ahora lo oyó mucho más cercano. Avanzando directamente hacia él.

Pero Simón Templar no se movió todavía. Su inmovilidad tenía una tensión eléctrica, como la de un leopardo listo para dar el salto. Sea lo que fuere lo que estaba ocurriendo en la obscuridad, no era cuestión que le afectara, excepto en su papel de ciudadano con espíritu cívico... cosa que él distaba de poseer. Pero justamente por esa singular voluntad de mezclarse en asuntos que no le importaban era por lo que había llegado a poseer el *Corsair* y todos los otros signos exteriores de su ilimitada riqueza. También se debía a ello el que ciertas personas pensarán que era épicamente absurdo que él pudiese ser apodado con el calificativo de Santo. Únicamente por esa sublime e ilegal curiosidad, una variedad de gentes cuyos círculos iban desde los suburbios de París hasta los sitios elegantes de Broadway, desde las playas del Pacífico Sur hasta las oficinas más santificadas de Scotland Yard, no podían ver una razón justa por la cual él pudiese estar tomándose vacaciones de millonario en Dinard en lugar de estar cosiendo bolsas en la Prisión Larkstone o descansando en un tranquilo cementerio con el estómago lleno de balas. Pero las raíces de esa vigilancia sin igual eran muy hondas como para ser arrancadas, aun en el caso que él hubiese querido curarse; y allí, en medio del vaporoso crepúsculo, algo raro estaba ocurriendo. Era algo acerca de lo cual necesitaba saber más. Por eso continuó escuchando y pudo oír el zumbido de un motor portátil en medio de la bruma. El nadador iba acercándose más.

Fue entonces cuando pudo ver que era una mujer. Una ligera brisa movió caprichosamente las cortinas de niebla en el justo límite de su visión, y de pronto la vio en el nimbo de sus luces de navegación.

«¡Ella!»

Fue esa realización del sexo, supuesta antes que positivamente asegurada y mostrada por el vago contorno visible de sus facciones y la curva brillante

de un verde traje de baño, la que le produjo una sensación a flor de piel, una sensación intuitiva que pareció llegar a convertirse en una certidumbre amarga y profunda a la vez. De haber sido un hombre, él no habría perdido interés; pero hubiera tenido que recurrir a una media docena de teorías comunes para asimilar ese hecho final, con una sensible premonición de que la aventura no habría de prolongarse por mucho tiempo. Pero el hecho de una joven mujer que se deslizara nadando sigilosa y hábilmente en un mar cubierto por la niebla era algo que no podía ser asociado con gritos y disparos en la obscuridad y menos con una teoría prosaica. Por eso su pulso, que hasta el momento había estado latiendo firme y rítmico como el de un reloj, pareció activar mucho más sus pulsaciones. En alguna parte de ese ambiente nebuloso debía estar ocurriendo algo serio, y era inevitable que él «hundiera su cuchara» para ver de qué se trataba.

Se hallaba tan envuelto por la profunda sombra de la casilla de cubierta, que ella dio tres brazadas más hacia la embarcación antes de verlo. De improviso cesó de nadar y miró hacia arriba. Él casi pudo leer el salvaje pensamiento que bulló en la mente de ella respecto a que había caído en una trampa. Y luego, cuando se oyó el monótono zumbido del motor portátil y la lancha fue acercándose, él pudo ver en los ojos frenéticos de ella una mirada de ansiosa imploración, una llamada desesperada que bastó para colocar el último sello sobre su destino en la aventura.

Inclinose sobre la borda y la cogió por una muñeca. La primera revelación que ella tuvo de su enorme fuerza fue a través de la sorprendente facilidad con que la izó a bordo con sólo una mano. Sin decir una palabra, la empujó sobre el suelo de la cabina y desató una defensa de cabos que cayó al agua y repitió el débil chapoteo que ella había hecho al salir de la superficie.

En ese mismo momento la lancha a motor portátil emergió de entre la niebla y cesaron los escapes de su máquina. Dejando que la defensa de cabos volviera a quedar de nuevo al nivel del agua, de modo que no existiese duda en ninguna mente interesada acerca del origen de cualquier ruido oído desde ese lado, lo ajustó debajo del combés de su barco y lo amarró al poste del que habíase deslizado poco antes. La otra embarcación se deslizó bajo su propio impulso, y de pronto distinguió a sus ocupantes.

Eran tres. Dos vestían toscos jerseys de marinero y se hallaban sentados en los bancos de popa; uno de ellos teniendo el timón y el otro enrollando un largo cabo. El tercero de los ocupantes se hallaba sentado sobre uno de los travesaños delanteros, y cuando la embarcación se aproximó un poco más le vio ponerse de pie.



Simón Templar lo estudió con un interés que en ningún momento pareció más que casual. Desde su posición en el bote, su bien cortada chaqueta y blancos pantalones bastaban para hacer comprender que era el que mandaba al grupo. Un hombre alto, bien formado, con una mano descansando ociosa en el bolsillo de la chaqueta... un típico *yachtsman* adinerado, entregado a sus misteriosos asuntos. Y, sin embargo, para el Santo, que siempre había salido con vida de los sinuosos caminos y siniestros lugares en donde los hombres que tienen siempre una mano en un bolsillo lateral son un fenómeno que impone una inmediata vigilancia y estado de alerta, hubo algo en su bien medida impasibilidad al levantarse que pareció tocar a la noche con una nueva sensación de frío tintineante, que, no obstante, era una especie de éxtasis ilegal. Por un par de segundos, el Santo alcanzó a ver su cara cuando el bote se deslizaba a sotavento del *Corsair*, una cara alargada y tostada, con una gran nariz aguileña.

Un momento después, el rayo de una potente linterna brotó desde la mano libre del hombre, borrando su cara por detrás de su iluminación cegadora. Por un momento la luz bailó sobre la silueta erguida del Santo, y no dudó que en tal instante la sequedad de sus cabellos y su pijama había sido metódicamente anotada y reducida a su lugar aparente en el escenario de las cosas. La luz se movió después, iluminando los contornos de la embarcación de popa a proa. Se detuvo por otro instante en el nombre grabado sobre su costado, y continuó deslizándose por encima de las aguas circundantes.

—¿Han perdido alguna cosa? —preguntó Simón con genialidad; y el rayo de la luz se volvió nuevamente hacia él.

—No —contestó la voz. Una voz clara y desapasionada, desprovista casi de expresión—. ¿No ha visto usted a nadie nadando por aquí?

—Unos pocos peces desocupados —murmuró el Santo con tono afable—. ¿O acaso anda usted en busca del último nadador del Canal de la Mancha? Generalmente llegan a tocar la playa un poco más al Este, en dirección a Calais.

Hubo una pausa casi imperceptible antes que el hombre riera; pero incluso entonces, para los oídos anormalmente sensitivos del Santo, en su sonido no hubo nada que sonara a cosa de buen humor. Fue simplemente una eficiente adaptación a las circunstancias, una manera suave de escapar de una situación que se presentaba llena de interrogantes.

—No... nada por el estilo. Sólo se trata de que uno de nuestro grupo ha querido hacer una estúpida apuesta. Espero que haya regresado ya.

Y con eso, para Simón Templar se inició un misterio en medio de la noche, un misterio que le atrapó en sus redes. Porque la respuesta del hombre alto y de nariz aguileña implicaba una suposición de que él no había oído ninguno de los otros sonidos asociados con la nadadora; y, suponiéndolo así, había avanzado cuidadosamente con su extraña suavidad. Tuvo la certeza de que había tratado deliberadamente de desviarlo. Una natación en una noche de niebla, incluyendo un disparo de arma y la clase peculiar de grito que le había despertado, era algo que pertenecía a una especie de estúpidas apuestas ante las que aún no se había encontrado nunca; y no pudo por menos que sentirse afectado por el hecho de que el hombre hubiera cometido un error al referirse al sexo de la persona que buscaban.

Se mantuvo erguido, observando al grupo que se alejaba en medio de la niebla, el reflector en la mano del hombre de nariz aguileña abriéndose paso por entre la bruma hasta que se perdió de vista. Un momento después se volvió y, descendiendo por el pasillo hacia el salón, hizo girar la llave de la luz. Oyó a la joven tras de sí, pero antes de volverse para mirarla, corrió las cortinas de los ojos de buey.

## II

Ella habíase quitado el gorro verde y sus cabellos le caían sobre los hombros en un suave desorden de color castaño con algo de oro. Su roja boca parecía de la cualidad de las que triunfan incluso sobre el agua salada; y la tenue envoltura de su traje de baño no dejaba lugar a engañarse acerca de la perfección de sus formas delgadas y tostadas por el sol. Sus ojos grises miraban con un destello de malicia, sobriamente dominada en ese instante, y, sin embargo, tratando en forma incorregible de encontrar una expresión natural, que por un brevísimo instante produjo algo como de magia en la respiración de él.

—Una apuesta para estar esta noche en el agua, ¿verdad? —preguntó con frialdad.

—Más o menos.

El Santo abrió un cajón y sacó un par de toallas. Pensándolo mejor, cogió un albornoz que había colgado en un gancho y lo depositó también sobre la litera.

—¿Prefiere usted coñac o café caliente?

—Gracias —contestó ella, y el reflejo de malicia en sus ojos fue sólo aparente ahora, pues quedó oculto por una mirada más intensa—. Me parece que lo mejor será que regrese... a cobrar mi apuesta. Ha sido usted muy bueno... al comprender tan pronto... y... ayudarme.

Al hablar tendió una mano en un rápido gesto de amistad final, con una sonrisa que al Santo le pareció realmente cautivadora.

—¡Oh, sí! —exclamó, tomando la mano, pero no completó la acción soltándola inmediatamente como hubiera debido hacer. Puso un pie sobre la litera y apoyó el antebrazo sobre la rodilla. La serena luz de gozo que parpadeó en sus ojos azules fue de pronto alegre y perturbadora—. Desde luego, he oído algo acerca de una apuesta...

—Creo... creo que he sido bastante tonta —dijo ella, apartando su mano y con voz más firme y clara—. Estábamos hablando de lo fácil que sería escapar uno en una noche de niebla, y de ahí se me ha ocurrido decir que podría nadar hasta Dinard y regresar sin que ellos me hallasen. Casi estaban a punto de alcanzarme cuando usted me ha subido a bordo. No sé si eso estaba permitido en la apuesta, pero...

—¿Y el disparo de arma?

Las finas cejas de ella se arquearon por un instante.

—Eso ha sido parte de lo acordado. Estábamos simulando que yo había salido para robar el barco...

—¿Y los gritos?

—También eso ha sido parte de la cosa. Supongo que todo parecerá muy tonto...

El Santo sonrió. Sacó un cigarrillo de su paquete y lo golpeó.

—¡Oh, nada de eso! A mí me gustan juegos así. Ayudan a pasar las largas noches. ¿Quién ha hecho el disparo?

—El hombre que le ha hablado a usted desde el bote.

—Supongo que no habrá disparado intencionadamente. Puedo asegurar que el grito ha sido muy real —agregó Simón, cuya voz no expresaba otra cosa que gentil interés y aprobación; su sonrisa era algo engañosa. Luego se llevó el cigarrillo a la boca y extendió nuevamente la mano—. A propósito, es muy hermoso su adorno.

Del cinturón del traje de baño pendía una bolsita de goma de una especie rara que él logró tocar antes que ella hubiera podido impedirlo.

—No es nada más que un portacigarrillos impermeable y una caja de crema para la cara. ¿No ha visto usted ninguna cosa igual?

—No —contestó él, retirando con parsimonia el pie de la litera—. ¿Podría verlo?

El acento de su voz pareció perfectamente natural. Era como si estuvieran conversando sin mayor profundidad sobre la playa a plena luz del sol; pero ella retrocedió antes que él hubiese podido volver a tocar el estuche.

—Yo... yo creo que será mejor que regrese. Realmente los otros deben estar inquietos por mi ausencia.

Él asintió con la cabeza.

—Es posible que sí —confesó—. Pero no podrá volver nadando entre toda esta confusión de barcos. No se da cuenta del riesgo a que se expone. Apuesto uno contra cien que no sería capaz de dar con su barco, y resultaría una tarea ímproba estar nadando al azar con tanto frío. Yo la llevaré.

—¡Por favor, no se moleste usted! Ciertamente, el agua no está tan fría...

—Pero usted está muy cansada —repuso, y sus sonrientes ojos notaron el ligero temblor de sus carnes tostadas—. No es ninguna molestia.

Pasó por su lado con paso ligero, y estaba ya en el pasillo cuando ella le cogió por un brazo.

—¡Por favor! Además, la apuesta no...

—¡Al demonio con la apuesta, querida! Es usted demasiado joven y bonita como para que las aguas la arrastren rígida a la playa. Además, ha quebrado ya las reglas al subir a bordo. Yo la llevaré, y si le agrada podrá nadar un trecho.

—No iré con usted. ¡Por favor, no haga difíciles las cosas!

—Usted no se marchará sin mí.

Sentose en el pasillo, llenando el angosto espacio con sus anchos hombros. Ella se mordió el labio.

—Es muy amable de su parte —dijo vacilante—. Pero no puedo causarle mayores trastornos. No iré con usted.

—En ese caso tendrá que utilizar una de esas toallas y resolverse por el coñac... o el café —repuso el Santo con afabilidad—. Es cierto que puedo comprometerla un tanto, pero yo soy hombre de mente abierta. Y si esto va a ser un idilio, puedo empezar diciéndole que su boca es la más adorable que...

—¡No, no! ¡No le permitiré que me lleve remando allá!

—En ese caso debo entender que ha resuelto quedarse. Y si es así, ¿no sabe usted que es cosa inmoral que alguien tenga piernas como las tuyas? Al verlas bullen mis ideas maliciosas y...

—¡Por favor! —le interrumpió ella, con un acento de enojo en el tono y algo de fijeza en la mirada—. Ha sido usted muy bueno al ayudarme. ¡No lo

eche a perder todo ahora!

Simón Templar aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y se mantuvo callado.

Los ojos grises de ella se nublaron con un asomo de semiincrédulo temor que chocaba en forma absurda con el descuidado buen humor de la sonrisa de él. Luego, como si estuviera tratando de alejar esa ridícula idea, avanzó resuelta y trató de pasar por su lado.

Uno de los largos brazos del Santo se tendió entonces y el resto del pasillo quedó cerrado. Ella luchó contra el obstáculo con toda su fuerza de joven mujer; pero el brazo era inamovible como una barra de hierro. Presa de una repentina explosión de pánico salvaje, comenzó a golpearle en el pecho y los hombros, pero fue como si estuviera arremetiendo contra una goma endurecida. Él reía suavemente sin resentimiento; y ella tuvo la impresión de que su otra mano había estado explorando cuidadosamente la forma de la pequeña bolsa de goma de su cinturón mientras la lucha continuaba.

Retrocedió prestamente, mirándole con ojos fijos.

—Al subirla a bordo me ha parecido magnífica —murmuró él—. Y, sin embargo, no da usted la impresión de tener una vanidad a prueba de hierro.

Su respiración era ahora más veloz; y él sabía bien que no se debía al esfuerzo hecho.

—No sé de qué me está hablando. ¿Quiere dejarme partir?

—No.

Le agradaba su tenacidad. La expresión de malicia de sus ojos había desaparecido ya, trocándose en un destello de peligrosa exasperación.

—¿Ha pensado usted —preguntó lentamente— qué ocurriría si yo gritara?

—Supongo que no podría evitar usted ser hermosamente musical en sus gritos. Su voz es...

—¡Podría despertar a medio puerto!

Simón asintió, sin moverse de su posición estratégica en el pasillo.

—Parece que esta noche es muy ruidosa.

—Si no me deja irme inmediatamente...

Simón Templar extendió con abandono sus piernas y dejó escapar anillos de humo de sus labios.

—Hermana —dijo entonces—, ¿se ha detenido a pensar qué ocurriría si fuese yo quien gritara?

—¿Qué?

—Tenga en cuenta que éste no es su barco. Si yo hubiese invadido su barco, si fuese usted y no yo quien estuviera en pijama... bueno, me parece

que usted habría podido gritar más eficientemente. Pero hay una diferencia. Esta embarcación es mía, y es usted la que pisa terreno extraño. Sin duda no podría decir usted que la he raptado, porque entonces la gente se preguntaría por qué causa no ha gritado usted antes. Además, viste usted un traje de baño bien húmedo, lo que exigiría muchas explicaciones. No... lo único que la gente vería es que usted se ha invitado por sí misma. Y la hora avanza, pues son ya las tres y media de la mañana. Considerándolo con amplitud, no puedo dejar de sentir que usted tendría que contestar a muchas preguntas molestas acerca de cómo y por qué ha tardado tanto tiempo en asustarse. Aparte de lo cual, estamos en un puerto francés, con autoridades francesas, y los franceses son gentes que comprenden maravillosamente los hechos de la vida. Soy una especie de hombre modesto —añadió astutamente el Santo—, y no le niego que mi modestia se ha visto un tanto ultrajada. Si hace usted otra tentativa para atacarme...

Los ojos grises de ella se clavaron en él como luces de hielo.

—No sabía que fuera usted un hombre de semejante especie.

—Ahora ya lo sabe. ¿Por qué no se aviene usted a razones, hermosa? Antes de marcharse, podríamos charlar un momento. Quiero saber por qué razón se aferra usted a la misma historia, y qué clase de apuesta es la que le ha inducido a vestir traje de baño y a llevar en el cinto una pistola.

Estaba hablando todavía, cuando la mano de ella se deslizó hacia el bolso impermeable; y él se encontró mirando al cañón de una diminuta automática que a pesar de su reducido tamaño podía ser bastante contundente si la disparaba a quemarropa.

—Tiene razón acerca del arma —dijo ella, con un nuevo tono de frialdad en la voz—. Ciertamente, los franceses comprenden maravillosamente los hechos de la vida... ¿no es así? Sus jurados son muy complacientes con una mujer que descerraja un tiro a su amante... ¿No le parece a usted que sería mucho mejor que cambiara de idea?

Simón meditó. Ella vio el perfil hermoso de su cara impecable, las líneas de indiferencia en la comisura de sus labios y las cejas contrayéndose por un instante en un gesto de cálculo, para volver a mirar luego con una expresión de indecible gozo.

—De todas maneras —murmuró—, reconozco que tiene usted temperamento. Quédese por esta noche y máteme después del desayuno. Si es así, no diré una palabra.

La serena audacia de sus palabras privó por un momento del habla a la bella nadadora. Por vez primera parpadearon sus ojos, y él pudo leer en ellos

algo así como un involuntario pesar.

—¡Por última vez...!

—¿Que yo la deje marchar?

—Sí.

—No.

—Lo siento.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo él con fineza—. La breve visión que he tenido hace un momento de Nariz Ganchuda, me da la impresión de que es un hombre enérgico. Me doy cuenta que usted tiene coraje, pero le advierto que estos juegos pueden ser peligrosos. Las cosas peligrosas y fuertes son las que me agradan, y me fastidia ser privado de una buena lucha.

—Me iré ahora mismo —dijo ella—. Eso es lo que haré. No crea que me da miedo hacer fuego, porque me hallo preparada para accidentes. Contaré hasta cinco para que se aparte del camino.

El Santo la miró por un segundo, y luego movió la cabeza.

—¡Oh, bueno! —exclamó filosóficamente—. Si eso le agrada...

Lentamente se puso de pie. Y al levantarse, su mano se proyectó hacia el techo y apagó la luz.

En el primer momento la obscuridad de la cabina fue completa, de forma que la nadadora dejó de ver hasta la silueta de él perfilándose en la abertura de arriba del pasillo. Y luego sus dedos se cerraron y apretaron sobre la muñeca de ella como un torniquete de acero. Ella luchó y tropezó contra la litera, cayendo sobre los blandos almohadones; pero él cayó con ella, y le sujetó la mano de tal modo que sus dedos carecieron de todo poder para presionar el gatillo al quitarle él la pistola. Más tarde, ella oyó su risa.

—Lo siento, chica.

Cuando cayeron los dos, los labios de él quedaron a una pulgada de los de ella. Inclino entonces la cabeza, y su boca le rozó los labios. Ella se debatió como una salvaje, pero el beso fue dado a pesar de todos sus esfuerzos; y un momento después se quedó repentinamente pasiva en sus brazos.

Simón se irguió y volvió a encender las luces.

### III

—Yo soy Loretta Page —dijo ella.

Se hallaba envuelta en la gran bata de baño de Simón, bebiendo una taza de café caliente y fumando uno de sus cigarrillos. El Santo estaba sentado

ante ella, con sus pies en alto y la cabeza un tanto echada sobre el mamparo divisorio.

—Un hermoso nombre —comentó.

—¿Cuál es el suyo?

—Tengo varios. Simón Templar es el único verdadero. Algunas personas me llaman el Santo.

Loretta le miró con una nueva intensidad.

—¿Por qué?

—Porque soy muy... muy respetable.

—He leído algo acerca de usted —dijo ella—. Pero jamás había oído tal cosa.

Él sonrió.

—Tal vez no sea la verdad.

—Un tal profesor Vargan... fue asesinado, ¿no es así? Y también sé algo respecto a una intentona para volar un tren real e iniciar una guerra que fracasó.

—Así lo creo.

—He sabido de una revolución en América del Sur en que usted tuvo algo que ver, y un complot para apoderarse de un cargamento de oro en lingotes, cosa que le salió bien. Luego supe que estuvieron buscándole en Alemania a causa de unas joyas de la corona. También he oído que hay cierto jefe inspector de Scotland Yard que vendería su alma para poder achacarle algo; y otro en Nueva York que piensa que es usted un gran tipo. He sabido que no hay delincuentes que no sientan helárseles la sangre al oír que cierto vigilante independiente anda por ahí...

—Loretta —la interrumpió el Santo—, me parece que usted sabe demasiado acerca de mis pecados.

—No tengo otro remedio —contestó ella—. Soy una detective.

La inmovilidad de la cara de Simón pareció tallada en bronce cuando su gesto de mofa desapareció. En esa sutil transformación ella atisbó el poder que le había convertido en lo que era.

Y luego se llevó otra vez el cigarrillo a la boca y le sonrió mirándola por entre la nube de humo, con sus ojos azules despiertos otra vez, y extendió sus dos muñecas juntas.

—Cuando fue arrestado el notorio pillastre dijo: «Jamás tuve ninguna oportunidad. Mis padres me abandonaron, y mis malas compañías me echaron a perder». ¿Dónde están las esposas?



Fue como si ella no lo hubiese oído. Se puso en pie de un salto, estirando los brazos de modo que las mangas de la bata de baño cayeron sobre sus muñecas.

—¡Oh, no!... ¡Es demasiado perfecto! ¡Estoy contenta! —exclamó, y la malicia volvió a sus ojos de nuevo—. Sé que me está diciendo la verdad. Solamente usted podía haber sido el Santo. Es capaz de actuar sin ayuda de nadie y hacerse dueño del mando de cualquier banda sólo con sus manos. ¿Por qué no me lo ha dicho al principio?

—Porque usted no me lo ha preguntado —contestó él con lógica—. Además, mi modestia me lo ha impedido. La amenaza de la publicidad me hace correr millas y millas. Cuando me ruborizo...

—¡Escuche!

Giró sobre sus talones y se tendió sobre la litera junto a él.

—Usted ha robado, ¿verdad?

—Con discreción.

—Lleva a cabo grandes empresas.

—Me apodero de elefantes y les retuerzo el pescuezo.

—¿No ha pensado nunca en robar millones?

—Con frecuencia —contestó el Santo, recostándose—. Una vez pensé asaltar el Banco de Inglaterra, pero me pareció que la cosa era muy fácil.

Ella se movió con impaciencia.

—Santo —dijo con ansiedad—, actualmente hay en marcha un complot que produce millones. Hace años que está funcionando. Y no me refiero a una de esas cosas viejas como contrabando de licores o raptos. Es un complot que se desarrolla en casi todo el mundo donde hay motivo y oportunidad para que funcione; y asesta su golpe donde no hay defensa. No podría decirle cuánto dinero ha producido desde que comenzó.

—Lo sé, querida —dijo él con gesto de simpatía—. Pero yo no puedo hacer nada al respecto. Es algo muy legal. Eso se llama «impuesto sobre la renta».

—¿Ha oído hablar del *Lutine*?

Él la observó con su mirada indecisa y no satisfecha, pero la ansiedad de su voz le impresionaba más de lo que podía confesar. Estaba descubriendo algo entre su belleza suave y su ansiedad como de fuego; algo que pertenecía por igual a la expresión risueña de sus ojos y al tono sobrio y persuasivo de su voz, y que, sin embargo, no era ninguna de esas cosas; algo que hacía posibles todas las contradicciones.

—Se hundió, ¿verdad? —preguntó al fin.

—En 1799... con oro a bordo por valor de un millón de libras esterlinas. Se han hecho muchas tentativas para rescatar la carga, pero hasta el momento el mar no ha entregado su secreto. La *Lutine Company* acarició una nueva idea: intentar la cosa por medio de una enorme campana que sería bajada sobre los restos. Un plan simple, y muy prometedor. La compañía recibió cartas advirtiéndoles que no siguieran con la idea, pero naturalmente ellos no hicieron caso.

—¿Y qué?

—Bueno, todavía no han puesto en práctica su procedimiento. Todo fracasó. Hubo una explosión en 1933... y la explosión no fue un accidente.

El Santo se levantó con lentitud. En ese sutil movimiento la bufonería escapó de él como si hubiese sido su bata de baño. Sintió en su espina dorsal algo como un roce de plumas heladas... un instinto, una extraña clarividencia nacida de muchos años de inspirado filibusterismo.

—¿Es ésa toda la historia? —preguntó, sabiendo que no lo era.

Ella movió la cabeza.

—No. Ocurrió algo más en el mismo año. Un barco americano de salvamento, el *Salvador*, partió a buscar los restos de un naufragio frente a Cabo Charles. Se trataba del *Mérida*, hundido en 1911 llevando las joyas del emperador Maximiliano. Otro cargamento de un millón de libras. Nada pudieron hallar. Y yo no creo que los peces se coman las joyas.

—Recuerdo los fuegos artificiales de Terschelling Island... el *Lutine*. Pero aquello fue otra cosa.

—No se trata de la única. Dos años antes de eso, otra compañía de salvamento trabajó sobre el *Turbantia* como con un peine fino. El barco fue torpedeado cerca del barco-faro *Maars*, en 1916, y llevaba como carga preciosa lingotes de oro alemán por valor de cincuenta mil libras esterlinas... La compañía de salvamento sabía en qué parte debía ir a buscar. Pero no hallaron nada... Fue un trabajo pequeño. Pero en 1928 la *Sorina Company* hizo una búsqueda oficial de una colección de diamantes sin tallar y otras piedras valoradas en más de un millón y cuarto de esterlinas, que se encontraban a bordo del *Elizabethville* cuando otro submarino germano lo atacó en ruta desde África del Sur, durante la guerra. Bueno, hallaron una cantidad de municiones en la cámara blindada y treinta chelines en la caja fuerte; lo que no resultó un gran dividendo.

—¿Y esto ha estado sucediendo durante años?

—Ignoro por cuánto tiempo. Pero considere esos tres trabajos. Ascenden a más de un millón de libras por cada vez. Dejemos de lado todas las otras

búsquedas oficiales que se efectúan ahora, y todos los demás millones que han podido ser rescatados antes que las compañías de salvamento pudieran intervenir. Dejemos todos los otros casos que todavía no han sido descubiertos. ¿No le dice nada todo eso?

Simón Templar se reclinó en el asiento y dejó que esa sensación de corriente eléctrica corriera por su espina dorsal y los pelos de la nuca se le pusieran de punta. Todo su cuerpo sentía el latido de la aventura exactamente en la misma forma que un instrumento sensiblemente sintonizado puede detectar sonidos no audibles para el oído humano. Y para él tales sonidos eran como una música.

En ese breve silencio tuvo una pintura vívida de las enormes profundidades del mar sobre cuyas aguas el *Corsair* deslizaba su poco tonelaje. Le pareció ver el batir de las tormentas y el surgir imponente de las rocas desnudas y la muerte merodeando entre lo invisible para dar a las aguas su tesoro. Vio las grandes profundidades verdes, los últimos sitios velados debajo de las espumas y la belleza como zafiro; vio las enormes formas de los cascos de acero hundidos en la quietud color jade, y las cuadernas carcomidas de los casi olvidados galeones emergiendo entre la maraña de algas. ¡Qué de misterios insondables debían hallarse debajo de esas aguas infinitas! Pensó en los barcos que el mar había reclamado en los últimos cien años. El *Almirante Florencia*, toda una casa tesoro de la Armada, en la Bahía de Tobermory con 2.000.000 de libras en barras y joyas. El barco de bandera rusa *Rurik*, hundido en la costa de Corea con dos millones y medio de carga en especias. Los sesenta y tres barcos de la Armada turca enviados al fondo de la bahía Navarino en 1827 con un total de 10.000.000 de libras entre todos. El *Chalfont Castle*, falto del timón y sus planchas abriéndose por la presión del agua en medio de una gran tormenta de ese mismo año, deslizándose luego casi destrozado al oeste de Alderney, para hundirse en veinte brazas de agua con oro en barras por valor de cinco millones de libras. Nombres y cifras extrañas que él oyera desinteresadamente de vez en cuando y que prácticamente olvidara, volvían ahora a su memoria. E imaginaba al fantástico barco pirata escurriéndose por entre la media luz de las auroras para dejar bajar sus buzos con sus hachas y herramientas de acero, los insospechados *gangsters* del mar que habían descubierto el más perfecto de los atracos y robos de todos los tiempos.

Él creía haber oído hablar de cada una de las diversas notas en el registro del crimen, pero jamás había llegado a imaginar nada como esto. El complot para estafar al Banco de Italia por medio de un millón de billetes

perfectamente genuinos de cien liras, por cuya participación en el hecho estaba autorizado a lucir el Collar de la Annunziata en el caso improbable de que alguna vez llegara a ejercer una función de Estado, no era sino una bagatela al lado de esto. El plan de *sir* Hugo Renway para actuar en las rutas de embarques de oro del Canal no era, en comparación, sino un pobre experimento. Y, con todo, él sabía que la hermosa joven que se hallaba sentada frente a él no estaba mintiendo ni divagando. Había arrojado ante él los hechos crudos y fríos, dejando que él hallara el eslabón que podía unirlos; y la sensación sobrenatural de sus nervios fue la que le dijo en qué parte estaba el eslabón.

Los ojos grises de Loretta estaban sobre él como lo habían estado cuando la vio por vez primera, cuando las luces arrancaban destellos de oro de sus cabellos castaños caídos sobre los hombros. En ese momento él había tenido una visión de los ojos negros y sin expresión del hombre de nariz ganchuda que se hallaba en el bote y le había mentido.

—¿Por qué? —preguntó, con una entonación diferente en su voz—. ¿Por qué no me ha dicho usted todo esto antes?

—He pensado que tal vez estaba usted demasiado ocupado.

—Ante eso, cualquier otra cosa puede esperar —dijo el Santo con plena convicción—. Excepto, quizá, el Banco de Inglaterra... ¿Y es eso lo que está investigando usted?

Loretta sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió en la colilla que él sostenía entre los dedos.

—Sí. Trabajo para la *Ingerbeck Agency*. Tenemos contrato con el *Lloyd's*, y nos ocupamos de atender muchos otros negocios de seguros. En donde nosotros trabajamos no hay fuerzas policíacas. Donde se hunde un barco, el naufragio se halla nominalmente bajo la protección del país que abarca esas aguas; pero si los aseguradores han pagado el total de las pérdidas, los derechos de salvamento pertenecen a ellos. Lo que por cierto no significa nada. Únicamente en los últimos cincuenta años, las compañías aseguradoras han pagado millones de libras sobre riesgos de esta clase. Claro que han confiado en que podrían recuperar mucho en los salvamentos, pero las cantidades que han rescatado le harían reír.

—¿De modo que siempre ha sido una pérdida?

—Ciertamente, no. Pero nosotros hemos sabido que existe una banda altamente organizada que se mueve en segundo plano y nos estafa anualmente por cantidades de seis cifras. Algo eficiente. Y, sin embargo, es fácil. El jefe

tiene a sus órdenes hombres hábiles, y el mejor equipo que se pueda adquirir con dinero. Hemos decidido dar con ellos.

—¿Usted?

—¡Oh, no! La empresa *Ingerbeck*. Hace cinco años que se dedican a ello. Algunos de sus hombres han avanzado mucho. Tres de ellos llegaron demasiado lejos... y no volvieron. Pero uno de los investigadores halló un rastro que conducía a alguna parte, entre cientos que no llevaban a ninguna; y el rastro ha sido seguido.

—¿Hasta aquí?

Loretta hizo un gesto de asentimiento.

—Pero hemos topado con una pared. Los hombres han podido llegar bastante lejos, pero ha habido un momento en que no les ha sido posible continuar. No han podido meterse en la organización. Dos de los que no volvieron más... lo intentaron. No podíamos exponernos a tomar medidas drásticas, porque carecemos de posición oficial, y tampoco poseíamos hechos concretos. Nada más que suposiciones. Pero pensamos que podía haber otro medio. La banda es mandada por un hombre muy capaz, y sin duda humano.

Simón contempló su gracia mientras se hallaba tendida sobre la litera con la exagerada bata de baño.

—Y usted es tan humana como él.

La forma de su cabeza era como de hada y la escultura de su cuello, que se confundía con el primer asomo de curvatura por entre las solapas de la bata de baño, era un modelo de cosa mágica que justificaría el crimen y la muerte repentina como intromisiones sin culpabilidad.

—No he tenido éxito... hasta ahora. Incluso he llegado a cenar con él. También hemos bailado en el Casino. Pero nunca me ha invitado a subir a su barco. Esta noche se me ha metido el diablo dentro, o algo parecido. He tratado de subir a bordo sin esperar a ser invitada.

—¿No ha supuesto que tendrían un centinela en cubierta?

—Sí. Pero he pensado que probablemente estaría dormido y que podría moverme con libertad —contestó—. Me ha atrapado, pero me ha dejado cuando he hecho un disparo junto a su oído... sin herirlo... Entonces me he lanzado al agua.

—¡Y de ahí el cuento que él ha inventado! —murmuró el Santo.

## IV

Simón Templar se puso de pie y arrojó la colilla del cigarrillo por el ojo de buey. Luego encendió otro. Las líneas de su cara denotaban una expresión de alivio cuando rascó un fósforo.

—No me ha dicho usted todo esto para pasar el tiempo, ¿verdad? —preguntó sonriendo.

—Se lo he dicho porque usted... es usted —contestó ella, mirándole directamente y sin la menor vacilación—. Yo no tengo autoridad. Pero le he visto a usted, y sé quién es. Se me ha ocurrido que acaso le interesara.

Se arregló con rapidez la bata de baño, volviendo la cabeza en busca de un cenicero.

—Tal vez me interese —dijo él suavemente—. ¿Dónde se aloja?

—En el «Hôtel De la Mer».

—Quisiera que se alojase aquí. Pero esta noche... me temo que pueda haber una posibilidad de que su amigo no haya quedado satisfecho con lo que yo le he dicho, y usted no puede exponerse a tal riesgo.

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente, y él le tendió una mano con una expresión de gozo en la cara.

—Ahora la llevaré en bote a su casa —dijo—. ¿O prefiere que tengamos otra discusión?

—No discutiré —respondió ella en el acto; y luego, con un ligero movimiento como de contrariedad, tomó la mano que él le tendía—. ¡Muchas gracias por la bebida... y por todo!

—Hay dos cosas de las que nada me ha dicho —observó Simón—. Una es el nombre de ese barco al que usted pretendía subir...

Antes de contestar, ella le miró fijamente por un momento.

—El *Falkenberg* —dijo.

—Y la otra es el nombre de su amigo... el que ha estado buscándola en la noche.

—Kurt Vogel.

—¡Muy de acuerdo ambas cosas! —repuso pensativamente el Santo—. Creo que le llamaré Pajarito cuando lo conozca mejor. Pero eso puede esperar... Quiero terminar antes mi sueño de belleza, y supongo que usted no ha comenzado todavía el suyo. Se me ocurre que si se halla luego en la playa, antes del almuerzo, podremos seguir charlando un poco más. Le agradezco su visita de ahora.

La niebla estaba convirtiéndose en una vaguedad de color gris-perla que se aclaraba con el alba cuando él la condujo a la playa en el bote; y cuando despertó después de haber dormido unas horas, veíanse óvalos de luz

amarillenta a través de los ojos de buey. Se desperezó como un gato, refrescó sus pulmones con el aire delicioso de la mañana y encendió un cigarrillo. Durante un cierto tiempo permaneció tendido en completo abandono, contemplando la cabina familiar como si se tratara de un nuevo descubrimiento. Allí había estado sentada ella, ahí estaba la taza y el vaso que ella usara, más allá la colilla de su cigarrillo aplastada en el cenicero. Sobre la alfombra podía verse todavía la mancha de humedad en donde ella estuviera parada con el agua chorreándole por sus piernas bien contorneadas. Le parecía estar viendo la masa de sus cabellos de oro, el cambio en la expresión de sus ojos, la exquisita forma de su cuerpo cuando la vio por vez primera como una ninfa esquiva con el genio del diablo; y experimentó un supremo contento que no se vio artísticamente recompensado ante la repentina aparición de una cara escondiéndose detrás de unos bigotes desaliñados enmarcándose en la puerta de comunicación con el pasillo.

—Buenos días, señor —dijo la cara, y el hombre se acercó cojeando para depositar a su lado un vaso con jugo de naranja—. El desayuno estará dentro de un minuto.

El Santo sonrió ligeramente y se irguió.

—Que sea dentro de dos minutos, Orace —dijo—. Esta noche he estado acompañado.

—Sí, señor —contestó el flemático Orace, recogiendo las tazas. Acto seguido se retiró al pasillo antes que Simón viera que había dejado un segundo vaso de jugo de naranja ostensiblemente colocado en el centro de la mesa.

La niebla, ante la fuerza del sol, había disminuido hasta no ser sino un ligero vapor sobre el horizonte; un cielo de un pálido azul transparente se mostraba en lo alto de un mar como de cristal. Simón salió a cubierta con una toalla sujeta en la cintura y se dejó caer directamente al agua, dejando atrás la toalla. Cortó a través del estuario en unas perfectas brazadas de *crawl*, volvióse luego y flotó de espaldas para aspirar y gozar el vigorizante deleite del agua fría al acariciar sus piernas desnudas. Pocos minutos más tarde emprendía el regreso al barco para saborear un desayuno de jamón con huevos sentado en una silla-tijera en la espaciosa cabina mientras el sol calentaba sus espaldas.

Todas estas cosas eran reales y estaban activadas por un idilio no buscado y aderezado con el vino del peligro. Incluso el privilegiado cinismo de Orace sólo sirvió como una piedra de toque para probar la realidad más bien que para destruir una ilusión. Era como en días no del todo lejanos. Encendió un

cigarrillo y observó las otras embarcaciones que se alcanzaban a ver desde su fondeadero. A la distancia de un largo de cable, en dirección a «Pointe de le Vicomté», avistó la blanca silueta de un «cruceiro» de motor, de un centenar de toneladas, y tuvo la impresión inmediata de que ése debía ser el barco, incluso antes de bajar al salón en busca de sus gemelos para leer su nombre en uno de los salvavidas: *Falkenberg*. Sus labios se plegaron en una semisonrisa que en verdad fue perfectamente santa.

El nombre del legendario aviador holandés era un perfecto bautismo para el barco pirata de aquel tipo de nariz ganchuda que decía llamarse Kurt Vogel. Usando siempre sus gemelos desde la prudente obscuridad del salón, observó los contornos de la casilla del timón y los perfiles perfectos de la superestructura sobresaliendo del agua, y no pudo por menos que decirse que tal embarcación debía poseer motores capaces de desarrollar una velocidad de treinta nudos. Hacia popa se notaba una curiosa proyección cuidadosamente cubierta con lona, y por el momento no pudo imaginar de qué se trataba.

Poco después asentaba su navaja y dejaba correr el agua en el lavabo. Estaba terminando de afeitarse cuando apareció su criado trayendo los platos del desayuno. Simón se acarició la cara rasurada y dijo:

—¡Orace! ¿Todavía tienes en tu poder esa especie de obús que una vez compraste creyendo que era una pistola?

—Sí, señor —contestó Orace sin ninguna emoción.

—Bien —repuso el Santo, y secando su navaja echose agua a la cara—. Será conveniente que saques también mi automática y la tengas lista.

—Sí, señor.

—Ponle un poco de aceite y un par de cargadores de repuesto. Engrasa bien los cartuchos... por si me veo obligado a nadar con esa arma.

—Sí, señor.

—Tal vez tengamos trabajo.

El bigote desaliñado de Orace se estremeció como un campo de maíz bajo la caricia de una brisa. Su cojera era un recuerdo de Zeebrugge Mole y los días de su actuación como sargento de las fuerzas de marinería de Su Majestad, pero es dudoso que incluso en aquellos días de discordia internacional hubiera oído tantas llamadas a las armas como las que oyera desde que se hallaba al servicio del Santo.

—¿Vuelve a estar usted nuevamente en dificultades? —preguntó con cierta fiereza.

El Santo rió por detrás de su toalla.



—No dificultades, Orace... sino diversión. No trataré de decirte lo hermosa que es ella, porque careces de alma. Pero sí te digo que salió del mar como una sirena y que inmediatamente me sentí renacer a la vida. Te agradecería que retiraras ese trozo de alfombra. Ella estuvo parada ahí, chorreando el agua y diciendo: «¿Me dejará marchar?». Y yo le dije simplemente: «¡No!». Nada más.

—¿Fue así, señor?

—Sacó una pistola y me apuntó.

—¿Y se marchó?

—Sacó una pistola. Oye, sacó un arma. Ten la mano así. Bien. Bueno, yo dije: «¡Ja, ja...!», así, con gesto siniestro. ¡Y apagué las luces! Salté sobre ella... la cogí por la muñeca... caímos sobre la litera...

—¡Cuidado, señor..., me está haciendo daño!

—Tú te callas. Ella quedó «aplastada» contra mí. Sus labios se hallaron a una pulgada de los míos. ¡Por el amor de Dios, aparta ese bigote! Sentí su aliento en mi cara. Me sentí abrasado por la pasión. La tomé en mis brazos... y... —Estampó un ruidoso beso en la horrorizada cara de su servidor—. Y le dije: «¿No le parece que Strindberg es *demasiado* dulce?». Ahora, vete y échate al mar.

Irguiéndose salió casi corriendo de la cabina, poniéndose la toalla alrededor del cuello, mientras Orace se quedaba mirándole con ojos enormes. Minutos después estaba de regreso, ajustándose el cinto de sus pantalones de nadar y guardando un paquete de cigarrillos y fósforos en el estuche metálico impermeable.

—A propósito —dijo—, creo que no tenemos bastante gasolina para el motor auxiliar. En cuanto hayas terminado con la limpieza, será mejor que vayas en el chinchorro a buscar un par de docenas de latas de petróleo. Busca también gasolina y encárgate de que haya bastantes provisiones y bebidas. En todo esto hay metido otro pájaro que es menos hermoso... un tal Kurt Vogel... y debemos estar listos para viajar.

Subiendo a cubierta miró en torno suyo. El sol caía de lleno sobre las villas blancas y las elevaciones verdes de atrás, cortando innumerables diamantes en la superficie del agua. El día se anunciaba hermoso. Las gentes estaban ya en movimiento en los otros yates de las cercanías. Un gramófono empezó a sonar en uno de ellos, y un fuerte chapoteo y un grito anunciaron a otro de los bañistas madrugadores. El *Falkenberg* se encontraba demasiado distante como para que él pudiese distinguir señales de vida a bordo: un par de marineros hacían limpieza, pero no se veía nada que se pareciera al

hombre de nariz ganchuda. Notó que además del bote con motor portátil se hallaba amarrada al costado otra pequeña lancha veloz, que no estaba allí cuando efectuó su primera inspección. Tenía el aire de ser parte del equipo del *Falkenberg*, y probablemente había estado en viaje a la costa y regresado mientras él estaba preparándose.

Al cabo de unos minutos se zambulló por el costado y nadó en torno de «Pointe du Moulinet» hacia la playa. Echó a andar a lo largo de la playa mientras el sol secaba su cuerpo, y luego eligió un lugar despejado para tenderse en la arena frente al Casino.

Durante su caminata no había visto a Loretta Page, pero estaba seguro de que llegaría. Tendido, gozaba ante la cálida caricia del sol, y estaba convencido de que los buenos dioses de la aventura habrían de encargarse de esto. La historia que ella le refiriera bullía ahora en su memoria, no en un torbellino confuso de ideas como en el momento en que la oyera, sino en un desfile lento, hecho por hecho, en una secuencia de fragmentos que se concatenaban lógicamente para formar un relato que era como para quitarle el aliento ante la magnitud de sus colosales complicaciones. Si el asunto se hallaba en una escala más grandiosa de todo cuanto pudiese haber soñado en sus más audaces y alocadas aventuras de piratería, se sentía dispuesto a correr el albur. Arrojó una nube de humo y pensó en el perfil de Kurt Vogel. Era como para golpearlo de firme.

—¡Hola, amigo!

Volvió la mirada y la vio ante sí. Vestía el mismo reducido traje de baño, con una bata que le sentaba mucho mejor que la que él le ofreciera la noche antes. Se llevó las manos a las caderas, dejando que sus largas y satinadas piernas recibieran la caricia del sol. Sus ojos grises miraban como con malicia.

Simón se apoyó sobre un codo.

—¡Hola, socia!

—¿Ha dormido usted bien?

—He visto fantasmas —contestó él con tono sepulcral—. Fantasmas de un lejano pasado que no podría alterarse. Se han levantado y han movido sus dedos huesudos sobre mí, diciéndome: «¡No eres digno de ella!». Entonces me he despertado y he prorrumpido en llanto.

Ella se quitó la bata y se sentó a su lado.

—¿Es que no hay ninguna esperanza?

—No, a menos que extienda usted su pequeña mano y me levante del abismo. ¿No podría hacerse cargo de la tarea de salvar a un alma perdida?

Claro que también usted podría perderse, pero eso no importaría. Así podríamos consolarnos uno al otro.

—Me estoy preguntando cómo es que la firma Ingerbeck no ha pensado en contratarle a usted.

El Santo sonrió.

—De haberlo hecho, me temo que yo no me hubiese mostrado muy resuelto a firmar en líneas de puntos. Además, no soy honesto. ¿No es cierto que usted trata de recuperar las cosas robadas para las compañías aseguradoras?

—Ésa es parte de la labor.

—Bueno, yo haré lo mismo, pero no para ninguna compañía de seguros.

—¿Ni siquiera con un diez por ciento de comisión?

—He trabajado antes sobre esa base, pero eso fue hace mucho tiempo. Mis gustos eran entonces más inocentes y simples que ahora.

—No es mala recompensa cuando están en juego millones de libras esterlinas —dijo ella con énfasis.

El Santo dejó oír un suspiro.

—Resulta muy tonto ser honesto. Nadie excepto usted podría hacer que ello fuera tolerable. Pero me doy cuenta de lo que quiere decir. Me hallo de vacaciones, y en alguna otra ocasión podré hacerme de millones. De todos modos, no olvide que es usted quien me ha metido en el asunto.

—No he tenido necesidad de hacerlo.

En su voz hubo un acento frío y resuelto, tan en contraste con la vacilante expresión de sus ojos, que él la miró fijamente por un momento antes de contestar. Mientras lo hacía, notó una sombra en torno de ellos, separándolos de todo el resto de las cosas ordinarias.

—Fue mi encanto —explicó por fin—. Sí, anoche usted no pudo resistirlo.

Ella movió la cabeza. El oro brillaba en sus cabellos, y sus labios modularon una sonrisa; pero la expresión de mofa de sus ojos tenía algo de seriedad.

—He querido decir que no tenía necesidad de perder la esperanza e ir apresuradamente en busca de medidas tan desesperadas.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó él, moviendo el brazo tostado y musculoso sobre el que se apoyaba de modo que su mano tocó la de ella.

Loretta le miró con fijeza, y la sombra que los envolvía no alcanzó a tocar su encantadora cara.

—Esta mañana he recibido una nota —dijo Loretta—. Ha sido entregada en el hotel antes que despertara. Se trata de una invitación para cenar con

Vogel a bordo del *Falkenberg*.

## Capítulo II

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR RECIBIÓ TAMBIÉN UNA INVITACIÓN, Y DE CÓMO UN PAR DE CALCETINES COLOR ROSA SE ELEVARON SOBRE EL HORIZONTE

### I

**U**n fornido caballero, con una visera de color verde sobre los ojos y un diminuto *short* colgado como por milagro de adhesión a la curva entrante de su abdomen, iba en camino del baño; una sílfide parisiense en un extravagante traje de baño que no dejaba para la imaginación nada más que pensar en su nacimiento, acomodó artísticamente sus blancas piernas debajo de un amplio quitasol y se dispuso a esperar que un grupo de estudiantes de arte se congregara en torno; dos chicuelos que disputaban la propiedad de un cubo se cambiaron palabras como para haber dejado azorados a un par de contrabandistas; pero éstos eran acontecimientos que hubieran podido estar ocurriendo también en otro planeta.

Simón recordaba la lancha veloz amarrada junto al *Falkenberg* y que antes no había visto allí.

—No habrá tenido usted la loca idea de aceptarla, ¿verdad? —preguntó mecánicamente.

—Era lo que estaba esperando.

—Lo sé, pero... ¿después de lo que pasó anoche?

Loretta encendió uno de los cigarrillos de él.

—Estoy segura de que no fui reconocida. El centinela se presentó por detrás de mí. Además, el sitio en que me hallaba estaba muy oscuro. Me

cogió por el cuello con su brazo. Entonces hice un disparo, me soltó y me zambullí en el acto.

—Pero él tuvo que darse cuenta de que era una mujer.

—No necesariamente. ¿No recuerda usted que Vogel dijo que andaban en busca de un hombre?

—Eso fue una mentira necesaria.

—Y muy estúpida... si lo fue. ¿En qué podía beneficiarle? Si usted había visto ya que se trataba de una mujer, al mentirle se exponía a hacerle pensar que estaba sucediendo algo extraño. En caso contrario, ¿qué podía importar?

—Quizá trató de tentarme a que sostuviera la mentira... en cuyo caso me habría obligado a traicionarme.

Ella encogió sus hombros.

—¿No le parece que está buscando usted dificultades? —preguntó.

—Es mi labor —contestó el Santo con naturalidad—. Ésa es una de las razones por las que no he muerto hace muchos años. Le diré algo más. ¿Y si Vogel no se sintiera muy tranquilo respecto a mí por lo de anoche?

—¿Qué quiere decir?

—Era una hora poco ordinaria para que alguien estuviera levantado y enredando con cuerdas. No imposible, pero poco normal. Y si ese Vogel es como creemos, es muy seguro que estará bien alerta al ponerse a revistar cosas poco usuales... como me pasa a mí. No pudo hacer muchos aspavientos, porque eso habría sido traicionarse si es que estaba equivocado. Pero bien pudo alejarse con el motor en marcha, parar luego la máquina, y regresar remando en silencio. Puede que no la viera a usted... probablemente no pudo oír lo que usted me decía... pero sí pudo saber que a bordo se encontraba una joven bañista.

—Lo que tampoco tiene nada de extraño —observó ella con lógica.

Simón Templar frunció el ceño.

—Olvida usted mi reputación. Con todo, tal vez a Vogel, dada su baja mente criminal, la cosa no le haya parecido extraordinaria tampoco. Pero aun así sigue siendo bastante poco usual como para merecer la pena considerarla. Además, se trata de usted.

—Pero sin reputación.

—Y no porque no la merezca. Durante varios días o semanas, no lo sé, usted ha estado tratándolo con cierta asiduidad. Tampoco eso tiene nada de sorprendente. Ha podido usted hacerlo por su dinero, o su belleza, o porque él canta tan bien en su baño. Pero si yo me hallara en el lugar de él, pensaría que

la curiosidad que usted muestra es... muy interesante. Lo bastante interesante como para tratar de saber algo más acerca de usted.

Loretta le apretó la mano.

—Mi estimado amigo —dijo—, ¿no le parece que también yo he podido haber pensado lo mismo?

—¿Y si él no quiere otra cosa que saber cuál es su posición exacta en la maniobra?

—Sé cargar una pistola.

—Sí, como cualquier otra mujer común e inocente.

—En ese caso, iré desarmada.

—No por eso estará en mejores condiciones.

—De todas maneras, iré.

—Tres —recordole él— no volvieron de la averiguación.

Ella asintió. Su sonrisa flotaba todavía en sus labios y en la superficie de sus ojos, pero las profundidades de más al fondo se mostraban claras e impasibles.

—Cuando se firma un contrato de trabajo con la *Ingerbeck*, no se firma para asistir a un *cocktail-party*. Es como alistarse en un ejército. Se hace un juramento... para cumplir el trabajo, tener cerrada la boca y cargar con las consecuencias. ¿No iría usted?

—Sí, Pero hay riesgos especiales en este caso.

—¿Incluso para una pobre mujer indefensa?

—En efecto.

—Aun así no desisto.

Simón se irguió y miró pensativamente hacia la superficie del mar. Había cierta cualidad de ligereza en la decisión de ella que ponía punto al argumento más definitivamente que cualquier protesta dramática. Sí, iría; porque cualquiera que fuese el riesgo que ello implicaba, no era un hecho positivo. Ella tenía una misión que cumplir, algo que averiguar, no hacer suposiciones.

—Supongo que ha aceptado usted.

—El mensajero volverá a buscar mi respuesta. Al salir del hotel he dejado una carta diciendo que me sentiré encantada. Tal vez Kurt Vogel no sea tan malo como se muestra —dijo como soñando—. Junto con la invitación me ha enviado algunas flores.

—No me sorprendería si se enamora usted de él.

—Es posible que lo haga.

—Pero el caso es que su conciencia podría molestarla de vez en cuando. Si estuviera viajando en su *Rolls-Royce*, medio ahogada por collares de

brillantes, el recuerdo de un amor perdido podría perseguirla. Hasta puedo verla sofocando un sollozo, y dejando una moneda en la mano de un pordiosero, porque se acordaba de mí.

—No diga tal cosa —imploró ella con voz trémula—. No puedo oírlo. ¿Cómo podía saber yo que se «interesaba» usted en esa forma?

El Santo rascóse la cabeza.

—Por lo visto, me he olvidado de decírselo —confesó—. No importa —agregó, volviéndose hacia ella con sus ojos azules más serenos, pero con una expresión pensativa que ella ya había visto antes—. ¿Es que esto significa que me va a dar de lado?

—No lo sé —contestó Loretta con firmeza—. ¿Ha decidido usted suspender sus vacaciones?

—Vayamos a beber un trago y hablemos del asunto.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo exponerme. Vogel puede estar ahora en tierra... en cualquier parte. Ya me he arriesgado bastante poniéndome a hablar con usted. Si desde anoche ha cambiado de idea, podremos hablar.

—¿Acaso le he dicho que he cambiado de idea? —preguntó Simón con abandono.

—Me lo ha dejado entrever. Y eso es bastante —repuso ella, mirándole ahora fría, serena y momentáneamente segura de sí, y, sin embargo, con un asomo de seriedad en la mirada—. Creo que los dos juntos podríamos llegar muy lejos; y si tenemos éxito, será grande la comisión a repartir. Nada más que por una vez, sea lo suficientemente condescendiente para estampar su firma sobre la línea de puntos.

Las cejas de él se arquearon interrogativas.

—¿Y si no lo hago?

—Creo que todavía podemos ser colgados para secarnos.

Se levantó de la arena y se sacudió la bata de baño. Simón la imitó poco después, y los grises ojos de ella volvieron a clavarse en su cara.

—¿Dónde podemos encontrarnos para tratar acerca de esa... esa línea de puntos? —preguntó resignado.

—Tendrá que ser mañana. Pero no aquí. No podemos volver a exponernos de nuevo. Yo podría ir nadando y encontrarlo más allá de la «Pointe du Moulinet». A mitad de camino hay una casa. A las once —añadió sonriendo—. ¿Llevará usted su pluma estilográfica?

—No sé escribir, Loretta.

—Pero podrá marcar con una cruz.



—¿Cree que no podré resistirme?

—Naturalmente —contestó ella—. En realidad, firmó anoche.

Simón Templar la vio alejarse hacia las blancas espiras del *Casino Bálneum*, con el enloquecedor movimiento de su cuerpo al andar, y buscó en su vocabulario palabras que pudiesen describir los caprichos de la fortuna. Admitía que todos los dones de esa diosa inmoral tenían cuerdas para sujetarlos... pero había cuerdas... y cuerdas. No tenía verdadera necesidad de aventura como para meterse en una complicación tan perturbadora. Pero, a pesar de ello, sonrió. La playa parecía como desierta después de haberse marchado ella; es decir, había más de mil otras personas sobre la «Plage de l'Écluse», pero a todas esas personas las encontraba desagradablemente bovinas. Incluso a aquella vampiresa parisiense, que ahora estaba disfrutando de la adoración de tres jóvenes y de un turista con cara de hambre, procedente de Egg Harbor, Nueva Jersey, que tenía bastantes años como para no hacer semejante papel.

Simón apartó la vista del repulsivo espectáculo y se vio recompensado por la casi igualmente desagradable visión del bigote de Orace, por entre cuyos pelos se filtraba algo más que el aire del mar.

—Llegas en el momento menos romántico —se lamentó; y fue entonces cuando vio que los ojos de Orace se mantenían fijos hacia la vampiresa.

—¿Es ésa la dama, señor?

La voz marcial de Orace pareció tener un tono de estupor; y el Santo contrajo el ceño.

—Ésa no es una dama —dijo con firmeza—. Ninguna dama utilizaría esos ojos tan desvergonzados para tratar de seducir a un bucanero que se respeta, alejándolo de su deber. Ninguna dama se aprovecharía de tan pobre ventaja sobre un ser humano. —Notó entonces que su criado seguía mirándola distraído—. No es de esa mujer de la que estoy hablando. Alejémonos... pues de lo contrario te derretirás antes de un minuto.

Echaron a andar por la arena en dirección a la piscina de natación, en donde la «Promenade des Alliés» tuerce hacia el mar.

—Si me lo pregunta, señor —recalcó Orace, recordando el encono que temporalmente se le había suavizado por sus estudios anatómicos—, le diré que estas gentes de aquí me parecen tontas. Lo primero que hago es pedir petróleo y me ofrecen parafina. Luego, cuando digo que no es tal lo que busco, me dicen que tienen algo llamado esencia, algo muy bueno. Huelo un poco de tal esencia, y resulta que es petróleo. ¿Por qué serán tan tontas estas gentes?

—Supongo que no lo podrán evitar —dijo el Santo con gravedad—. ¿Has comprado un poco de tal esencia?

—Sí, señor. Luego he querido proveerme de hielo. No tenían hielo, pero han querido venderme *glace*. Entonces me he venido aquí con el chinchorro por si usted no deseaba regresar a nado. ¡Qué gentes más tontas! —terminó protestando Orace.

Era casi la una de la tarde cuando los tanques quedaron llenos con el líquido de las latas que Orace había comprado a costa de tan justificada indignación. El Santo ya había terminado su arreglo y estaba peinándose. Orace le sirvió una bebida y le preguntó dónde almorzaría.

—No lo sé todavía —contestó el Santo con brusquedad poco habitual.

No tenía la menor idea de lo que quería hacer. Sentíase inquieto y nada satisfecho. El día no ofrecía mayores perspectivas. «Ellos» podían haber holgado toda la tarde, entreteniéndose en charlar de muchas cosas. Podían haber nadado juntos o navegado con velas desplegadas para ir a explorar la «Île de Cézembre» y comer debajo de los promontorios de St. Lunaire. Podían haber disfrutado de una docena de cosas triviales que él tenía casi planeadas en la imaginación, seguros en la comunión de una comprensión pagana que no pedía nada, ni siquiera compromisos.

En lugar de ello, debido a que el oro parecía brillar en los cabellos de una joven mujer y en las sombras de sus ojos parecía haber una expresión de acecho; debido también a que la misma expresión podía encerrar a veces una serenidad de propósitos más allá del placer... Simón Templar, con treinta y cuatro años y con odiseas que habrían hecho que las de Ulises parecieran como las de una criatura jugueteando en el patio del fondo de la casa, se encontró al comienzo de esa tarde sin saber qué hacer de su tiempo.

No se trataba exactamente de la cantidad de dinero en juego. Cuatro millones, si tal era el mínimo calculado del total de la riqueza que Vogel había rescatado de las profundidades del mar, era ciertamente una cantidad considerable de libras esterlinas. También era importante el diez por ciento de ella. O incluso la mitad. El Santo no era codicioso. De cada una de sus pasadas aventuras había salido con una alargada hilera de cifras en su cuenta bancaria que elevaba su propio botín a cantidades envidiables. No tenía necesidad de ser avariento. Existían límites —límites muy grandes, vertiginosos, pero no obstante límites— respecto a la cantidad de dinero que uno podía gastar; pero él tenía la sublime seguridad de que la misma extravagante Providencia que le había mantenido tan alto toda la vida, habría de mantenerlo tan próximo a tales límites como para evitarle el tener que

sentirse deprimido. No era exactamente eso. Se trataba de una cuestión de principios.

«Estás volviéndote viejo —se dijo para sus adentros con solemnidad—. En este mismo instante estás tratando de persuadirte de que es necesario trabajar para una compañía de seguros. Nada más que porque ella tiene un cuerpo escultural, y por haberla besado. ¡Una compañía de seguros!»

Se estremeció.

Y luego volvió los ojos para observar un ligero movimiento sobre el límite mismo de su campo visual. La lancha de velocidad estaba empezando a alejarse del costado del *Falkenberg* en dirección al «Bec de la Vallée». Por un momento estuvo mirándola ocioso, calculando que su ruta la haría pasar a unas cuantas yardas del *Corsair*. Cuando la vio aproximarse pudo reconocer a Kurt Vogel, y con él a un fornido hombre de barba gris vistiendo una chaqueta Norfolk y un amarillo y deforme sombrero de Panamá.

Simón comenzó a levantarse de su silla. Comenzó a hacerlo lenta e inseguramente, pero luego terminó el movimiento en un repentino esfuerzo de decisión. Cualquier acción, por vago que fuera su objeto, era mejor que ninguna acción. Descendió por el pasillo con su antigua energía y llamó a Orace.

—No te ocupes del almuerzo —le dijo, sacando apresuradamente de un armario camisas y pantalones blancos—. Iré a tierra a tomar un cierto interés en la Ornitología.

## II

Una de las *vedettes* de St. Malo llegaba al embarcadero cuando el Santo subía de regreso a cubierta, y la lancha del *Falkenberg* todavía maniobraba para el ataque. Simón descendió a su chinchorro y puso en marcha el motor portátil. Afortunadamente, el *Corsair* había virado un tanto por la marea, de modo que sus movimientos no podían ser observados por cualquiera que mirara desde el lado del muelle. Enfiló aguas arriba para maniobrar en un amplio círculo, evitando ser identificado así por su punto de partida. No es que ello le importara mucho; pero quería impedir el dar ninguna impresión inmediata de que se lanzaba deliberadamente en una persecución.

Continuó navegando, manteniendo la cabeza gacha y calculando el tiempo y la distancia mientras la lancha del *Falkenberg* rozaba los escalones del muelle y Vogel con su acompañante desembarcaban. Mirando hacia atrás le

pareció que desde el *Falkenberg* nadie habría podido observar su partida, y ahora se encontraba demasiado lejos como para ser reconocido. Luego, cuando Vogel y el barbudo avanzaron en dirección a la «Grande Rue», el Santo abrió el escape de su motor y puso en marcha su chinchorro. Llegó al muelle debajo de la proa misma de otra embarcación que navegaba hacia el mismo objetivo, alteró la marcha del motor en medio de un estallido de blasfemias y protestas gálicas, deslizó habilidosamente un cabo a través de una anilla de amarre y pisó tierra y se alejó antes que el comentario furioso que provocara hubiese podido llegar a adjetivos mayores.

Los pasajeros que desembarcaban del *ferry* le ocultaron en forma eficiente, respaldando su avance mientras él apretaba el paso detrás de su objetivo. Los otros dos no caminaban con rapidez, y el amarillento Panamá del hombre barbudo era para él como una guía. Simón acomodó su paso para situarse detrás de ellos, y cuando llegaron al Digue aminoró la velocidad de su avance. Caminaba con las manos en los bolsillos, mezclándose con los otros paseantes con el mismo aire de abandono feliz de alguien que estuviera pensando en el mejor lugar para ir a tomar un aperitivo antes del almuerzo.

El del Panamá amarillo se movió por entre la corriente en dirección a la terraza del Casino, y Simón Templar tomó la misma ruta. A esa hora el lugar se hallaba atestado de gentes tostadas por el sol, sedientas, y al Santo le resultó fácil escurrirse por entre las mesas en la forma más natural de un hombre que busca un lugar... preferiblemente con compañía. Su trayectoria lo condujo casi casualmente junto a la mesa de Vogel; y en el preciso momento en que el hombre de la nariz ganchuda levantaba los ojos y se encontraban con los de él, Simón devolvió el reconocimiento con un gesto de perfecto y cortés interés.

Se hallaban tan cerca uno del otro, que Vogel no habría podido eludir el saludo, aun en el caso de desearlo... cosa que el Santo dudaba mucho. Por un momento la mirada negra y sin expresión de Vogel pareció como si le horadase; y luego sus labios delgados se abrieron en una sonrisa que tenía toda la carencia de expresión de la de una serpiente.

—Espero que anoche no le molestara inceremoniosamente —dijo.

—Nada de eso —contestó el Santo con afabilidad—. No abandoné la mesa de *baccara* hasta muy tarde, de modo que en aquellos momentos estaba a punto de acostarme.

Su mirada se deslizó sin mayor interés hacia el hombre de barba gris. Algo en torno de su cara ligeramente sonrosada y joven le dio la impresión de cosa conocida, aunque sin poder situarla.

—Éste es el profesor Yule —dijo el otro— y mi nombre es Vogel. ¿No quiere acompañarnos, míster...?

—Tombs —dijo el Santo, sentándose a la mesa.

Vogel le tendió su pitillera.

—¿Le interesa el juego, míster Tombs? —preguntó.

Su tono era cortés y natural, el tono de un hombre que sencillamente está aceptando una excusa para iniciar un cambio convencional de impresiones; pero la mano del Santo avanzó hacia la pitillera ofrecida, y se detuvo por una fracción de segundo antes de retirar un cigarrillo y reclinarse en el asiento.

—No me desagrada una partida ocasional para pasar el tiempo —murmuró como con desgana.

—¡Ah, sí!... una partida ocasional —dijo Vogel, cuyos ojos parecían dos cuentas de impenetrable negrura. Se quedaron fijos en su cara; pero la fría sonrisa no desapareció de sus labios inexpresivos—. En esa forma uno no puede causarse ningún perjuicio. Es la gente que juega más allá de sus límites la que llega a verse en apuros.

Simón Templar dejó que una nube de humo escapara de sus fosas nasales, y la tensión instintiva que había producido en su interior se aflojó en un puro deleite que le envolvió como si hubiera acabado de beber un buen trago de coñac añejo. Kurt Vogel debió haber estado tomando una dieta de esa clase de historias misteriosas en las que el villano se presenta siempre con algunos rasgos de siniestra insinuación... y por ello mismo convencen al otro héroe de que algo canallesco está desarrollándose. Sin embargo, en el mismo tipo de narración, el héroe jamás puede resistir la tentación de responder en especie... estableciendo, por consiguiente, el hecho de que él «es» el héroe. Pero el Santo había estado pisando las cuerdas bien tirantes de la piratería cuando esos mismos románticos jóvenes estaban aún en su cuna, y acerca del heroísmo poseía ideas propias muy prácticas.

—En ese método no hay mucha posibilidad —dijo superficialmente—, estando mi cuenta en descubierto como se halla actualmente.

Ambos se miraban como dos duelistas listos para una *abertura*. La sonrisa del Santo era enteramente inocente. Si Kurt Vogel esperaba lograr que se traicionara por medio de alguna insinuación teatral, en Dinard iba a haber algunos corazones desalentados este hermoso día. Pero la cordialidad externa de Vogel no se alteró en lo más mínimo.

—¿Piensa usted quedarse mucho tiempo?

—No he hecho todavía planes —contestó vagamente el Santo—. Tal vez parta de un momento a otro, o acaso me quede hasta que me levanten un

monumento en la localidad. Todo depende de lo que tarde en hartarme del lugar.

—En eso no está de acuerdo con todo el mundo —asintió Vogel—. En efecto, he oído decir que algunas personas hallan esto definitivamente desagradable.

Simón movió la cabeza.

—Tal vez no lo encuentran excitante —confesó—. Eso depende de las ideas de cada uno.

Vogel se reclinó en el asiento y rozó el borde de la mesa con las puntas de sus dedos. Si se sentía desconcertado, el hecho no se registró en su rostro. Sus facciones eran una máscara de una expresión totalmente regulada por detrás de su abultado promontorio nasal.

Un mozo, que hacía equilibrios con su bandeja atestada de vasos, se acercó a la mesa y recibió la orden que se le dio al pasar. Al mismo tiempo quedó desocupada una mesa contigua y otro grupo de bebedores sedientos se instalaron en ella. La mirada de uno de ellos, al volverse en torno y cruzar las piernas, se encontró con la cara del Santo y por un momento se detuvo en ella. Por una breve fracción se mantuvo así: luego se inclinó ligeramente para murmurar. Sus compañeros volvieron la cabeza con gesto furtivo. El nombre de Yule llegó claramente al Santo, pero después de eso el murmullo de las conversaciones y las notas de la música del casino dominaron por un momento la charla. Y luego, por encima de todos los tonos mezclados, el *sottovoce* de una matrona exageradamente pintada y teñida que integraba el grupo llegó a sus oídos como una sierra cortando latón: «¡Estoy segura que debe ser él!... Querido, debe ser el mismo... El de la inmersión...».

Las costillas de Simón Templar se levantaron un poco por debajo de su camisa al penetrar una buena provisión de aire en sus pulmones, y ese asomo de gozo se elevó en su interior hasta ser como un cántico celestial. Ahora sabía por qué causa el nombre del profesor Yule le había parecido familiar, y por qué él había tratado de situar esa cara de color de manzana fresca que se mostraba por encima de la barba gris. Unos cuantos meses atrás los periódicos habían publicado sus relatos y los semanarios ilustrados habían ofrecido fotografías especiales. El *National Geographic Magazine* había hecho conocer en uno de sus números la «Expedición Yule». Porque Wesley Yule acababa de realizar lo que ningún otro hombre había podido hacer hasta entonces: descender a una profundidad de cinco mil pies en el océano Pacífico, más allá de toda profundidad jamás vista por ojos humanos. Lo había hecho, no en una especie de campana especial de buceos, sino en un

fantástico caparazón blindado construido para soportar la terrible presión capaz de aplastar a un hombre como a una mosca contra el cristal de una ventana. De este modo, había estado en condiciones de moverse y caminar sobre el lecho del mar casi a una milla por debajo del barco desde el cual había realizado el descenso. Era el hombre que había perfeccionado y probado un traje para el fondo del mar comparado con el cual los «hombres de hierro» de anteriores experimentos de buceo no eran sino tanteos de aficionados. Lo suyo era una combinación de aleaciones metálicas y de construcción científica que prometía revolucionar las exploraciones de los últimos secretos del océano... ¡Y ahora se encontraba en Dinard, como invitado de Kurt Vogel, el archiatacante de los dominios de Neptuno!

Un largo y singular aliento volvió a flotar sobre los labios del Santo, arrastrando consigo una bocanada de humo. La pausa durante la cual lo retuvo en sus pulmones fue el único índice de su emoción. Tuvo la sensación de que el profesor estaba haciendo una observación en cierto modo afable y que los negros ojos de Vogel se volvían casi fijos hacia él. Con una mano perfectamente firme sacudió la ceniza de su cigarrillo, y al volver la cabeza su rostro no denotó el menor asomo de tensión.

—Usted ha oído hablar del profesor Yule, ¿verdad? —preguntó cortésmente Vogel.

—Sí, ciertamente —contestó Simón, y su ligero aire de confusión fue obtenido con un verdadero esfuerzo—. Ahora sé quién es... Pero no he podido caer en la cuenta hasta que esa dama vecina ha dicho algo hace un momento —agregó, mirando a Yule con una sonrisa de franca admiración—. Debió ser una experiencia sorprendente, profesor.

Yule se encogió de hombros con una agradable naturalidad.

—Naturalmente que fue interesante —replicó con franqueza—. Y bastante terrible, por no decir incómoda... Acaso sepa usted que la temperatura del agua desciende rápidamente cuando uno llega a grandes profundidades. A decir verdad, a los cinco mil pies no acusa sino unos pocos grados por encima del punto de congelación. Bueno, yo estuve tan absorbido con los otros detalles mecánicos de la presión, la luz y el suministro del aire, que llegué a olvidarme de ése. ¡El frío era inigualable! —terminó, riendo con entusiasmo—. En mi perfeccionado *bathystol* estoy colocando un calentador eléctrico, y en el próximo descenso ya no volveré a sufrir frío.

—¿Ha resuelto usted efectuar otro descenso?

—¡Oh, sí! Ese descenso no fue sino un ensayo. Con mi nuevo *bathystol* espero descender a una profundidad dos veces mayor... y aun eso no será

nada. Si algunas de las últimas aleaciones metálicas resultan bien, es posible que podamos llegar a echar un vistazo a la cuenca de Cabo Verde... de más de tres mil brazas... o quizá al estrecho Tuscadora, a más de cinco millas de profundidad.

—¿Qué es lo que espera hallar usted, profesor?

—Una cantidad de hechos y datos acerca de las corrientes profundas y limo globigerina. Probablemente algunas formas nuevas de la vida marina. Es posible que haya algunos monstruos impresionantes que viven y mueren allá, sin llegar a ver jamás la luz del día. Tal vez podamos dar también con nuestra vieja amiga la serpiente de mar.

—Son posibilidades maravillosas —dijo pensativamente el Santo.

—Y bastante costosas por cierto —confesó Yule, con atrayente candor—. La verdad es que, de no haber sido por míster Vogel, no habría habido ninguna posibilidad en absoluto. Mi primer descenso casi me arruinó. Pero con su ayuda espero poder continuar haciendo otros.

El Santo no sonrió ahora, aunque una repentina visión de Kurt Vogel como concededor del «limo globigerina» y nuevas especies de peces le tentó casi irresistiblemente. Más allá de esas posibilidades veía otras mucho más ricas: posibilidades que sin duda jamás se le habían ocurrido al profesor.

Sabía que Vogel estaba mirándole, observando cada detalle microscópico de sus reacciones con una fría precisión analítica. El mostrar una cara impasible, falta de interés, habría sido tan sospechoso como el dar curso a toda una corriente de preguntas. Tenía que juzgar el calor de su respuesta hasta la exactísima centésima de grado, a fin de simular una perfecta inocencia. En los veinte minutos siguientes su disimulo alcanzó un grado de tensión.

—... de modo que el próximo gran descenso probará si existe alguna posibilidad de apoyar la teoría de Wegener acerca de la corriente continental —terminó diciendo el profesor.

—Ya veo —dijo el Santo con gesto de inteligencia.

Un hombre que se movía por la terraza con una gran máquina fotográfica se abrió paso hacia su mesa y presentó una tarjeta en la que se leía: *Agence Française Journalistique*.

—*Vous permettez, messieurs?*

Yule hizo un gesto como un escolar, y se sometió ruborizado a la cosa. El fotógrafo tomó dos instantáneas del grupo, dio las gracias, y se alejó con un aire como si esperara encontrar otras celebridades de esta clase para su



publicación. Una condesa divorciada de quien él no hizo caso, le miró indignada al verlo alejarse. Kurt Vogel hizo señas a un mozo cercano.

—¿Quieren tomar otro vaso? —sugirió el Santo.

—Lo lamento, pero tenemos una cita. Otra vez será —dijo Vogel y, depositando dos billetes de a diez francos sobre el plato, se puso de pie con su sonrisa falta de sangre—. Si está usted interesado, puede acompañarnos en una jira de ensayo. Desgraciadamente, no será muy sensacional. Nada más que una prueba del nuevo aparato en aguas moderadamente profundas.

—Me agradecería mucho —dijo lentamente el Santo.

Vogel inclinó afable la cabeza.

—No será justamente aquí —repuso—. El agua es poco profunda. Hemos pensado efectuar el ensayo en el Hurd Deep, al norte de Alderney. Allí debe haber ochenta brazas, pero para nuestro objeto serán suficiente. Si le parece interesante cambiar de planes, mañana por la mañana partiremos para St. Peter Port.

—Bueno... una invitación de tal índole no se recibe todos los días —dijo genialmente el Santo, con un ligero aire de turbación—. Ciertamente, merece la pena pensar al respecto... si está seguro que no les seré una molestia...

—Ni mucho menos. Esperamos contar con usted —contestó Vogel, tendiéndole la mano. Su apretón fue firme y muscular, pero en su contacto había algo así como una frialdad de reptil, y la piel del Santo se sintió afectada en el acto—. Cuando partamos mañana le daré un grito para ver si se ha decidido usted.

Simón estrechó la mano al profesor y quedó viéndoles partir hasta que doblaron la esquina junto al *Petit Casino*. Sus ojos azules brillaban ahora como dos zafiros pulimentados. Había logrado conocer a Kurt Vogel, hablar con él, tocarle físicamente y experimentar su presencia combativa y su sangre fría y calculadora. Había medido su espada con él en una tensión de nervios más aguda y cortante que cualquier otra lucha a muerte. Había logrado algo más que eso: recibir una invitación para una nueva entrevista. Lo que significaba que podía considerarse como en la lista de premios.

O en el féretro mortuario...

### III

Hizo una deducción altamente concluyente e iluminadora. Pero luego la antigua expresión de audacia volvió a estar en sus ojos. Encendió otro

cigarrillo y pidió un nuevo aperitivo. Así tendría que ser. Tal como había dicho Loretta Page, no se lograban dividendos haciendo suposiciones. Con el transcurso del tiempo toda la incertidumbre quedaría doblemente alejada... en una u otra forma. Y cuando tal ocurriese, Simón Templar procuraría hallarse entre los presentes.

Mientras tanto tenía algo en que pensar. Un hombre se abrió paso por entre las mesas de la terraza, llevando varios periódicos ingleses y americanos. Simón compró un número del *Express*, y acababa de volver la primera página cuando el titular de una columna atrajo su atención.

*PARA SALVAR AL «CHALFONT CASTLE»*

*Se prepara una expedición que costará 5.000.000 de libras*

*Un barco partirá de Falmouth en los primeros días de agosto con un contrato para la mayor búsqueda de tesoros que jamás se haya intentado en aguas británicas.*

*Se trata del «Restorer», barco de la Asociación de Salvamento de Liverpool y Glasgow...*

Leyó los detalles con los ojos entrecerrados. ¡De modo que era así! Si Kurt Vogel se proponía navegar por las cercanías de las islas del Canal, eso indicaba que el *Chalfont Castle* debía ser su próximo blanco. De otra manera, ¿por qué no llevar al profesor Yule y su nuevo *bathystol* a algún otro lugar como Madeira, en donde las aguas eran realmente profundas y más a propósito para una serie de experimentos? Pero el *Chalfont Castle* no podía esperar. Si una expedición autorizada estaba siendo organizada tan prontamente, no había mucho tiempo que perder para anticiparse un poco y ganarles la mano. Quizá los aseguradores, aleccionados por pasadas experiencias, habían pensado en ello. Pero para un hombre del nervio de Vogel, todavía podía existir una posibilidad...

Simón almorzó en el *Gallic*, y saboreó su comida. La emoción del encuentro había borrado de él todo rastro de la casi exasperada lasitud que sintiera una o dos horas atrás; este anuncio providencial de nuevo movimiento, nueva acción, se habría trocado en una inspiración parecida a una brisa marina. El anuncio de cierto peligro parecía hacerle bullir la sangre en las venas. Su cerebro funcionaba ahora como una máquina debidamente

regulada, considerando las urgencias del momento con una suavidad suave y sin esfuerzos.

Cuando hubo terminado de almorzar, salió al *foyer* principal y se acercó a uno de los empleados del escritorio.

—¿Hay por aquí un teléfono?

—*Oui, monsieur... a gauche...*

—No, gracias —dijo el Santo—. No es una llamada local. Deseo hablar con Inglaterra. Quiero tener una habitación privada. Pagaré lo que sea.

Diez minutos más tarde se hallaba cómodamente instalado en una silla de brazos con sus pies sobre la pulida mesa de caoba.

—¡Hola, Peter! —dijo. El objetivo de su primera llamada fue localizado después que el conmutador de Londres hubo intentado otros tres números anteriores que él había dado—. Te llama tu tío Simón. Escucha... ¿no dijiste una vez que tenías una familia respetable?

—Todavía sigue siéndolo —contestó indignada la voz de Peter Quentin por el cable—. Yo soy el único que tengo algo que ver contigo.

Simón sonrió y sacó un cigarrillo de su paquete.

—¿Alguno de ellos sabe algo acerca del *Lloyd's*?

—Tengo un primo o algo parecido, que trabaja allí —respondió Peter.

—Tanto mejor. Bueno, quiero que vayas a hablar con ese primo y prepares una reunión. Pórtate bien con él... recuérdale el viejo árbol familiar y averíguame algo acerca del *Chalfont Castle*.

—Como siempre, camarada. ¿Estás seguro que no deseas más bien un agente de propiedades? Eso de *Chalfont Castle*...

—No, no quiero un agente de propiedades, idiota. Se trata de un naufragio, no de una casa en ruinas. Se hundió en las cercanías de Alderney a comienzos de marzo. Quiero que averigües exactamente en qué fecha se hundió. En el *Lloyd's* lo tendrán todo registrado. Consigue un mapa de Potter, en Minories, y cerciórate que el lugar exacto sea marcado allí. Luego me envías el mapa a Poste Restante: St. Peter Port, Guernesey... esta misma noche. A nombre de Tombs. O si no, me telegrafías la posición. Pero que sea el dato pedido. ¿Has entendido bien?

—Por completo —repuso el otro con un tono de recelo—. Pero si esto significa que estás de nuevo en tren de guerra...

—Si te necesito te lo haré saber, Peter —dijo el Santo en el acto, y cortó la comunicación.

Bueno, eso estaba ya... Pero aun cuando uno conociera la posición exacta donde sin duda ocurrirían las cosas, no era posible estarse quieto esperando

que ocurriesen. No en una zona de aguas abiertas en donde una botella flotante sería visible en millas en un día sereno. La otra llamada del Santo fue para otro compañero.

—Roger, ¿crees que podrías comprarme un buen traje de buzo? —le preguntó con suavidad—. Uno de los de último modelo, con tanque de oxígeno. Puedes decir que representas a una compañía de cine y que lo necesitas para una película submarina.

—¿De qué se trata ahora? —inquirió Roger Conway con firme acento.

—De nada del otro mundo, Roger. Se me ha ocurrido ocuparme de geología submarina y quiero echar un vistazo al limo globigerina. Bueno, si puedes comprarme ese equipo esta tarde y enviármelo en un cajón...

—¿Por qué no dejas que te acompañe?

El Santo vaciló. Después de todo, ¿por qué no? Era la segunda vez en pocos minutos que se le hacía la misma pregunta, y cada vez por un hombre a quien él ya había probado en más de un apuro. Eran viejos compañeros, hombres con su mismo desdén cínico respecto a los tecnicismos legales y su propio descuido respecto al peligro, hombres que le habían seguido sin pestañear por cualquier camino sinuoso de piratería donde él les llevara, y que siempre le acusaban de reservarse para sí solo toda la diversión cuando trataba de disuadirles para que no volviesen a correr nuevamente los mismos riesgos. Le agradaba trabajar solo; pero algunos aspectos de los tripulantes de Vogel, piratas modernos, podían significar demasiado para un hombre solo.

—Está bien —dijo, aspirando el humo de su cigarrillo—. Busca también a Peter y a cualquier otro de los muchachos con deseos de aventura. Pero no olvides las anteriores instrucciones. Embarca el equipo dirigido personalmente a mi nombre, a cargo del Ferrocarril del Sur. Tal vez necesitemos dos equipos, si es que tienes ganas de mirar a ciertos peces. Dile a Peter que haga exactamente como le he ordenado poco antes. Ambos podéis instalaros en el *Royal*; pero no deberéis demostrar que me conocéis, a menos que yo os reconozca primero. Tal vez tenga mucha importancia que el enemigo no sepa que estamos vinculados. ¿Listo?

—Por entero —dijo Roger con cierto entusiasmo.

Simón echó a andar hacia la escalera con mayores bríos. Al llegar al *foyer* sus ojos notaron un par de calcetines. Resultaban particularmente notorios porque eran de un color ladrillo claro, y se mostraban entre unos pantalones azules y un par de zapatos amarillos. Una combinación de colores que, una vez vista, jamás podría ser olvidada. La mirada del Santo se elevó lentamente hacia la cara del hombre que usaba tales prendas. Ya lo había visto una vez

anterior, y su fisonomía confirmó su sospecha de que no era posible que dos hombres vivieran simultáneamente en Dinard con un gusto tan horriblemente espantoso en cuanto a colores se refiere. El de los calcetines llamativos habíase sentado a una mesa próxima a la que ocupó el Santo a la hora del almuerzo, pidiendo luego su cuenta casi al mismo tiempo. Y ahora estaba sentado en el *foyer*, con un aire de abandono como el de un hombre que no tiene nada importante que hacer y está listo para realizar cualquier cosa con un minuto de aviso.

El Santo pagó el coste de sus comunicaciones y el uso de la habitación y se alejó hacia la calle. Tomó un camino tortuoso para ir a su destino, dobló por tres o cuatro esquinas sin volver la cabeza y luego se detuvo a mirar ante un escaparate en la *Rue du Casino*. En un ángulo del cristal del comercio vio una imagen reflejada... de unos calcetines de color ladrillo claro...

¿De manera que la afabilidad de Vogel no había sido enteramente impremeditada? Quizá había sido cuidadosamente planeada desde el primer momento. Habría sido muy sencillo para el sujeto reconocerlo al verlo sentado en el café con Vogel y Yule.

Desde luego, la situación no era inmediatamente seria. El espía de calcetines de color de rosa pudo haber descubierto que Simón Templar había alquilado una habitación y efectuado algunas llamadas telefónicas, pero no era posible que hubiera descubierto mucho más. Y esa actividad no era fundamentalmente sospechosa. Pero con Vogel en guardia, habría de ser anotada como un detalle que valía la pena tener en cuenta. Además, la presencia del hombre que le vigilaba sumaba su propio testimonio a la complejidad de la maniobra con la que el hecho debería ser indudablemente escrutinado.

La estimación que el Santo pudiera tener por Kurt Vogel subió de grado. En esa desapasionada eficiencia, ese examen metódico de cada uno de los posibles detalles, esa eliminación fría de todo factor problemático, él reconocía algunas de las cualidades que debían haber dado a Vogel su posición única en la jerarquía de los bandidos organizados. Unas cualidades que sin duda fueron mal justipreciadas por los tres investigadores de la familia *Ingerbeck* que no volvieron...

Y acaso podían haber sido mal justipreciadas por el cuarto.

El pensamiento le contuvo por un instante casi imperceptible. Sabía que Loretta Page tenía la certeza de que se sospechaba de ella, pero ¿estaría preparada para soportar una vigilancia tan inquisitorial como ésta de ahora?

Se introdujo en el primer estanco que encontró y respiró aliviado al salir y comprobar que había logrado eludir a su propia sombra. Tuvo que hacerlo en forma tal que su perseguidor no pudiera saber que había sido eludido intencionadamente, por cuanto un hombre inocente no habría dejado entrever que sabía que estaba siendo seguido.

Volvió a la calle y caminó a paso más rápido hacia la esquina de la *Rue Levasseur*. Encontró un taxi casi como si hubiese sido llamado exprofeso, y deteniéndolo subió al interior sin prisa, pero con un movimiento tan ágil y seguro como el de un acróbata en el trapecio volante.

—*À la gare* —dijo al conductor, y el taxi partió de nuevo sin haberse detenido por completo.

Observando por la ventanilla trasera, alcanzó a ver los calcetines rosados subiendo a otro taxi. Se inclinó hacia el conductor, mientras el vehículo corría hacia la *Place de la République*.

—*Un moment!* —dijo al oído del chófer—. *Il faut que j'aille premièrement a la Banque Boutin.*

El conductor murmuró algo poco agradable, frenó el coche y maniobró el volante. No carecía de razón, porque se hallaban al extremo este de la *Rue Levasseur*... en dirección exactamente opuesta a la estación del tren.

Doblaron lentamente por la esquina de la *Rue de la Plage*, con ese sublime abandono del cual solamente los *chauffeurs* franceses y los suicidas son capaces, aumentaron de velocidad y torcieron nuevamente en forma peligrosa hacia la derecha para tomar el *Boulevard Féart*. Simón volvió a mirar hacia atrás, pero no vio señal de su perseguidor. Desde el cruce que acababan de pasar, arrancaban otras tres posibles salidas; y el Santo no tuvo la menor duda de que el tipo de los calcetines color de rosa, habiendo perdido por completo a «su hombre», estaría explorando rutas en sentido opuesto.

Volvieron a la *Rue Levasseur*; y para estar absolutamente seguro, el Santo cambió de nuevo de idea y ordenó otro giro en dirección a la oficina de Correos. Allí pagó al conductor y se introdujo en una cabina de teléfonos.

Loretta estaba en el hotel. Le dijo que había estado escribiendo algunas cartas.

—No las despache hasta que yo la vea —díjole él—. ¿Cuál es el número de su habitación?

—El veintiocho. Pero...

—Entraré ahí como si fuese el amo. ¿Puede esperar usted?

## IV

Ella vestía una verde *robe de chambre* de seda con un gran dragón bordado que vomitaba fuego a la altura de los hombros. El cielo sabía qué podía llevar debajo, si es que llevaba alguna cosa; pero la curva de su muslo se mostró insinuante cuando ella se volvió. El suspenso físico de la visión marcó en el Santo una sensación indecible.

—Supongo que no habré venido a molestar —dijo.

El hombre que la acompañaba frunció el ceño. Era un sujeto de expresión dura, mirada grave, más bien fornido, calvo, aun cuando denotando en sí un aire de competencia y de coraje.

—Loretta... ¿de qué conoce usted a este caballero?

—No le conozco —contestó ella con toda calma—. ¡Pero sonrío tan amablemente!

—Soy el esposo de una amiga de su ciudad natal —murmuró el Santo. Golpeó un cigarrillo sobre la uña de su pulgar y miró con las cejas un tanto interrogativas al que hablara—. ¿Cómo se llama el visitante?

Ella se encogió de hombros.

—Se llama Steve Murdoch.

—¿De la empresa *Ingerbeck*?

—Sí.

—Simón para usted —dijo el Santo, tendiéndole su mano.

El llamado Murdoch la aceptó sin entusiasmo. El apretón fue fuerte; una batalla de muñecas de hierro, pero ninguno de los dos parpadeó. El Santo sonrió, y algo de su gravedad desapareció de la mirada del otro.

—Está bien, Santo —dijo Murdoch—. Sé que es usted audaz, pero no me agradan los hombres descarados.

—También me fastidian a mí —repuso Simón sin pestañear. Sentose sobre el brazo de una silla, dejando escapar anillos de humo a través de su boca—. ¿Hace mucho que está aquí?

—He llegado a Cherburgo esta mañana.

—¿Ha preguntado abajo por Loretta?

—Sí.

—¿Ha notado que alguien aguzara el oído?

Murdoch movió la cabeza.

—No me he fijado.

—Ha debido hacerlo —repuso el Santo—. Yo no he preguntado, pero he mirado y he visto a un sujeto parado en un rincón. En el pecho tenía escrita

con enormes letras la palabra «perro guardián». No me ha visto porque he avanzado con la cara oculta detrás de un periódico; pero a usted ha debido verlo. Ha debido ver a todo el que no lo esperaba, y se hallaba colocado justamente como para oír por quién se preguntaba en el mostrador.

Se produjo un corto silencio. Loretta se reclinó contra una mesa con las manos sobre el borde y las largas piernas cruzadas.

—¿Sabía usted que Steve se hallaba aquí? —preguntó.

—No. Él ha hecho más difícil la situación. Pero he descubierto que un sujeto con la más singular tonalidad de calcetines andaba en mi seguimiento y eso me ha hecho pensar. He podido eludirlo y he venido sin demora a avisarla a usted —dijo Simón, mirándola fijamente—. Por el momento no hay sino una ligera sospecha acerca de mí, pero Vogel no quiere correr riesgos. No desea sino estar seguro. Posiblemente sospecha mucho más en usted, de modo que será conveniente que ande con cuidado. Al parecer, se ha descuidado algo, y Steve, para darle una mano, se ha puesto él mismo en evidencia al preguntar por usted, de forma que, apenas llegado, ya puede considerarse como hombre marcado.

—Está bien —repuso flemáticamente Murdoch—. Puedo cuidarme sin necesidad de niñera.

—No lo dudo, estimado señor —replicó afable el Santo—. Pero no es ése el caso. Hay que pensar en Loretta. Ella es la ingenua oculta. Una vez que se ponga a hacer el papel de Mata-Hari, su barco estará perdido.

—¿Y bien?

El Santo dejó caer la ceniza del cigarrillo sobre la alfombra.

—El único acorde que sirve es el que yo ejecuto. El de una completa e infantil inocencia. Con una boca como la que usted tiene, Steve, le costará mucho trabajo mover los labios junto a la flauta, pero tendrá que hacerlo. Porque cualquier nota en falso que dé puede perjudicar a Loretta. Lo primero que hay que hacer es prepararse bien. Si lleva encima algún distintivo o cosa parecida de la firma *Ingerbeck*, arrójelo en el baño. Si lleva algo escrito que pueda vincularlo a la empresa, trate de recordarlo mentalmente y quémelo. Despójese de todo lo que pueda representar un peligro. Eso también es para usted, Loretta, porque tarde o temprano el enemigo tratará de meter la nariz en sus maletas, si es que ya no lo han hecho. Y usted, Steve, váyase.

—¿Qué?

—Que se esfume. Desaparezca en la noche. Loretta puede bajar con usted. Despídanse en voz alta en el *foyer*, con unas frases bien elegidas que puedan ser oídas por cualquiera que se halle próximo y puedan interpretarse como



que usted es un antiguo amigo del padre de ella, que se halla de vacaciones en Guernesey y que al saber que ella estaba en Dinard, ha venido a pasar el día. Luego se va al muelle, toma el siguiente *ferry* para St. Malo, y regresa en el barco de vuelta a St. Peter Port, como un corcho que salta de la botella. Vogel se hallará allí mañana.

—¿Cómo lo sabe usted? —se apresuró a preguntar Loretta.

—Me lo ha dicho él mismo. Hemos estado charlando antes del almuerzo —contestó Simón, levantando sus ojos hacia ella—. Ha estado tratando de sondearme y yo estudiándole mientras tanto, pero ninguno de los dos hemos podido avanzar gran cosa. Si lo sigo hasta St. Peter Port será capaz de someter mi inocencia a nuevas pruebas. De modo que cuando diga adiós a Steve, él puede preguntarle si no le gustaría hacer un viaje a Guernesey, y usted contesta que no le es posible acceder. Eso puede hacer creer a los enemigos que usted no ha sabido nada de mí.

Murdoch sacó un cigarro y le mordió la punta con un fuerte mordisco. Sus ojos volvían a estar nublados con desagrado.

—Esto es serio, Loretta —dijo secamente—. ¿Cómo sabemos que Vogel no tiene un hombre oculto, lo mismo que nosotros? Todo lo que él desea es apartarme a mí a un lado para poder manejarla.

—Se alaba usted mucho, compañero —dijo el Santo con frialdad—. Si yo quisiera manejarla, no sería usted quien lo impediría. Ni tampoco podría impedirselo a Vogel.

—¿No?

—No.

—Bueno, no me marcharé.

Loretta miró a ambos. La animosidad se mostraba clara en la obstinación que expresaba la cara de Murdoch y en el brillo más acerado de los ojos del Santo. Parecían como dos animales de la jungla, cada uno soberbio a su manera y conscientes de su fuerza, pero de dos especies diferentes cuyo feudo se remontara hasta perderse en las tinieblas del pasado.

—Sí, se irá usted, Steve —dijo Loretta.

Murdoch se volvió a mirarla con ojos que despedían chispas.

—¿Desde cuándo tengo que recibir órdenes de este...?

—No se trata de eso —le interrumpió ella con voz serena, pero amenazadora bajo la sonoridad de su tono—. Es de mí de quien recibe órdenes. El Santo tiene razón. Es mejor que nos separemos y espero que podamos ofrecer una coartada sobre este encuentro.

Murdoch la miró con incredulidad.

—¿Órdenes? —repitió.

—Justamente, Steve. Por el momento soy yo quien dirijo las cosas desde aquí. Hasta que Martín Ingerbeck me retire la comisión, hará usted lo que yo le diga.

—Me parece que está usted loca.

Loretta no contestó. Tomó un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa y caminó hacia la ventana. Aquí se paró con los brazos levantados y las manos apoyadas a ambos lados del marco.

Los labios de Murdoch apretaron la punta de su cigarro. Sus manos se aferraron a los brazos de su silla, y empezó a levantarse con lentitud. Con un repentino estallido de energía cogió el sombrero y se lo encasquetó en la cabeza.

—Si lo dice así, no puedo discutir —protestó—. ¡Pero debería usted desear que lo hiciera! —agregó. Miró en dirección al Santo—. En cuanto a usted... si le ocurre algo a Loretta por no haber estado yo aquí...

—Nos encargaremos de hacérselo saber —dijo el Santo, abriéndole la puerta para que pasara.

Murdoch avanzó con los puños cerrados. El Santo casi cerró la puerta en el momento en que Loretta se volvía y cruzaba la estancia. La tomó de las manos.

—Me marcharé mientras usted se despide de Steve —le dijo—. No puedo arriesgarme a hacerlo por el *foyer*. Usaré la escalera de escape de incendios.

—¿Debo hacerlo así? —preguntó ella, y la débil ironía de su tono quedó anulada por el enigma de su boca sonriente todavía.

Simón hizo un gesto de asentimiento.

—No porque yo lo desee. Pero ellos deben verme volver al *Corsair* antes que haya demasiada excitación a causa de que mi perseguidor me haya perdido. ¿Sigues estando segura de que quiere ir esta noche?

—Por completo.

—¿Sabe qué soñé después que usted se retiró anoche?

—No puedo decirlo. ¿Qué comió usted?

—Langosta con mahonesa. Soñé que usted regresaba sana y salva del *Falkenberg*. Y siempre hermosa. Para mí.

—Y fue entonces cuando comenzó el verdadero peligro.

—Soñé que a usted no le parecía tan peligrosa la situación.

Los ojos de Loretta buscaron su cara, con la risa todavía en ellos.

El borde de la lengua del dragón bordado se movió sobre su hombro cuando ella contuvo el aliento.

—Pero tengo miedo —dijo.

De pronto, él sintió sus labios apretados contra los de ella. Y después, antes que él hubiera podido moverse, se apartó y se alejó.

Orace estaba esperándole ansioso cuando regresó al yate.

—Ha tardado usted mucho —le dijo con alguna vehemencia.

—Miles de años —contestó el Santo.

Sentose en cubierta otra vez después de haber hecho su última natación a la luz del día, bebió un vaso de jerez y dio cuenta de una de aquellas cenas superlativas que preparaba Orace. La veloz lancha había vuelto a alejarse del costado del *Falkenberg* y regresó a eso de las siete y media con Vogel, vestido de etiqueta, sentado junto a Loretta. Mirando con sus gemelos, desde uno de los ojos de buey del salón, había visto a Vogel sonriendo y hablando, con su gran nariz ganchuda perfilada contra el agua.

Se hallaba sentado con un cigarrillo medio olvidado entre los labios y los ojos mirando por entre el humo, tan inmóvil como un indio de bronce, mientras el agua se volvía como de cristal oscuro y luego como de acero pulido. Esa noche no había niebla. El río parecía de azul oscuro debajo de las rocas boscosas del «Vicomté» y las tierras de granito de St. Malo. Brillaban luces, multiplicándose en la isla, para ser reflejadas en St. Servan y Dinard, extendiendo rayos luminosos sobre las aguas. Los cascos de los barcos anclados en el Ranee se fueron perdiendo en la penumbra hasta que la noche los envolvió, y entonces sólo sus luces parpadeantes quedaron sobre el agua. Los faros del islote estaban encendidos ya, con sus destellos verdes y rojos cortando irregularmente a través de la bahía y parpadeando desde el Grand Larron. Desde los casinos llegaban unos acordes musicales a través del estuario; y el lugar donde debía encontrarse el *Falkenberg* era una constelación de luces.

Loretta se hallaba allí; y Simón no veía la necesidad de que estuviese sola.

La idea fue creciendo en él a medida que se extendían las sombras y su imaginación trabajaba intensamente. En cierto modo sentía miedo y estaba impaciente. Poco después arrojó otro cigarrillo, que voló como una luciérnaga por entre la obscuridad, y bajó para quitarse las ropas. Probó el mecanismo de su pistola, cargó cartuchos engrasados, afirmó el seguro y colocó el arma en el cinto de su *short*. El agua oscura recibió su cuerpo sin el menor ruido.

Aunque parezca extraño, fue durante esa silenciosa natación cuando tuvo un repentino recuerdo electrizante de un fotógrafo que se mostró inusitadamente ciego a la presencia de todas las celebridades, excepto de una. Acaso fuera porque su mente había estado revolviendo inconscientemente el

asunto de la sorprendente totalidad de Vogel. Pero el caso es que tuvo una pintura soberanamente vivida de una cámara fotográfica enfocada hacia él tanto como hacia el profesor Yule... y una repentina sonrisa afloró a sus labios mientras se deslizaba por las aguas.

Si ese fotógrafo no era un noticiero de verdad, y la fotografía había sido enviada a Inglaterra por avión, esa misma tarde, un corresponsal podría estar mostrándola en ciertos círculos de Londres con la certeza virtual de tenerlo identificado antes de cuarenta y ocho horas... Y si el resultado de esa investigación era cablegrafiado a Kurt Vogel en St. Peter Port, más de un interrogante quedaría borrado con mortal celeridad.

## Capítulo III

# DE CÓMO KURT VOGEL NO SE MOSTRÓ TAN TRANQUILO, Y DE CÓMO OTTO ARNHEIM PADECIÓ UN DOLOR DE CABEZA

### I

Un techo de nubes habíase formado sobre el firmamento, ocultando la luna y apagando toda luz natural que hubiera podido aliviar la negrura de la noche. Río afuera la obscuridad era completa, excepto en donde las luces de navegación de las embarcaciones ancladas arrojaban sus pequeños fragmentos de difusa iluminación por entre las sombras.

El Santo se deslizaba por el agua sin hacer ruido, sin dejar la menor estela. Sus brazos y piernas se movían por debajo de la superficie, y sólo su cabeza sobresalía del agua tranquila. Su avance estaba tan carente de ruido o presencia como el de una rama de planta marina que bogara silenciosa llevada por la corriente.

Estaba concentrándose en tal forma en su silencio, que casi se dejó arrastrar por un nocturno deportista que avanzaba en su canoa cuando se encontraba a menos de un «tiro de piedra» del *Falkenberg*. El bote surgió de la obscuridad en forma tan inesperada que casi dejó escapar de sus labios el grito de advertencia que subió a ellos. La proa rozó sus cabellos, y se sumergió una fracción de segundo antes de que el remo se hundiera justamente sobre él. Cuando volvió nuevamente a la superficie, la canoa había desaparecido tan silenciosamente como llegara. Alcanzó a verla mientras bogaba por entre el reflejo de las luces del «Casino de le Vicomté», y lanzó por lo bajo una serie de inaudibles blasfemias contra el desconocido piloto, aparentemente sin causarle la muerte por control remoto.

Poco después el casco del *Falkenberg* emergía ante él. Al borde mismo del círculo de visibilidad arrojado por sus luces se detuvo para respirar hondo, y un segundo más tarde su cabeza desapareció por debajo del agua y sus manos tocaron el costado antes de volver a dejar que el aire penetrara en sus pulmones.

Surgió por debajo de popa, y se deslizó sobre el agua mientras esperaba por si se oía algún ruido que traicionase la presencia de algún vigía sobre cubierta. Por encima de los tonos propios del puerto pudo escuchar el murmullo de voces que llegaban desde los abiertos ojos de buey en dos direcciones diferentes: el ruido propio del chocar de cosas metálicas y el golpetear de la marea contra la quilla; pero nada denotaba que fuera un sonido causado por un hombre en la parte de afuera, el roce de ropas o el descuidado estiramiento de un miembro acalambrado. Por espacio de casi tres minutos se mantuvo esperando el menor asomo de disturbio que indicara el estado de alerta de una «comisión de recepciones» preparada para saludar a un visitante tan falto de autorización como él mismo. Pero nada pudo oír.

Se llevó una mano al cinto y la retiró cuidadosamente del agua con una máscara que ocultara allí antes de abandonar el *Corsair*. Una máscara de goma negra, tan delgada y sutil como el material de un globo de juguete; y cuando la pasó por encima de su cabeza, le cubrió cada pulgada de su rostro desde el extremo de la nariz hacia arriba, manteniéndose fija por su propia elasticidad. Si por algún mal cálculo llegaba a ser visto por alguno de los miembros de la tripulación, de ese modo estaba seguro de no ser reconocido.

Un momento más tarde se puso a la labor, moviéndose alrededor de la embarcación. Por el lado de popa se veían tres ojos de buey iluminados, y se detuvo junto al primero para hallar un asidero. Cuando lo hubo hallado, se izó fuera del agua, pulgada por pulgada, hasta que consiguió espiar por el borde del ojo.

Vio una amplia cabina que abarcaba todo el ancho de la nave. Una hilera de literas se extendía sobre dos de los tres costados que él alcanzaba a ver, pareciendo repetirse sobre el otro desde el que estaba mirando. En dos de ellas se encontraban hombres medio vestidos, leyendo y fumando. En una mesa situada en el centro otros cuatro más, en mangas de camisa, chaquetas y *shorts*, jugaban a los naipes, mientras un quinto trataba de hallar espacio suficiente para escribir una carta. Simón observó sus caras en ojeada que fue posándose sobre cada una a su vez, y mentalmente los catalogó como sujetos sin alma, productos de la más baja estofa de los que pudieran ser hallados en los «siete mares». En un cierto sentido se avenían con lo que esperaba hallar,

y dos ligeras arrugas plegaron las comisuras de su boca al deslizarse nuevamente hacia el agua tan suave y cuidadosamente como cuando poco antes se irguiera de ella.

El tercer ojo de buey iluminaba una cabina separada, más pequeña, con sólo cuatro literas. Cuando espió aquí tuvo que mirar por entre las piernas de un hombre que se reclinaba sobre la litera superior colgando a través de la abertura. Pero los calcetines de color ladrillo claro al extremo de las piernas bastaron para hacerle saber que se trataba del tipo que le había seguido esa misma tarde. En el lado opuesto de la cabina se hallaba el hombre al que encontrara holgando en el *foyer* del «Hôtel de la Mer», con un zapato quitado y cargando una pipa.

No hubiera podido atisbar ninguna de las cabinas principales sin subir a cubierta, pero por los fragmentos de la conversación que surgían por las ventanillas abiertas pudo saber que era allí en donde estaba desarrollándose la entrevista con Loretta Page. El profesor Yule parecía estar terminando alguna anécdota acerca de sus experiencias submarinas.

—... Y cuando aproximó su hocico contra el cristal, se quedó allí y miró. Jamás imaginé que un pez pudiera mostrar tal indignación en su cara.

Se oyó una risotada general, de entre la cual se elevó la voz suave y carente de entonación de Kurt Vogel:

—¿Ni siquiera eso te tentaría a bajar, Otto?

—A mí no —contestó una voz pastosa que el Santo no había oído anteriormente—. Prefiero quedarme encima del agua. ¿Y usted, *miss* Page?

—Eso debe ser sumamente interesante —dijo Loretta, y Simón pudo imaginársela sentada erguida y elegante—. Pero yo no lo haría. Sería como la misma muerte...

El Santo se deslizó nadando lentamente y sin ruido alguno hacia el lado de proa. Se irguió un tanto y volvió a sumergirse luego, pegado a la sombra del otro costado. Cuando se movió por debajo de los ventanales del salón en su viaje de retorno, Vogel estaba ofreciendo más licores. El hombre con los calcetines color de rosa roncaba ahora, y su compañero había encendido ya su pipa. El juego de naipes entre los tripulantes había terminado en medio del mayor bullicio, y el de la carta estaba pegando el sobre. Los demás continuaban en su lectura.

Simón Templar sacó una mano del agua para rascarse detrás de la oreja. Durante todo el tiempo dedicado a inspeccionar el barco pudo darse cuenta de que reinaba la mayor tranquilidad entre todos los ocupantes. Por lo demás, estaba seguro de que no había ningún centinela en cubierta.

Eso significaba quizá que Loretta fue sorprendida la noche anterior por algún marinero desvelado que debió salir a respirar aire puro. Pero aun cuando tal fuere la explicación, era de suponer que un guardia debía haber sido colocado posteriormente para frustrar cualquier otra tentativa. A menos que Loretta hubiera sido promovida de su condición de sospechosa a condición de certidumbre... en cuyo caso, puesto que se encontraba ya a bordo, el guardia no tenía nada que hacer.

El Santo dejó de considerar el punto. Lo único que le quedaba por hacer era avanzar en su labor y extender más sus investigaciones.

Enganchó los dedos al saliente de la cubierta y se izó hasta poder afirmar uno de los pies. Sólo por un instante hubiera podido ser visto allí erguido contra la negrura del agua, pues un segundo después se deslizaba silenciosamente a través del peligroso espacio abierto para confundirse en las sombras más profundas de la superestructura.

Y volvió a esperar. Si había alguien oculto no debía haber notado su llegada a bordo, puesto que no se oyó ninguna voz de alarma.

O el hombre se hallaba indeciso sobre si debía o no ir en busca de ayuda, o acaso estaba esperando atraparlo cuando se moviera un poco más adelante.

Pero nada aconteció. Simón se mantuvo allí como una estatua, sin respirar apenas, mientras los segundos se convertían en minutos en sus pulsaciones, y las gotas se deslizaban sobre sus piernas para ir a formar un charco alrededor de sus pies; únicamente el murmullo de la conversación del salón y las voces veladas de los tripulantes en la parte de abajo, llegaban a él en medio de la calma de la noche.

Por fin paseó la vista de un lado al otro. Encima de su cabeza, aquella parte extrañamente cubierta con lona que él observara desde su barco, se extendía hacia fuera como un toldo de grandes proporciones. Pero no se veía mástil al extremo cercano como para justificar tal aparato. El *Falkenberg* no cargaba velamen. Irguiéndose, introdujo los dedos por entre una abertura en las costuras, y sintió algo como una viga cuadrada de acero con cables de alambre que corrían por el interior; y de pronto la protuberancia cuadrada, igualmente cubierta con lona, sobre el extremo de la cual descansaba el toldo, tomó un significado concreto. Al extremo, contra la casilla, encontró ruedas. Los cables de alambre se arrollaban sobre esas ruedas y corrían muy próximos al mamparo por entre los ojales reforzados de cubierta, a sus mismos pies... ¡Lo que estaba tocando ahora era una grúa, bien engrasada, de último modelo, con un gancho de diez toneladas de potencia!

—Bueno, bueno, bueno —murmuró con admiración.



Y aquella popa curiosamente plana... Todo parecía corresponder. Los buzos podían ser dejados caer sobre la borda sin ninguna dificultad; y el gancho potente podría moverse de un lado a otro, y deslizar su garra en torno para ser descendido hacia lo que los buzos podían ofrecerle, Y mientras tanto, más allá de todos esos elementos, había un par de potentes y veloces motores y un casco de líneas aerodinámicas para facilitar una pronta huida, si se producía una emergencia. El caso era que un conglomerado de cosas tales no figuraba entre las comodidades halladas en los lujosos cruceros de placer.

Una suave sonrisa apareció sobre los labios del Santo, y hubo de hacer un cierto esfuerzo para no lanzar una exclamación. El último asomo de duda que pudiera haber en su mente había quedado borrado en esos breves segundos de examen. Loretta Page no había estado engañándole, ni imaginando cosas, ni tratando de inducirle a error.

¡Si hubiera estado con sombrero puesto, habríaselo quitado para saludar con solemnidad a las benignas deidades de la piratería que le llevaban a poder hundir su cuchara en semejante calidad de sopa!

En ese instante se abrió una puerta un poco más allá sobre cubierta, y un ruido de pasos se oyó en dirección adonde él estaba. En el lugar en que se encontraba no había escondite ni para un gato, excepto el que le ofrecía la sombra de la casilla de cubierta. Pero hasta eso mismo le fue quitado al ser encendida una luz no lejos de allí, y un par de las luces del mamparo detrás de los cristales esmerilados horadaron de pronto las sombras en un destello de amarillenta radiación.

El corazón del Santo subiósele casi a la boca, como excitado por la velocidad de un ascensor; y por un momento su mano se deslizó a la pistola que llevaba en el cinto.

Fue entonces cuando se dio cuenta que las luces que acababan de anular su escondite no habían sido encendidas con tal intención. No eran sino parte del sistema general de iluminación exterior de la nave, y su funcionamiento debía ser paralelo al de otras lámparas similares colocadas en todo el contorno de la cubierta. Pero los pasos se aproximaban ya al rincón en donde él habría de ser visto por entero; a sus oídos llegaban las palabras de Vogel hablando con el tono del amo acerca de los detalles de la grúa y su poder de carga.

Simón miró hacia lo alto, y sus manos se tendieron hacia el techo de la caseta. Un segundo después estaba en lo alto, tendido sobre el estómago, mirando curioso junto al borde.

## II

Durante toda la noche Kurt Vogel se mostró estudiadamente afable. La cena había estado perfectamente preparada y los vinos habían sido presentados con una encantadora sugestión de excusa, justamente dulzones como para satisfacer el paladar femenino, pero sin resultar demasiado dulces para ningún gusto. Vogel había estado haciendo el papel del más acabado anfitrión metropolitano. El otro invitado, al que él llamara Otto y que había sido presentado a Loretta como míster Arnheim, un hombre de cara ancha con ojos pardos y pequeños y una boca húmeda, encajaba en el papel con igual justeza. Y, sin embargo, la ingenua jovialidad del profesor Yule, con su risa infantil, sus anécdotas y su ridículamente prematura barba gris, era lo único que había aliviado la tensión nerviosa de Loretta.

Desde el momento en que puso sus pies a bordo supo que estaba siendo vigilada como una rata arrinconada por dos pacientes gatos. Sí, aun sin haber notado cosa alguna en apoyo de tal creencia. Nada había realmente, ni el menor asomo de una sugestión, para sentirse incómoda. La conducta de Vogel y de Arnheim eran tan puntillosas que, de haber carecido de la genialidad que denotaban los dos, habría parecido casi embarazosamente formal.

La amenaza no estaba en lo que decían o hacían. Estaba más bien en su propio silencio. Sus sonrisas jamás llegaban a sus ojos. Sus risas no iban más allá de sus gargantas. Durante todo el tiempo habían estado observando, esperando, analizando. Cada uno de los movimientos que ella hacía, cada una de sus miradas, cada una de las inflexiones de su voz, todo caía bajo el microscopio mental de ambos, y era observado, pesado, escrutinizado en todas sus partes componentes hasta extraerles la última partícula de su significado.

Y la artera malicia y habilidad de todo ello radicaba en que una mujer perfectamente inocente en el papel que ella había aceptado no podía demostrar que se sentía afectada.

Cuando se hallaban en mitad de la cena había podido darse cuenta que tal era el juego que ambos hombres estaban haciendo. Simplemente no hacían otra cosa que dejar que su imaginación trabajara contra ella misma, mientras ellos continuaban mirando. Firme, hábilmente, sin piedad de ninguna especie, estaban oponiendo su propio cerebro contra ella misma, llevándolo, milímetro a milímetro, a la tensión de autoconciencia en donde ella tendría que dar un paso en falso que sería suficiente para el propósito que perseguían. Y durante todo el tiempo habían estado sonriendo, hablándole adulonamente,

respetándola con sus palabras, tan ladinamente que un observador como el profesor Yule no hubiera podido ver en la maniobra nada que pudiera ser considerado como la más mínima ofensa contra la mujer.

Loretta se había cogido al profesor como a una estrella-guía infalible en el sinuoso curso que tenía que seguir, a pesar de haberse dado cuenta por completo qué significaba el patronazgo de esa exploración científica. La sincera inocencia de Yule era la única cosa de la cual podía asirse; y cuando él se quedó en el salón, Loretta experimentó una sensación de frío vacío que no se la produjo exactamente el temor.

Araheim supo lograrla con una sola frase de tacto irreprochable y sin discusión, cuando Vogel sugirió mostrarle el barco.

—Nosotros nos quedaremos aquí y nos ocuparemos del oporto —dijo, y en la expresión de sus ojos no habría podido notarse el menor asomo de malicia.

Loretta vio las cabinas, cuartos de baño, pasillos, máquinas y refrigeradores, y escuchó las explicaciones que se le daban. Por su parte pronunció expresiones de admiración y deleite mientras se dejaba como acariciar por el monótono hipnotismo de la voz de él. Preguntábase si llegaría a besarla en una de esas cabinas, y sintió como si acabara de abandonar una prisión cuando por fin volvieron al aire libre de la cubierta.

La mano de Vogel se deslizó por entre su brazo. Era la primera vez que la tocaba, y aun así su contacto no tuvo nada de familiaridad.

—... Esa parte abierta de cubierta es muy agradable para estar sentado cuando no hace calor. Tendemos un toldo encima de ese aparejo si el sol es demasiado fuerte.

—Debe ser maravilloso poseer un barco como éste —dijo ella.

Se hallaban junto a la borda, mirando hacia el río. En alguna parte, en medio de las luces que iluminaban el estuario, se encontraba el *Corsair*, pero ella no advirtió nada que pudiera indicar su presencia.

—Estar en condiciones de tenerla a usted aquí... eso sí que es agradable —repuso él—. En otras ocasiones este barco resulta muy solitario.

—Eso será según usted lo interprete.

—Lo es. Soy un hombre rico. Si le dijera lo rico que soy, acaso creyese que exagero. Podría llenar este barco cien veces con... compañías poco agradables. Un millonario generoso siempre es atrayente. Pero jamás lo he hecho. ¿Sabe usted que es la primera mujer que pisa esta cubierta?

—Lo sentiría si lo lamentara —manifestó ella con abandono.

—Pues es así.

Sus ojos negros la miraron con ardiente intensidad. Ella se dio cuenta, con un estremecimiento de horror fantástico, que estaba mostrándose totalmente sincero. Con ese tono tan desapasionado de su voz estaba haciéndole el amor, como si el acto lo realizara contra su voluntad. Continuaba mirándola; pero dentro de esa inflexible vigilancia podía notarse un ansia grotesca de ilusión que resultaba aún más aterradorante.

—Si lo lamento es porque cuando uno da a una mujer el menor rincón de su mente, está dándole el poder para tomarse aún más. En un caso así, uno deja de seguir estando bajo el dominio supremo de su propio destino. Toda la construcción de una vida puede quedar rota a causa de un instante de locura.

Ella sonrió.

—Es usted muy cínico. Oyéndole, parece como si en amor hubiera tenido desengaños.

—Jamás he estado enamorado...

La última palabra se apagó como si no hubiera estado destinada a ser la final. Dio a la frase una cualidad curiosamente persistente, de modo que pareció repercutir en el aire, repitiéndose en ecos fantásticos después de haberse apagado el sonido real.

Ella medio se volvió hacia él, como pidiéndole que concluyera esa frase sin terminar. Pero se encontró con que sus manos la empujaban sobre la barandilla, con su gran nariz de ave de presa hacia su cara, su boca de amplios labios sin sangre moviéndose bajo un torrente de palabras apenas murmuradas.

—Me ha tentado usted a ser loco. Durante años enteros he excluido de mi vida a las mujeres para que ninguna de ellas pudiera perjudicarme. Pero ¿qué vale la riqueza sin mujeres? Sabía que usted deseaba venir a conocer mi barco. Para usted puede que no sea otra cosa que haber estado en una hermosa embarcación, pero para mí ha sido el comienzo. He quebrado la regla de toda una vida para que usted viniera aquí. Y ahora no quiero que se marche.

—Cambiaré de idea al llegar la mañana —repuso ella, apartando de él su cara y zafándose de entre sus brazos—. Además, no puede olvidar usted el honor de una pobre mujer...

Echó a andar por cubierta, arreglándose el abrigo con una compostura estudiada, como si hallara una escapatoria en el movimiento. Él caminaba a su lado, hablando de emoción su voz terriblemente carente de emotividad.

—El honor es la virtud de la gente inferior que no pueden pasarse sin él. Tengo bastante dinero como para no hacer caso de lo que cualquiera pudiese

pensar o pudiera decir. Si usted estuviera de acuerdo conmigo, nada podría herirla.

—Únicamente yo misma.

—No, no. No sea convencional. Eso no es digno de usted. Mi tarea consiste en comprender a las personas. Usted es de esa clase de mujeres que pueden mirar los hechos sin dejarse engañar por las nieblas del sentimentalismo. Hablamos el mismo lenguaje. Es por eso por lo que le estoy hablando de esta manera.

De pronto la asió por un hombro, de modo que ella debió detenerse y darse vuelta.

—Es usted de esa clase de mujeres con quienes yo podría olvidarme de ser frío.

La atrajo hacia sí, y ella cerró los ojos antes que él la besara. Su boca era dura, con una clase de suavidad áspera que la hizo estremecerse. Al cabo de un largo rato, la soltó. Sus ojos ardían como brasas.

—¿Se quedará, Loretta? —preguntó con voz gruesa.

—No —contestó ella, apartándose. Sentíase extrañamente enferma, como si el aire se hubiera vuelto de pronto pesado, irrespirable—. No lo sé. Es usted demasiado vehemente... Pregúntemelo mañana. ¡Por favor!

—Es que yo parto mañana.

—¿Sí?

—Partimos hacia St. Peter Port. Esperaba que usted nos acompañaría.

—Deme un cigarrillo.

Vogel hurgó en sus bolsillos. La distracción, aunque común, bastó para mellar el filo de su ataque.

—Creo que me he dejado adentro la pitillera. ¿Desea volver?

Abrió la puerta, y la mano de ella se posó por un momento en su brazo cuando pasó hacia la casilla del timón. Un momento después él le tendía una cajita de laca, y luego le ofreció fuego.

—Antes no me ha mostrado esto —dijo ella, mirando a su alrededor.

Aparte de ser la casilla del timón, era a la vez una de las cabinas más agradables del barco. En el extremo posterior se veían estantes con libros y media docena de sillones profundos que invitaban a la holganza. Una rica alfombra cubría el suelo. Largas ventanillas derechas se abrían a lo largo de los costados, y el extremo delantero era un panel curvado de cristal siguiendo la forma aerodinámica de la construcción. En soportes de la pared veíanse flores vistosas y luces veladas hundidas en el techo. El timón y el tablero de instrumentos, en un rincón, la bitácora al frente y la mesa de cartas de

navegación llenando el receso, daban al lugar el aspecto debido, como si fuera el capricho de un millonario con la idea de decorar una vivienda ordinaria de forma que pareciera el interior de un yate.

—Pero tenía intención de traerla aquí —contestó Vogel.

No fumaba. Tenía la maestría de un actor con sus manos desocupadas, que en él parecían ser solamente el índice de una tensión inhumana. Loretta tuvo la impresión de que estaba haciendo esfuerzos para reponerse de su actitud anterior; pero, antes de que volviera a hablar, se oyó llamar a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con viveza, y ella fue la primera vez que notó una brecha en su actitud de completo autodomínio.

—Si me permite, señor...

El mozo que había servido la mesa se hallaba en la puerta, con la cara como una máscara, y sin embargo obsequiosamente expresiva. Vogel se volvió a Loretta iniciando un encogimiento de hombros como pidiendo que le excusara.

—¡Lo siento!... ¿Me permite usted un momento?

La puerta se cerró detrás de los dos hombres, y ella se reclinó contra el respaldo de una silla. El cigarrillo se mantenía casi inmóvil entre sus dedos. En el papel ovalado que envolvía el tabaco no había el menor movimiento debido al cual se la hubiera podido acusar de inseguridad. Lo miraba sin interés. Al extremo del cigarrillo se sostenía casi una media pulgada de ceniza... una evidencia completa de que ni por una vez había expuesto la tensión nerviosa que desde hacía rato hacía presa en su interior.

Se apartó del respaldo de la silla y cruzó la estancia. Ésta era la primera vez que había quedado sola desde que llegara a bordo. Era la oportunidad en que tanto había pensado durante la cena, la única esperanza de hallar un hilo de evidencia que marcara algún progreso en su labor, sin el cual todos sus sufrimientos anteriores resultarían completamente inútiles, hasta el punto de que tendría que volver a empezar de nuevo.

No sabía exactamente qué buscaba. No había ninguna cosa definida que buscar. Sólo podía buscar algún indicio que pudiera sumarse a la compilación de datos que ya se conocían respecto a Kurt Vogel... algo que milagrosamente pudiera probar que era el último indicio que faltaba. Antes que ella otros habíanlo intentado también, logrando reunir fragmentos de conocimiento con una paciencia infinita y un riesgo enorme. Fragmentos que, después de muchos meses de esfuerzo, pudieron llegar a ser una sola pista: ésta que la había traído aquí.

Deslizó la mirada sobre los títulos de los libros que había en los estantes. Eran tomos de filosofía, libros sobre ingeniería y navegación, libros sobre leyes internacionales, en diversos idiomas. Veíanse obras sobre criminología, memorias de espionaje y unas cuantas novelas de índole detectivesca de alto tipo matemático, No parecían meros adornos. Retiró un par de ellos al azar y volvió sus páginas. Eran reales; pero habría necesitado de unos veinte minutos para escudriñarlos todos.

Sus dedos se curvaron y apretó los labios. Nada en los libros. La mesa con cartas de navegación, acaso... Cruzó rápidamente la estancia, sorprendida ante el ruido del roce de su traje de seda al moverse, con el corazón latiéndole con una celeridad que la sorprendió aún más. Esto le pareció curioso. Tres semanas atrás habría jurado que carecía de corazón... y de nervios. Una semana antes. Un día atrás. O un siglo tal vez.

Se puso a mirar la mesa, en la que había un mapa general de las islas del Canal y la costa francesa, abierto sobre la pulida madera de tek. ¿Qué había en esa carta de navegación? Una ruta había sido marcada desde Dinard hasta St. Peter Port, con un recodo en ella para eludir el extremo occidental de los Minquiers. Podía verse también una nota de direcciones y distancias por el ángulo de las delgadas líneas a lápiz. No había nada de extraño en eso. Sus ojos se volvieron y observaron las manchas aisladas de rojo que marcaban los faros y boyas.

Y fue entonces cuando vio una marca roja que no era igual que las demás. Un círculo distante trazado en tinta roja en torno a una tilde negra marcada al este de Sark. A su lado, también en tinta roja, unas pequeñísimas cifras cuya finalidad era la de explicar la situación exacta.

Las cifras parecieron bailar ante sus ojos. Cogió su bolso, tratando de contener la absurda excitación que empezaba a latir debajo de sus costillas. Sí, eso mismo. Tan fácil, tan sencillo. Acaso la última huella, el fabuloso «Sésamo, ábrete» que había estado atormentando su imaginación. Tomaría el apunte de esas marcas rojas... y los otros no tardarían en conocer su significado.

Sobre la mesa había un lápiz, y abrió el bolso antes de recordar que no tenía nada en que escribir. Podría hacerlo con el lápiz de *rouge* sobre el pañuelo, pero... en un cenicero próximo se veían varios pedazos de papel rasgado, y un trozo cuadrado de papel bastaría. Extendió su mano.

De pronto se sintió helada. Algo como una torpeza de pesadilla se apoderó de sus rodillas, y cuando volvió a respirar de nuevo lo hizo con un suspiro de estremecimiento y angustia. Pero metió su mano en el bolso con bastante

firmeza y sacó su estuche de polvos. Serenamente se empolvó la nariz, y luego se encaminó hacia otra mesa y se quedó allí volviendo las páginas de una revista... con el zumbido de cien dínamos locas bullendo en su cuerpo y rugiendo atronadoras en su cerebro.

Esos fragmentos de trozos de papel. El lápiz listo para ser tomado al primer asomo de una idea. La carta marina allí al alcance, con el círculo rojo marcado en ella.

La excusa de Vogel para abandonar la cabina. La cena que había anulado su autodomínio hasta el punto de que el filo más agudo de su vigilancia se había mellado... hasta el punto de que sus propios nervios doloridos habíanla tentado a caer al borde mismo de una trampa de la que únicamente la protesta de un sexto sentido había podido salvarla...

Y se quedó allí, temblando en su interior, aun cuando su mano seguía manteniéndose firme. Miraba sin ver aquella sucesión de imágenes que se grababan en su retina sin llegar a su cerebro. Por varios segundos careció de la fuerza necesaria para conseguir moverse.

Luchó ansiosa para dominarse. Después de una eternidad que apenas duró un cuarto de minuto, dejó caer la revista sobre la mesa y volvió lentamente hacia la silla de la que se levantara. Y se sentó. Podía darse cuenta que sus movimientos eran suaves y lentos y que su cara se mostraba serena a pesar de su tumulto interno. Antes de eso, su cara y sus manos pudieron haberla traicionado. Todo dependía del ángulo visual desde el cual pudo haber sido observada. Pero cuando Vogel volvió, la sonrisa con la que ella levantó los ojos para mirarlo fue serena y estuvo desprovista de toda expresión de alerta.

Él inclinó la cabeza.

—¡Discúlpeme usted!

La sonrisa con que contestó a la suya fue un tanto preocupada, y ni siquiera cometió el error de mirarla de cerca. Avanzó directamente hacia un escritorio plegadizo empotrado en un costado de la cabina y abrió uno de sus cajones.

—No necesita alarmarse usted —dijo con su voz serena y fría—, pero me agradecería que continuara donde está por unos minutos más.

Loretta sintió que se le erizaba la piel, y trató de dar a su voz el acento de que siempre hacía uso.

—Me siento muy cómoda —dijo.

—Creo que será mejor que siga aquí —repuso él, volviéndose con una pistola en la mano—. Los mozos han visto nuevamente a alguien merodeando



en torno al barco, justamente como la misteriosa persona que estuvo aquí anoche. Pero esta vez el merodeador no escapará tan fácilmente.

### III

Algo tan intangible como el aire y tan siniestro como una ametralladora comenzó a martillar contra la boca del estómago de Loretta. Sintió que la sangre huía de su cabeza hasta que nada más que un poco de polvo y el bronceado marino de su tez quedaron allí para salvarla del desastre completo.

—¿Quién será? —preguntó.

Su voz pareció llegar desde cuatro o cinco millas de distancia, como un mero eco de ella misma. Se daba cuenta que por algún milagro de fuerza de voluntad había podido mantener en sus labios la misma sonrisa de antes; pero eso no era suficiente. El desastre no quedaba alejado, sino simplemente demorado.

Una curiosa mirada de humorismo desesperado era la única cosa a la que podía aferrarse. Ella, que había sabido hacer frente en su propio terreno a hombres más que encallecidos en el vicio, que se había hallado frente a la muerte con tanta frecuencia como ante el deshonor... ella, Loretta Page, que había sido clasificada en la firma *Ingerbeck* como la persona de cabeza más fría entre el gran número de personas serenas que operaban perpetuamente en temperaturas por debajo del cero... estaba sintiéndose lenta e inevitablemente abatida. Las raspaduras de un «tercer grado» más sutiles y mortíferas que cualquiera otra cosa en que ella hubiera podido soñar estaban consiguiendo lo que la mera violencia jamás había logrado. Estaban ganando terreno tan implacable y firmemente como el mismo destino, convirtiendo su propio yo en su peor enemigo.

Los ojos negros de Vogel se clavaban ahora en ella. Habíanse vuelto sobre su cara como los polos de un imán del cual ella tuviera que luchar para poder zafarse; y, sin embargo, sus facciones aquilinas se mostraban todavía faltas de expresión positiva.

—De nada tiene que inquietarse usted —le dijo, en un murmullo de acariciadora seguridad.

—Pero me siento emocionada —contestó ella, y su mirada se encontró inalterable con la suya, con la misma sonrisa de inocente amistad—. ¿Qué es lo que le hace a usted tan popular?

Vogel se encogió de hombros.

—Probablemente será algún ladrón vulgar, que cree que el barco está cargado de tesoros. Ya lo sabremos.

—Permítame ir con usted.

—Querida...

—No tengo el menor miedo. No, mientras usted sostenga esa pistola. Le aseguro que me mantendré completamente quieta. No quiero perderme algo tan excitante. ¡Por favor... permítamelo usted!

Vogel vaciló por un momento solamente, y luego abrió la puerta que daba sobre el lado de estribor.

—Está bien. Pero manténgase detrás de mí.

Apagó las luces, y ella lo siguió a cubierta. Bajo la tenue luz del mástil principal alcanzó a ver su ancha espalda moviéndose hacia delante, y avanzó detrás suyo. Al abandonar la brillante iluminación de la casilla del timón, en el primer momento no hubo ninguna diferencia en calidad entre la negrura del aire y el mar, de modo que la noche pareció flotar en torno de ellos, por encima y por debajo, como si el *Falkenberg* se encontrara suspendido en un amplio tazón de negruras tachonado con algunas luces minúsculas. Vogel quedaba casi invisible mientras avanzaba sin hacer el menor ruido hacia el otro lado de la cubierta, y cuando se detuvo... su sombra se elevó ante sus ojos con tal prontitud que Loretta casi chocó con ella.

—Todavía se halla aquí.

Su voz le llegó a los oídos como una débil vibración en la inmovilidad del ambiente. Desde donde ella se encontraba podía mirar a lo largo de toda la extensión de la cubierta, un sendero grisáceo salpicado con las luces amarillentas de las ventanas del salón en donde Yule y Arnheim debían estar discutiendo acerca de las calidades del oporto. La casilla de cubierta se perfilaba en negro y arrojaba bancos de sombra a través del espacio abierto. Hacia popa se veía otra sombra mezclándose con el resto, una cosa que se distinguía de las demás solamente por sus curvas más cortas y vivas. Fue algo que le hizo sentir un escalofrío. Vogel levantó la pistola.

La mano izquierda de Loretta se asió a la barandilla. Estaba temblando, aun cuando su mente funcionaba con una claridad que parecía extraña a su persona. Ese psicológico tercer grado había logrado sus propósitos.

Vogel se había adueñado de ella. Aun cuando hubiera podido engañarlo durante toda la noche, aun en el caso de que no se hubiera traicionado al hallarse junto a la mesa con las cartas marinas, aun cuando pudo mantener inmóvil la máscara en su cara cuando él regresó... a pesar de todo ahora era dueño de ella. La historia de un hombre que merodeaba en cubierta podía ser

una mentira. Ella pudo haber imaginado la sombra como consecuencia de su propio temor culpable; o acaso no fuera sino uno de los mismos tripulantes colocado allí para hacer el papel y facilitar el engaño. Si era así, Vogel probablemente dispararía el arma, pero con un cartucho sin bala. Pero ella no podía saberlo. No tenía miedo de poder saberlo. Veíase obligada a dejar que el Santo fuera sin previo aviso, o...

Una docena de alocados pensamientos bullían en su cabeza. Podía ponerse a gritar como histérica. Podía estornudar, toser o apoyarse como desvanecida contra el hombro de Vogel. Pero, sin embargo, se daba cuenta de que era justamente eso lo que se esperaba de ella. Y en cuanto diese la primera muestra de interferencia quedaría marcada para siempre. Él no tendría ya la menor duda acerca de su papel.

Le miró con una especie de desesperada agonía. Pudo ver su brazo extendido contra el gris más claro de la cubierta, el brillo opaco de la automática inmóvil al extremo del brazo y sus ojos negros junto a la mirilla del arma. Algo en la inmovilidad sin nervios de su posición le dijo que era un hombre a quien el pensamiento de errar el tiro jamás se le había ocurrido. Vio el gran gancho siniestro de su nariz y los bordes de su boca movidos hacia atrás de modo que los labios delgados se apartaban en dos líneas paralelas que eran tan implacables como la sonrisa de una cobra. Sus propias palabras resonaron en su cabeza como en un coro de mofa: «Cuando uno contrata con la *Ingerbeck*, no firma para actuar en un *cocktail-party*... Se presta un juramento... para cumplir una misión, cerrar la boca... cargar con las consecuencias...».

Y ahora ella tenía que elegir. Lo mismo ocurría con el Santo.

Moviéndose a lo largo del techo de la casilla de cubierta tan silenciosamente como un fantasma, había estado siguiendo todo cuanto ocurriera en la parte de afuera. Tendido en la casilla, habíase inclinado en un ángulo peligroso hasta que le fue posible atisbar por una de las ventanas y ver lo que ocurría en el interior. Había contraído los músculos en un espasmo de exasperación impotente cuando vio que la mano de Loretta se tendía para tocar el lápiz y caer casi en la trampa, pero había respirado aliviado al ver que se retiraba. Todo cuanto ella hubo de soportar habíalo sentido por simpatía él en su interior; y cuando Vogel regresó y sacó su automática, Simón había oído lo que dijo y comprendió su significado.

Ahora, hallándose tan próximo a la cabeza de Loretta que casi habría podido tocarla con sólo estirar la mano, comprendía mucho más. La primera mención de un hombre merodeando en cubierta había actuado como pila

eléctrica sobre una serie de centros nerviosos a todo lo largo de su espina dorsal. Luego no lo había creído. Después había visto la sombra a la que miraba Loretta, y recordó la negra canoa con la que casi había chocado al llegar nadando al barco. Pero Loretta no había podido verla; y él se daba cuenta de cuáles eran sus pensamientos. Podía leer qué pasaba en su mente, podía sufrir todo cuanto ella estaba sufriendo, como si por alguna afinidad clarividente que trascendiera la razón se hallase identificado con ella en la tensión de este trance satánicamente concebido; y en su corazón hubo algo así como una curiosa exultación cuando, saltando desde el techo de la casilla de cubierta, voló por el espacio por encima de la cabeza de ella.

Loretta pudo verlo como si hubiese caído milagrosamente de los cielos, que fue más o menos lo que hizo. Con un pie derribó la automática y con el otro golpeó de plano contra el costado de la cabeza de Vogel. La pistola hizo fuego con un estruendo que repercutió de uno a otro lado del estuario. Vogel se tambaleó contra la barandilla y cayó de rodillas.

Simón se lanzó a la borda, asióse de ella con las manos, y por un momento se mantuvo colgando. Sobre el otro extremo de la cubierta, la sombra que se encontraba allí se desprendió de las otras sombras y corrióse por la angosta vía de luz para asirse de la barandilla y dejarse caer al agua.

Loretta Page miró azorada... medio incrédula ante el milagro, con el aliento en suspenso, con una sensación de increíble alivio en su pecho. Alcanzó a ver el brillo de los blancos dientes de Simón en una sonrisa familiar, le vio llevarse los dedos a los labios y enviarle un beso con un gesto de naturalidad infinita; y luego, cuando Vogel empezaba a levantarse, sosteniendo aún la pistola en su mano derecha, vio que el Santo se erguía en un arco musculoso para lanzarse sin pérdida de tiempo al agua.

Se hundió en una zambullida larga y profunda, y se alejó del círculo de luces del *Falkenberg* antes de volver a la superficie. Había calculado bien su tiempo, de forma tal que la canoa pasó más allá de sus ojos cuando él surgió a la superficie. Levantó entonces una mano y se aferró a la borda, volcando casi la embarcación hasta que su conductor se inclinó sobre el otro lado para equilibrarla.

—Creía que usted había dado el adiós a Francia —dijo el Santo.

—Y yo creo haberle dicho que no recibiría sus órdenes —contestó el otro.

—No fueron tales las órdenes de Loretta, Steve.

Murdoch hundió un remo y maniobró la canoa para bordear la popa de otro yate anclado más allá en el río.

—También ella está loca —protestó—. El que usted la haya deslumbrado con su actitud de *gigolo*, no quiere decir que yo ignore lo que dirá cuando vuelva a sus sentidos de mujer. Así es que me quedaré en donde me plazca.

—Y espero que será tiroteado en donde le plazca también —murmuró Simón—. Yo no intervendré en la próxima metida de pata que haga. Esta vez he intervenido solamente para salvar a Loretta. La próxima vez, cargará usted con las consecuencias.

—Así será —dijo proféticamente Murdoch—. ¡Apártese de esta canoa!

Simón soltó sus manos con lentitud, resistiendo la tentación de soltarse con una sacudida que habría hecho volcar el bote y caer al agua al obstinado ocupante. Se preguntó si la agresividad de Murdoch estaría fundada en la completa ignorancia de cuál hubiera podido ser la consecuencia de su torpe intromisión o si es que se debía al objeto de alejar la idea de que había cometido un error imperdonable; y más que todo se preguntó qué más podría resultar de las insubordinaciones de ese hombre tan duramente obstinado como inflexible.

Una de tales preguntas le fue contestada casi inmediatamente.

Nadó hacia atrás, moviendo suavemente las manos y escuchando el bajo y sonoro zumbido de un potente motor que acababa de entrar en funcionamiento en la noche. No se veían luces a través de ninguno de los ojos de buey y dedujo que todos los tripulantes debían hallarse en tierra. Se encontraba a un costado del *Falkenberg*, oculto temporalmente de la visión del buscador con ojos como los del más astuto lince. El zumbido del motor fue haciéndose más fuerte; y con una rápida decisión se asió a un puntal, se irguió con agilidad y rodó sobre la minúscula cabina de popa.

Llegó a ella apenas un segundo antes de que el rayo de un reflector inundara la embarcación, arrojando a su paso un destello de brillante iluminación a través de cubierta. El zumbido del motor le llegaba con mayor claridad; y moviéndose cauteloso sobre el borde de la cabina alcanzó a ver la lancha de motor del *Falkenberg* tan próxima a su refugio que habría podido tocarla con un bichero. Un marinero agazapado sobre la cubierta delantera, movía un potente reflector que estaba montado allí; otros dos hombres se hallaban junto al timón, siguiendo con los ojos el sendero del rayo. Su largo dedo bailó sobre el agua, tocó luminoso contra los cascos de otras embarcaciones ancladas, se tendió más debilitado sobre las orillas más distantes del estuario... y de pronto fue a detenerse sobre la silueta de una canoa que emergió de las sombras como de entre el abismo, navegando silenciosa en dirección a la piscina de natación situada al extremo de la *Plage*

*du Prieuré*. La canoa viró como una gaviota asustada y avanzó paralela a la costa rocosa; pero el rayo se pegó a ella como una barra magnetizada de luz, reteniéndola como por medio de cables intangibles. Al mismo tiempo el murmullo del motor de la lancha aumentó su nota: la proa se levantó un tanto y una blanca estela de espuma se alargó desde su popa mientras el eslabón luminoso entre las dos embarcaciones iba acortándose.

La canoa viró una vez más, y enfiló de nuevo hacia el Sur. El que la conducía remaba ahora con golpes más lentos de remo como si estuviese tratando de borrar la primera impresión de que iba huyendo. La lancha del *Falkenberg* viró entonces y avanzó hasta colocarse a su costado. Y en el mismo instante el reflector quedó apagado.

Simón oyó claramente las voces a través del agua.

—¿Ha visto usted a alguien nadando por aquí?

Y la contestación dura de Murdoch:

—Sí, he visto a alguien... por aquel otro lado.

—Gracias.

La voz del que hablaba desde la lancha fue lo último que escuchó Simón. Y luego, después de una pausa muy breve, el motor volvió a oírse, y la lancha se deslizó suavemente en dirección al *Falkenberg*, mientras la canoa seguía bogando en dirección a tierra. En esa pausa insignificante el único sonido que se oyó fue un golpe seco como el que hubiera podido hacer un hombre al dejar caer un cuerpo pesado contra un suelo duro. Pero Simón Templar supo con absoluta certeza que el hombre que navegaba en la canoa rumbo a la costa no era el mismo hombre que había sido descubierto por el reflector y que el hombre que estuviera poco antes en la canoa era conducido ahora sin sentido en la lancha.

## IV

La lancha se deslizó debajo del costado del *Falkenberg*, y el hombre situado en la cubierta delantera, el que había estado maniobrando con el reflector, se irguió entonces y descolgó la escala. El propio Vogel asió la cuerda e hizo el amarre. Por debajo de la palidez natural de su tez podía notarse una curiosa rigidez, y la línea de sus cejas sobre su nariz ganchuda se veía acentuada por las sombras que caían sobre su cara al inclinarse sobre la barandilla.

—¿Han hallado algo?

—No —contestó el hombre del timón. Levantó la vista hacia Vogel con intensidad, y su mano derecha movió una alfombrilla que parecía haber sido echada sobre un bulto bastante grande tendido en el asiento de su lado. Su voz flemática, con un marcado acento gutural, añadió lenta y deliberadamente—: Hemos interrogado a un hombre que iba en una canoa, pero dijo que no había visto a nadie.

—Ya —dijo Vogel con naturalidad.

Se irguió con un ligero encogimiento de hombros; y el profesor Yule y Arnheim se apartaron con él de la borda.

—Es una lástima —manifestó Yule con entusiasmo—. Pero no han ido muy lejos. ¿Quiere que vayamos a hacer otra búsqueda mayor?

—No obtendríamos más éxito, mi estimado profesor —contestó Vogel—. En el río hay bastante espacio para que cualquiera desaparezca rápidamente, y nosotros hemos desperdiciado algún tiempo antes de iniciar la búsqueda —agregó, volviéndose entonces hacia Loretta—: Lo lamento. Ha debido impresionarse usted bastante, y usted es mucho más importante que el dar con un par de ladrones.

En cierto modo la cualidad de su voz estaba alterada y ella notó el cambio, aunque sin poder definirlo. Se sentía como alguien que hubiera estado observando una mecha avanzando hacia una carga de explosivos situada debajo de sus pies y que luego de chisporrotear un momento se hubiera apagado en forma milagrosa. La sensación de flojedad en sus músculos distaba mucho de ser la parálisis de la pesadilla: era la lasitud de un alivio puro, genuino. Sabía que, por esta noche al menos, el peligro estaba alejado. Vogel no intentaría nada más. Unas horas más tarde volvería a mostrarse tan equilibrado y peligroso como siempre. Su cerebro volvería a funcionar con la misma implacable insistencia y frialdad; pero por el momento él mismo se hallaba sufriendo las consecuencias de un *shock*, posiblemente muy mínimo, pero, sin embargo, lo suficientemente real para haber alterado la precisión delicadamente calculada de su ataque. Algo le decía a Loretta que ese hombre se daba cuenta de lo que había perdido, y que era bastante listo y astuto como para no malgastar más de un esfuerzo en una oportunidad ya malograda.

—Me siento perfectamente bien —dijo, y sus nervios volvían a estar nuevamente tan firmes que tuvo necesidad de apelar a la simulación para denotar vestigios del ligero temblor que exigía la situación.

—De todas formas, me parece que no le sentará mal un trago.

—Eso no nos hará mal a ninguno —asintió Arnheim.

A su manera también parecía alterado, aun cuando su ancha cara redonda se mostraba tan inexpresiva como siempre, y su pequeña boca húmeda estaba fruncida en la misma enigmática expresión que había tenido toda la noche. Se hizo cargo de la botella y en dos metódicos tragos sorbió casi medio vaso de *whisky* puro. Vogel se sirvió una poca cantidad con algo de soda y bebió con impenetrable lentitud.

Pero incluso la capa artificial de alegría había desaparecido de él. Su suavidad inalterable, con la sólida cooperación de Arnheim, eliminaba todo silencio molesto. Una curiosa y pesada tensión como la amenaza del trueno parecía flotar en la atmósfera, una tensión tan sutil y bien oculta que en cualquier otra ocasión ella habría creído que no era sino algo subjetivo, propio de su misma fatiga.

Y cuando por fin manifestó que llevaba varias noches acostándose a hora avanzada, y pidió permiso para que la excusaran, notó como una tenue nota de alivio en sus protestas.

—Siento mucho que lo ocurrido haya echado a perder la velada —dijo Vogel, cuando abandonaban el salón.

Ella posó la mano en su brazo.

—Sinceramente, no me ha afectado en absoluto —repuso—. Ha sido una aventura. Con franqueza, me siento cansada. ¿Lo comprende usted?

En esto último dijo la verdad. Una reacción estaba haciéndola sentirse mental y físicamente lesionada, como si su mente y su cuerpo hubiesen sido aplastados por los rodillos de una máquina. Él se sentó a su lado en la cabina de la lancha de motor, y mientras una ligera brisa hacía ondear sus cabellos, Loretta sintió como si hubiese transcurrido toda una semana de incesante esfuerzo desde que se resolviera a acudir a esta peligrosa cita.

Sintió que su brazo izquierdo se posaba por detrás de sus hombros y una de sus manos en su rodilla, y se preparó para mantenerse rígida.

—¿Vendrá mañana con nosotros?

Movió la cabeza, exhalando un ligero suspiro.

—Esta noche he pasado mucho... ¿O es que no piensa usted darme una oportunidad para poder pensar?

—Tenemos muy poco tiempo. Partimos mañana y...

—Lo sé. ¿Acaso eso hace que la situación sea más fácil para mí? Es mi vida la que pretende comprar usted. Puede no parecerle a usted mucho, pero es la única que poseo.

—Pero vendrá usted.

—No puedo decirlo. Toma usted mucho como cosa hecha...



—Sí, vendrá usted.

La mano que tenía posada sobre su hombro la sentía pesar en su carne. El tono hipnótico y profundo de su voz resonaba en sus oídos como una campana de hierro vibrando en un abismo; pero no fue el mando que llevaba en sí lo que le dijo que tendría que ir. Había habido peligro, conmoción, respiro; pero nada había obtenido. Tendría que ir.

—¡Oh, sí... iré! —exclamó, volviendo la cara hacia su hombro; y luego, sin poder contenerse, añadió—: ¡No, no me vuelva a tocar ahora!

Él se apartó. Ella se sentó en el extremo opuesto de la cabina y miró hacia las aguas oscuras mientras la lancha iba acercándose al muelle. Vogel la acompañó en silencio hasta el hotel, y ella se preguntó qué especie de sobrehumana exaltación podía llevarlo a la obediencia. Volviéndose al llegar a la puerta, le tendió la mano.

—Buenas noches.

—¿Será muy temprano a las diez y media? Enviaré antes de esa hora a un mozo para que prepare su maleta.

—De acuerdo.

Vogel le besó la mano y regresó al muelle. En el viaje de vuelta se encargó él del timón, y llevó a la lancha a bastante velocidad por entre las sombras con la proa en alto mientras la luz de su faro iba iluminando el derrotero. El hombre que poco antes había llevado a cabo la persecución, se mantenía a su lado.

—¿Dónde lo has dejado, Ivaloff? —preguntó Vogel en voz baja.

—En la cabina número 9 —contestó el hombre con su voz gutural—. Está bien amarrado y amordazado; pero creo que seguirá durmiendo durante algún tiempo más.

—¿Sabes quién es?

—No lo he visto antes. Quizá lo conozca alguno de los hombres que han estado vigilando en tierra.

Vogel no dijo nada. Aun en el caso de que el cautivo fuera un desconocido, sería posible averiguar de quién se trataba. Si no llevaba encima papeles para identificarle, se le obligaría a hablar. No se le ocurrió que el prisionero podía ser inocente; Ivaloff no cometía errores, y él mismo había visto cómo la canoa viraba significativamente haciendo una tentativa instintiva por esquivar el reflector. Puso el motor en punto muerto y luego dio marcha atrás, deteniendo la lancha suavemente junto a la escala; un momento después subía a cubierta y se aproximaba a la casilla del timón.

El profesor Yule se encontraba allí. Levantó la cabeza del periódico que leía.

—Quisiera saber qué alza van a tener esas acciones de las minas de oro —dijo con naturalidad—. Podría vender ahora con beneficio, pero prefiero esperar una nueva alza.

—Puede preguntárselo a Otto. Es un experto —repuso Vogel—. A propósito, ¿dónde está?

—No lo sé. Ha ido en busca de un gemelo que se le ha roto. ¿No lo ha visto usted en cubierta?

Vogel movió la cabeza.

—Probablemente se halla al otro lado del barco. ¿Tiene usted muchas de esas acciones?

Eligió un cigarro de una caja tallada y lo cortó cuidadosamente mientras Yule hablaba. ¿De modo que Arnheim no había podido resistir la tentación de intentar averiguar algo acerca del hombre capturado? Otto siempre se mostraba impaciente. Su cerebro carecía de ese infinitesimal miligramo de aplomo que da a un hombre el poder de mantenerse en actitud indefinida e imperturbable. Debía haber esperado hasta que Yule se hubiera acostado.

Y no porque ello fuera vitalmente importante. El profesor era tan cándido como un niño y la cabina número 9 era el calabozo del yate: una cabina tan científicamente a prueba de sonidos, que podía dispararse un cañón en ella con la seguridad de que el estampido no sería escuchado en el lugar en donde ellos estaban ahora. Vogel chupó con deleite su cigarro y siguió discutiendo sobre el mercado de acciones con toda naturalidad hasta que Yule se puso de pie y anunció que iba a acostarse.

Vogel, parado junto a la mesa de cartas marinas, esperó a que el profesor hubiese podido llegar a su cabina. Delante suyo se hallaba la carta con aquella posición solitaria marcada en tinta roja, los trozos de papel caídos en el cenicero, el lápiz junto a él... sin tocar. Loretta Page había permanecido junto a esas cosas durante casi un minuto, pero desde el lugar donde él estuvo observando no le había sido posible verle la cara. Cuando ella se había dado vuelta no denotó ninguna emoción. Y, sin embargo... eran muchas las cosas que faltaban por ser explicadas. Kurt Vogel no se sentía intranquilo, puesto que su cerebro desapasionadamente eficiente no tenía cabida para tales fútiles emociones, pero en su carrera había habido otros momentos como éste, en el que no podía negar que estaba luchando por su propia vida.

Apartose de la mesa y abandonó la cabina por la puerta del extremo opuesto. Entre él y el salón se extendía un pasaje que llevaba a la cubierta

baja. Se dirigió hacia popa por el pasillo de abajo. La puerta de la cabina del profesor se hallaba cerrada. Se detuvo junto a ella un par de segundos, oyó el ruido seco de un zapato al ser dejado y luego siguió andando. Su cigarro ardía sostenido con la presión necesaria entre sus dientes, y sus pies se movían con una ausencia completa de ruido sobre la gruesa alfombra.

La cabina número 9 era la última puerta en la sección de pasajeros. Justamente un poco más allá otro pasillo descendía hacia la cubierta de popa, y al fondo una puerta a prueba de filtraciones cerraba la continuación del pasillo sobre el que se abrían las dependencias de los tripulantes. Se detuvo y movió el picaporte. Una ligera arruga frunció su ceño al notar que la puerta no cedía.

Levantó una mano para llamar; y luego, por alguna razón, miró hacia bajo y pudo ver que la llave se encontraba colocada por el lado de fuera. Al mismo tiempo experimentó en la mano una sensación de humedad fría. La abrió bajo la luz, y vio brillar la humedad en la palma y en la parte interior de los dedos.

Por un momento no se movió. Luego su mano se bajó con lentitud y tocó otra vez el picaporte de la puerta. Sintió su humedad debajo del suave roce de las puntas de sus dedos, y entonces se agachó para tocar la alfombra. También estaba húmeda, y lo mismo los escalones del pasillo.

Sin vacilación alguna hizo girar la llave en la cerradura, sacó una automática del bolsillo y abrió la puerta. La cabina se hallaba a oscuras, pero sus dedos hallaron en el acto la llave de la luz y la encendió. Otto Arnheim yacía a sus pies en el centro del suelo, con la cara pálida vuelta hacia la luz y su redonda boca colgándole abierta. Un par de trozos de cuerda se hallaban caídos a su lado... y eso era todo.

## CAPITULO IV

# DE CÓMO STEVE MURDOCH SE MANTUVO OBSTINADO, Y CÓMO SIMÓN TEMPLAR PRESTÓ UN PRIMER AUXILIO

### I

**S**i la cualidad de la sorpresa hubiese sido una parte de la característica emocional de Orace, los años durante los cuales había estado trabajando para Simón Templar debieron haber borrado en él toda traza de su existencia. Probablemente por motivos puramente instintivos de autopreservación había llegado a adquirir la majestuosamente inmutable sangre fría de un pez en gelatina; y por eso ayudó a Simón a subir su carga a la cubierta del *Corsair* tan despreocupado como si estuviera echándole una mano para subir un barril de cerveza.

—¿Qué te parece? —preguntóle el Santo con cierta perdonable curiosidad.

Respiraba un poco agitado a causa del esfuerzo hecho al arrastrar el cuerpo sin sentido de Steve Murdoch en ese trayecto de casi media milla sobre el agua, y sus músculos abultados brillaban en su dorso mientras llenaba de aire sus pulmones. Murdoch, tendido como un ovillo con el agua chorreando de sus ropas empapadas, denotaba visiblemente mucha menor vitalidad; y Orace lo miraba con perceptible desagrado.

—¿Quién es? —inquirió sin entusiasmo.

—Una especie de detective —contestó el Santo—. Creo que se trata de un buen hombre; pero no le soy simpático y es un poco caprichoso. Ha estado a punto de morir una vez esta noche, y no me lo ha agradecido cuando lo he impedido.

Orace se atusó los bigotes al mirar hacia el cuerpo inmóvil.

—¿Está muerto?

—No lo creo. Pero tiene un buen chichón en la parte de atrás de la cabeza, y no creo que se sienta muy feliz cuando despierte. Vamos a intentar volverlo en sí.

Lo desnudaron en cubierta y Simón escurrió sus ropas lo mejor que pudo. Luego hizo con ellas un lío y lo arrojó por el pasillo abierto cuando con ayuda de Orace condujo abajo el cuerpo sin sentido. Dejó que Orace se encargara de los restaurativos naturales, y él pasó al salón para frotarse con fuerza con una toalla y alisarse el cabello. Oyó varios gruñidos y golpes, y acababa de ponerse una camisa limpia y un par de cómodos pantalones de franela cuando se abrió la puerta de comunicación y el fruto de los esfuerzos de Orace apareció en la abertura.

Era más que evidente que la profecía del Santo se había cumplido. Míster Murdoch distaba mucho de sentirse muy feliz. La huella dejada por el golpe asestado con una cachiporra había establecido en la base del cráneo como una alta estación de la que partían mensajes de odio y mala voluntad que se irradiaban en todas las direcciones con persistente intensidad, mientras que la maquinaria de transmisión subía a un tono que amenazaba hacer estallar la cabeza. Tomando en cuenta todas estas desventajas, míster Murdoch avanzó como cantando y bailando, lo que equivale a decir que parecía como si quisiera golpear a alguien en la cabeza hasta verlo caer en tierra.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó con voz destemplada.

—Otra embarcación más —contestó el Santo con lentitud—. A su izquierda, está el lado de estribor. A su derecha, barlovento. Allá adelante se halla la punta de tierra que se introduce en el agua y...

Murdoch le miró sin poder hablar por un momento; luego volvieron a intensificarse sus dolores, y no pudiendo contenerse más se dejó caer en una litera.

—Ya me suponía que había sido usted —murmuró con pesar.

Orace, comportándose como un mayordomo de palacio, depositó una bandeja con *whisky* y vasos, olfateó con fuerza y se alejó. Murdoch miró hacia la puerta que se había cerrado detrás de él y sus facciones cuadradas volvieron a nublarse.

—Sería capaz de matar dos veces a ese hombre.

Cogió la botella, sirvióse tres dedos en un vaso y se lo bebió todo de un sorbo. Apartó los labios en una mueca y volvió a levantar la mirada hacia el Santo.

—Bueno, aquí estoy... ¿Quién demonios le ha pedido traerme aquí?

—Usted no, desde luego —confesó Simón.

—¿No me ha dicho usted que la próxima vez se apartaría de mi lado?

—Así lo pensaba.

—Bueno, ¿qué cree que debo hacer? ¿Echarme a su cuello y besarle?

—Espero que no haga tal cosa, al menos con esos pantalones —repuso el Santo.

Los pantalones pertenecían a Orace, que era más alto, pero no tan voluminoso. En consecuencia, se estiraban peligrosamente en las asentaderas y se le arrugaban como un acordeón en los tobillos. Murdoch se los miró con gesto venenoso y los pantalones parecieron contestarle con un crujido amenazador cuando se movió para coger de nuevo la botella de *whisky*.

—No le he pedido que me ayudara, y no pienso agradecerse. Si cree que me va a ganar con su bondad, está en un error. ¿Cree, por ventura, que va a hacer de mí lo mismo que está haciendo con Loretta? Si es así, está equivocado. Yo no soy tan dócil. Puede adormecerme de nuevo y llevarme otra vez al *Falkenberg*. De ese modo no tendré que agradecerle nada.

Simón se acercó a la mesa y se sirvió una buena dosis en el vaso.

—Bueno, a decir verdad, es una buena sugerencia —observó. Se sentó frente a Murdoch y posó los pies sobre un sillón bajo—. Siempre había creído que la *Ingerbeck* era casi la firma «as» en el negocio de seguros.

—Y lo es.

—¿Hace mucho que está con ellos? —preguntó el Santo con languidez.

—Casi diez años.

—¡Hum!

Los ojos de Murdoch se entrecerraron recelosos.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Quiero decir que esa gente no debe ser muy exigente desde el momento en que le mantiene a usted en su puesto desde hace diez años.

—¿Usted lo cree así?

—Sí... ¡No se mueva, Steve! Si intenta hacer algo indebido conmigo, le golpearé tan fuerte en la cara que deberá ser alimentado con inyecciones. Aparte de lo cual, esos pantalones pueden rasgarse.

—Prosiga.

Simón abrió la caja de los cigarrillos y tomó uno. Cogió un fósforo del cenicero y lo encendió con la uña del pulgar.

—Por última vez —dijo, con un tono tan suave como un trozo de hielo—, ¿quiere tratar de comprender usted que no me importa un ápice que pueda morir? Es posible que su madre lo sienta, y puede ser que los de *Ingerbeck*

envíen una corona; pero, personalmente, lo sentiré tanto como un perro al ver un árbol nuevo. La única razón por la que he intervenido en el *Falkenberg* ha sido porque Vogel no estaba tan interesado en tirotearle como en ver en qué forma reaccionaba Loretta. La única razón por la que he vuelto a intervenir después...

—¿Por qué ha sido?

—Porque, si hubiera quedado usted allí, ellos habrían averiguado muchas cosas de usted. Es conocido ya. Gracias a su brillante estrategia al llegar al *Hôtel de la Mer* y preguntar en voz alta por Loretta, el hombre que estaba allí conoce su cara. Y si esta noche le hubiese visto en una revista de identificación... imagínese lo que eso habría significado. Al menos, para Loretta. Y eso es todo lo que puede importarme. Usted podía haber sido reconocido ya. Yo he pensado que había una probabilidad de que no hubiera ocurrido así. No podía hacer otra cosa que escamotearlo lo antes posible, y esperar que todo saliese bien. De no ser por eso, hubiera podido quedarse allí y ser masajado con planchas calientes, que yo no habría perdido el sueño. ¿Es esto bastante claro o cree usted todavía que me intereso por su futuro?

Murdoch descendió de la litera como si hubiese sido de planchas calientes, y contrajo la cara. Parecía estar a punto de cerrar los puños.

—Entiendo. ¿No le parece que está haciendo como de padre de Loretta?

—Ése es asunto mío.

—¡Claro! Hay muchos sujetos de cabellos brillantados que ganan mucho dinero haciendo lo mismo.

—¡Mi estimado Steve!

—Le conozco, Santo —replicó Murdoch con perversidad. Sus grandes manos hicieron mover el vaso entre sus dedos como si estuviera acariciando la idea de destrozarlo con un esfuerzo salvaje, y sus ojos parecieron brillar con encono—. Es usted un bandido. He oído muchas cosas acerca de usted. Es posible que por el momento no haya ninguna orden para arrestarlo. Es posible que con esa cara que tiene engañe a algunos y les haga creer que es una especie de Robin Hood o un caballero andante que trata de reparar las injusticias del mundo. Pero eso no me impresiona a mí. Es usted un delincuente... y si se mete en algún lío es únicamente por el provecho que puede sacar de él.

Simón enarcó las cejas.

—¿Y usted no se beneficia en nada?

—Sí. Me pagan cien dólares semanales, y el hombre que diga que no me los gana es un embustero. Pero es el único dinero que percibo.

—Ciertamente, eso es muy elogiabile —murmuró el Santo con el mismo acento de ironía—. El caso es que no todos podemos ser *boy-scouts*. ¿Acaso se le ha ocurrido que yo podría darme por satisfecho con esa suma de cien dólares a la semana?

—¿Usted? —preguntó Murdoch con desdén—. Si lo hubiera pensado, ya se los habría ofrecido para dejarle contento.

—¿Dónde está su dinero?

—¿Para qué lo pregunta?

—Para que me pague. Cien dólares a la semana... son más de lo que pensaba sacar de esto.

Murdoch le miró extrañado.

—¿Quiere decir que con sólo cien dólares a la semana se dará por satisfecho y se alejará?

—¡Oh, no! Pero recibiré cien dólares para ingresar. Tendrá usted el beneficio de mis sesos, algo que evidentemente necesita usted mucho. Por mi parte, obtendré no poca diversión y conquistaré un cálido destello de virtud que me mantendrá calefaccionado para el invierno. Voy a tratar de convencerle de que soy un sujeto reformado. Su amante simpatía me ha hecho ver la luz y de ahora en adelante mi único objetivo será borrar mi perverso pasado...

—¡Y yo estoy tratando de convencerle por mi parte de que no soy tan tonto como para que pueda venderme usted un ladrillo de oro! —protestó Murdoch con calor—. Se ha encontrado con esto por casualidad, y ha visto una oportunidad. Ha estado lagoteando a Loretta hasta que ella le ha dicho de qué se trataba, y la ha enloquecido en tal forma que se halla dispuesta a comer de su mano. De no haber llegado yo, se habría valido de ella como de un muñeco mientras ella le hubiese ayudado, dejándola plantada cuando hubiese tenido una oportunidad de alzarse con algo. Bueno, puede estar seguro de que no intervendrá. Yo hallaré una manera para echarle a un lado... ¡pero no se crea que lo haré con cien dólares!

El Santo redondeó los labios y dejó escapar un anillo de humo. Por un momento estuvo pensando en la posibilidad de tratar de convencer a Murdoch de su sinceridad; pero desechó la idea. Las sospechas del americano estaban arraigadas en un antagonismo muy obstinado como para que ningún argumento pudiera arrancarlas; y Simón tuvo que confesarse que Murdoch, en cierto modo, tenía una justificación. Le miró pensativo por un momento, y pudo leer los hechos desnudos de la situación en cada una de las líneas de su



cara. ¡Oh, bueno... quizá fuera mejor así! De todas maneras, esa incorregible tendencia suya a la bufonería impediría convencer a Murdoch.

Dejó escapar un suspiro.

—Creo que tiene derecho a sostener su punto de vista —dijo con suavidad al fin—. Pero ello hace cambiar las cosas. Ahora vamos a decidir qué haremos de su persona.

—No se preocupe por mí —replicó Murdoch—. Preocúpese de usted solo. Devuélvame mis ropas, y me iré.

Dejó el vaso sobre la mesa y se puso de pie; pero Simón no se movió.

—La cuestión es... que eso me parece imposible —dijo el Santo.

Su voz fue agradable y suave, matizada apenas con un eco de aquella serena y gentil ironía que tanto impresionara a Murdoch en su primer encuentro; y, sin embargo, algo que había en ella hizo que se quedara momentáneamente inmóvil.

Sus puños empezaron a cerrarse lentamente y su ceño se contrajo al mirar a la lánguida forma tendida sobre el sillón con los ojos casi entrecerrados.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó con enojo.

—Que en nada me afecta su promesa de prescindir de mí —contestó el Santo—. Tampoco estoy dispuesto a permitir que nos veamos indefinidamente metidos en enredos. Dos veces está bien, pero la tercera puede ser fatal. Yo puedo ser un *boy-scout*, pero no soy una niñera. De modo que considero necesario encerrarle donde no pueda causar trastornos durante algún tiempo.

## II

Murdoch se inclinó sobre él como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Sus ojos tenían un aire de incredulidad y su mandíbula mostraba una actitud belicosa. La sangre le teñía la cara.

—¿Quiere repetir eso?

—He dicho que acaso sea mejor encerrarle en un lugar en donde no moleste —contestó el Santo con toda calma—. No ponga esa cara de tristeza. Hay otra botella de *whisky* en el armario, y Orace podrá darle pan y manteca y atenderle por la noche.

—Eso es lo que se imagina, ¿eh? —protestó Murdoch—. ¡Bueno, intente retenerme aquí!

El Santo hizo un gesto de asentimiento. Su mano derecha, en la que sostenía el cigarrillo a medio fumar, se deslizó lentamente hacia el estante que había debajo de un ojo de buey. Un instante después la retiró empuñando la automática que dejó allí al empezar a vestirse.

—Lo estoy tratando —dijo casi como excusándose.

Murdoch miró al arma como un caballo espantado. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Quiere decir que está tratando de coaccionarme? —pudo preguntar furioso.

—Exactamente, hermano —contestó Simón con afabilidad—. No estoy muy habituado a tales cosas, pero me parece que éste es el procedimiento apropiado. Le apunto con el arma, así; y luego hace usted lo que le ordeno o se abalanza sobre mí y le meto una bala en el pecho. Corrijame si me equivoco.

La audaz serenidad de su voz pareció flotar en el aire mientras Murdoch le miraba azorado. Simón Templar sonreía débilmente, y el brillo de zafiro de sus ojos no podía disimular su gozo; pero su pistola seguía apuntando con una firmeza tal que borraba toda idea de que pudiera estar bromeando.

Murdoch parpadeó al mirarla, como si fuera la primera vez que sus ojos viesan arma semejante. Su mirada se levantó luego hacia la cara del Santo, y la expresión de incredulidad desapareció de su rostro antes de acusar una furia indecible. Tragó saliva y preguntó:

—¿Cree por ventura que podrá conseguir algo con esto?

—Estoy convencido.

Simón Templar miró los ojos enrojecidos por la furia de Murdoch como si no fueran sino una nube en el horizonte, y se preguntó qué resultaría si hiciera una propuesta. Tuvo la impresión de que era menester no extralimitarse. En los labios delgados de Murdoch había algo que parecía indicar que pertenecía a esa especie de sujetos obstinados, temerarios a su manera, que llegan a ser héroes aun cuando muchas veces no sean otra cosa que cabezas duras imposibles.

Al mismo tiempo algo muy diferente estaba tomando cuerpo en su mente. Había comenzado como el zumbido de una abeja volando en medio de la noche, un tenue zumbido demasiado insignificante como para llamar la atención. Mientras hablaban había ido haciéndose más fuerte hasta que el zumbido resonó en el salón como una pulsación definida de disturbio. Y ahora, mientras él y Murdoch se observaban uno al otro, subió de tono y cesó

de pronto, dejando un penetrante vacío por entre el cual se oyó el chapoteo del agua.

Simón sintió que el sofá cedía suavemente debajo de él, y el vaso de Murdoch tintineó sobre la mesa cuando el oleaje chocó contra el costado del yate. Y luego, casi una imperceptible sacudida movió el barco y una voz gritó:

—¡Ahoy, *Corsair*!

El Santo sintió como si una granada hubiera estallado en su cabeza. En el acto lo comprendió todo. Una especie de luz cegadora le mostró el significado de esa secuencia de sonidos y de cuanto estaba ocurriendo afuera, tan claramente como si todo ello hubiese estado enfocado bajo una lámpara de arco. Si él no se hubiese hallado tan absorto con el problema que tenía por delante, habría podido sospecharlo y calcular hasta el último detalle; pero ahora le llegó como un choque que electrizó todas sus facultades como si acabara de recibir una inyección de dinamita.

Murdoch continuaba medio azorado. Su cabeza estaba torcida un poco hacia la izquierda, su boca algo abierta y su mirada un tanto distraída. En ese instante la corriente de sus pensamientos estaba escrita en él como en letras luminosas de un metro de altura. También estaba pensando en la interrupción, calculando sus consecuencias sobre su propia situación, mientras un residuo de su combatiente obstinación bullía todavía en su interior. El Santo lo sabía. Este acontecimiento inesperado estaba anulando la última vacilación que podía quedar en la mente del americano. En breve lanzaría un grito o intentaría saltar hacia el arma. Tal vez hiciera ambas cosas a la vez. Pero su poder de comprensión estaba funcionando un poco menos rápidamente que el del Santo, y esa fracción de segundo representó una diferencia como de veinte años.

Simón soltó la pistola y se retiró del sofá. Irguióse del asiento como un látigo al desarrollarse y su puño golpeó a Murdoch por debajo del mentón con un impacto certero y un ruido seco tan nítido que superó al del arma al caer sobre la alfombra. Los ojos de Murdoch miraron vidriosos, y la mano de Simón consiguió asirle cuando se tambaleaba.

—¡Ahoy, *Corsair*!

—¡Ahoy al que sea! —contestó el Santo.

La puerta de comunicación del extremo del salón se abrió en ese instante y los ojos globulares de Orace miraron por encima de su mostacho. No eran necesarias las palabras. Simón empujó el cuerpo inanimado de Murdoch hacia él como si hubiese sido un muñeco. Al mismo tiempo expresó con los ojos

una docena de urgentes órdenes e indicó también el vaso en que Murdoch había estado bebiendo. Luego, sin esperar a asegurarse de que Orace se había dado cuenta de la situación por completo, cogió de nuevo la pistola y corrió hacia el pasillo en un movimiento sin interrupción guardándosela en el bolsillo mientras corría.

Partió con la celeridad del rayo, pero llegó a la cabina delantera casi con indolencia. Habíase realizado todo con tal prontitud, que hubiera podido decirse que no hubo intervalo entre la primera llamada hecha desde afuera y su aparición. Volvióse prestamente hacia el costado. Kurt Vogel se hallaba en la lancha de motor. Su cara trigueña se mostraba pálida a la tenue luz.

—¡Hola! —murmuró displicentemente el Santo.

—¿Puedo subir un momento a bordo?

—Ciertamente.

Simón tendió un brazo y le ayudó. Por segunda vez experimentó la misma repulsión al sentir su frío y férreo contacto.

—Ya comprendo que es una hora poco conveniente para hacer una visita —dijo Vogel, con su voz suave—. Pero pasaba por aquí, y me he dicho que tal vez no se había acostado usted aún.

—Jamás me acuesto temprano —respondió el Santo con vivacidad—. Vamos al salón y beberemos un trago.

Condujo al visitante a la cabina y empujó sobre la mesa la caja de los cigarrillos.

—¿Fuma usted? —invitó. Vogel cogió un cigarrillo. Simón llamó—: ¡Orace!

—A decir verdad, sólo he venido por si no está usted resuelto a hacer el viaje de mañana —dijo Vogel, encendiendo el cigarrillo—. Puede que no haya considerado seriamente mi invitación, pero le aseguro que me alegraría mucho que nos acompañara.

—Es muy amable de su parte —repuso Simón, levantando la cabeza al llegar Orace—. Trae otro vaso, ¿quieres, Orace?

Acercó el fósforo a su cigarrillo y se tendió en la litera opuesta, mientras el criado traía el vaso. Posó las puntas de sus dedos sobre el borde de la mesa y movió su mano con un movimiento tan perfectamente natural que su pulgar quedó hacia bajo. Orace, con la espalda vuelta hacia Vogel, colocó el vaso en la mesa. Su cara se mantenía siempre inescrutable y la punta de su poblado bigote ocultaba toda expresión que pudiera haber en su boca; pero sin mover ningún otro músculo de sus facciones, cerró deliberadamente un párpado antes de retirarse y el Santo se sintió aliviado.

—Me agrada mucho ir —dijo luego, mientras servía el *whisky*.

—En ese caso, le esperamos sin falta. Loretta irá también.

—¿Quién irá?

—*Miss Page*.

Simón limpió una gota del líquido del cuello de la botella sobre el borde de su vaso, haciéndolo con una mano firme como una roca. Luego levantó la vista y sonrió.

—Me temo que no la conozco —murmuró—. ¿Quién es?

—Ella estaba con nosotros... perdóneme —se apresuró a decir Vogel—. Mi memoria me está engañando... tenía la idea de que se hallaba con nosotros cuando nos hemos visto esta mañana. Posiblemente la conocerá en Guernesey.

—Si es tan hermosa como su nombre... espero hacerlo —repuso superficialmente Simón Templar.

Le entregó el vaso y volvió a sentarse, sintiendo como si su estómago hubiese sido vaciado con una bomba aspiradora.

—Partiremos a eso de las once —siguió diciendo Vogel—. Pero no nos retrasaremos mucho en el trayecto. Nosotros, marinos motoristas, poseemos una ventaja en cuanto a velocidad se refiere —agregó como con ironía—. No me extraña que ustedes, los *yachtsmen* completos, nos desprecien, pero me temo que soy demasiado viejo para aprender su arte.

Simón asintió vagamente. Pero en su mente no había nada vago. Todo su intelecto estaba en espera, como un gato, para que Vogel mostrara su mano.

Pero Vogel no le daba ningún indicio de su juego. Su cara de perfil suavemente agresivo parecía moldeada en cera, con su apariencia de recia y uniforme opacidad por debajo del brillo de su tez. El penetrante escrutinio del Santo no pudo hallar el menor asomo en ella. Lo había observado actuando en medio de una conspiración de tensiones intrincadas y maravillosamente ordenadas para llegar a una situación de astucia que había explotado como una pompa de jabón en el instante preciso de la crisis. Sabía que había recibido una sorpresa suma al descubrir la desaparición de su prisionero y encontrarse en cambio con el insensible Otto Arnheim; podía imaginar que incluso su inexpugnable placidez debía haber sentido el efecto de una acumulación de reveses que a cualquier otro hombre le habrían hecho sentir temor; y sin embargo, en su cara no podía verse ni el menor indicio de una contracción o gesto que denotara que se sentía impresionado. Más tarde hubo de confesarse Simón que ese imperturbable autodomínio le producía una

extraña sensación momentánea de completa impotencia, como nunca la había experimentado en presencia de otro ser humano.

Se hizo cargo de la situación con un esfuerzo consciente y se decidió a tratar de aplastarla. Vogel sostenía el vaso con mano firme, examinando imperturbable los detalles del salón, con los párpados un tanto caídos por debajo de la sombra de sus negras y pobladas cejas; y Simón lo observaba sin el más mínimo temblor en la expresión casi de descuido de su mirada.

—Posee usted una hermosa embarcación —hizo notar Vogel como con indiferencia—. ¿Qué tonelaje tiene?

—Unas veinticinco.

—Magnífico... —repuso Vogel, poniéndose de pie para estudiar los paneles, tocar los artefactos e investigar la ingeniosa economía del espacio con el placer visible de un entusiasta—. Realmente le envidio a usted por poder tener algo como esto para usted solo, sin tener que molestarse por lo referente a tripulantes y formalidades. Si tuviera yo veinte años menos... ¿Ha sido usted mismo quien lo ha equipado todo?

—Sí.

—¡Ah, ciertamente! ¿Y todas las otras dependencias son tan atractivas como ésta?

¡Era así como llegaba el ataque!

El Santo sintió que un ligero pulso comenzaba a golpear en las profundidades de su cerebro, como el tic-tac frenético de un reloj lejano que quisiera correr contra el tiempo.

—Son muy cómodas —dijo con modestia; y Vogel no perdió un instante en aprovecharse de la oportunidad.

—Me gustaría mucho verlo todo. Me siento sumamente interesado... No tenía la menor idea de que una embarcación pequeña pudiese ser tan lujosa.

Simón aspiró con fuerza su cigarrillo, y dejó escapar una nube de humo de sus labios.

Se disponía al encuentro. La mecha estaba encendida. Con todo, no podía dar una excusa, por plausible que fuera, sin exponerse a que Vogel sacara sus propias conclusiones. Lo tenía atrapado, exactamente como horas antes tuviera a Loretta. Había efectuado esta visita a deshora con el solo objeto de descubrir si el *Corsair* podía ofrecerle algún eslabón conector con los sucesos de la noche, y no se sentiría satisfecho ni regresaría a su barco habiendo sostenido simplemente una breve conversación en el salón del pequeño yate. Simón podía notar cómo sus negros ojos se mantenían fijos en él, sin nada más que una ingenua ansiedad que podía significar que el otorgamiento de su

petición sería un favor que en ninguna circunstancia podría rehusársele... internamente con una insistencia implacable de la cual nadie habría podido darse cuenta sin el conocimiento que el Santo tenía. Sí, la mecha estaba encendida; y el que la mina tardara más en explotar dependía únicamente de la percepción que Orace tuviera respecto a los usos secundarios de los ojos de las cerraduras.

Ahora que los dados estaban echados, Simón experimentó una curiosa sensación de alivio.

—Con todo placer —dijo con tono amable—. Permítame que se lo muestre todo.

### III

Levantándose, encendió otro cigarrillo con la colilla del primero. El movimiento dio algunos segundos de gracia durante los cuales Orace, si es que había estado escuchando, habría podido actuar en la mejor forma posible. Pero por su parte no podía prolongarlo un momento más allá de las exigencias de los desnudos hechos físicos; y con una plegaria silenciosa a los dioses de todos los buenos bucaneros, aplastó la colilla en el cenicero y abrió la puerta de comunicación.

Simón Templar podía revisar en cualquier instante su memoria y alejar de ella una cantidad de momentos que no tenía deseos de volver a vivir. A pesar del último balance de éxitos que se registraban en los libros de su carrera meteórica, su vida contenía también una buena proporción de ocasiones que no le habían sido favorables. Pero entre ese cúmulo de contingencias no gratas eran muy pocas a las cuales habría negado fervientemente una repetición. Por lo menos no se la habría negado al instante febril de abrir la puerta y contemplar la visión al otro lado del salón. El espectáculo de Orace sentado en la diminuta cocina, con un libro de historias policíacas en las rodillas, fue un alivio tal que en cierto modo el Santo sintió que la cabeza le daba vueltas. Habría sido capaz de levantar la cortina protectora de sus mostachos y estamparle un beso en la boca.

Afortunadamente, la presencia de Kurt Vogel impidió tan lamentable demostración de afecto. Simón se aclaró la garganta y habló casi vacilante entre el destello de gozo que lo inundaba.

—Ésta es la cocina, en donde calentamos las latas de comida en conserva y abrimos las botellas. A la derecha, la nevera, donde conservamos la

cerveza...

Mostró los detalles del lugar con cierto orgullo febril; y Vogel, mostrándose lisonjeramente impresionado, lo admiró todo: los cristales hábilmente colocados, los platos en sus estantes asegurados, los compartimentos planeados para toda clase de provisiones, el depósito que suministraba el agua caliente con sólo abrir una canilla, la cocinilla de emergencia sostenida sobre pies especiales para ser usada cuando el estado del tiempo era demasiado malo como para que una cacerola se mantuviera sobre un hornillo ordinario de gas, y todos los otros dispositivos que habían sido instalados para reducir al mínimo. Mientras tanto, Simón no hacía sino echar miradas ansiosas a Orace en busca de alguna indicación de lo que había hecho para afrontar la situación; pero su fiel servidor daba vuelta flemáticamente a su libro de historias policíacas y su cara arrugada y con cicatrices mostraba tantos indicios como los que hubiera podido mostrar un budín recién sacado del horno.

Eventualmente tuvieron que seguir el recorrido. Más allá de la cocina se extendía un corto pasillo, y Simón echó a andar a buen paso por allí.

—Éste es el cuarto de baño —explicó con naturalidad, indicando la primera puerta a la izquierda, y habría seguido con paso ligero, pero Vogel se detuvo un momento.

—¿Un cuarto de baño... realmente? Esto es más que notable en una embarcación de estas proporciones. ¿Puedo verlo?

Simón se volvió, y el destello de alivio se trocó en un gesto de fría resignación. De todos los lugares donde Orace había podido depositar su carga en la premura de la situación, le parecía que el cuarto de baño era el más indicado. Miró a Vogel con gesto inocente, y frenéticamente buscó una inspiración sobre su hombro. Pero Orace continuaba impertérrito en su lectura: no podía vérselo sino la nuca, y no se volvió en ningún momento.

—No hay mucho que ver —empezó el Santo, para ganar tiempo; pero Vogel hizo girar el picaporte.

Simón se inclinó contra el mamparo y muy deliberadamente calculó las posibilidades que había de que un disparo no fuera oído por el marinero al que Vogel había dejado al cuidado de su lancha. También pensó en qué lugar del cuerpo podría alojarle una bala de forma que su grito se sumara al estampido. Su pulgar izquierdo se posaba ligeramente sobre su cinto; su mano derecha estaba un poco más atrás de su cadera, y los dedos hurgaban en la abertura del bolsillo en que se había guardado el arma. El cigarrillo colgaba entre sus labios de forma tal que habría hecho a las personas que lo conocían



bien quedarse muy quietas mientras decidían hacia qué parte irían a esconderse cuando estallara la tormenta. Y, sin embargo, en su boca había una ligera sonrisa que habría podido engañar a quienes no estaban tan bien informados de sus procedimientos.

—¡Pero si esto es casi un lujo! —exclamó Vogel con vehemencia—. Incluso hay una ducha... Ciertamente, estoy aprendiendo bastante... Casi desearía encontrar algo que usted hubiese olvidado.

Simón se apartó del mamparo y dejó que su mano derecha cayera al costado. No sacó un pañuelo para secarse la frente, pero deseó mucho haber podido hacer ese gesto. Su camisa la sentía húmeda en la espalda.

—Espero que no sea así —dijo con ansiedad—. Ahora, esta otra es una pequeña cabina...

Continuó el recorrido. Vogel alabó la agradable cabina solitaria. Estudió la litera y los armarios que había debajo de ella y abrió el guardarropa.

El Santo empezaba a preguntarse si no estaría padeciendo una de aquellas diabólicas y psicológicamente hábiles maniobras de «tercer grado» de Vogel. Había algo como de pesadilla, como una avalancha de movimientos retardados en su paciente minuciosidad, una sugestión de felina crueldad en su aterciopelada suavidad, que mellaba por completo los bordes de su sistema nervioso. Experimentaba una casi terrible tentación de olvidarse de todas las precauciones y decir: «Bien, compañero. Tengo a Steve Murdoch en el barco, y ha sido él quien ha estado en su yate. ¿Qué hay con eso?». Hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa alocada con tal de borrar aquel gesto de autoseguridad en su cara y provocar un arreglo de cuentas. Únicamente el conocimiento de que bien podía ser eso lo que Vogel estaba tratando de hacer, alivió la tensión y pudo contenerle en su propósito.

En la parte de estribor había una doble cabina. También la admiró Vogel. Había dos armarios y un gran aparador para depositar mantas y ropas, aparte de los armarios habituales debajo de las literas. Mientras Vogel iba abriendo metódicamente cada puerta con el acompañamiento de una sucesión de elogios, el Santo iba sintiéndose envejecer en tal forma que no se habría sorprendido si al mirarse a un espejo se hubiese visto con una barba larga cayéndole sobre la pechera de la camisa.

—Esto es lo más perfecto que yo he visto —dijo Vogel hablando con positiva sinceridad. Su tez como de cera brillaba con extraño brillo, como si hubiese sido pulida—. Debiera usted dedicarse profesionalmente a esto. Yo sería uno de sus primeros clientes... ¿Y esa otra puerta al final del pasillo?

Simón miró hacia donde él indicaba.

—¿El castillete de proa? No es sino la vivienda de Orace...

Y en el mismo momento supo que bien hubiera podido ahorrarse el aliento. Vogel ya se había manifestado en la puerta del baño como un visitante que pensaba ver todo cuanto fuera posible ver; y habría sido un milagro si se hubiera contenido justamente al llegar al umbral de la última puerta. El Santo encogiose de hombros.

De todas maneras, tendrían que quitarse los guantes. Tendría que terminar el juego, y entonces la situación se resolvería en una lucha abierta. Al Santo le gustaba más pelear así. Detrás de aquella puerta se ofrecería la escena. Lo sabía tan ciertamente como si hubiese podido ver a través de ella, y supo hacer frente a la situación sin hacerse ilusiones. Incluso en ese momento trascendental, el irreprimible diablo que bullía en él vino en su ayuda, y fue capaz de experimentar una profunda sensación de gozo anticipado al pensar en las emociones en conflicto que dentro de unos segundos chocarían en medio del mundo de Vogel.

Abrió la puerta y se hizo a un lado, con una sensación de paz en el presente y una fe sublime en el futuro. Vogel avanzó.

Simón pensó que quizá su arma podía continuar donde la ocultaba. Un golpe fuerte asestado con el borde de la mano contra su cuello podría lograr el mismo efecto inmediato con menos conmoción y también con menos riesgo de tener que cargar con los gastos de su entierro. Desde luego, habría que pensar en el marinero que lo esperaba, pero ese detalle sería considerado después... ¿Y luego? Su mente bullía mientras pensaba en resultados y posibilidades...

Y luego volvió a oír de nuevo la voz de Vogel, como por entre una especie de bruma que parecía envolverle.

—Excelente... excelente... He visto muchas embarcaciones en donde las comodidades del dueño no eran ni la mitad de buenas. ¿Es esto todo lo que hay que ver?

Si un coro de ángeles se hubiese materializado delante de él y comenzado a entonar una versión sincopada del «Día de Navidad en el Taller», Simón Templar no habría tenido mayor razón para dudar de sus oídos. Si el *Corsair* se hubiese puesto a girar de pronto como un trompo, su estómago no habría podido sufrir una sacudida más catastrófica. Con un gran esfuerzo se tragó por decirlo así su estómago, que parecía estar tratando de subírsele a la boca, y miró al interior del castillete del barco.

La sonrisa cordial de Vogel no había cambiado. Si acababa de experimentar el desaliento supremo de su desafortunada noche, en su cara no

se notaba el menor signo. Y detrás de él, claramente visible hasta en su último rincón, la modesta cabina de Orace se mostraba tan desnuda de todo otro ocupante humano como el solitario Polo Norte.

El Santo contuvo el tumulto de su mente, y retiró el cigarrillo de entre sus labios.

—Sí, es todo —contestó mecánicamente—. No se puede tener gran cosa en un barco de unos quince metros.

—¿Y eso? —preguntó Vogel, indicando hacia arriba.

—¡Oh! Una escotilla que da a cubierta.

Haciendo a un lado toda persuasión, asiose de las anillas de la escala y, desatornillando el mamparo, se irguió y lo abrió. Después de todo lo que había estado pasando, su corazón se sentía demasiado agotado como para exponerse a mayores sobresaltos; pero la bruma pareció espesarse en torno suyo cuando se irguió sobre cubierta, y sus ojos ansiosos no vieron indicio alguno de cuerpo inconsciente tendido sobre el suelo. Vogel y él habían recorrido el yate de popa a proa, y esa escotilla era la última puerta por donde el cuerpo no muy voluminoso de Murdoch pudo haber sido sacado. Si Orace no había traído al hombre allí, seguramente lo había derretido y arrojado por el sumidero u ordenado un carro de fuego a los cielos para conducirlo: el Santo estaba llegando a la etapa de bendito delirio en que cualquier milagro habría resultado menos fantástico que los hechos.

Tendió una mano y ayudó a Vogel a subir. Ambos se encontraron bajo la tenue iluminación del farol del mástil. Vogel extendió su pitillera. En cubierta no se veían sino las sombras ordinarias, y el solitario marinero se hallaba fumando en silencio su pipa, sentado en la cabina de la lancha de motor amarrada a popa.

—Temo que mi entusiasmo me haya llevado muy lejos —dijo Vogel—. Jamás le habría pedido que me mostrara su barco a una hora semejante. Pero le aseguro que he quedado más que encantado... en todo sentido.

Pareció recalcar el tono sobre las tres últimas palabras.

Simón se apoyó contra el mástil y lo rodeó con un brazo, como si hubiese sido su único sostén.

—No ha sido ninguna molestia —murmuró cortés—. ¿Qué le parece si bebemos otro trago para que esté entonado en el viaje de regreso?

—Muchas gracias. Creo que ya le he entretenido demasiado.

—Nada de eso.

—Entonces me iré antes de haberlo hecho —dijo Vogel, haciendo una señal con su mano al marinero que esperaba abajo—. ¡Ivaloff! —llamó, y

sonriendo extendió la mano—. ¿Le esperamos entonces en St. Peter Port?

—Estaré allí a la hora del té, si es que tenemos algo de viento.

El Santo echó a andar hacia popa acompañando al visitante. Más allá de toda duda, eran las estrellas buenas las que iluminaban su curso. Si él hubiese podido dar rienda suelta a sus sentimientos, se habría puesto a cantar a voz en cuello. Pensaba en las recompensas enormes que podrían ser otorgadas a la inspirada cabeza de Orace cuando ese incomparable servidor le revelara los secretos de su arte mágico.

Su mano derecha se deslizó lentamente a lo largo del botalón.

Y de pronto todo su cuerpo se erizó con una efervescencia casi histérica, como si unos celestes polvos de Seidlitz hubiesen llegado de improviso a confundirse con su estómago.

—Buenas noches —dijo Vogel—. Y muchas gracias.

—*Au revoir* —contestó el Santo como si estuviera soñando.

Quedó observando cómo el visitante descendía a su lancha y el motor era puesto en marcha inmediatamente. La lancha se alejó, viró en un amplio círculo y poco después desaparecía entre la negrura del estuario.

Simón continuó parado allí y así permaneció hasta que el destello de su reflector fue apagándose en la distancia; un momento después posó sus manos sobre la barandilla de la escala y descendió al salón. Antes que nada bebió un buen sorbo de *whisky* y lo saboreó con profunda deliberación. Un instante después cogió a Orace por la pechera de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—¡Demonio de hombre! —le dijo con un tono de voz que oscilaba entre la ira y la risa—. Muchos hombres han sido asesinados antes por mucho menos.

—No he podido pensar en ninguna otra cosa, señor —contestó humildemente Orace.

—Pero con eso el barco parecerá muy desarreglado.

Orace rascose la cabeza.

—Sí, señor. Pero, para empezar, no estaba muy arreglado que digamos. ¿Recuerda que las velas estaban a punto de rasgarse cuando veníamos desde St. Helier, señor? Bueno, cuando usted ha partido esta noche se me ha ocurrido que bien podía hacer algo para reparar el daño. He cosido un buen parche entonces, pero no he tenido tiempo para enrollarla del todo antes de su regreso. Por eso cuando me ha entregado usted ese detective...

—Lo has llevado a la escotilla...

—Y en cuanto he visto que bajaban ustedes, lo he ocultado entre las velas del botalón. No he podido pensar en otra cosa, señor —terminó diciendo

Orace, repitiendo su excusa.

Por unos instantes el Santo no pudo encontrar palabras. Y luego, con una ligera contracción de sus labios, levantó en alto el puño y le dio un golpecito a Orace en el mentón.

—Sube y sácalo de allí, idiota —díjole—. Y no me vuelvas a hacer una cosa semejante, porque te retorceré el cuello.

Se dejó caer sobre el sofá y comenzó a pensar de nuevo. Todavía le faltaba deshacerse de Murdoch; y temía que ni con el puñetazo que le había asestado en la cara le hubiera hecho entrar en razones, cuando tan inoportunamente se había visto obligado a interrumpir su conversación. Claro que Murdoch no se había mostrado un oyente atento antes de eso... Probablemente ello significaba muy poca cosa; quedaba en pie el problema original. También se hallaba la cuestión de si las maniobras de Orace con la vela principal habrían pasado inadvertidas para el marinero que estaba en la lancha de motor. Esto era algo mucho más difícil de determinar. Su atención continuaba doblemente dividida entre esos dos interrogantes cuando al levantar la cabeza descubrió que Orace había regresado al salón y le miraba con una expresión de pez en los ojos.

Simón Templar lo contempló pensativo durante unos segundos. Los redondos ojos de Orace le miraban con intensidad manifiesta. Las puntas de sus bigotes subían y bajaban al ritmo de su respiración.

—¿Qué te pasa? ¿Estás empollando un huevo? —preguntóle.

—¡Él... él no está allí! —fue la respuesta debilitada de Orace.

## IV

Simón se levantó con lentitud. De todas las cosas espectaculares que había hecho esa noche, sin duda ninguna podía considerarse un acontecimiento supremo como esa manera digna de levantarse. Fue un triunfo del espíritu sobre la materia respecto del cual sintió que tenía justo derecho a quitarse el sombrero ante sí mismo, cosa que no dejaría de hacer cuando tuviese puesto el sombrero.

—Conque se ha marchado, ¿eh? —repitió.

—Sí, señor —contestó Orace.

Simón le apartó y subió a cubierta. La vela desarreglada, caída del botalón, ofrecía el mejor testimonio de la veracidad de las palabras de Orace. Acercóse más y tocó con el pie la lona. No podía haber engaño. El bulto

formado por el cuerpo de Steve Murdoch, y que él había sentido al posar su mano cuando caminaba al lado de Vogel, no se había deslizado de su inseguro asidero para hundirse debajo de los pliegues de la lona. Murdoch había debido abandonar el escondite por sus propios medios.

—Ha debido despertar cuando usted hablaba con ese visitante y lanzarse por la borda —dijo Orace con pesadumbre.

El Santo asintió. Examinó el círculo circundante de las negras aguas brillantes y escuchó con gran atención. A sus oídos llegaban acordes distantes de música de baile, seguramente de alguno de los casinos, una suave melodía que flotaba sobre las aguas del puerto; eso era todo. No oyó ni el menor sonido que pudiera indicarle qué rumbo había tomado Murdoch.

—Tienes las inspiraciones más penetrantes, Orace —murmuró admirado—. Eso es lo que creo que ha debido ocurrir. Pero no trataremos de rescatarle. La marea está ya bajando y ya ha tenido tiempo de sobra para llegar a la costa. ¡Me gustaría que pescara un fuerte resfriado y muriera por idiota!

Continuó fumando su cigarrillo con notable serenidad, mientras Orace se movía incómodo a su alrededor. Ciertamente, el problema respecto a qué debía hacer con Steve Murdoch se había solucionado. El problema de qué podía estar haciendo ahora Steve Murdoch ocupó su lugar y los interrogantes del problema fueron más complicados y perturbadores. Pero la duda de cuánto podía saber Kurt Vogel continuaba en el lugar de antes... acaso intensificada por la otra complicación.

—¿Crees que alguien ha podido verte cuando estabas ocultando a nuestro amigo? —preguntó al servidor.

—No lo sé, señor. Lo he sacado en cuanto usted lo ha empujado contra mi estómago. No he tardado mucho en dejarlo en el botalón envuelto en la vela; el marinero de la lancha estaba encendiendo su pipa, miraba hacia el otro lado —repuso Orace frunciendo el ceño—. ¿Cree acaso que ellos han vuelto y se lo han llevado?

—No, no pienso tal cosa. He estado mirando hasta que se han perdido de vista y sé que no han tenido tiempo de volver y llevárselo. Pero si te ha visto el marinero no sería difícil que volviesen más tarde. El caso es... ¿alguien ha llegado a verte?

La frente de Simón se contrajo en una arruga. Si el marinero había observado las maniobras de Orace, pudo muy bien haber sido lo bastante listo para no dar la voz de alarma. Seguramente habría informado a Vogel en el viaje de regreso.

Si era así, Vogel sabría que Simón no sabía que él lo sabía. Y el Santo, por su parte, no sabría si Vogel sabía, o si Vogel confiaba en el hecho de que Vogel no sabía que él sabía que sabía. Y Vogel tendría que preguntarse todavía si el Santo sabía que él sabía y él sabía que él no podía saber. O no. Todo era un tanto complicado. Pero la conclusión evidente parecía ser que el Santo podría viajar a St. Peter Port con la seguridad de que Vogel no sabría en forma definitiva si el Santo sabía que él sabía. Vogel podría invitarle «a caer en las redes de la araña» con la certidumbre de que el Santo no podría negarse sin confesar implícitamente que él sabía que Vogel sabía que Vogel lo sabía. O viceversa. Simón sintió que la cabeza empezaba a dolerle y decidió darle un descanso.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo por fin.

Dejó a Orace enrollando en debida forma la vela cosida, con una intención maligna que sugería que los pensamientos del servidor se concentraban en la forma en que le habría agradado tratar a Murdoch, si ese infortunado guerrero hubiese estado a mano, y descendió a su cabina. Al ponerse el pijama se dio cuenta de que cuando menos existía una certeza acerca de los movimientos futuros de Murdoch, que no serían otros que tratar de llegar a Loretta Page a primera hora de la mañana siguiente para decirle lo ocurrido. Posiblemente lo haría así. Había muchos lugares en el continente europeo en los que una persona cubierta únicamente con un par de pantalones sería arrestada inmediatamente, pero Dinard, y menos en el verano, no era uno de ellos. Además, Murdoch habría depositado su maleta en alguna parte antes de disponerse a su expedición obstinada de la noche. El Santo no confiaba en que su encuentro de por la tarde le hubiera enseñado la necesidad de comportarse con un ojo alerta por temor a los espías.

A las ocho estaba ya despierto, y a las nueve y media se encontraba vestido y desayunado.

—Que todo se halle listo para zarpar en cuanto yo regrese —dijo, mirando hacia la cocina en donde Orace lavaba los platos.

Subió a cubierta, y al pisar en ella bajo el brillante sol de la mañana, miró casi automáticamente río arriba hacia donde el *Falkenberg* estaba amarrado. Algo en el barco atrajo su atención; y después de coger con abandono una toalla, como si hubiese sido el objeto que subió a buscar, volvió al salón y tomó sus gemelos.

Sus ojos no le habían engañado. Un hombre se encontraba sentado a la sombra en la popa, con un par de anteojos sobre las rodillas, y el Santo le vio

levantarlos y enfocarlos directamente hacia el ojo de buey desde donde él estaba observando.

Apartóse y el zafiro de sus ojos pareció intensificarse en ellos. Su primer pensamiento fue que continuaba siendo considerado un sujeto dudoso; pero luego se dijo que ese intenso interés en sus actividades matinales podía solamente ser una parte de la ya reconocida minuciosidad de Vogel. También se dijo que si partía con apresuramiento a tierra, la sospecha que ya se había centralizado sobre su persona subiría de grado; y si alguien partía para esperarle en el *Hôtel de la Mer*... eso sería muy malo.

Encendió un cigarrillo y se movió de un lado a otro de la cabina. Tenía que buscar el modo de comunicarse con Loretta Page y decirle... ¿qué? ¿Que se sospechaba de ella? Ella lo sabía. ¿Que Murdoch era sospechoso? Acaso lo supusiera. ¿Que ella no debía efectuar el viaje con Vogel? Loretta partiría lo mismo. Se golpeó con fuerza contra la palma de la mano, en un gesto impaciente. Era necesario llegar hasta ella... aun cuando toda la tripulación del *Falkenberg* estuviera alineada en cubierta con gemelos enfocados sobre el *Corsair*, y aun cuando el *Hôtel de la Mer* se hallase rodeado por un cordón de espías.

Con una repentina decisión volvió a abrir la puerta de la cocina.

—Deja eso, Orace —dijo—. Partimos ahora mismo.

Orace salió de la cocina sin hacer comentarios, secándose las manos en los pantalones. Mientras Simón ponía en marcha el motor auxiliar, él maniobró los ganchos y subió el chinchorro con la grúa. En tanto el motor se calentaba, Simón le ayudó en la maniobra y luego lo envió a popa para levantar el ancla.

Eran las diez menos cuarto cuando la proa del *Corsair* enfilaba por el estuario, abriéndose paso en dirección al mar.

—Déjala colgando —dijo el Santo, al ver que Orace trabajaba todavía con el ancla—. La necesitaremos dentro de un momento.

Orace se quedó mirándola por un instante. Luego se irguió, se dirigió a popa y se instaló en la casilla.

—Prepárate a bajar de nuevo el chinchorro en cuanto doblemos por la punta —dijo el Santo.

Volviéndose, miró hacia el *Falkenberg*. Sobre la cubierta alcanzaba a divisarse una pequeña forma que bien podría ser Kurt Vogel. Simón saludó levantando un brazo y la forma contestó al saludo. Un instante después volvía su atención a la carta de navegación y se concentraba estudiando los bajíos peligrosos sobre ambos lados del canal principal. Hizo virar al *Corsair*



bordeando la «Pointe du Moulinet», tan próximo como se atrevió, y gritó a Orace que se preparara. Algo después movía la palanca de avance en sentido opuesto.

—¡Suelta ahora!

El ancla se hundió en aguas bajas y Simón dejó el timón y saltó al chinchorro. Con la ayuda de Orace, el bote fue bajado en un momento. Simón se agachó entre los bancos y tomó los remos. Eso era mucho mejor que colocar el motor portátil, especialmente para un trecho tan corto; pero el bote parecía pesar una tonelada y su camisa estaba húmeda de sudor cuando el último impulso de los remos llevó la pequeña embarcación sobre las arenas de la «Plage de l'Écluse». La arrastró bien tierra adentro y echó a andar a paso ligero por entre los bañistas mañaneros en dirección al «Digue».

Eran las diez y cinco cuando llegó al pavimento y por debajo de sus costillas inferiores notó una sensación como de vacío. Aquel observador a bordo del *Falkenberg* había significado una diferencia de media hora... media hora en la cual, de otra manera, él habría podido hacer todo lo que deseaba hacer. Diose cuenta de que se había mostrado sumamente descuidado al no pensar en obstáculos tales como ése, y se le ocurrió pensar que solamente tenía la palabra de Vogel de que el *Falkenberg* no partiría antes de las once. Era posible que Loretta Page ya se encontrara a bordo, y que ellos estuvieran haciendo preparativos para dirigirse rumbo al mar.

Y entonces, directamente enfrente de él, como si se hubiese materializado en el aire, vio la cara cuadrada de Steve Murdoch avanzando en sentido contrario. En el acto valoró la situación y aminoró el paso, pero Murdoch se acercó hacia él sin detenerse.

—¿No me reconoce usted hoy, Santo? —preguntó con un acento de desafío que hizo contraer los músculos de las muñecas de Simón.

Lo miró de arriba abajo. Vestía nuevamente sus propias ropas, y cada partícula de su persona indicaba lo que había estado haciendo en las últimas horas.

—Sólo tengo que decirle una cosa —contestó el Santo fríamente—. Y no se la puedo decir aquí.

—Apuesto que eso le molesta. Habla usted mejor con sus puños, Santo. Pero no siempre se va a salir con la suya. ¿Adónde va ahora?

—Eso es asunto mío.

Murdoch asintió moviendo brevemente la cabeza mientras su mandíbula se contraía más severa.

—Claro que sí. Pero también es asunto mío. Se le ha ocurrido levantarse temprano para ir a verse con Loretta, ¿verdad? Bueno, pues no ha madrugado bastante.

—¿No?

—No. Aparte sus ojos de mi cara, Santo... Esta mañana estoy listo para usted. Mire en cambio a ese gendarme. Ése que mira a un escaparate y que no parece hacer caso de nosotros. Bueno. Pero ahora no está usted en su barco. Intente alguna cosa fuerte conmigo, y ese gendarme volverá en el acto su atención hacia nosotros. Y cuando se acerque aquí, tendré algo que decirle acerca de lo que usted intentó hacer anoche. —Tenía los puños apretados y parecía parado sobre la punta de los pies. Su actitud era vengativa, y el amargo recuerdo de la noche pasada daba un extraño brillo a sus ojos—. Dé media vuelta y regrese al lugar de donde ha venido, Santo, a menos que quiera encontrarse en el banco de una Comisaría francesa esperando a que llegue su prontuario de Scotland Yard. Y no se acerque a St. Peter Port, a menos que quiera que se repita la misma cosa. ¡Le dije que iba a alejarlo del asunto, y le repito que está fuera de él!

Simón extrajo del bolsillo un paquete de cigarrillos y golpeó uno pensativamente contra el borde del paquete. Se llevó el cigarrillo a la boca y volvió a depositar el paquete en su sitio.

—Es muy malo que se sienta así, Steve —dijo con lentitud, y su mano derecha se tendió veloz desde el costado, como un pistón.

Y por segunda vez Steve Murdoch sintió el impacto del puño del Santo. Tampoco ahora pudo darse cuenta de cómo se produjo el golpe. El puño recorrió la distancia con tal rapidez que ni un hombre que hubiese estado observándoles de cerca habría podido notarlo. Saltó rectamente desde el borde del bolsillo lateral del Santo hasta el plexo solar de Murdoch, con la potencia de un martinete; y la cara de Murdoch se volvió de color gris al doblarse dolorido por el golpe.

Simón lo cogió diestramente y lo bajó con suavidad al suelo. Cuando el primer transeúnte se dio cuenta, el Santo abanicó a Murdoch con su pañuelo y le pulsó el corazón con gesto de alarma.

Y cuando el gendarme se sumó a los curiosos, era ya opinión entre los allí congregados que el sol de Bretaña debía haber sido una de las causas principales del colapso sufrido por Murdoch. Alguien habló de pedir una ambulancia. Otro pensó en que él podía mejorar el sistema de primeros auxilios que estaba siendo practicado; y la oportunidad fue aprovechada por Simón para escurrirse silenciosamente y desaparecer.

A paso ligero se encaminó hacia el *Hôtel de la Mer*. Sentíase lleno de ansiedad. Ese encuentro le había hecho perder un nuevo tiempo precioso.

Un instante después volvió a detenerse y penetró en el portal de un comercio para atarse un imaginario cordón suelto. Acababa de ver a Kurt Vogel, apuesto e inmaculado en traje blanco y gorra blanca también, dirigiéndose hacia la entrada del hotel. ¡Llegaba con demasiada tardanza! Experimentó como una sensación de frío al darse cuenta que nada más podía hacer al respecto... nada que no fuera hacer diez veces más peligrosa la posición de Loretta al ligarla con él. ¡Después de todo, Murdoch había ganado la partida, y Loretta tendría que hacer el viaje sin ser puesta sobre aviso!

## CAPITULO V

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR CAMINÓ POR UN JARDÍN, Y CÓMO ORACE TUVO TAMBIÉN SU PARTE

### I

**S**erían las cuatro y media cuando el *Corsair* se balanceaba sobre las crestas espumosas más allá de St. Martin's Point, con sus velas desplegadas para obtener la última onza de la suave brisa del Sudoeste que había soplado insistente en todo el viaje desde *Pierre des Portes*. En esas cinco y media horas desde que salieran de las rocas y bajíos que bordean las *Cotes du Nord*, Simón Templar no había apartado sus manos del timón. Sus ojos observaban sin cesar las curvas de la lona por encima de su cabeza como en busca de una arruga que anunciase que una mínima parte del viento no era utilizada. Durante esas horas dejó de ser leal a la gracia artística de la vela, y ansió los motores zumbantes del *Falkenberg*, el cual les había alcanzado en la primera hora de navegación, dejando tras de sí una blanca estela que se perdía en el horizonte.

Apenas si podía darse cuenta de lo que pasaba por su mente. Con todo el galante empuje del *Corsair* abriéndose paso por entre las aguas del mar, sentíase tan abandonado como si se hubiese encontrado sobre un iceberg en el Polo Sur. Todo cuanto tuviera que suceder en el *Falkenberg* podía ocurrir mientras se encontraba lejos de su alcance. Y Vogel podría decir: «Ella ha decidido no venir», o «Ha habido un accidente», y, estando toda la tripulación del barco en el complot, sería imposible probar nada.

El Santo miraba a la línea de la costa que iba elevándose poco a poco, y al hacerlo había una expresión de mofa en su rostro. ¿Es que necesitaría una

prueba? Eran muchas las ocasiones en que él había sido su propio juez y jurado. Eso era algo más rápido, que dejaba muy pocos agujeros sin taponar.

Y, sin embargo...

La cosa no era tan sencilla. La venganza era una trivialidad en que no podía pensarse, una sombra remota de tragedia que marcaba líneas profundas entre sus cejas bajas. Más que una venganza, quería ver otra vez a Loretta, ver de nuevo aquella expresión de malicia en sus ojos y oír el acento sonriente de su voz, sentir el tacto de su mano. Lo deseaba más que obtener cualquier botín que pudiera encontrarse al final de la aventura... ¿Por qué? No lo sabía. Algo había ocurrido en él desde que la conoció... algo que había ocurrido más de una vez en su vida, y que acaso podría volver a acontecer.

La brisa amainó cuando se aproximaban al Canal, y pensó en el motor auxiliar. Mientras navegaban más allá de la fea sombra del *Castle Cornet* y bordeaban la punta del *Castle Breaker*, alcanzó a ver las líneas blancas del *Falkenberg* anclado ya en aguas del puerto, y en el interior del pecho experimentó una extraña e indefinible presión.

Estaba como montado sobre el borde de la cabina. Encendió un cigarrillo mientras Orace terminaba la operación de amarre. El *Falkenberg* se hallaba amarrado desde hacía tres horas, y aparte del marinero con camiseta de lana que lavaba lentamente los restos de agua salada de la pintura, y que apenas si miró al *Corsair* al pasar próximo, nada se observaba a bordo. Era más que seguro que Vogel y su gente estaban en tierra; pero Loretta... Se estremeció ligeramente mientras sus ojos lanzaban destellos como de acero. Poco después lo sabría... tendría muchas respuestas.

—¿Y ahora, señor?

Orace se hallaba a su lado, tan estoico como una gárgola. El Santo movió su cigarrillo, indicando ligeramente:

—Vigilarás ese barco. No dejes que se den cuenta. Será mejor que bajes y te instales detrás de uno de los ojos de buey. Ten abiertos los ojos, Orace. Si sale una mujer joven, o ves bajar un bulto grande o algo que pueda contener un cuerpo, te pondrás en camino y la seguirás pegado como una mosca a un papel engomado. Y si no sucede nada, seguirás vigilando el barco hasta mi regreso o el bigote te llegará hasta las rodillas. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

Orace bajó a iniciar su guardia y el Santo se irguió y se ajustó el cinturón. Necesitaba de acción para apartar su mente de cosas sobre las cuales no quería ocuparse: experimentaba una especie de tensión al decirse que la lucha estaba en marcha, en una u otra forma.

Bajó a tierra con paso ágil y la pistola que llevaba en el bolsillo le hizo sonreír con desdén al recordarla. Parecía una precaución ridículamente melodramática en este puerto pacífico, con el cielo azul de la tarde arqueándose sobre las aguas serenas y los paseantes caminando junto a las rompientes. Pero no hubiera debido sonreír. Antes del término de la aventura habría de saber cuán necesaria y conveniente era el llevarla encima.

El barco del cruce del Canal se hallaba detenido en la continuación de su ruta hacia Jersey. Simón echó a andar hacia el Muelle Nuevo por entre los pasajeros desembarcados y los espectadores. No tuvo trabajo en encontrar un porteador. Le hizo algunas preguntas. Sí, el barco había depositado cierta carga consignada a él. Miró con cierta satisfacción los dos nuevos baúles de inocente tipo con etiquetas con su nombre, y puso un billete de diez chelines en la mano del porteador.

—¿Quiere llevar esto a ese barco? Es el *Corsair*. A bordo hay un hombre para recibirlos. Y no intente sacarle un céntimo más, porque es hombre muy nervioso.

Avanzó por el muelle rumbo hacia la explanada, llevándose un cigarrillo a la boca mientras caminaba. Esos dos baúles contenían un equipo para hacer descensos submarinos, y la prontitud de su llegada testimoniaba el hecho de que el largo retiro de Roger Conway en los lazos de un matrimonio respetable en nada había disminuido sus viejas dotes de perfecto subalterno. Restaba el asunto respecto a la contribución de Peter Quentin; y el Santo siguió en dirección a Correos, donde encontró esperándole la comunicación en forma de telegrama:

«Latitud cuarenta y nueve, cuarenta y uno cincuenta y seis Norte. Longitud dos veintitrés cuarenta y cinco Oeste. Roger y yo estaremos en el Royal antes que tú. Los otros tomarán primer avión cuando des la orden; también Hoppy quiere saber por qué no ha sido incluido. Yo he decidido cargarte el coste de este telegrama, de modo que tengo sumo placer en firmar con mi nombre, a tu cargo. Tuyo todavía hasta que Hitler te dedique un túmulo. *Peter*».

Simón se guardó la hoja en el bolsillo y la primera sonrisa totalmente espontánea de ese día aflojó la dura expresión de su boca al salir de nuevo a la calle. Si antes de abrirlo se le hubiera pedido hacer una apuesta acerca del tono en que estaba redactado el telegrama, habría apostado mil contra uno en la seguridad de hacer una suposición acertada; y en ese momento se sentía muy contento de haber estado en lo cierto. Fue el hechizo que todavía le

ligaba a ese grupo de bucaneros dispuestos a todo el que le hizo apretar el paso en dirección al *Royal Hotel* con la sensación de una invencible fe en su interior.

Los encontró en el bar, entreteniéndolo a un par de damiselas en pijamas de playa, las cuales estaban dotadas de un cierto algo que probaba que Peter y Roger habían mantenido su velocidad de acción e iniciativa en más de una dirección. En la primera ojeada hicieron como que no le conocían; pero al aproximarse al mostrador, Roger Conway pensó que otra ronda se imponía y acercósele muy discretamente.

—Cuatro copas de jerez —dijo, y cuando el *barman* preparó los vasos, añadió—: A propósito... antes que me olvide... ¿quiere enviar una botella de Scotch y un sifón a mi habitación un poco más tarde? Es la número 15.

Simón bebió el vaso de cerveza que había pedido al llegar y comparó la hora de su reloj con el de la pared.

—¿Marcha bien ese reloj? —preguntó al *barman*.

—Sí, creo que sí.

El Santo fingió que arreglaba el de su pulsera.

—Tanto mejor. Tengo una cita a las siete y pensaba que tendría que esperar media hora.

Abrió un paquete de cigarrillos mientras Roger volvía junto a su grupo llevando los cuatro vasos de jerez diestramente distribuidos entre sus dedos, y poco después preguntó dónde había un lavabo. Se alejó entonces dejando sobre el mostrador el vaso sin tocar; y el hombre que ocupaba el lugar junto al suyo, el cual había sido específicamente advertido contra los peligros de dejar que sus atenciones fuesen muy evidentes, se levantó y miró el vaso durante un tiempo considerable antes de sentirse turbado por las primeras dudas de su propia sapiencia. Y mucho antes de que tales ansias se hicieran más imperiosas, el Santo se hallaba reclinado tranquilamente sobre la cama de Roger Conway, lanzando anillos de humo hacia el techo y esperando que los otros concurrieran a la cita.

Llegaron puntualmente a las siete; y una vez que la puerta hubo sido cerrada, le miraron con solemnidad.

—Parece extenuado —dijo Peter por fin.

—Y enfermo.

—Ha tenido muchos momentos de fiebre con la heroína —repuso Peter.

—¿Qué tal si nos abalanzáramos sobre él? —sugirió Roger.

Dieron un salto y se oyó una ligera carcajada.

—¿Sabes vuestras niñeras que habéis salido? —preguntó Simón con sequedad—. ¿Quién os ha dicho que atacarais a dos jóvenes inocentes antes de haber abierto las maletas? Dentro de poco os necesitaré con cierta prisa para un trabajo de verdad, y acaso estéis por las colinas recogiendo margaritas y tréboles de cuatro hojas... ¿Has hablado, Peter?

—¿Cómo demonios podría hablar —murmuró Roger— mientras estás hundiéndole la rodilla en el cuello? ¡Pedazo de...! ¡Ay! ¡Es mi brazo el que estás quebrando...!

El Santo levantó su cuerpo jadeante, arrojó los restos de su cigarrillo humeante, y encendió otro.

—Noto que estáis desentrenados —hizo notar—. Puedo darme cuenta de que he pensado en vosotros a tiempo para evitar que os metieran en floreros.

—Tal vez eso hubiera sido preferible —dijo Peter, frotándose el torso suavemente—. Cuando piensas, Santo, no lo haces sino en sentido físico.

—Eso significa que se halla en otro lío y quiere que lo saquemos del atolladero —dijo Roger—. ¿O es que has hallado un millón de libras y andas buscando algunos huérfanos que merezcan ser amparados?

Simón les miró con afecto y se tendió en una silla.

—Bueno, a decir verdad, hay varios millones en danza —contestó.

En el tono de su voz pudo notarse un sereno dominio que les hizo pensar en días pasados cuando la diversión y las carreras de caballos eran dejadas de lado por otras cosas que los ligaban a su vez. Roger se sentó en la cama y Peter en la otra silla.

—Háblanos —dijo Roger.

Y el Santo les habló.

## II

—De modo que ésta es la situación. Y ahora...

Se levantó y los miró por entre el humo, luciendo una de aquellas supremas pausas en las que se daba cuenta más claramente que no podía ni deseaba cambiar su vida por ninguna otra. Era como en tiempos ya pasados. Como el regresar a la casa. Era el saqueador que volvía al campamento de gitano que abandonara. Vio sus caras a través de la habitación: la de Peter, arrugada y plena de vitalidad de joven pugilista, la de Roger delgada y más bien fija; y por debajo de la turbulencia de pensamientos que se apiñaban en



el fondo de su mente tuvo la certeza de que experimentaba una satisfacción grande e inexplicable.

—Si toda la evidencia que ha sido reunida desde que la firma *Ingerbeck* se hizo cargo del asunto está en su debido lugar, me parece que se tiene ya bastante entre manos como para que Vogel quede fuera de lugar. Pero no es bastante para los aseguradores, ni tampoco para la firma *Ingerbeck*. Los aseguradores no pueden obtener beneficios por el mero hecho de que Vogel se halle preso por unos cuantos años. Lo que quieren es rescatar parte del dinero que han perdido desde que ese hombre empezó a actuar. Y la firma *Ingerbeck* quiere su comisión igualmente. Por nuestra parte, queremos...

—Ambas cosas —dijo Peter Quentin.

El Santo le miró pensativo por un momento y luego se expresó así:

—El argumento es muy simple, ¿no os parece? Un botín de esa clase no significa dinero a la mano. No es posible alzarse con una bolsa de diamantes sin tallar o media tonelada de oro en barras y entrar en el primer establecimiento de un prestamista y preguntar qué pueden dar por eso. Se necesita tiempo y cierta organización para desembarazarse del tesoro. No es fácil tampoco llevarlo encima mientras funciona la organización... particularmente cuando se trata de oro. Hay que depositarlo en alguna parte. Y por razones similares no es posible utilizar tampoco las cajas de un Banco o tenerlo en un calzetín.

Roger asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo que quiere decir que si hallamos ese escondite...

El Santo extendió ambas manos.

—Hallarlo o saber en qué parte está. Hay que alistarse en la tripulación de Vogel y obtener la clave. Seguirlo cuando parta en busca de parte del botín, o para depositar algo más. O algo... —agregó con una sonrisa, tendiendo la mano hacia su vaso—. De todas maneras, tal es la idea general.

Ahora tenían la idea general; y por un minuto o dos estuvieron digiriéndola en completo silencio. La magnitud de la situación que acababa de delineárseles no provocó ninguna de las convencionales explosiones de incredulidad o excitación: se hallaba más o menos sobre el mismo plano que ellos habían pensado encontrarse con ese líder desvergonzado que estaba estudiándoles con su sonrisa ligeramente burlona de siempre en su cara tostada por el sol y carente de arrugas. Y es dudoso que la moralidad de su actitud les perturbara en lo más mínimo.

—Eso parece bastante claro —dijo por fin Peter—. Excepto en lo que se refiere a la hermosa heroína.

—Ella no está sino tratando de atacar a Vogel por su lado flaco... si es que tiene uno. Por eso ha sido por lo que ha tenido que hacer el viaje de hoy. Yo... no he tenido tiempo para impedirlo. No sé tampoco si habría podido impedirlo, aunque lo hubiese intentado. Si ella no ha llegado sana y salva aquí... —agregó, sin terminar la frase; por un instante pudieron notar ellos una fría llama de acero en sus ojos. Luego volvió a aparecer en sus labios la misma sonrisa burlona—. Pero eso sólo es cosa mía —terminó.

—Así parece —murmuró Peter ceñudamente—. Casi parece evidente que no podemos ayudarte en una situación como ésta. Si tienes una pretensión sobre la heroína, creo que será mejor que regrese a mi casa.

—¿La tienes, ciertamente? —preguntó Roger con seriedad.

Simón aspiró la última bocanada de su cigarrillo y aplastó luego la colilla en el cenicero.

—No lo sé —dijo.

Se puso en pie de pronto y se acercó a la ventana, triangulando casi inconscientemente su exacta posición en la geografía del hotel, por si se veía obligado a entrar sin recurrir a las entradas ordinarias. Automáticamente su mente hizo a un lado la pregunta de Roger y continuó considerando los puntos prácticos por los cuales había convocado tal reunión.

—Ahora hablemos acerca de las comunicaciones. No podemos tener muchas de estas reuniones. He tenido que apelar a una excusa para realizar ésta; y ayer hice lo mismo en Dinard. Creo que las dos veces ha salido bien la cosa, pero si vuelvo a repetirla no parecerá tan accidental. Existe una mínima posibilidad de que el pájaro se esté preguntando lo suave y escurridizo que soy, y es posible también que pueda seguir haciéndoselo pensar por otras veinticuatro horas, lo que significará una gran diferencia. Por eso es por lo que por un tiempo volveremos al aislamiento. Orace y yo nos pondremos en contacto con vosotros aquí. Tendréis que estar constantemente atentos por si hubiera algún mensaje. Si no podemos enviar ninguno, colocaremos un cubo sobre la cubierta del *Corsair*, lo que significará que debéis esperar señales. ¿Recordáis el código de la vieja tarjeta? Colocaremos las tarjetas en uno de los ojos de buey. Ésas serán las órdenes generales.

—¿Algo más en particular?

—Por ahora, únicamente para mí. Mañana ellos partirán a probar el nuevo aparato *bathystol* del profesor Yule... y he sido invitado.

Peter se irguió con un sobresalto.

—No irás, ¿verdad?

—Ciertamente que iré. Cualquier sujeto normal e inocente aprovecharía la oportunidad, y hasta tanto no haya evidencia en contrario, tengo que proceder sobre la base de que todavía se me considera como un sujeto normal e inocente. Tengo que ir. *Es necesario* que vaya. Además, es posible que pueda hallar alguna cosa.

—Por ejemplo, ¿acerca de la otra vida? —preguntó maliciosamente Peter. Simón se encogió de hombros.

—Todo es posible. Pero si me llega la hora, si debe llegarme, lo mismo será yendo que no. Y si es para mañana... —la sonrisa del Santo fue franca mientras se abotonaba el abrigo—, no dudo que vosotros haréis lo que debéis hacer.

Roger abandonó la cama.

—Está bien, Horatius. Entonces, ¿por el momento estamos libres?

—Sí. Excepto para las comunicaciones generales. He querido daros una idea de las cosas. Y ya la tenéis. Volved junto a vuestras heroínas, si es que en el intervalo ellas no han hallado nada mejor; y no os olvidéis de tener las armas siempre listas.

Traspuso la puerta antes que los otros dos pudieran pensar en nada conveniente para contestarle, y no tardó en regresar junto al bar. Su vaso de cerveza estaba todavía sobre el mostrador. El sujeto, que no había cesado de fruncir el ceño y moverse como en círculos agitados, pareció sufrir un violento ataque al corazón que exigió una gran dosis de *whisky* para componer sus alterados nervios.

Simón bebió con calma su cerveza. El líquido descendió por su interior a reunirse con el profundo y singular destello que estaba sintiendo, en contraste curioso con aquella sensación externa de frialdad. Esa breve entrevista con Peter y Roger, el saber que se hallaban a mano para compartir los peligros con él, tal como ocurriera en ocasiones anteriores, habíale dado un sólido fundamento en el que apoyar un coraje que hasta entonces no se había sustentado sino en su mera energía nerviosa. Sin embargo, como si la sensación de frío de sus piernas estuviera allí para atestiguarlo, su presencia no había alterado el problema de Loretta, ni había hecho que ella estuviera a salvo; y una parte de su ser parecía como alejada de la batalla cuando se dispuso a ir en su auxilio.

Para dar con ella... si es que podía ser hallada. Pero tuvo bastante entereza para saber alejar de su mente ese temor implacable. Ella sería hallada. Empezaba a volverse tan imaginativo como un muchacho echado a perder. Si Vogel había corrido el riesgo de dejarla navegar en el *Falkenberg*,

es que estaba interesado; y si lo estaba, no podía tener interés en asesinarla hasta que su interés estuviera satisfecho, Vogel debía estar interesado. El Santo no había estado observando con ojos cerrados la escena desarrollada la noche anterior sobre la cubierta del *Falkenberg*. Y el cerebro matemáticamente deshumanizado de Vogel funcionaría como si estuviera jugando con un juguete atrayente, guardándose contra sus peligros revelados, hasta que todos sus recursos hubiesen sido explorados. Entonces lo destruiría. Ciertamente, Loretta debía ser hallada. Lo que más profundamente le perturbaba, era que él se sintiera tan sumamente temeroso...

Y la halló. Mientras caminaba por el puerto, mirando sobre el pálido azul del agua las líneas del *Falkenberg* como si sus ojos estuvieran tratando de horadar su casco y la superestructura para ver qué había quedado para él a bordo, vio tres siluetas avanzando hacia él y algo le hizo volverse. Vio la alta y aquilina silueta de Kurt Vogel, la fornida contextura de Arnheim y otra forma más, que en nada se parecía a los dos, y que de pronto fundió el hielo que estaba subiendo por sus venas y convirtió su corriente en un flujo cálido, como de fuego.

—Buenas tardes —dijo Vogel.

### III

Simón Templar contestó con una naturalidad completa. Y eso que se sentía con ansias de cantar y bailar.

—Venía en busca de ustedes —dijo.

—Nosotros estábamos preguntándonos dónde estaría. Hemos preguntado en el *Corsair*, pero su criado nos ha dicho que había bajado a tierra. ¿Ha tenido buen viaje?

—Perfecto.

—Pensábamos cenar en tierra para cambiar. A propósito, voy a presentarle —agregó Vogel, volviéndose a los otros—. Éste es mi amigo, míster Tombs... miss Page...

Simón tomó la mano de ella. Y por vez primera osó mirarla de lleno a la cara, y sonreírle. Pero no fue sino por un brevísimo instante convencional.

—... y míster Arnheim.

—¿Cómo está usted?

En la mejilla carnosa de Arnheim podía notarse una mancha oscura, algo hinchada, y el Santo pensó con oculta satisfacción en el dolor que debió

causarle cuando le estrechó la mano.

—Usted nos ayudó a tratar de atrapar a nuestro ladrón, ¿verdad, míster Tombs?

—No creo que les fuera de gran ayuda —contestó el Santo con naturalidad.

—Pero se mostró bastante paciente con nuestras molestas tentativas —dijo irónicamente Vogel—. No pudimos habernos conocido más afortunadamente, en todo sentido. Y ahora, ¿verdad que nos acompañará a cenar?

El gran gancho de su nariz pareció curvarse sobre el Santo como una cimitarra lista para el golpe y sus pobladas cejas negras se arquearon sobre la nariz con un ligero asomo de beligerancia.

—Desde luego —respondió con facilidad. Y cuando reemprendieron la marcha, inquirió—: ¿Y el profesor?

—Se niega a dejarse tentar. Estará trabajando en su *bathystol* durante casi toda la noche. No es posible apartarlo de su aparato en vísperas de realizar un descenso.

Cenaron en la «Vieja Casa del Gobierno». Para Simón Templar la noche se convirtió en algo fantástico, casi temerosamente irreal. Ni en una sola vez pudo notar que Vogel o Arnheim estuvieran observándole, ni siquiera tampoco una sola vez pudo captar el sutil borde de un argumento lanzado en la conversación; y, sin embargo, sabía que los dos hombres estaban vigilantes. La marca de su puño sobre la cara de Arnheim atraía sus ojos cada vez que se volvían hacia ese lado. ¿Sabría Arnheim de quién eran los nudillos que le asestaron semejante golpe en su cara? ¿Lo sabía Vogel? No podía leerse respuesta alguna en la suave cara descolorida ni en aquellos ojos negros que no parpadeaban. ¿Qué era lo que los dos sabían acerca de Loretta, y cuáles eran sus planes con respecto a ella? Si Murdoch había sido identificado mientras lo tuvieron en el *Falkenberg*, ella podía considerarse ya como condenada; y era mucho esperar que Murdoch no hubiese sido visto por el espía que observó su impetuosa llegada al *Hôtel de la Mer* el día anterior. ¿Cuánto era lo que Loretta había sufrido ya?... No podía sino imaginar las respuestas.

Producía una sensación poco agradable estar comiendo y bebiendo en términos de la más azucarada cordialidad con dos hombres que tal vez estuvieran planeando su funeral —y cuyos propios funerales él mismo planearía sin remordimiento en ciertas circunstancias—, con toda expresión de antagonismo forzosamente suprimida en cada parte. Si él no hubiese

tenido la experiencia de la noche pasada acerca de los métodos de Vogel para aclimatarlo, habría sufrido nuevamente la misma sensación de pesadilla, aumentada en intensidad debido a que ahora Loretta se hallaba con ellos; pero sus nervios habían soportado tanto en aquel juego del gato y el ratón como eran capaces de tolerar, y la reacción normal estaba produciéndose. En cierto modo sabía que el juego no podría continuar por mucho tiempo más, y que cuando llegara el arreglo final habría de tener sus compensaciones.

Mientras tanto, Loretta estaba a su lado, y él no podía demostrarle más que el cortés interés que le imponía su reciente presentación, cuando su más íntimo deseo era tomarle ambas manos y decirle esa rápida y tonta sucesión de cosas que era la medida de su entendimiento predestinado. Veía el brillo de oro de sus cabellos y notaba la suavidad de sus labios cuando hablaba, y se sentía atormentado por un anhelo hambriento que era más duro de combatir que toda la inhumana paciencia de Vogel.

Poco más tarde, estaban bailando juntos.

Habían descubierto que había pista de baile en el hotel, y terminado el café y los licores habían pasado al salón. De todos modos había esperado primero que Vogel y Arnheim bailasen antes de volverse hacia ella y pedirselo como cumpliendo con un deber impuesto por la cortesía.

Y ahora estaba solo con ella. Tenía su mano en la de ella, y con el brazo la rodeaba. Se movían suavemente en su propio mundo, como una sola persona al compás de una música que ninguno de los dos podía oír.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, Mary Jane —dijo él.

—¿No fue antes que me peinara de alto?

—Creo que fue en la escuela dominical cuando comiste tantos caramelos y helados y tuviste que devolverlos junto al rododendro.

—¡Cómo lo recuerdas! —exclamó ella—. ¡Y ahora, eres un hombre que haces cosas maravillosas! Me siento orgullosa de ti, Elmer.

—George —corrigiola Simón—. A propósito, ¿te he dicho alguna vez algo acerca de ese asunto del dragón? Aquel dragón que estaba muy allegado a una poetisa, a una duquesa viuda y a un prominente reformador social. Realmente era la bestia más suave y caritativa excepto cuando sentía que la moral de la comunidad estaba en peligro. En tales ocasiones se transformaba, se le enrojecía la cara, echaba humo y fuego y dejaba oír gruñidos feroces como los de un pavo que está siendo degollado para el día de Navidad. Los habitantes del país, muy equivocados por cierto, confundiendo tales síntomas por los de la dispepsia sádica, trataron de apaciguar al animal, cuyo nombre era Angélica, eligiendo sus más hermosas damiselas y dejándoselas como

sacrificios completamente desnudas y atadas a los árboles y arbustos, en todo su camino. Por otra parte, Angélica confundía esas ofrendas amistosas como una prueba más de la depravación que se apoderaba de sus amigos, y no hacía otra cosa que entregarse a transportes de indignación y de protestas. El malentendido estaba pervirtiendo al país en todo sentido, y en verdad el pesar de las bellas damiselas estaba haciéndose tan intenso que ciertos ciudadanos empezaron a abogar porque en lugar de ellas fuesen utilizadas sus abuelas, con la esperanza de que Angélica pudiera ser afectada por sus atractivos intelectuales cuando el mero encanto físico no hacía sino agravar los gruñidos. Y fue entonces cuando yo llegué y... ¿Por qué no te he dicho lo hermosa que estás hoy?

—¿Será acaso porque no lo has notado?

—¡Claro que lo he notado! Si ellos te hubieran visto, Loretta, te habrían amarrado a un árbol para que te devorase Angélica.

—¿Sin tener nada encima?

—Y todo el mundo se habría preguntado: «¿Dónde está George?». También George era un Santo.

Sobre sus caras sopló la fresca brisa de la noche, y casi sin darse cuenta se encontraron afuera. Debió haber una ventana o puerta por la que salieron los dos del salón de baile a la noche infinita; pero fue como si la argamasa y la piedra y la madera se hubiesen derretido como sombras para dejarlos debajo de las estrellas. Sus pies se movieron sobre la blanda alfombra del césped, mientras la música sonaba suavemente tras de ellos.

Poco después, ambos se sentaron. Él retenía aún su mano.

—Bueno —dijo.

Ella sonrió débilmente.

—¿Bueno?

—Aparentemente no ha habido muerte —dijo él—. Por ello supongo que ha debido haber deshonor.

—Puede que haya habido ambas cosas.

Simón le contó los dedos de la mano y los llevó contra su mejilla.

—Pareces estar viva. ¿O es que los dos somos fantasmas? Podríamos salir a perseguir a alguien.

—Tú, Simón, sabes alguna cosa. Cuando nos hemos encontrado a la orilla del agua...

—¿Ha sido tan evidente?

—No. Pero yo lo he sentido.

—Lo mismo que yo. Mi corazón ha hecho «tapa-tipi-tapa-tipi». Y luego al revés... «tipi-tapa-tipi-tapa». Luego ha dado un salto mortal y se ha quebrado el cuello. Todavía está resentido.

Ella le cubrió la boca con la otra mano.

—¡Por favor, Simón! Todos los minutos que estemos aquí pueden ser peligrosos. Ya han debido notar nuestro alejamiento. Estarán hablando. Dime lo que sabes. ¿Qué ocurrió anoche?

—Atraparon a Steve. Yo volví al *Falkenberg*, atacué a Otto y me llevé a mi barco al idiota de Steve. Otto no llegó a verme, pero no sé cuántas otras personas pudieron inspeccionar al muchacho antes de que yo interviniese. Si el mismo sujeto que ayer le oyó preguntar por ti en el hotel llegó a verlo, debió avisar que tú te hallas relacionada con él.

—¿Y acerca de ti?

—Vogel se presentó poco después y se interesó en que le mostrara el *Corsair*. Pero no halló a Steve. Éste pudo escapar.

—¿De quién?

—De mí. Mientras Vogel se retiraba y yo estaba felicitando a Orace por haberlo sabido ocultar tan bien, Steve vio su oportunidad y huyó. He vuelto a verle esta mañana, cuando yo iba a buscarte para ponerte sobre aviso, pero ese tonto me ha hecho retrasar en treinta segundos y no he podido verte. Ignoro dónde se halla ahora Steve, pero si apuestas tu camisa ten la seguridad de que mañana aparecerá aquí y que tú no correrás ningún riesgo de dejar de ser vigilada —dijo el Santo, y volviendo hacia ella su cara, vio el ligero movimiento de sus ojos—. ¿Es cierto que te ha visto esta mañana?

—Sí.

—¿Te ha dicho que yo lo había raptado?

—Sí.

—Te habrá dicho algo así: «Ese Templar es un bandido de la peor ralea, y si usted cree que se ha convertido en un hombre decente porque usted le sonrió, está usted loca»... ¿No es así?

—¿Has estado escuchando detrás de la puerta?

Simón movió la cabeza.

—Sé leer en los pensamientos. Además, yo traté de raptarle, pero de otra manera. Al menos traté de detenerle. Era lo indicado. Es posible que sea un expertísimo detective en cierto modo, pero no encaja en el juego que está habiendo aquí. Hizo lo imposible para entorpecer las cosas por dos veces en un solo día, y se me ocurrió que sería conveniente tenerle inmovilizado por algún tiempo. Todavía sigo creyéndolo así.



—¿Y el resto? —preguntó ella.

—¿Qué es lo que piensas?

La mano de Loretta se deslizó por los cabellos de él, y fue a posarse sobre su hombro. Por una vez sus maliciosos ojos oscuros miraron con una expresión de tristeza y rendición.

—Creo que Steve tenía razón.

—¿Y a pesar de todo estás aquí?

—Sí. ¿No es verdad que soy una tonta? Ya te dije que soy muy débil de mente. Todos los de la firma *Ingerbeck* han pasado por una prueba de inteligencia, y me dijeron que yo poseía la mentalidad de una criatura de cinco años y que posiblemente terminaría en un asilo dentro de uno o dos años.

—¿Me permitirás ir a verte cuando estés en la celda acolchada?

—Si lo deseas... Pero no querrás. Cuando hayas tenido todo lo que quieres de mí...

Él la hizo callar besándola en los labios. Y con la boca de ella trató de silenciar la incredulidad en su propia mente, que estaba haciéndole frías preguntas. Experimentaba un loco anhelo que superaba a la razón, que se volvía contra la misma vaciedad de la incredulidad.

Pero era un hombre, y muy humano. La besó, la tocó, le sostuvo la cara en sus manos, y halló olvido en la suave dulzura de su cuerpo. Sintió la sensación de ella con cada uno de sus sentidos; y la de su propio deseo. No había otra respuesta que pudiese dar. Hubiera tenido que pensar en muchas otras cosas; pero había cesado de pensar. Se sentía cansado... no por la penosa fatiga del agotamiento ordinario, sino con la paz de un hombre que acabara de llegar de un largo viaje.

Poco después se tendía con la cabeza en sus faldas, mirando hacia las estrellas.

—Dime algo —murmuró ella.

—Me siento feliz.

—Lo mismo yo. No tengo razones para estarlo, pero lo estoy. Y eso es lo importante. ¿Es cierto que me amas?

Simón sentíase sumido en un sueño del que no deseaba despertar. En alguna parte de su memoria había la impresión cínica de un pensamiento que había tenido tiempo atrás, respecto a que, si la necesidad llegaba, ella habría de valerse de su fascinación para tentarlo como él había pensado que tentaría a Vogel. Y su propio pensamiento había sido que si tal era su estrategia, él le haría frente con sus propias armas. Pero eso era muy débil y muy lejano. ¿Es

que siempre debía estar pensando, sospechando, luchando... cuando tanto placer había en el presente?

—Sí —contestó.

—Dímelo todo.

—Te adoro.

—Encantador embustero...

Inclinose sobre él. Sus cabellos cayeron sobre su cara. Y lo besó.

—No me importa —musitó—. Mañana seré prudente... y estaré triste. Vas a hacerme daño, Santo. Y parece que no me importa. Soy feliz. Lo he sido esta noche.

—¿Es que hay algún mañana?

Ella asintió con la cabeza.

—Debemos regresar —dijo entonces.

Nuevamente volvieron a caminar bajo el cielo estrellado, cogidos de la mano, rumbo a la realidad. Mucho era lo que podían haberse dicho, muy poco lo que podrían decir. Ésta era una ilusión, pero aun así era algo más que la vida real.

—¿Cuál es tu mañana? —preguntó él.

—El profesor hará su descenso de prueba. Ignoro qué ocurrirá después, pero la próxima semana piensan descender en Madeira. Vogel me ha pedido que los acompañe también.

—¿Y les has dicho que irás?

—Ciertamente.

—¿Crees que es preciso?

—Sí —contestó ella, casi brutal en su vivacidad. Y luego, como si también ella se sintiera herida, agregó—: Tú no comprendes. Éste es mi trabajo. Me entregué a él con los ojos abiertos. Ya te lo dije. He dado mi palabra. ¿Pensarías lo mismo de mí si rompiese una promesa?

Como de entre el repentino dolor de su locura, sacó fuerzas para contestar:

—Sí, sería lo mismo.

—No es cierto. Ahora lo piensas así, porque me deseas; pero luego recordarías siempre que huí una vez. ¿Por qué, entonces, no habría de huir una segunda? Sé que tengo razón. —Y también él lo sabía—. Tienes que dejarme terminar mi labor. ¡Ayúdame a hacerlo!

—Yo diría que está casi terminada —repuso Simón, volviendo a su antiguo aplomo y audacia.

—¡Bésame!

Las luces del salón de baile cayeron sobre ellos como un golpe físico. La orquesta continuaba sonando. ¿Durante cuánto tiempo habían estado afuera? ¿Diez minutos? ¿Diez años? Ella se abandonó en sus brazos y él continuó bailando, como si en ningún momento se hubiesen detenido, mecánicamente. Dejó que las luces y los ruidos aturdiesen sus sentidos, hundiéndose deliberadamente en un estado en donde la emoción no podría penetrar. No pensaría.

Completaron una vuelta y volvieron a reunirse a los otros. Vogel estaba pagando al mozo.

—Hemos pensado, míster Tombs, que querría tomar algo después de sus esfuerzos. ¿No es verdad que es buena la pista de baile?

## IV

Simón volvió con un esfuerzo a la realidad, y en seguida le pareció como si estuviese moviéndose bajo una ducha fría. Y exactamente como si se hallara bajo el agua fría volvió a estar nuevamente compuesto y alerta, como una máquina combatiente y desapasionada, perfectamente a tono, tomando los hilos de la aventura en la cual había metido las narices. La locura de unos pocos momentos atrás parecía ahora no haber existido en él; volvía a ser el hombre que saliera sobre la cubierta del *Corsair* al oír un grito en la noche, el hombre con mano serena y ojo firme, jugando un juego en donde la muerte era lo único que se hallaba en disputa.

—No es del todo malo —murmuró—. Si hubiera estado en el lugar del profesor, no lo habría echado de menos.

—Creo que siempre debe ser difícil para el lego comprender la sencillez de la mente del hombre de ciencia. Con todo, estoy de acuerdo con él. Si sus experimentos resultan un fracaso, estoy seguro que se sentirá tan desalentado como si algún capricho mío no hubiese podido realizarse.

—Ciertamente que lo comprendo.

Los labios sin color de Vogel sonrieron con cadavérica suavidad.

—Pero ésa es una posibilidad muy remota. Y ahora, ¿verdad que nos acompañará mañana? Partiremos temprano, y los boletines meteorológicos prometen un día hermoso. Si usted llegara a bordo a las nueve...

Discutieron el proyectado viaje mientras terminaban sus bebidas y al iniciar el regreso al puerto. La afabilidad de Vogel era sumamente efusiva; sus negros ojos brillaban con un curioso resplandor interno. En un modo

sutilmente perturbador parecía más confiado, más serenamente despojado de toda huella de impaciencia o de ansiedad.

—Bien... Buenas noches.

—Hasta mañana.

Simón estrechó la mano húmeda y cálida de Otto Arnheim. Saludó a Loretta Page con una ligera sonrisa.

—Buenas noches.

Nada más. Y quedó con una extraña sensación de vaciedad y de sorpresa, como un hombre que ha dormitado durante un momento y se ha despertado con un sobresalto para preguntarse durante cuánto tiempo ha dormido o si es que en realidad ha estado durmiendo. Todo cuanto ocurriera desde que llegaron de ese jardín encantado había desaparecido tan prontamente que el repentino despertar fue su primer anuncio real del lapso. Se sentía como si le hubieran hecho dar vueltas en una gigantesca honda y luego le hubieran arrojado al mar Ártico, como si hubiese luchado locamente para encontrar su profundidad y una ola le hubiera depositado sobre un solitario picacho. Y todo ello en contados segundos. Recordaba lo que había estado hablando con Vogel, silenciosa, certeramente, sin el menor asomo de peligro de cometer un desliz, como un boxeador osado que ha quedado dueño de su técnica sin volición consciente. *Ésa* era la ilusión: únicamente el jardín era lo real.

Se sacudió como un perro, medio enojado; pero en cierto modo persistía la sensación. Sus pensamientos se volvieron lentamente, deliberadamente, recorriendo sus pasos como si estuviera pisando sobre piedras resbaladizas. ¡Loretta Page! Ella había salido como de entre la bruma sobre Dinard y perturbado su sueño. Habíase sentido fascinado por la sonrisa de sus ojos y la vitalidad de su cuerpo bronceado. Dejándose llevar de un impulso la había besado. ¿Durante cuánto tiempo habían estado juntos? Unas cuantas horas.

Y ella se había mostrado temerosa. Habían estado hablando simples tonterías, y, sin embargo, habíala vuelto a besar, y encontrado en ese momento una paz más completa de todo lo que él conociera. Luego habían hablado de amor. ¿O no habían hablado de eso? Su última visión de ella fue cuando se volvió, con Vogel pasando su mano por entre su brazo. Habíala visto alegre y complacida. Y había dejado que se fuera. No hubiera podido hacer otra cosa. Ellos se encontraban en la misma legión. Por eso había tenido que dejarla ir, con una sonrisa y una mirada suave, porque de los azares de la guerra puede resultar cualquier cosa: la muerte y el deshonor. ¡Y él que había pensado en... «la ilusión»!

Un ruido.

El Santo se detuvo en mitad de un paso, con la mente completamente limpia como una baldosa y una sensación de frío subiéndole hasta la raíz de los cabellos. Una vez más había estado soñando, y una vez más había retornado a la realidad con una sensación de hielo. Pero ahora no existía sensación ninguna de irrealidad acerca de la suspensión galvánica de todas sus percepciones.

Se detuvo exactamente tal como estaba cuando el sonido llegó a sus oídos, con un pie sobre la cubierta del *Corsair* y el otro tendiendo hacia el entarimado del sollado, una mano sobre un parante y la otra afirmándose contra el techo de la diminuta casilla de cubierta, como si se hubiese convertido en estatua de piedra. Todo en torno suyo se mantenía en la calma tranquila del puerto en sombras. En una de las terrazas de la costa un par de mujeres dejaban oír sus risotadas entre las bromas que debían estar gastándoles sus acompañantes. Pero el Santo continuaba inmóvil, alejado de todo el resto del mundo, como si hubiese sido el único ser viviente.

Sabía que el ruido que había oído no era como el que podía haber hecho Orace en sus labores corrientes; de otra manera no habría sentido él ese escalofrío recorrerle la espina dorsal. Había habido algo extraño en su intensidad, un singular siseo que llegó a afectar su atención adormecida tan efectivamente como si hubiera sido una explosión. Su mente lo había analizado instintivamente en un instante, con la veloz intuición nacida de largos años de peligro; ahora tuvo que hacer un laborioso esfuerzo para recordar las características del sonido y preguntarse por qué causa exactamente había podido detenerlo en su paso, cuando la reacción consciente había logrado el mismo resultado en una fracción microscópica de tiempo.

A unas pocas pulgadas delante de su pie izquierdo, la puerta abierta del salón mostraba su alargado rectángulo de luz a través del entarimado. La tensión desapareció de los músculos acalambrados de su pierna al completar el movimiento interrumpido y completar la transferencia de su peso sobre sus dedos extendidos.

Tocó la pistola de su bolsillo; pero ésa podía ser demasiado ruidosa. Su mano izquierda asíase todavía del parante por el cual había empezado a bajar, y con un movimiento silencioso lo sacó de su encaje. Aspiró con intensidad y avanzó a través de la puerta del salón, directamente hacia la luz.

Miró luego por el pasillo hacia una cabina por la cual parecía hubiese pasado un ciclón. Las literas estaban abiertas y los colchones retirados, los cajones forzados y su contenido desparramado sobre el suelo; los libros sacados de sus estantes y arrojados a un lado y otro. La alfombra estaba

levantada y arrollada y una sección del panelado había sido arrancada del mamparo. El Santo lo vio todo en un instante, como si hubiera estado observando un telón de contrafondo; pero su mirada se fijó ahora sobre la forma de un hombre tendido sobre el suelo. El hombre estaba tratando, con los dientes apretados y la cara contraída por el dolor, de levantarse. El hombre cuyo siseo convulsivo había hecho que él despertara de su sonambulismo apenas un minuto antes: Orace.

Simón posó una mano sobre la barandilla de la escalera y descendió al salón. Dejó el palo sobre el suelo y levantó a Orace para depositarlo sobre una de las literas revueltas.

—¿Qué ha sucedido?

Los fieles ojos de Orace le miraron brillantes, mientras se asía el pecho con manos férreas; Simón pudo ver entonces que la camisa estaba tinta en sangre. La voz del sirviente se oyó más gruesa:

—¡Ah!... Nada. Pero, mire..., señor...

—Bueno, pero antes te miraré a ti, viejo compañero...

Orace le hizo a un lado con un repentino acceso de fuerza. Su cabeza se volvió hacia la puerta medio abierta al otro extremo del salón, y su cara se contrajo al apretar la boca bajo la masa de sus bigotes con la misma salvaje energía que cuando Simón lo vio esforzándose para levantarse del suelo. Y en el mismo momento Simón oyó el suave «click» de un picaporte y el crujir de una tabla debajo de una pisada fuerte...

Una ligera sonrisa plegó su boca al agacharse a recoger el parante que había dejado en el suelo. Lo asió con la mano izquierda. Un trozo de hierro de casi cuarenta centímetros de largo era un arma capaz de dejar su impresión en la cabeza más dura con una sensación de penosa inferioridad; y el pensamiento de que el *sportsman* que había tenido la audacia de revolver su cabina de esa manera y causar tanto daño a Orace se hallaba todavía a bordo, y podía brindarle la oportunidad de asestarle un certero golpe en la sien, hizo correr una reconfortante sensación de calor por sus venas.

—Calma, muchacho. Debo quitarte la chaqueta para ver tu herida... No he pensado que en cuanto yo me fuera te pondrías a beber. Supongo que ha saltado la tapa de la botella mientras estabas mirando... Bueno. Si cambiamos ahora el corte de esta hermosa camisa tuya...

Continuó diciendo tonterías, como si siguiera cuidando del herido, mientras avanzaba silencioso sobre el suelo lleno de objetos. Sus ojos se hallaban fijos en la puerta que daba a la cocina, y no miraban con ninguna sonrisa.

Y luego se detuvo.

Se detuvo porque la puerta medio abierta se acababa de abrir de improviso. Más allá de la abertura, el extremo distante del pasillo se hallaba a oscuras; pero en el espacio sombrío entre la luz del salón y la oscuridad de más allá alcanzó a ver la negra configuración de un hombre. La pistola que sostenía el desconocido apuntaba hacia delante de manera que la luz del salón brillaba sobre su cañón.

—¡No te acerques! —murmuró la sombra.

El Santo se irguió del ligero encorvamiento al que su cauteloso avance lo redujera inconscientemente. El hombre que le hacía frente parecía ser de talla media, cuadrado y fornido; su voz tenía un acento gutural que le era desconocido.

—¡Hola, camarada! —dijo el Santo con bastante calma, mientras la barra de hierro colgaba suelta y más que significativamente en su mano—. Pasa... como si estuvieses en tu casa. ¡Oh, pero ya lo has hecho! No importa. Todavía hay otro mamparo que te has olvidado de destrozar.

—Ya acabaré con él dentro un minuto. ¡Date vuelta!

—¿Es que tienes algún propósito respecto a mí?

—¡Vuélvete!

El Santo se volvió con un encogimiento de hombros.

—Supongo, hermano, que sabes lo que sucederá si tiembla la mano con que sostienes la pistola —hizo notar—. Puedes tener un accidente y lastimarme. Hay algo en tu voz que me hace pensar que has estado practicando en un lugar donde las cosas pequeñas como ésta no importan, pero el caso es que aquí no es lo mismo. ¿Has visto alguna vez colgado a un hombre, querido? Su cara hace los gestos más cómicos. Aun cuando tu cara es probablemente bastante cómica...

—Deja de decir tonterías —ordenó el hombre con toda frialdad—. Deja caer eso que tienes en la mano.

—¿Qué? ¿Mi pequeño paraguas y quitasol?

—Lo que sea.

El Santo se agachó lentamente y dejó la barreta sobre el suelo, eligiendo cuidadosamente el lugar.

—¡Ahora, dos pasos al frente!

Simón midió los dos pasos y se detuvo. Su cuerpo estaba listo para recibir la bala que podría dar fin al interludio en contados instantes. Su única desesperada posibilidad se basaba en la barreta de hierro que con tanto cuidado había dejado en el suelo, con una punta sobre un cenicero volcado

desde donde no podría ser movida sin dejar oír el ligero sonido que sus oídos estaban esperando. Por el rabillo del ojo pudo ver a Orace inclinándose rígidamente sobre la litera con su cara de espantajo mostrando una expresión de ira.

Y se oyó un suave roce de metal que bastó para decirle que la barreta estaba siendo recogida. En el mismísimo instante se hizo atrás como soltado por un resorte.

Su tacón derecho se proyectó feroz como la coxa de una mula, directamente hacia el lugar donde supuso que se hallaba la cabeza del hombre si es que se había agachado para recoger la barreta. Y la cabeza del intruso se hallaba exactamente en donde Simón calculó que debía estar. Sintió el ruido del cuero del zapato al chocar contra algo duro y oyó el «¡plop!» de un silenciador. Sintió como si algo hubiera rozado su manga y se volvió en el acto, medio tambaleándose a causa de la violencia de su propio impulso.

El hombre lanzó un gemido de agonía; y el Santo, al volverse, alcanzó a verlo caer hacia atrás con una mano en la cara y la sangre filtrándose por entre los dedos. La otra mano se asía todavía a la pistola con silenciador, moviéndose en la ciega búsqueda de un blanco. Volvió a estallar sorda, y el proyectil fue a rebotar contra una parte metálica junto al espejo del mamparo. Simón sonrió. Al asir la muñeca del hombre, vio a Orace inclinándose para agarrar la barreta. Fue como si la justicia y la venganza lo atrajeran irresistibles. Rodó por debajo de su víctima con un movimiento eficiente y el peso del hombre cayó inerte en sus manos cuando Orace asestó el golpe.

El Santo se sentó, sacó un cigarrillo y se recostó luego contra la litera.

—Muy bien pensado, Orace —dijo, mirando con gesto de aprobación al profesional desvanecido—. Esto ha debido hacerte sentir mejor. ¿Qué es lo que ha sucedido aquí?

Mientras examinaba atentamente las lesiones de su sirviente, Orace explicó:

—Ha llegado a eso de las nueve, señor. Me ha dicho que traía un mensaje de usted. «¿Quién, usted?», le he preguntado. «¿Un mensaje de quién?» Me ha dicho que yo tenía que ir sin demora al *Queen's*, pero yo le he contestado que las instrucciones de mister Tombs eran que no me moviese hasta su regreso. «Pero esto es urgente», ha insistido. «¿Puedo subir a bordo y darle el resto del mensaje?» Y antes de que yo pudiera decir nada... él ha subido. «Aquí no, porque podrían vernos. Lo mejor será que bajemos». Ha bajado sin esperar que yo dijera algo, y yo le he seguido para decirle que no avanzara más. «Necesito hablar en voz baja», ha dicho él, y sin agregar palabra... ¡zas!, me ha dado un golpe en la cabeza y he caído al suelo.



—¿Y esta herida de bala?

—Eso ha sido después. Cuando me he levantado él estaba destrozando todo el salón, y no se ha dado cuenta de mi movimiento. Por un momento me he mantenido inmóvil, y luego he cogido uno de los cajones que él había abierto y se lo he arrojado con toda mi fuerza. He debido atontarle un poco porque casi he podido echarle las manos encima, pero no me hallaba tan cerca como pensaba y él ha podido sacar su pistola y disparar.

—Y casi te ha matado —dijo pensativamente el Santo.

La bala había chocado contra una de las costillas del lado izquierdo y resbalado, produciendo una desgarradura en el músculo del brazo. El Santo tuvo la seguridad de que no había huesos rotos. Con manos diligentes preparó un vendaje y luego de lavar la herida ajustó bien la tela; mientras tanto, su mente trataba de explicarse el origen de la visita del atacante.

Estaba seguro de que no era solamente una tentativa de homicidio. Por la explicación de Orace, el disparo parecía más bien un accidente a causa del pánico, el impulso desesperado de un delincuente que se había sentido a punto de verse capturado. Pero si su intención había sido robar, ya herido Orace, fácil le hubiera sido terminar la tarea. Hubiera podido huir mientras él se encontraba en lo alto de la escotilla. Si no huyó entonces, ¿qué significaba? El aspecto de erupción volcánica del salón ofrecía una respuesta. Vogel buscaba todavía información; y esa leyenda de ladrones de puerto había circulado ya en Dinard.

Pensaba también en otra cosa mientras terminaba de vendar a Orace.

—¿No ha traído un porteador un par de bultos para mí? —preguntó.

—Sí, señor. Han llegado poco después de las siete. Los he colocado en la cabina de estribor.

En cuanto hubo terminado el vendaje, Simón efectuó una inspección, encontrándose más o menos con lo que esperaba. Las cuerdas de los bultos habían sido cortadas y las cerraduras saltadas con el empleo de alguna barreta. Uno de ellos estaba ya abierto, y la tapa del otro cedió al primer esfuerzo. Evidentemente, el visitante estaba terminando sus investigaciones cuando el ruido de la llegada del Santo le interrumpió en su labor.

«Lo que no deja de ser muy festivo y reconfortante», pensó mientras inspeccionaba los desperfectos.

De nuevo en el salón, su gesto denotaba preocupación. Quedaba el problema del mismo intruso, quien parecía destinado a despertar con la cabeza bien dolorida y la cara lastimada. Su cabeza dolorida volvería a la normalidad en veinticuatro horas, pero su cara lastimada necesitaría algunos

años de cuidados para poder volver a ser tan aceptable como antes. Por otra parte, la información que había obtenido durante su visita era algo muy importante. Ese hombre no debía volver junto a Vogel. Por el contrario, tenía que esforzarse en conseguir de él datos referentes al mismo Vogel.

Cerró la puerta de la cocina y doblando una toalla húmeda que había recogido en el camino, miró a Orace con una ligera sonrisa.

—Veremos si tu amigo sabe hablar —dijo—. En caso de que no quiera, es posible que tú puedas pensar en alguna forma para conseguirlo.

Despejó un lugar en uno de los amplios sillones y arrojó al intruso en el mueble. Durante un minuto o dos estuvo aplicando metódicamente la toalla húmeda a su cara y cabeza. Luego le tentó la nuca y le miró de cerca la cara, abriéndole también la camisa. Después se retiró un trecho, terminó su cigarrillo y quedó en actitud meditativa. Porque ese «hermoso durmiente» estaba durmiendo el sueño del que no se despierta jamás.

## Capítulo VI

# DE CÓMO EL PROFESOR YULE PROBÓ EL BATHYSTOL Y CÓMO KURT VOGEL HIZO UNA PROPUESTA

### I

**D**efinitivamente era una complicación más, si bien eso siempre puede ocurrir cuando un hombre posee una barreta de hierro en la mano y tiene buenas razones para sentirse molesto. Orace no tenía por qué sentirse tierno, y quizá el cráneo del muerto había sido menos fuerte que el de los demás mortales. La actitud del Santo era comprensiva, de mente abierta. No se dijo que Orace podía ser inculpado; pero comprendió que esa momentánea interrupción había alterado en forma drástica la situación. Considerando nuevamente el asunto a la plácida luz de la mañana siguiente, no encontró nada que le hiciera cambiar de opinión. Y no tenía la clarividencia suficiente para poder saber en qué forma iba a manifestar tal alteración.

Con los brazos plegados sobre la borda del *Corsair* frunció significativamente el ceño al ver pasar una bandada de gaviotas por encima de las aguas azules. Debajo de ellas, en un lugar situado entre Guernesey y Hermn, el cuerpo del infortunado visitante a su yate estaba durmiendo su último sueño, amarrado a un par de pesados hierros. El *Corsair* había sido limpiado y arreglado, y a bordo no quedaba el menor signo de desperfecto.

Simón Templar habíalo arreglado él solo antes de recogerse; pero sus planes le mantuvieron despierto durante mucho mayor tiempo.

«Sea como fuere, el globo ha reventado —pensaba—. Cuando el intruso no regresó a su base, Vogel debió preocuparse de tal modo que la cabeza tuvo que arderle».

Había estado pensando en el suceso desde cada uno de sus ángulos tratando de ponerse en el lugar de Vogel, pero no llegaba a ninguna conclusión.

—Vogel no dará cuenta a la policía. Primero, porque eso le obligaría a explicar cómo era que conocía a un sujeto que estuvo robando anoche en mi barco. Y sin duda no le interesa atraer la atención de la policía más de lo que puedo desearlo yo mismo. Y además, por todo cuanto hasta el momento pueda saber, yo puedo ser uno de la policía.

Quedaba todavía esa endeble paja a la que poder asirse.

—¿Qué haría yo en su lugar?... Iría a echar un vistazo. Pero Vogel no lo hará. Ya ha hecho una tentativa; y le costará mucho trabajo hallar otra excusa para inspeccionar mi barco por segunda vez en el plazo de veinticuatro horas. Además, él sabe que no hallaría nada. Si yo soy de la policía o uno de esos ricos ociosos, el ladrón, debe pensar, se hallará ya entre rejas, y nada hay que él pueda hacer al respecto, aparte de sacarle bajo fianza cuando se entere. Y si piensa en la posibilidad de que yo sea policía, se andará con mucho cuidado al hacer cualquier movimiento. Por otra parte, si piensa que me hallo metido en el complot, supondrá que el recibimiento que le haga no será muy agradable.

Ésta parecía la más remota de las posibilidades. El Santo se consideraba modestamente como algo único en su profesión; y además existía una posibilidad de que Vogel no pensara en su marca peculiar de interferencia... a menos que ya hubiese sido identificado. Durmió con una mano sobre la pistola y la mente más aliviada. Despertó por vez primera a hora temprana de la mañana. Era posible que Vogel se hubiese mantenido alejado por temor a caer en una trampa.

Durante el desayuno tomó su decisión, y Orace le miró con ojos incrédulos.

—Debe estar usted un poco loco —comentó.

—Es posible —confesó el Santo—. Pero tengo que hacerlo. Si falto a la cita de esta mañana, puedo darme por condenado. Un hombre inocente no dejaría de ir, aun en el caso de haber atrapado durante la noche a un ladrón. Hasta un policía lo haría... y esta carta puede seguir teniendo valor durante unas horas más.

—Es esa endemoniada joven —dijo Orace con reproche.

Simón se detuvo en el acto de asegurar una tirilla alrededor de su pierna, un poco debajo de la rodilla... una tirilla que sostenía la vaina del cuchillo afilado como una navaja, un «Belle», que en sus manos era tanto o más

mortífero que cualquier arma de fuego. Miró sardónicamente a Orace y luego sonrió.

—No es endemoniada, Orace. No, mientras yo continúe estando en pie.

—No seguirá usted en pie por mucho tiempo —repuso Orace, como si el pensamiento le causara cierta satisfacción—. ¿Y qué ocurrirá conmigo cuando usted esté convertido en comida para los peces como ese sujeto que echamos al agua? —agregó con sentido práctico.

—Espero que podrás volver a tu trabajo como modelo de pintores —contestó el Santo.

Arreglose el calcetín y se irguió, sonriendo con aquella curiosa sonrisa suya que sólo aparecía en sus labios cuando estaba sacudiendo el cubilete antes de arrojar los dados para sacar una de las de ganar. Su mano cayó sobre el hombro de Orace.

—Pero no sucederá como temes. Yo colocaré las cartas en el ojo de buey para que míster Conway o míster Quentin puedan verlas durante el día, y ellos se encargarán de que no mueras de hambre. Por mi parte, disfrutaré a más y mejor. Te apuesto a que ese pájaro de nariz ganchuda está rogando para que yo me traicione no presentándome en su barco. Pero le quitaré tal ilusión cuando suba a bordo alegre como una mañana de primavera, como si no hubiese tenido el menor pensamiento maligno en mi mente. Estoy seguro de que será un gran momento.

Desde luego, fue un gran momento.

Simón observó el juego de la luz sobre el agua, los bordes espumosos en torno del costado de la embarcación, y recordó el momento en sus mínimos detalles. Fue la primera vez que halló algún signo de tensión humana en la cara de Vogel. Aun así, sus ojos habituados tuvieron necesidad de buscar tales signos; allí estaban. Un destello mínimo, como si su piel se hubiese estirado más sobre los pómulos. Una huella mayor de sombra debajo de sus ojos hundidos. Nada más. Vogel se hallaba tan inmaculadamente vestido como siempre, y su apretón de manos fue tan frío y firme como antes, su humor no menos suave y cortés.

—Una mañana perfecta, míster Tombs.

—Hermosa después de la brillante noche de ayer —murmuró el Santo.

—¡Ah, sí! ¿Disfrutó usted de nuestra reunión?

—Y del cuento a la hora de dormir.

Vogel levantó sus negras cejas en gesto de tolerante asombro... y el Santo pensó en lo mucho que debía haber practicado ese gesto de cortés perplejidad. Simón sonrió.

—Debe haber algo de verdad en lo que dijo usted acerca de esos ladrones de puerto —explicó, hablando con el aire de un hombre corriente que alude a su pequeña aventura y trata de parecer *blasé* al respecto—. Anoche tuve un visitante a bordo.

—¡Mi estimado míster Tombs! ¿Se llevó algo de valor?

—Nada, absolutamente nada —contestó el Santo—. Pudimos atraparlo.

—En ese caso tuvieron ustedes más suerte que nosotros —dijo Arnheim, con su cara redonda, carnosa, plena de admiración e interés—. ¿Ofreció lucha?

—No tuvo ocasión...

Simón levantó la mirada cuando Loretta avanzó hacia ellos sobre cubierta. Sintió el latir de su corazón al verla y le pareció descubrir un absurdo brillo en la atmósfera de la mañana, como si una cortina se hubiera levantado delante del sol. Vogel la tomó por el brazo.

—Mi estimado míster Tombs ha estado contándonos lo que le ocurrió después que nos dejó anoche. Se introdujo en su barco uno de esos ladrones de puerto... ¡y logró atraparlo!

—¡Qué excitante! —exclamó ella con una fría sonrisa, aunque sus ojos miraban fijos e interrogativos—. ¿Cómo pudo hacerlo usted?

—Se acercó al barco y le dijo a mi sirviente Orace que yo lo necesitaba... Eso debió ser mientras yo estaba en el hotel con ustedes. Orace receló algo, pero el otro aprovechó un ligero descuido suyo para golpearle en la cabeza. Orace pudo reaccionar y atacarle antes de que el ladrón partiera. Todavía estaban luchando cuando llegué yo. El ladrón tenía una pistola, pero erró su tiro.

—¿Qué sucedió luego?

Fue Vogel quien hizo la pregunta, con la cara como de piedra; y el Santo supo que su contestación marcaría el pináculo del momento que tan deliberadamente había estado aguardando. Antes de replicar encendió lentamente un cigarrillo.

—Bueno, estuvimos luchando a un lado y otro del salón, tratando de quitarle el arma, y Orace pudo asir un parante que había retirado de un poste y le golpeó en la cabeza. Luego lo amarramos, lo llevamos a tierra y lo entregamos en la primera Comisaría. Pero cuando iban a prestarle los primeros auxilios se encontraron con que... estaba muerto.

Por un momento reinó un profundo silencio. Incluso en las más singulares circunstancias una revelación semejante requería necesariamente algunos segundos para ser considerada; pero el Santo había estado esperando un

silencio mucho más intenso que ése. Fue mientras se dirigía al *Falkenberg* cuando finalmente se resolvió a revelar el suceso lo más próximo a la verdad como le fuera posible. Si hubiese dicho que el ladrón estaba vivo en una celda, y Vogel hubiera intentado idear un medio para interrogarlo, la ficción habría quedado expuesta en un par de horas. Pero la verdad debía ofrecer un obvio aliciente para esperar la confirmación en la publicación de los periódicos, periódicos que no aparecerían hasta dentro de otras veinticuatro horas, y eso representaba alejar las averiguaciones directas y hacer sus perspectivas manifiestamente infructuosas. En la forma en que la refirió Simón, la historia tenía un cariz de autenticidad que no habría podido tener ninguna invención.

Había estado esperando un silencio intenso, singular, y no se sintió desalentado, si bien no pudo saber hasta más tarde qué contenía tal silencio.

—¿Muerto? —preguntó por fin Arnheim, con voz un poco afectada.

El Santo asintió.

—Orace debió calcular mal su fuerza o tal vez se excitó demasiado, puesto que estuvimos luchando por todo el salón. El caso es que su golpe le fracturó al pobre la base del cráneo.

—Pero... ¿no será usted arrestado? —preguntó Loretta con temor.

—¡Oh, no! Eso se califica como muerte por accidente. La culpa fue del sujeto por ir a robar. Con todo, es un recuerdo que me desagradará tener sobre la conciencia.

Vogel movió una mano y se acarició el costado de la cara. Sus ojos desapasionados, duros y sin parpadear, como discos de azabache, se fijaron en el Santo con una terrible concentración. Por vez primera pareció haber algo glacial y mecánico en la sonrisa de sus labios apretados.

—Desde luego, es desagradable —concedió—. Pero, como usted ha dicho, la culpa fue del hombre. No debe dejar que eso le inquiete demasiado.

¿Acaso estaba inquietándolo?

El profesor apareció por cubierta, con sus mejillas sonrosadas y su prematura barba gris ondeando bajo el soplo de la brisa. El relato tuvo que ser repetido. Mientras el Santo lo hacía, acercóse un marinero e hizo entrega a Vogel de un telegrama. Vogel lo abrió con un golpe lento de la uña del pulgar. Mientras lo leía, y durante la conclusión del segundo relato de la aventura, pareció volver a recuperar el completo dominio de sí mismo con una lucha mental que sólo se mostró en la casi imperceptible palidez de su cara.

Se abotonó la americana y miró hacia cubierta mientras Yule sumaba su comentario al voto general de execración ante el hecho.

—Estamos listos para partir —dijo—. ¿Me excusan por un momento mientras me ocupo de los preliminares?

Y en esa forma el gran instante había iniciado su incalculable trayectoria, dejando a Simón Templar para considerar la situación en donde se hallaba ahora.

## II

El Santo encendió un cigarrillo resguardando la llama entre las manos ahuecadas y miró pensativamente sobre las aguas bañadas por el sol en dirección a la línea azul del horizonte. Una onda del mismo reflejo solar se mostró en sus ojos y pareció jugar sobre las finas comisuras de su boca. Por gracia de Dios siempre había sido un loco. Todavía seguía siéndolo. Era más que evidente.

Roger, Peter y Orace estaban en St. Peter Port; y aun cuando sabían hacia qué punto había partido él, en nada podrían pensar para ayudarle. Y ahora él estaba aquí, con Loretta, navegando sobre las amplias aguas del Canal, a bordo del *Falkenberg*, mientras Vogel y Arnheim debían estar intrigados y pensando acerca de él. Por añadidura, a bordo debía haber cuando menos una tripulación de diez hombres, ninguno de los cuales debía tener mayores escrúpulos que su amo. En mar abierto, todo podía acontecer: un disparo no sería oído por ningún testigo importuno, un grito de ayuda se perdería en la inmensidad del aire, un accidente podría ser anotado en el cuaderno de bitácora con la seguridad de que no sería desaprobado por ninguna investigación llevada a cabo en tierra. No había sujetos espiando por detrás de las cortinas de algas marinas para presentarse más tarde y echar por tierra la bien construida narración que del accidente se hiciera. El mar sabe guardar sus secretos. Apenas unas pocas horas antes él mismo había confiado un cuerpo a su insondable misterio... No podía negarse que él era un miembro consumado de la compañía de divinos lunáticos.

Por todo lo cual dejó que una expresión de sublime audacia apareciera en el fondo de sus ojos. Aspiró con fuerza el aire salobre del mar con el seráfico placer que siempre experimentaba al sentir la vecindad del peligro.

El zumbido de los motores se trocó de pronto en un suave murmullo, y las olas junto a proa fueron fundiéndose y acortándose hasta convertirse en



bordes espumosos a lo largo de los costados de la embarcación. Simón miró a su alrededor. El profesor Yule fumaba su pipa junto a él.

—¿Es aquí donde se sumergirá usted?

Yule asintió. Vogel se encontraba en la casilla del timón en compañía de Loretta, y Arnheim se había retirado del sol para posar su sudoroso cuerpo en una silla de cubierta.

—Aquí será. Anoche estuvimos inspeccionando las cartas marinas y el sondaje más profundo que pudimos hallar fue de noventa y cuatro brazas. No es mucho, pero para la prueba preliminar puede servir.

Simón tendió su vista sobre el mar, contrayendo el ceño ante el reflejo del sol. Por debajo de sus cejas los ojos azules parpadearon momentáneamente despreocupados. Dábase cuenta que aquí había una tercera persona en el mismo peligro que él, acerca del cual habíase olvidado de pensar hacía ya tiempo.

—¿Hace mucho que conoce usted a Vogel? —preguntóle con naturalidad.

—Hará cosa de seis meses. Cuando llevé a cabo mi primer descenso, fue a verme y me ofreció su ayuda. Yo me sentí más que contento al aceptar su oferta. Para mí ha sido como un hada bondadosa. Todo cuanto he podido hacer a cambio de ello ha sido dar su nombre a un nuevo pez de aguas profundas que descubrí. *Bathyphasma vogeli* —respondió el profesor riendo ingenuamente.

—¿No ha comenzado usted todavía a pensar en las posibilidades comerciales de su invento?

—No. Me temo que no sea nada más que un juguete científico —repuso Yule, cuyos ojos se abrieron un poco—. ¿Acaso cree usted que podría ofrecer posibilidades comerciales?

El Santo vaciló. Ante esa cara de aspecto tan infantil, tan de hombre falto de experiencia mundana, no sabía por dónde empezar. Se daba cuenta que ser sorprendido en mitad de una discusión, hacia la cual Vogel o Arnheim podrían ser atraídos, sería mucho más fatal que guardar silencio.

—Sólo estaba pensando... —empezó con lentitud; y fue entonces cuando oyó pasos por detrás y al volver la cabeza vio a Vogel y Loretta avanzando por cubierta. Encogiose vagamente de hombros, y dijo adiós a la oportunidad perdida, preguntándose si en verdad hubiera podido tenerla a su alcance—. Por ejemplo, ¿no sería posible tomar películas de cine allá abajo? El escenario debe ser más que interesante.

—No lo sé —contestó seriamente Yule—. ¿Qué le parece a usted, míster Vogel?

—Tendremos que preguntárselo a alguien con mayor conocimiento técnico —dijo Vogel, y su blanda mirada se posó por un momento en el Santo con extraña sequedad, para volver luego hacia su protegido—. ¿Quiere inspeccionar el aparato y la grúa antes del almuerzo?

El profesor golpeó su pipa y ambos se alejaron hacia proa. Arnheim continuaba sentado a la sombra, con la boca medio abierta y el sombrero echado sobre los ojos.

Simón se situó al lado de Loretta y siguió a los otros dos. Era la primera vez en el día que tenía la oportunidad de hablarle a solas... Vogel la había retenido junto a él desde el momento que partieron del puerto, y Arnheim siempre había encontrado un pretexto u otro para hablarle cada vez que ella se alejaba un par de metros. El Santo dejó caer el cigarrillo y miró hacia atrás al hacerlo. Arnheim no se había movido, y su estómago abultado y redondo se levantaba y bajaba con pacífica regularidad... Simón volvió junto a Loretta.

—Es posible que haya oído usted cómo he estado pensando —dijo.

Su mano rozó la de ella mientras caminaban, y tomándola de los dedos la retuvo.

—¿Será seguro? —preguntó Loretta, moviendo apenas los labios.

—Tan seguro como cualquier cosa en esta jira suicida. Sería mucho más sospechoso si yo no le hablara para nada —contestó él. Señaló hacia la torrecilla fortificada del faro de Casquet, que se elevaba en su plinto de rocas hacia el Sur, como si estuviera haciendo alguna observación sobre dicho faro, y agregó en voz baja—: Hay otra persona que se sienta sobre el mismo volcán que nosotros; pero esa persona lo ignora.

—¿El profesor Yule?

—Sí. ¿Ha pensado usted acerca de él?

—Mucho.

—Es más de lo que yo he hecho. Hasta hace un momento. ¿En qué parte entra él en esto... o cómo se retira?

—Me gustaría saberlo.

—Yo desearía poder decírselo. Sabemos que nuestro pajarraco no se interesa en juguetes científicos. Cuando este nuevo *bathystol* sea aprobado, Vogel podrá tener de Yule todo cuanto quiera. Y luego se desembarazará de él. ¿Cómo? ¿Dentro de cuánto tiempo?

Al reanudar la marcha alejó la cabeza del faro que parecían haber estado observando. Vogel estaba mirándoles. El Santo rió como por alguna nimiedad de la conversación, y en el mismo tono bajo añadió:

—Estoy preocupado. Uno no puede menos que simpatizar con Yule. Si algo malo le ocurriera, me parecería haber tenido mi parte de culpa. Si se le ofrece una oportunidad, lo mejor será que usted le hable. ¡Dios sabe cómo!

—Lo intentaré —contestó ella con una sonrisa, y continuó hablando con su voz natural cuando llegaron al alcance de los oídos de Vogel—: Pero debe ser muy dura la vida en el faro para la mujer del torrero.

—Supongo que sí, si ella es atractiva.

Simón se detuvo delante del aparato junto al cual maniobraban tres marineros sobre cubierta: una creación como una especie de un robot marciano, ideado por un artista imaginativo. La parte superior del mismo combinaba un torso y la cabeza en una gran esfera de metal brillante, de cuyos lados se proyectaban brazos que parecían como fibras de grandes cuentas brillantes que se hundían y terminaban en pinzas de acero. Se balanceaba sobre dos piernas abultadas de construcción similar. El tronco esférico estaba dotado con ventanillas circulares de cuarzo como ojos múltiples, y con tubos de metal flexible arrollados en torno de ellas desde varios puntos y conectados a un tambor de casi dos metros que arrollaba un cable aislado que se veía en cubierta.

—¿Es éste el nuevo traje de reglamento para nadar? —preguntó el Santo con interés—. Pero no parece que sea posible moverlo.

—Es realmente pesado —manifestó Yule—. Pero lo parece mucho más de lo que es en realidad. El aire del interior ayuda a restarle mucho de su peso cuando se halla debajo del agua. Además, todo el valor del *bathystol* está en su construcción liviana. El doctor Beebe descendió a más de tres mil pies en su *bathystere* en 1934, pero estaba encerrado en una bola de acero que no habrían podido levantar media docena de hombres. Yo tuve la idea de obtener la fuerza por medio de refuerzos internos basados en principios científicos en lugar de una masa sólida, y este nuevo metal me ha ayudado mucho al reducir el peso en casi el setenta y cinco por ciento. Para una labor como ésta se requiere algo muy resistente.

—Supongo que sí —sonrió el Santo con ligereza—. Ignoro qué clase de presiones se encuentran en el fondo...

—A tres mil pies es de más de media tonelada por pulgada cuadrada. Si se bajara a un hombre en un traje ordinario de buzo a tal profundidad, sería hecho papilla... por nada menos que esta misma agua en la que estamos navegando —repuso el profesor con una ligera sonrisa—. Pero en el *bathystol* me siento tan cómodo casi como ahora. Si a usted le agrada, puede descender y podrá experimentarlo.

El Santo movió la cabeza.

—Muchas gracias —se apresuró a contestar—. Nada me haría sentirme menos parecido a un héroe. Creo lo que usted nos dice.

Se hizo a un lado y quedó observando los preparativos para la prueba de inmersión. El garfio de diez toneladas situado en el lado de popa, que él descubriera en su exploración nocturna, había sido desprovisto de su lona y movido hacia el extremo, pero el mecanismo de agarre estaba ahora desmantelado y no se le veía. Todo lo que podía verse era una especie de grúa de acero con un gancho ordinario que pendía de su cable.

El gancho fue sujeto a una cadena soldada a lo que debían ser los hombros del *bathystol* y los nudos a la puerta circular a través de la cual Yule se introduciría en el aparato para descender. Uno de los ingenieros tocó los controles del contacto eléctrico y el singular aparato fue arrastrado sobre cubierta y luego empezó a levantarse hacia el extremo del botalón. Por unos instantes se mantuvo pendido así, girando lentamente un enorme muñeco futurista; y luego descendió y se hundió en el agua. Nuevamente el ingeniero accionó un botón y lo detuvo, mientras Yule se movía de un lado a otro con la curiosidad de un rapazuelo. El telescópico parante se acortó en sus cojinetes como el cuerno de un caracol hasta que el cable de acero llegó al alcance de un hombre estacionado en popa. Otros tres hombres tomaron el cable aislado y lo fueron pasando a medida que iba desenrollándose del tambor, y el hombre en popa lo aseguraba a intervalos al cable suspensor con un hábil movimiento de cuerda mientras el aparato continuaba descendiendo.

—Eso es bastante.

Por fin el profesor estuvo satisfecho. Se hizo atrás, secándose la frente como un empresario que por último hubiese obtenido un ensayo a su satisfacción, con los pelos y la barba revueltos y los ojos brillándole de felicidad. El ingeniero hizo girar al revés el tambor y el cable fue arrollándose sobre el tambor con un zumbido más fuerte hasta que el *bathystol* mostró su enorme cabeza sobre la superficie y se elevó lenta y seguramente para balancearse colgado de la grúa.

—Quinientos pies —anunció Yule con orgullo—. Y me cuesta trabajo llamar a esto una prueba de ensayo —agregó. Apartó el pañuelo y observó ansioso mientras el *bathystol* era descendido sobre cubierta y dos hombres con barretas y martillos se acercaron para abrir la puerta. En cuanto estuvo abierta, él los hizo a un lado, trepó sobre una silla y retiró el registrador de humedad. Frunció por un momento el ceño, y luego levantó la mirada—. Ni

un signo de filtración. Ahora podré caminar mejor de lo que lo hice con el último...

—Supongo que no existe la menor duda, ¿eh? —preguntó Vogel con intensa solicitud.

—Ciertamente, no. No tengo la menor preocupación. Pero este nuevo sistema de juntas tenía que ser probado en la práctica. Eso deberá permitir que la marcha sea más fácil; a menos que el armazón no resista.

—En tal caso tendremos que esperar.

Vogel tomó el brazo del profesor, y Yule se dejó conducir lejos de su juguete. Simón encontró los ojos de Loretta con una mirada de pensativa consideración. Pudo decir con su mirada todo cuanto deseó sin necesidad de una sola palabra; y cuando los otros se alejaban le habló sin mover siquiera la boca.

—Una sonrisa en la cara del tigre.

Ella miró sobre el azul turquesa del mar, y contestó:

—Después que hayamos estado en Madeira.

—Así lo supongo.

La luz del sol que daba sobre su cara hizo más profundas las dos arrugas que había sobre su nariz. ¡Después que el *Falkenberg* hubiera estado en Madeira... presumiblemente! Allá había aguas profundas, a fácil alcance. La *Monaco Deep*, si Yule deseaba una buena maniobra preliminar. La cuenca de Cabo Verde, que el profesor ya mencionara, si es que se sentía ambicioso y navegaban más al Sur. Agua suficiente para establecer la potencialidad del *bathystol* más allá de toda sombra de duda. Lo cual, incuestionablemente, era lo que Vogel buscaba... Pero mucho antes de entonces, si el fotógrafo de Dinard no había olvidado sus placas, y el servicio secreto de Vogel era tan eficiente como el de los demás departamentos, su coartada de intromisión inocente con gesto de excusa habría sido anulada por entero y nada impediría que ese viaje de placer terminara de acuerdo con los planes de Vogel. A menos que él quitara antes de en medio a Vogel. Esto estaba dentro de lo posible. Y, sin embargo, la indefinible aprensión no le abandonó durante el teatralmente perfecto servicio del almuerzo, amargando el *cocktail* y amargando también la exquisita perfección del *antipasto*.

La hizo a un lado... alejándola a los rincones más remotos de su mente. Existían otros peligros más urgentes. Fue uno de esos deslices mentales que suelen afectar la falibilidad de la concentración humana.

—Parece usted muy preocupado, míster Tombs.

El acento suave de Vogel le sacó de su abstracción, y levantó los ojos con un abandono más que natural.

—Estaba pensando en la sensación que experimentarán los peces cuando el profesor camine entre ellos —murmuró—. Sí, una sensación como la que jamás pudieron pensar.

### III

Dos cilindros de oxígeno, de la misma aleación que el *bathystol*, fueron deslizados por cubierta cuando Yule, vistiendo un *sweater* gris picado por la polilla, se estaba preparando para el descenso. Probó él mismo las válvulas automáticas antes de estrechar la mano a todos y trepó al techo de la casilla para dejarse caer en la armadura. La puerta superior del aparato era bastante grande como para darle paso. Poco después estaba en el interior, mirando por uno de los ventanillos, exactamente como un rapazuelo junto a una ventana, con la nariz aplastada contra el cristal. Le fueron entregados los cilindros de oxígeno y quedaron asegurados a las grampas que había en el interior de la esfera. Después de lo cual, la puerta fue puesta en su lugar por dos hombres, y el ruido de martillos y barretas repercutió sobre el mar cuando los pernos y tareas estaban siendo ajustados. Para el pionero submarino encerrado en ese globo resonante de metal, los ruidos debieron ser uno de los peores tormentos; por uno de los cristales de cuarzo pudieron verle la cara, contraída en contorsiones cómicas de agonía, mientras se apretaba los dedos contra los oídos.

Todo concluyó. Los que martilleaban descendieron. El profesor se colocó un par de auriculares en la cabeza y ajustó el transmisor en forma de cuerno a su pecho; y su voz, curiosamente chillona y metálica, resonó de pronto en el pequeño altavoz colocado sobre una mesa junto a la borda.

—¿Pueden oírme?

—Perfectamente. ¿Y usted a nosotros?

Vogel había colocado la curva de un transmisor similar alrededor de su cuello, y fue él quien verificó la comunicación telefónica. El profesor sonrió por detrás de su ventanillo.

—¡Magnífico! ¡Pero necesitare que esto sea a prueba de sonidos si es que he de usarla mucho! ¡Cuánto me gustaría que supieran ustedes cómo es el ruido!

Sus manos se movieron sobre los estantes de curiosos instrumentos con que se hallaba rodeado y los probó uno por uno. Debajo de uno de los ventanillos, sobre su derecha, había un bloc de papel sobre un pequeño estante plano, para notas y dibujos, con un lápiz colgado de un trozo de cordel ridículamente común. A su izquierda, montada sobre una especie de ganchos de donde podía ser retirada, se veía una pequeña cámara fotográfica. Tocó una llave, y el interior del globo se iluminó con una luz tenue que caía sobre el anotador; y al toque de otra llave, un potente rayo de luz partió de un cuarzo situado en la parte superior de la esfera como el faro de un automóvil aerodinámico. Introdujo luego sus brazos en las mangas del aparato, los movió en torno y abrió y cerró las manos como pinzas. Dobló las rodillas y levantó primero una pierna y luego la otra en su extraño caparazón. Por fin se volvió a oír su voz por el altavoz.

—¡Bien! ¡Dejen bajar esto!

—¡Buena suerte! —dijo Vogel; y el *bathystol* se elevó y resbaló sobre el costado cuando la grúa empezó a moverse bajo el movimiento de control del ingeniero que dirigía la maniobra.

Mirando por el costado hacia el agua azul debajo de la cual desapareciera el *bathystol*, Simón Templar se olvidó de las implicaciones del experimento que estaba presenciando, las circunstancias por las cuales se encontraba aquí y la amenaza que pendía sobre toda la expedición. Realmente había una serena potencia de drama en la inmersión de ese aparato que neutralizaba todas las crudas teatralidades del crimen, la lucha, y la muerte repentina. Teniendo en cuenta que apenas si era un ensayo preliminar, y que no existía bastante cantidad de agua debajo del aparato para suministrar los elementos de ninguna clase de información, casi quitaba el aliento pensar lo que podría seguir a este descenso de prueba. Era la iniciación de un campo de exploraciones científicas que debía haber intrigado a los aventureros desde mucho antes que tuviera lugar la conquista del aire, una victoria sobre las limitaciones físicas más sensacional que toda ascensión a la estratosfera. La endeble amenaza que pendía sobre su propia vida y la de Loretta parecía de ínfima importancia junto al cable de acero que iba deslizándose hacia los abismos en medio de burbujas concéntricas que se dilataban a través de la superficie.

Al cabo de un cuarto de hora que pudo haber sido una hora, el cable mostró el primer indicio de aflojamiento y por el altavoz se oyó chillar de pronto: «¡Ya!». El chirrido de la grúa se apagó, y el hombre que estaba haciendo maniobrar el cable en largos de a tres metros por vez, al deslizarse

sobre el botalón, observó las cifras y dijo con acento gutural: «Quinientos setenta y cinco».

—Quinientos setenta y cinco pies —repitió Vogel impasiblemente por el teléfono.

—Espléndido. Estoy pisando el fondo. —Fue un gozo indecible escuchar la voz fantasmal de Yule hablando desde el eterno abismo de la noche del lecho del mar—. Todo está funcionando perfectamente. El dispositivo de calentamiento representa una gran diferencia. No siento nada de frío.

—¿Puede moverse usted?

—Sí, creo que sí. Este *bathystol* es mucho más liviano que el otro.

—¿Puede agacharse para recoger algo?

Hubo una breve pausa. Mirando a Kurt Vogel, Simón pudo ver que su cara estaba contraída y resplandecía con el mismo brillo curiosamente grisáceo que él notara cuando aquella búsqueda espeluznante a bordo del *Corsair*.

Volvió a oírse nuevamente la voz del profesor.

—Sí... he agarrado un trozo de roca. Con toda facilidad... ¡Oh! Era un pequeño pez pegando la nariz al ventanillo, y casi lo he atrapado. Pero ha sido un poco rápido para mí... Ahora voy a intentar caminar un trecho. Que dejen caer unos veinte pies más de cable.

La grúa volvió a chirriar durante unos segundos; y luego se produjo en cubierta un silencio total. El ingeniero secose mecánicamente las manos en un trozo de estopa que guardó en el bolsillo. El hombre que había estado verificando el largo del cable abandonó el trozo de tiza con que hacía marcas y se rascó pensativo una oreja. El carpintero sujetó una última clavija entre el cable y la línea telefónica, y descendió de su pértiga. Los otros marineros se reunieron a popa y se mantuvieron allí formando un grupo taciturno e inexpresivo. Su actitud recordaba a un grupo de mineros que esperaran en la boca de una mina después de haber una explosión subterránea.

Notábase allí el mismo singular estoicismo, la misma amplia intensidad de imaginación. Simón sintió que el pulso le latía con mayor celeridad y que las palmas de su mano se humedecían. Echó otra ligera ojeada hacia Vogel. El pirata se hallaba parado, rígido e inmóvil, con la cabeza echada un poco hacia delante, de manera que parecía más que nunca un buitre en acecho, con sus negros ojos ardiendo en el espacio: su cara parecía como tallada en marfil, una máscara macabra de atención indecible y voraz.

La mirada del Santo se volvió hacia Loretta y advirtió un infinitesimal temblor sobre sus hombros... algo parecido a aquel roce como de arañas que



iba subiendo por sus propias glándulas espinales. Sintió exactamente como si se hallara esperando el primer trueno inicial de una tormenta del trópico, y no pudo saber por qué. Algún debilitado murmullo de advertencia estaba tratando de abrirse paso a través de su cerebro en aquel expectante silencio capaz de sacudir los nervios; pero todo lo que pudo oír fue la estentórea respiración de Otto Arnheim y el rítmico golpear del agua contra el casco...

—Sí, puedo caminar cómodamente. —La aguda estridencia del altavoz se oyó abruptamente en el silencio, quebrando en cierto modo el suspenso—. He dado treinta pasos en dos direcciones. Es un poco lento el andar, pero no muy fatigoso. No hay signo de filtración, y la lectura del registrador de humedad sigue siendo normal.

Uno de los marineros lanzó un escupitajo de jugo de nicotina por la borda, y el ingeniero volvió a sacar su estopa de algodón y frotó casi mecánicamente una mancha invisible sobre una placa cromada. La silueta alargada de Vogel pareció crecer aún más al levantar la cabeza. Sus ojos se volvieron hacia Arnheim, Loretta y el Santo con un repentino brillo de triunfo.

Luego volvióse a oírse la voz por el altavoz.

—Parece como si algo andara mal en el suministro de oxígeno. Uno de los cilindros ha producido un siseo como si estuviera agotado, aunque el medidor señala que se halla con sus tres cuartas partes llenas. La válvula ha debido dañarse al embalarla y tiene un escape. Estoy abriendo el otro cilindro. Me parece que lo mejor será que me suban.

El grupo de marineros que se movían ansiosos, se detuvieron. El ingeniero miró en torno.

—¡Arriba! —ordenó Vogel.

Loretta se aferró al brazo del Santo. Simón apenas si se dio cuenta de la garra de sus dedos; por un perceptible espacio de tiempo su mente estuvo medio velada por la incredulidad. Sus reacciones quedaron momentáneamente fuera de control, mientras su mente bullía para hacer frente a la terrible sensación de suspenso que Vogel le estaba causando. Hasta que el chirrido de la grúa volvió a detenerse de nuevo casi tan pronto como comenzara, produciendo un silencio pavoroso que llevó su mente a sus incrédulos oídos.

Vogel estaba observando al ingeniero con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué es lo que pasa?

—Creo que un fusible.

El hombre abandonó sus controles y desapareció por una escala hacia el interior del barco. Vogel habló por el teléfono con su clara voz:

—Están arreglando la grúa, profesor. Le subiremos dentro de breves minutos.

Se produjo otro intervalo antes de que se oyera la tranquila contestación desde abajo.

—Espero que no sea nada serio. El cilindro de reserva parece peor que el primero. La presión está bajando rápidamente. ¡Por favor, no tarden mucho!

Los ojos del Santo parecían dos cuentas de azul marino. Cada uno de sus instintos estaba tenso para la acción, y sin embargo sentía el temor a moverse. Se había erguido junto a la borda y a pesar de todo una duda íntima le impedía todavía dar el primer paso hacia delante... tan artificiosamente había ido insinuándose la astucia de Kurt Vogel en su propia mente.

El profesor Yule había efectuado el descenso, establecido la seguridad y movilidad del nuevo *bathystol*; había logrado agacharse y recoger rocas y había también caminado por el fondo... demostrando prácticamente todo cuanto Vogel necesitaba conocer. En verdad, las pruebas no se habían hecho a una profundidad considerable; pero la experiencia previa de Vogel respecto al invento debía haberle producido la suficiente satisfacción como para dejar de lado todo pensamiento al respecto. Y, sin embargo, Simón continuaba tratando todavía de negarse a creer que ese hombre audaz y despiadado se mantuviera inactivo, observando en silencio, mientras Yule estaba siendo asesinado a sangre fría.

Inmediatamente se dio cuenta de que podía ser el crimen prácticamente perfecto, el accidente incontrovertible... una consecuencia automática para aumentar la lista de las muertes por accidente y una nueva serie de artículos mortuorios sobre los mártires de la ciencia. A pesar de toda la audacia ilimitada de su concepción, la evidencia fue abriéndose paso por entre las barricadas de su razón. La lucha interna estaba partiéndolo en dos, y mientras tanto se sentía atenazado por una parálisis más enloquecedora que cualquier otra contención física. La torturante pregunta retumbaba en su cerebro y lo retenía clavado sobre cubierta: «¿No será ésta otra de las trampas satánicamente preparadas de Vogel?».

Éste se había alejado hacia la escala por donde el ingeniero desapareciera. Hallábase parado allí, mirando hacia bajo, golpeando con sus dedos contra la barandilla. Hasta ahora no había mirado nunca hacia el Santo.

—¿No podemos hacer algo? —preguntó Loretta con ansiedad.

Vogel se volvió hacia ella con un encogimiento de hombros.

—No entiendo nada acerca de maquinarias —contestó; y luego dio un paso atrás para dejar sitio al ingeniero que regresaba.

La cara del hombre era una perfecta máscara de madera. Su mirada erró sobre el círculo de rostros ansiosos vueltos hacia él, y él contestó sus preguntas no formuladas con un seco *staccato* como el de un golpe de tambor.

—Creo que una de las envolturas de la armadura se ha quemado.

Se produjo otro silencio, durante el cual Otto Arnheim vació sus pulmones con un suspiro profundo. Loretta estaba mirando al cable tirante que se balanceaba en la punta del botalón a causa del movimiento del *Falkenberg*, y su cara estaba ahora un poco más pálida por debajo de su bronceado. Una gaviota volaba en medio del cielo azul y se deslizó silenciosa en un amplio arco en dirección al Este.

Los puños de Simón se apretaron hasta que las uñas se hundieron en la carne de sus palmas; en su estómago sentía como una sensación de náusea. El altavoz se oyó entonces en medio del profundo silencio.

—Parece que el cilindro de reserva es peor que el primero. No creo que pueda durar mucho más. ¿Qué es lo que sucede?

—Estamos tratando de reparar la grúa —contestó Vogel con toda calma.

Luego miró hacia el Santo. ¿Intentó ser un trágico llamamiento, o fue mofa y una siniestra vigilancia lo que hubo en sus ojos negros? Simón sintió que su autodominio estallaba bajo la intolerable tensión. Se volvió hacia el altavoz y lo miró con el tormento mental más intenso que jamás había sufrido. ¿Sería posible que por alguna hábil manipulación hubieran cortado la voz del profesor y uno de los hombres de Vogel, oculto en alguna parte del barco, estuviera hablando en su lugar?

—El cilindro se ha agotado.

La voz de Yule se oyó nuevamente, serena, casi con indiferencia. El Santo vio que los ojos de Loretta también estaban fijos en el altavoz: su pecho apenas se movía, como si su propia respiración se hubiera detenido a causa de lo que esas últimas palabras podían significar para el hombre irremisiblemente aprisionado en su grotesca armadura a quinientos pies por debajo del aire libre.

—¿No pueden colocar el cable en otra grúa? —preguntó el Santo, sin lograr apenas reconocer su propia voz.

—No hay ningún otro garfio a bordo que pudiera soportar la carga.

—Si disponen de dos grandes bloques de madera podríamos levantar el aparejo.

—Se necesitarán más de veinte minutos para izar el *bathystol* de la profundidad a que se halla —contestó llanamente Vogel—. Con una cuña y un aparejo de emergencia emplearíamos más de una hora.

Simón sabía que esto era verdad. Y su mente continuó funcionando mecánicamente, dominada por un espantoso pensamiento. En un espacio tan reducido bastarían unos pocos minutos para consumir todo el oxígeno que quedara en el aire. Y luego, con el porcentaje de anhídrido de carbono saltando al máximo...

—Empiezo a sentirme aturdido y debilitado —se oyó la voz del profesor, con mucha menor potencia, aunque todavía serena y sin temblor—. Tendrán que darse prisa o de lo contrario no servirá para nada.

Algo en torno a la escena estaba tratando de forzar su paso hacia la atención del Santo. ¿Sería que él estaba midiendo involuntariamente las distancias y marcando las posiciones, con el instinto de un avezado combatiente? El grupo de marineros sobre popa. Uno de ellos, junto al tambor del cable aislado, un poco más allá en cubierta. Vogel en lo alto de la escala que llevaba abajo. Arnheim... ¿Cómo era que Arnheim se había movido para pararse delante de los controles de la grúa, de modo que su amplia espalda les ocultaba por completo de ellos?

Se oyó otro ruido que intentó abrirse paso por entre el silencio... un sonido extraño, como un gorgojeo. Transcurrieron uno o dos segundos antes de que el Santo pudiera identificarlo y saber de qué se trataba. Era el espantoso ruido ronco y ansioso de un hombre luchando por respirar, ruido que llegaba a lo alto como todo otro ruido desde el *bathystol* por el instrumento impersonal colocado sobre la mesa...

Eso bastó para hacer a un lado el último fragmento de su indecisión. Estaba preparado para sufrir una equivocación y preparado también para cargar con las consecuencias. Toda violencia, produjera lo que produjese, era mucho mejor que la espera, porque sus nervios empezaban a romperse simultáneamente en añicos debido a la diabólica tensión.

Avanzó lentamente en dirección al mamparo en donde se hallaban los controles. En dirección a Arnheim. Y Arnheim no se movió. El Santo sonrió por vez primera desde que el profesor descendiera y alteró su curso en un sentido para pasar junto a él. Arnheim se movió también un tanto, pero bloqueando siempre el paso. Su boca redonda, con la mancha dejada por su puñetazo, se abrió como la de una trucha.

—No es fácil estar esperando, ¿eh? —preguntó.

—No, no lo es —asintió el Santo, con una fría precisión. En el mismo instante la automática salió de su bolsillo y su cañón se hundió en el vientre carnosos del otro—. De modo que dejaremos de esperar. ¡Hágase un poco atrás, Otto!

La mandíbula de Otto Arnheim se contrajo. Miró hacia la pistola apretada contra su vientre, y luego levantó los ojos redondos como platos y su boca se abrió un poco más.

—Realmente, míster Tombs...

—¿Se ha vuelto usted loco?

La voz seca y monótona de Vogel se oyó entonces con un tono de debilitada protesta y calculado desprecio. El Santo sonrió con su singular sonrisa.

—Todavía no. Pero puedo enloquecer si Otto no se aparta del camino antes de dos segundos. Y me parece, Otto, que quien perderá será usted.

—Comprendo que ésta es una situación de enorme ansiedad —dijo Vogel, hablando todavía con la suave y dominante afabilidad con que pudiera estar hablando a un ebrio o a un loco—. Pero nada ganaremos perdiendo el dominio. Todo lo que es posible hacer se está haciendo.

—Una cosa no se está haciendo —contestó el Santo con la misma voz impresionante—, y seré yo quien la haga. ¡Apártese de esos controles, Otto, y fíjese cómo pongo en funcionamiento la grúa!

—¡Mi estimado míster Tombs...!

—¡Cuidado!

El grito desesperado de Loretta llegó a los oídos del Santo con una urgencia frenética que le hizo volverse a tiempo de ver a un hombre saltando hacia él esgrimiendo una barra de hierro. Su dedo apretó el gatillo, pero en ese mismo instante Arnheim le asestó un golpe formidable con una cachiporra de goma. Hubo un instante en que pareció que su cerebro daba vueltas en el interior de su cráneo. Luego, la obscuridad.

## IV

—Espero que se sienta usted mejor —murmuró Vogel.

—Sí, mucho mejor —contestó el Santo—. Y lleno de admiración. ¡Oh! La cosa ha sido suave, muy suave, pajarraco... ¿No se molesta porque le llame así? Todo ha sido tan suave...

Se hallaba sentado en una silla de brazos en la casilla de cubierta con un vaso de *whisky* y soda en una mano y un cigarrillo en la otra. Ambas cosas habíanle sido ofrecidas por Vogel. Ni siquiera se hallaba amarrado. Pero indudablemente la hospitalidad había terminado, porque Vogel mantenía una mano hundida en el bolsillo de su americana y lo mismo hacía Arnheim.

Simón Templar dejó transcurrir unos instantes más para digerir la profunda suavidad de la emboscada. Sí, había sido atrapado por un detalle de maquiavélica estrategia lo bastante ingeniosa para haber atrapado en sus redes a cualquier sujeto de su tipo. La carnada había sido de tal especie que la sangre, la carne y el sentimiento humano no habrían podido resistirla. Y el desenlace había llegado con una certeza de coordinación que no habría podido ser más perfecto si hubiese sido ensayado. Si él no hubiese sido advertido, el marinero con la barreta le habría derribado; y por ser advertido, Arnheim había tenido su oportunidad...

—¿Y el profesor? —preguntó.

Vogel levantó los hombros.

—Desgraciadamente, la falta ha sido conocida con tardanza, míster Templar.

—¿Así es que usted ya estaba enterado? —inquirió el Santo con suavidad.

Los delgados labios de Vogel se abrieron.

—Ciertamente. ¿Recuerda usted cuando fue fotografiado en Dinard? Esta mañana he recibido la contestación a mi pregunta. Estaba usted con nosotros cuando he abierto el telegrama. Ha sido entonces cuando he sabido que tendría que haber un accidente.

Naturalmente. Una vez conocido el Santo, un hombre de la calaña de Vogel no podía correr el riesgo de dejar que el profesor fuera advertido, o arrancado de su poder. Simón tuvo una visión mental, borrosa, de aquel ingenuo y candoroso hombre tratando de respirar allá abajo, en medio de la fría penumbra del mar, con el brillo de acero velando sus ojos...

Pensó en algo más. El grito penetrante de Loretta, la última voz que oyera antes de ser derribado, resonaba todavía en su cabeza dolorida. Si él había sido descubierto aquella mañana, la estratagema no había tenido por objeto hacer que él se traicionase. Pero había ofrecido un recurso subsidiario para Loretta mientras suministraba el objeto necesario para desarmarlo. Y también ella había sido atrapada. Simón no tenía más remedio que admirar cada detalle de la conspiración hecha con tan inflexible resolución. Kurt Vogel había logrado ganar dos tantos en un solo movimiento, con el pase más perfecto de cartas que el Santo recordaba haber conocido en toda su vida en un juego con naipes marcados.

Se dio cuenta de que Vogel estaba tratando de leer sus pensamientos, y sonrió con sin igual descaro.

—De modo que... ¿hacia dónde nos dirigiremos ahora? —murmuró Simón.

—Eso depende de usted —contestó Vogel.

Acercó un fósforo a su cigarro y, sentándose sobre el brazo de una silla, se inclinó hacia delante hasta que el Santo se encontró sentado a la sombra de su gran nariz ganchuda. Mirándolo con la misma sonrisa descuidada en sus labios, Simón tuvo la impresión del vibrar de los poderosos motores del yate y por el rabillo del ojo alcanzó a ver que un marinero se hallaba junto al timón, con su espalda hacia ellos y los ojos fijos en la carta de navegación y el compás. Fueran donde fueran, estaban ya en marcha...

—Me ha creado usted muchas dificultades, Templar. No por su infantil intromisión, sino por un accidente del cual soy enteramente responsable.

—¿Se refiere al profesor? —sugirió Simón en el acto.

Vogel hizo sonar los dedos.

—No. Eso no ha sido nada. Su presencia me ha obligado simplemente a deshacerme de él un poco antes de lo que de otra manera hubiese hecho. De todas formas él habría tenido el mismo final, dentro de unas pocas semanas más. El accidente a que me refiero es el que ocurrió anoche.

—¿Alude a su ladrón aficionado?

—Mi ladrón, sí. Pero no aficionado. A decir verdad, era uno de los mejores violentadores de cajas fuertes de Europa. Un hombre sin igual. Y, por tanto, quisiera tenerle nuevamente conmigo.

El Santo tomó un sorbo de *whisky*.

—Pajarraco —dijo con suavidad, apelando al apodo de antes—, me parece que se ha equivocado usted. Lo que ahora está pidiendo es un espíritu.

—¿Me ha dicho, pues, la verdad?

—Siempre la digo. Mi tía Ethel solía decir que...

—¿Lo mató usted?

—Es algo crudo decirlo de esa manera. Si el profesor ha sufrido esta tarde un ingrato accidente, lo mismo ocurrió con su amigo de anoche.

—¿Lo llevó usted a tierra?

—No. Ésa ha sido la única parte de mi relato en donde me he apartado un poco de la verdad. Un hombre con mi reputación no puede exponerse a entregar cadáveres a la policía, aunque hayan muerto de vejez. Hubiera tenido que contestar una cantidad de incómodas preguntas. Por eso le hicimos un funeral de marinero. Lo llevamos en bote a alguna distancia del puerto y lo dejamos para servir de alimento a los peces.

Los ojos de Vogel se clavaron en él como si estuviera tratando de abrirle el cerebro y advertir el menor asomo de una mentira; pero Simón soportó su

mirada con la perfecta serenidad y fijeza de una conciencia clara. Por último Vogel se apartó un poco.

—Le creo. He sospechado que había algo de verdad en su relato cuando lo ha referido por vez primera. Por eso es por lo que se halla vivo todavía.

—Ha sido usted muy generoso, pajarraco.

—Lo que importa es saber por cuánto tiempo más seguirá viviendo usted.

—Sabía que en alguna parte había un secreto —repuso el Santo, aspirando pensativamente el humo de su cigarrillo.

Vogel se levantó y avanzó hacia los anchos ventanales; Simón volvió su mirada contemplativa hacia Otto Arnheim, calculando el tiempo que le llevaría salvar la distancia que les separaba. Con Vogel y el hombre al timón, ambos vueltos de espaldas, ¿sería posible que un hombre ágil...?

Pero Simón supo que no podría. Reclinado como estaba en las profundidades de uno de aquellos cómodos y lujosos sillones con brazos de líneas aerodinámicas, no podía ni siquiera esperar ponerse en pie sin verse acribillado antes por las balas. Trató de erguirse experimentalmente, como en busca de un cenicero, y Arnheim tuvo la pistola en la mano incluso antes de que él hubiese podido levantarse a medias. El Santo dejó caer la ceniza en la alfombra y volvió a reclinarse, rascándose especulativamente su pierna izquierda. Cuando menos el puñal sujeto a su pantorrilla se hallaba todavía allí, de modo que si se le ofrecía la oportunidad, podría hacer algo con esa arma. Pero aun cuando no se le ocultaba que su vida tendría menos valor que diez céntimos, todavía se sentía dominado por la curiosidad por saber por qué causa Vogel seguía considerándole en su valor nominal.

Al cabo de un minuto, Vogel se volvió y acercóse nuevamente al Santo.

—Es usted responsable de la pérdida de uno de mis mejores hombres —dijo con energía—. Será difícil reemplazarlo y se necesitará mucho tiempo. Por desgracia, no puedo esperar. En cambio, lo tengo a usted.

—¿De modo que podemos jugar todavía a cortar gargantas? —preguntó el Santo, moviendo impasible el cigarro entre los dientes.

—Hace un momento, Templar, quería saber hacia qué parte nos dirigíamos. La contestación es que marchamos hacia un punto situado un poco al sudoeste del Faro Xasquet. Cuando volvamos a detenernos allí, estaremos directamente encima de los restos del *Chalfont Castle*, el barco que se hundió allí el mes de marzo. En su caja fuerte hay depositadas barras de oro por valor de cinco millones de libras esterlinas que pienso retirar antes que comiencen las operaciones oficiales de salvamento. La única dificultad es que usted me ha privado del único miembro de la tripulación en quien podía



haber confiado para forzar la caja. Confío que será allí en donde su interferencia demostrará tener sus compensaciones. He dicho que el hombre al que usted mató era uno de los mejores violentadores de cajas fuertes de Europa. Pero también sé que el Santo es uno de los más grandes expertos del mundo.

¿De modo que era así?... Simón dejó caer el cigarrillo en el vaso vacío y sacó su pitillera para tomar otro. Una dínamo en miniatura parecía estar funcionando por debajo de su cinto, enviándole por las arterias un estremecimiento diferente.

Le tocó el turno de seguir los pensamientos de Vogel, y el camino le resultó profundamente iluminado y jalonado con bastante liberalidad.

—¿Desea usted que baje yo y haga una demostración? —preguntó con naturalidad.

Vogel asintió en el acto.

—Justamente eso mismo es lo que pienso.

—¿En el *bathystol*?

—No será necesario. El *Chalfont Castle* se halla hundido a veinte brazas de profundidad, y un traje corriente de buzo bastará.

—¿Es que me ofrece usted una participación en el producto de la operación?

—Le ofrezco una ocasión para que le sea posible seguir haciendo bromas.

Simón sintió un frío interior. Hasta no haber oído esa última frase no se había dado cuenta de cuán completamente Vogel había llegado a hacerse dueño de la situación. Cada uno de los giros y vericuetos de la estrategia encajaba en su lugar con precisión geométrica, como piezas de un rompecabezas ajustadamente colocadas. Vogel no había descuidado el menor detalle. Había sabido dominar cada uno de los movimientos del adversario con la arrogante facilidad de un Capablanca jugando al ajedrez con alumnos de un jardín de infantes.

Simón Templar jamás había conocido el significado de la rendición; pero en ese momento, en la apreciación plena del supremo poder contra el cual se hallaba enfrentado, se sentía tan próximo a confesar lo desesperado de su situación como podía estarlo. Todo lo que le quedaba era el espíritu indomable que habría de mantenerlo sonriente hasta que la muerte demostrara que él no podía ganar siempre. Pero eso no había sido probado aún. Miró sin temor la cara de alabastro de Vogel, y se dijo que eso todavía debía ser probado.

—¿Qué ocurrirá si me niego? —preguntó con naturalidad.

Vogel encogiose de hombros.

—No necesito hacerle amenazas melodramáticas. Usted es lo bastante inteligente para poder hacerlas por sí mismo. Prefiero suponer que aceptará. Si hace usted lo que le digo, Loretta será llevada a tierra en cuanto sea conveniente.

—¿Eso es todo?

—No necesito ofrecer nada más.

La respuesta fue tranquila, sin compromiso, capaz de helar la sangre a causa de la economía de sus detalles. Dejaba un mundo sin decir, y a pesar de todo expresaba cada palabra necesaria.

Simón se quedó mirándole por un largo rato.

—¿No es cierto que usted ha llevado todo esto hasta su más bajo denominador común? —preguntó muy lentamente—. ¿En qué puedo basarme para tomar en consideración su palabra como digna de crédito?

—En nada —repuso Vogel con naturalidad—. Pero tiene que aceptarla, porque, si se niega, estará muerto dentro de media hora, y mientras esté vivo siempre podrá esperar e incluso hacer milagros. Será muy interesante observar algunas más de sus infantiles maniobras —agregó, y tras consultar su reloj, dirigió la vista más allá de los ventanales—. Dispone de un cuarto de hora para tomar una decisión.

## CAPITULO VII

### DE CÓMO SIMÓN Y LORETTA HABLARON JUNTOS, Y DE CÓMO LORETTA ELIGIÓ SEGUIR VIVIENDO

#### I

—**U**na vez —dijo el Santo— hubo un rumiante llamado *Elphinphlopham*, que pastaba en las llanuras del Tibet y meditaba sobre las filosofías y religiones diversas del mundo. Al cabo de muchos años de estudio e investigación, llegó a pensar que la única salvación para su alma estaba en la fe budista, y por ello fue debidamente recibido en el Sendero de los Ocho Pliegues por el Gran Lama, quien por fortuna residía en el distrito. Revelose entonces a *Elphinphlopham* que el método aprobado de obtener el Nirvana era pasar algunas horas diarias en la posición más incómoda, especialmente para los rumiantes, mientras se entregaba a la contemplación extática del ombligo. Buscando debidamente este ombligo místico, el infortunado *Elphinphlopham* descubrió por vez primera que su abdomen había crecido demasiado con el característico tipo de los de su especie; de modo que le era físicamente imposible fijar sus ojos sobre el aludido órgano, o poder descubrir realmente por sí, si la naturaleza les había dotado de tal indispensable adminículo para el Pensamiento Más Superior. Esta duda enorme preocupó tanto a *Elphinphlopham*...

—¿Es que la situación no te inquieta? —preguntó Loretta con suavidad.

El Santo sonrió.

—Querida mía, dejé de inquietarme después de la séptima vez que se me dijo que me quedaban diez minutos de vida. Y todavía me hallo vivo.

Yacía tendido cómodamente sobre la litera, con las manos detrás de la cabeza mientras el humo de su cigarrillo ascendía en espirales hacia el techo.

Era la misma cabina de la que consiguiera sacar tan habilidosamente a Steve Murdoch. Con la diferencia esencial de que esta vez era él quien necesitaba ser rescatado y que no había nadie que pudiera hacerlo. Había sido un golpe maestro por parte de Vogel haberle hecho reunirse con Loretta, mientras se decidía acerca de la oferta propuesta. Notó la expresión de los grises ojos de ella, contempló la gracia vital de sus líneas, y supo por el latir de su propio corazón cuán magistralmente había sido asestado el golpe maestro; pero no podía dejar que ella lo supiese.

Loretta se hallaba sentada en la litera, inclinada contra el mamparo, mirándole, con las manos sujetas sobre las rodillas. En su reloj de pulsera podía ver cómo se deslizaba el tiempo.

—¿Cuánto tiempo crees que viviremos ahora? —preguntó ella.

—¡Oh! Indefinidamente... según Pajarraco. Hasta que yo sea un viejo desdentado, con la cabeza gacha, y tú una dama canosa integrando la Liga Femenina de Pureza. Si yo hago esta tarea para él, está dispuesto a enviarnos a tierra con una tarjeta de felicitación para nuestras bodas de diamante.

—¿Lo crees así?

—¿Tú no?

—¿Y tú?

Simón encogióse de hombros. Pensó en la propuesta que se le había hecho, y su mirada se mantuvo fija en el techo.

—Sí, en cierto modo creo que él cumplirá su palabra.

—No olvides que ha asesinado a Yule.

—Por el *bathystol*. Lo ha hecho para que nadie más pudiera tenerlo. Pero ningún delincuente astuto mata sin buenas razones, porque sabe que con eso no hace otra cosa que aumentar sus peligros. ¿Qué ganaría con deshacerse de nosotros?

—El silencio —contestó ella con toda calma.

Él sacudió la cabeza.

—Nuestro silencio no significa nada. Me dijiste que algunas personas saben desde hace tiempo que existe esta maniobra. El hecho de que nosotros nos hallemos aquí basta para decirle que estamos vinculados al asunto. Y eso significa que tenemos amigos afuera que saben tanto como nosotros.

—¿Sabe él entonces quién soy yo?

—No. Únicamente que has sido un poco curiosa y has tratado de advertirme. Piensa que formas parte de mi banda. La gente siempre cree que tengo una banda.

—¿Y él te dejará marchar, sabiendo quién eres?

—Sabido quién soy, sabe muy bien que yo no hablaré de él a la policía.

—¿Pero crees que te permitirá volver con más individuos de tu banda para atacarle?

Simón volvió la cabeza para hacerle un guiño. Ella no debía saberlo. No debía dejar que ahondara en la cuestión. Con su serena manera de razonar, ya había conseguido hacerle vacilar.

—¿Me estás interrogando como a un reo? —preguntole.

—Quiero una respuesta.

—Bueno, es posible que él crea que yo ya he tenido bastante.

—¿No creerás también en las hadas?

—Es posible. En Dinard vi a una muy hermosa. Tenía las uñas esmaltadas de verde.

—No me resultas muy convincente.

El Santo se levantó un poco de la almohada, y sacudió la ceniza de su cigarrillo. Su mirada se encontró serena con la de ella.

—Al menos, yo estoy convencido —dijo con firmeza—. He de hacer el trabajo que se me ha pedido.

Ella le miró con no menor fijeza.

—¿Por qué piensas hacer tal cosa?

—Porque moriremos si no lo hago. Además, tendré una nueva sensación, pues ésa será la primera caja fuerte que habré violentado vistiendo un traje de buzo.

Las manos de ella se desprendieron de sus rodillas y, abriendo el bolso, sacó un cigarrillo. Él se apoyó sobre un codo para ofrecerle el fósforo encendido. Luego le tomó la mano. Ella reclinó su cabellera castaño-dorada contra el mamparo, y un rayo de luz que penetraba por el ojo de buey dio sobre su cara de modo que pareció como un ángel caído que estuviera recibiendo la luz desde el cielo. Simón no tenía pesares.

—Hemos disfrutado de uno o dos días excitantes —dijo ella.

—Es posible que también hayamos tenido vidas excitantes.

—Al menos tú.

—También tú. Puedo imaginármelo por todo lo que no me has dicho... No tienes nada de detective, Loretta.

—¿Por qué debiera serlo?

Él se encogió de hombros.

—¿Más tosca y ruda? —preguntó.

—¿No crees que soy lo bastante?

—Sí, sé que lo eres. Pero no totalmente.

—¿Es que debería ser como un ogro?

—No podrías. No, teniendo una boca adorable como la tuya. Y, sin embargo...

—No debiera tampoco tener corazón.

—Es posible.

—Lo sé. Debo deshacerme de él. ¿Crees que hay alguien capaz de interesarse por él?

—Podría presentarte a un bucanero de segunda mano que te haría una oferta.

Ella se echó a reír.

—Sin embargo, tú no eres todo lo que un bucanero de segunda mano debiera ser. No eres como los que yo he conocido.

—¿Por qué?

Por un momento Loretta le miró con una sombra de seriedad en su mirada que hizo que él se diera cuenta de su propia ansiedad, aun cuando los labios de ella continuaban ligeramente entreabiertos.

—Eres bueno —contestó con sencillez—, y tanto quieres que jamás podrás tenerlo. Posees un honor que las personas honestas no podrían comprender. No estás luchando contra las leyes: luchas contra la vida. Romperías el mundo en pedazos para dar con algo que no existe sino en tu mente; y si lo consiguieras hallarías que no es sino un sueño... Además, no hablas lo bastante por un costado de la boca.

Simón Templar se mantuvo en silencio por un momento.

—Creo que podría cultivar ese detalle —dijo por fin, sentándose para llevar la mano de ella contra sus labios—. Por lo demás, no somos tan diferentes. Los dos hemos buscado algo que no estaba allí, y nos hemos dispuesto a hallarlo... a nuestra propia manera.

—Por ahora hemos hallado bastante —respondió ella, mirando por el ojo de buey. Luego se volvió pensativamente hacia él—. Probablemente ambos estaremos en el mar antes de que vuelva a salir el sol. ¿No te parece que es una manera rara de pensar? Siempre creí que sería exasperante el morir. Es mucho lo que quedará como sin terminar.

—Pero no pareces tener miedo.

—Ni tú tampoco.

—Yo tengo mucho menos que temer.

Loretta cerró los ojos por un segundo.

—¡Oh, el deshonor! Creo que debiera odiar tal cosa, estando la muerte para seguirlo.

—Pero supón que hubiera habido una elección —dijo él con naturalidad—. Conoces bien la vieja fórmula del libro de cuentos. La heroína siempre vota por la muerte. ¿Crees realmente que ella lo haría?

—Me parece que a mí me gustaría vivir —pronunció lentamente—. Hay otras cosas por las cuales vivir, ¿verdad? Uno puede mantener su propio honor. Uno puede reconstruir su orgullo. La vida es larga y uno no incendia la casa porque un poco de fango haya sido pisoteado sobre el suelo.

El Santo miró por encima de su hombro. El mar se había vuelto más pálido en la calma del atardecer, y el firmamento se mostraba sin una nube, como un amplio tazón pintado de azul que se extendiera por entre leguas y leguas de insondable claridad más allá del límite agudo del horizonte.

—Mientras tanto —dijo con petulancia—, podría contarte algo más acerca del horrible dilema de *Elphinphlopham*.

Ella movió la cabeza.

—No.

—Tienes razón —repuso con sobriedad—. Hay otras cosas más importantes que decirte.

—¿Tales cómo?

—¿Por qué razón me enamoraría tan prontamente de ti?

—¿No será porque te aprovechaste en el jardín? —preguntó ella con sus ojos grises fijos en su cara.

—Tal vez. Aunque puede que el jardín se aprovechara de mí.

O quizá fuiste tú quien se aprovechó de ambas cosas. Pero así ocurrió.

—¿Con cuánta frecuencia ha ocurrido eso antes?

—Muchas veces.

—¿Y cuántas más volverá a suceder?

Los labios de Simón se plegaron en un gesto sardónico. Vogel no le había prometido la vida, ni siquiera se había tomado la molestia de ayudarle a albergar la ilusión de que su vida se hallaba incluida en el trato ofrecido. Tanto si abría la caja fuerte del *Chalfont Castle* como si no, Vogel había pronunciado ya su sentencia.

Simón Templar había amado y soñado, creyendo siempre que el amor compartía la inestabilidad de todas las aventuras. De todas las magníficas locuras de la juventud, no había perdido más que una: el poder creer que el mundo podía ser completado en un amor. Sin embargo, por vez primera en su vida pudo decir una mentira y creer que podía ser verdad.

—No creo que pueda volver a suceder —dijo.

Ella sonrió tranquilamente, con una ternura infinita en los ojos.

—A menos que ocurra un milagro —comentó—. ¿Quién podría suministrarlo?

—¿Steve Murdoch? —sugirió él, mirando en torno suyo—. Éste es el calabozo de donde yo le saqué. En realidad, bien podría devolverme la atención.

—Ahora se hallará en St. Peter Port. Este barco es la única dirección que él tiene mía, y no puede saber con qué rumbo hemos partido. ¿Y si Vogel no regresara hacia allí?

—Dos amigos míos tienen alguna idea acerca del punto hacia el que nos dirigimos. Son Peter Quentin y Roger Conway, y están instalados en el *Royal*. Pero yo me he olvidado de traer mis palomas mensajeras.

—Eso quiere decir que tendremos que procurarnos nosotros mismos el milagro.

—De todas maneras —dijo el Santo—, no me agradan las multitudes.

Arrojó la colilla del cigarrillo por el ojo de buey y se volvió hacia ella. Loretta asintió con la cabeza.

—Ni a mí tampoco —dijo.

Arrojó a su vez su propio cigarrillo y tendió hacia él ambas manos. Se hallaba de rodillas, pero se levantó al escuchar los ruidos que ahora llegaban desde afuera. También Simón se levantó.

El *Falkenberg* estaba virando a menos de un tiro de piedra de Casque Rockks. El faro, que coronaba el islote principal como un castillo de la Edad Media elevándose un centenar de pies sobre el nivel del agua, se hallaba tan próximo que él pudo ver a uno de los torreros inclinándose sobre los bastiones, mirando hacia ellos.

Por un momento Simón se preguntó por qué razón se habrían detenido. Luego el zumbido fuerte de un motor portátil, elevándose claro por encima de la vibración sorda de los motores del *Falkenberg*, le hizo mirar hacia el agua, y comprendió. La lancha del *Falkenberg* había sido bajada, y en ese momento se alejaba hacia la plataforma de desembarco, gobernada por Otto Arnheim y tres tripulantes. Al alejarse del costado del *Falkenberg* se la vio enfilarse lentamente en dirección al Sur.

Simón se apartó del ojo de buey y los ojos de Loretta se encontraron con los suyos.

—Creo que desde el faro se domina el lugar del naufragio —comentó.

—Sí, yo también lo creo —contestó él, recordando la carta marina que estudiara la noche anterior.



Ninguno de los dos habló durante un buen rato. El pensamiento que bullía en sus mentes no necesitaba muchas elaboraciones. El personal del faro podía ver mucho... y eso debía ser impedido. El Santo se preguntó con qué severidad se haría el impedimento, y tuvo un asomo de sospecha como respuesta. A Arnheim le sería fácil desembarcar con sus hombres bajo la apariencia de un inocente turista que deseaba se le mostrara el faro y su mecanismo...

Simón volvió a sentarse en la litera. Sus labios se apretaron con amargura al pensar en su propia impotencia. No podía hacer nada. Pero le habría gustado sentir el roce de sus puños contra la cara fría y burlona de Vogel...

—Creo que se aproxima el momento —dijo—. Será un gran momento en mi carrera como detective.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Su mejilla se hallaba contra la de ella, y Loretta le apretó las manos contra sus senos.

—¿De modo que has firmado sobre la línea de puntos, Simón?

—¿No has sabido en todo momento que lo haría?

—Esperaba que lo hicieras.

—Ha merecido la pena.

Loretta volvió un poco la cara y dijo:

—Una vez te dije que tenía miedo. ¿Lo recuerdas?

—¿Lo tienes ahora? —preguntó él.

Ella movió la cabeza.

—No.

La besó. Sus labios eran suaves y se rendían ante los suyos. Le retuvo la cara entre las manos, tocole los cabellos, los ojos, tal como hiciera en el jardín.

—¿Me recordarás siempre como ahora? —preguntó Loretta.

—Siempre.

—Creo que se acercan.

Una llave giró en la cerradura, y el Santo se irguió. Vogel avanzó con su mano derecha siempre en el bolsillo del costado, y dos de sus hombres se perfilaron en la abertura, un poco más atrás. Saludó ligeramente al Santo con una inclinación de cabeza, con su suave cara pasiva y expectante y el gran gancho de su nariz tendido hacia delante. Si estaba gozando de su triunfo por su manera de planear y contraplanear, la exultación la mantenía tan oculta como todas sus demás emociones. Sus ojos negros continuaban mirando fríos, inexpresivos.

—¿Se ha resuelto ya usted? —inquirió.

Simón Templar asintió. En más de un sentido se sentía contento.

—Estoy listo para cuando usted lo esté —dijo.

## II

Estaban colocando los pesos de cuarenta libras de plomo sobre sus hombros, uno sobre la espalda y otro sobre su pecho. Ya se encontraba metido en el pesado *overall* de gruesa goma, que lo cubría completamente desde los pies al cuello, con los puños de goma vulcanizada sobre sus muñecas y el corselete de cobre delgado en posición; y las grávidas botas, cada una de las cuales pesaba dieciséis libras, estaban sujetas a sus pies. Otro de los tripulantes, igualmente vestido, le explicó el funcionamiento de la válvula de salida del aire antes de que el casco le fuera colocado.

—Si atornilla usted la válvula, mantendrá el aire en el interior del traje y así podrá flotar. Si la desatornilla, dejará escapar el aire y podrá sumergirse. Cuando llegue al fondo, ajustará la válvula de forma que se sienta cómodo. Mantendrá bastante cantidad de aire para equilibrar los pesos sin tener que levantarse sobre los pies, hasta que llegue el momento. ¿Ha comprendido?

—Desde luego, compañero. Tienes una manera muy clara de decir las cosas —contestó el Santo.

El marinero murmuró algo y se retiró. Kurt Vogel se colocó ante él.

—Ivaloff bajará con usted... por si se sintiera tentado a olvidarse de su posición —explicó—. También él le conducirá a la cámara del tesoro, que ya le he mostrado en los planos del barco. Llevará también el soplete hidroxígeno submarino, que permitirá cortar una placa de acero de pulgada y media de espesor.

Simón asintió y tocó un instrumento del equipo que había estado examinando.

—Éstas son las herramientas del hombre que usted mató —dijo Vogel—. Él trabajaba muy bien con ellas. Si hay alguna otra cosa que necesite, trataremos de suministrársela.

—Me parece que el equipo es bastante completo.

Simón dejó el equipo en la bolsa de donde lo había sacado. El brillo de la tarde disminuía, y el mar parecía como de cristal aceitado bajo el sol que iba hundiéndose. Los rayos eran todavía brillantes, pero sin calor. Unas cuantas nubes flotaban en dirección al Oeste.

El Santo estaba mirando a la escena más que a Vogel. Observaba el crepúsculo. La muerte en la tarde. Habíala visto muy frecuentemente, y ahora la tenía ante sí mismo. Ningún temor bullía en él; únicamente cierta paz cínica. Su único pesar era que Vogel hubiera traído a Loretta a cubierta. Más bien habría preferido que se le hubiera ahorrado este último recuerdo.

—Yo estaré constantemente en comunicación con ustedes dos, y espero que me informarán del progreso que hagan —dijo Vogel, completando sus instrucciones con su invariable voz carente de tono, como si estuviera tratando de algún negocio corriente—. En cuanto haya abierto la caja fuerte, hará que Ivaloff empiece a retirar el oro y lo cargue en el aparejo que haré bajar... Creo que eso es todo, ¿verdad?

Miró interrogativamente al Santo, y Simón se encogió de hombros.

—Creo que es bastante para entretenerse —contestó.

Vogel se apartó e hizo una señal al hombre que esperaba junto a él con el casco.

El pesado casco fue colocado en los aros del cuello que sobresalían del corselete, y asegurado con un octavo de vuelta. Por entre los gruesos cristales del ventanillo delantero, Simón observó el mismo proceso practicado en el traje de Ivaloff. Luego vio que dos marineros asían las manivelas de la bomba de aire que ya estaba sobre cubierta. El aire que empezaba a respirar tenía un ligero sabor a aceite y goma...

—¿Puede oírme?

Fue la voz de Vogel resonando metálica por el teléfono.

—Sí —contestó el Santo, oyendo su propia voz resonar hueca en sus oídos.

Ivaloff le hizo una señal, y echó a andar torpemente hacia popa. Una parte de la borda había sido quitada para darles paso, y una especie de aparejo plano colgaba del extremo del botalón en donde había sido hecho descender antes el *bathystol*. Pisaron sobre el aparejo y se asieron de las cuerdas. Un momento después se balanceaban fuera de la cubierta y empezaban a hundirse en el agua.

Echando una última ojeada en torno suyo mientras descendían, Simón alcanzó a ver la lancha que regresaba como una mancha avanzando sobre el mar desde el rumbo noroeste. La observó con una enorme frialdad en sus ojos. Era más que seguro que la gente del faro ya había sido «tratada», y otros dos hombres inocentes se habrían hundido en las sombras, sin saber por qué morían. Probablemente, antes de mucho él podría decírselo...

El agua se cerró sobre su ventanillo, y al hacerlo pareció cambiar extrañamente del pálido y límpido azul a una coloración verde. En un instante la luz y el calor del mundo desaparecieron de él, no dejando otra cosa que una tenue fosforescencia esmeralda. Mirando hacia arriba pudo ver la superficie del agua como el techo de un cristal líquido que rodara y se moviera en largas y lentas ondulaciones, pero nada de la chispa de calor que jugaba sobre la superficie llegaba a ese singular e iridiscente reflejo por entre el cual iba hundiéndose. En lo alto de su cabeza alcanzaba a ver la quilla del *Falkenberg* como una mancha borrosa, con sus perfiles haciéndose más vagos y oscuros a medida que se alejaban.

Iban hundiéndose como entre sombras cada vez mayores en una penumbra verdosa. Sentía en los oídos un ligero zumbido, una impresión como de sordera: tragó saliva, cerrando los conductos nasales, exactamente como habría hecho al descender en un avión desde mucha altura, y sus tímpanos volvieron a la normalidad. Un largo palo rosa emergió de pronto de entre la penumbra verde al encuentro de ellos, y en el acto se dio cuenta de que era un mástil. Miró hacia abajo y pudo ver las formas borrosas de las chimeneas elevándose detrás del mástil. Luego el blanco maderamen de las cubiertas. El aparejo sobre el que pisaban rozó contra la barandilla de la cubierta de paseo, y cesó el descenso. Ivaloff trepó por encima de la borda y Simón le siguió. A pesar de todo el peso de su armatoste, se sentía curiosamente liviano y flotante... casi incómodo por ello. Cada vez que se movía, sentía como si su cuerpo fuera a levantarse y a ascender.

—Desatornille la válvula.

La voz gruesa de Ivaloff resonó en su casco, y entonces se dio cuenta que el cable del teléfono los conectaba a ambos a la vez que mantenía su comunicación con el *Falkenberg*. Obedeció la instrucción, y sintió la presión del agua contra su pecho cuando el traje se desinfló, hasta que Ivaloff tocó sobre su casco para indicarle que cesara.

Al reducir el aire desapareció la excesiva flotabilidad. Al moverse, encontró que los pesos con que estaba cargado balanceaban la flotabilidad de su cuerpo, de modo que no tenía consciencia de estar caminando bajo peso alguno; el aire en el interior de su casco bastaba para aliviar sus hombros de la carga del pesado corselete. El superar la resistencia del agua en sí era solamente un pequeño esfuerzo; era como andar moviéndose por entre melaza.

En ese movimiento lento, fantástico y fatigoso, continuaron andando a través del barco hasta llegar a la cámara blindada. Era una experiencia

inolvidable, indescriptible en su extrañeza, andar caminando por la alfombrada escalera principal en aquel crepúsculo verde oscuro, y ver a infinidad de peces pequeños deslizándose por entre las balaustradas y trepando sobre un candelabro; estar abriéndose paso entre los objetos diseminados en el suelo, y ver los extraños habitantes del mar correr y escabullirse cuando sus pies los perturbaban; el detenerse luego delante de la puerta de la cámara blindada y ver a un molusco firmemente plantado junto a la cerradura. Sentir las huellas de limo verde bajo las puntas de sus dedos, y recordar que ciento veinte pies de agua se apilaban entre él y las fronteras de la vida humana. Ver la forma extraña de Ivaloff emergiendo a su lado, y darse cuenta que él era su hermano gemelo: un monstruo raro, de ojos de cristal, moviéndose bajo las órdenes de su cerebro...

Se arrodilló y abrió su equipo de herramientas. Por el transmisor telefónico dijo:

—Comienzo a trabajar.

Vogel estaba reclinado en una silla de cubierta al lado del altavoz, estudiando sus uñas. No contestó nada. Los rayos inclinados del sol dejaban sus ojos en profunda sombra, poniendo manchas como de tiza sobre sus pómulos: su cara era como la de una esfinge, inescrutable. Acaso no mostrara ni ansiedad ni impaciencia porque no sentía ninguna.

Arnheim había trepado desde la lancha como un sapo hinchado; y los tres marineros de hoscas caras acababan de izar la lancha dejándola en su sitio antes de dirigirse a popa a reunirse con el resto de los tripulantes que había junto a la borda.

Vogel levantó la mirada por un momento hacia su subalterno.

—¿Ninguna dificultad?

—Ninguna.

—Bien.

Y volvió al silencioso estudio de sus uñas, respirando suavemente sobre ellas para frotarlas con lentitud sobre la palma de la mano opuesta, mientras Arnheim se pasaba un pañuelo por el interior del cuello de la camisa e iba a sentarse en una silla un poco más atrás. La sola pregunta que formulara Vogel apenas si había sido una pregunta: había sido una manifestación que desafió toda contradicción; su aceptación de la respuesta no había sido sino una expresión de satisfacción de que sus palabras no podían ser replicadas. En el tono no pudo notarse ninguna sugestión de loa. Sus órdenes habían sido dadas y no existía ninguna razón para que no se cumplieran.

Loretta miraba hacia el agua semitranslúcida y le parecía como si estuviese observando la marcha inexorable de la realidad que se trocaba en la fría deliberación de la pesadilla. Allá abajo, en el líquido silencioso y sin sol, debajo de las grandes ondas de tan gran extensión de agua, dos hombres estaban viviendo, moviéndose, increíblemente ligados con el aire que les daba la vida por aquellos frágiles filamentos de goma que se extendían como una serpiente sobre la cubierta. Las largas y potentes manos del Santo, emblanquecidas por el frío y la presión, estaban moviéndose hábiles hacia el cumplimiento de la realización de su delito más fantástico. Trabajaba con toques expertos y seguros para abrir el depósito más fabuloso que jamás se hubiera encontrado en el camino de su sorprendente carrera... mientras su vida se hallaba impotente a merced de los dos hombres que se inclinaban en monótona alternación junto a las manivelas del compresor de aire, y aguardaban el capricho del impasible hombre de nariz ganchuda que estaba pulimentándose las uñas sentado en una silla-tijera. Trabajaba con el casi certero conocimiento de que su vida acabaría en cuanto su misión hubiese terminado.

Ella sabía... ¿Qué fue lo que le había dicho una vez? «Cumplir con la tarea, cerrar la boca y cargar con las consecuencias»... Y en su imaginación ella podía verlo ahora con sus ojos azules alerta y absortos, con su sardónica boca mostrando una expresión combatiente y sin miedo, tal como cuando los dos habían estado hablando tan tranquila y superficialmente en la cabina... Podía sonreír como él había sonreído al decirle «adiós»... con un débil y medio forzado gesto en los labios.

Estaba segura de que podría abrir la cámara blindada; sabía que había tomado su decisión y que seguiría hasta el final. Ese hombre jamás vacilaba o cometía errores.

En su cerebro sentía una especie de torpeza, una insensibilidad que era más una suspensión del acto de vivir que una torpe anestesia. Tuvo que mirar su reloj para poder medir el pesado transcurso del tiempo en términos de minutos y segundos. Hasta que su voz volvió a oírse de nuevo por el altavoz para anunciar el cumplimiento de su promesa. El *Falkenberg* se balanceó a causa de una ondulación del agua. Los dos marineros continuaban trabajando rítmicamente en la bomba del aire, Vogel se frotaba suavemente las uñas contra sus palmas y el sol iba hundándose cada vez más en el poniente; pero dentro de Loretta y en todo el contorno parecía flotar una calma aplastante, una quietud insoportable.

Fue casi imposible de creer que sólo hubieran transcurrido cuarenta minutos antes que la voz del Santo volviera a oírse por el altavoz con una sola frase fría y firme:

—La cámara blindada está abierta.

### III

Arnheim saltó como tocado por una pila, y empezó a murmurar algo. Vogel no hizo sino cesar de pulirse las uñas y accionar una llave en la caja de conexión telefónica que estaba a su lado. Su calmosa respuesta se oyó por los cables:

—¿Todo bien, Ivaloff?

—Sí. La puerta está abierta. El oro se halla aquí.

—¿Qué necesitan que hagamos bajar?

—Nos llevará un buen tiempo el acabar la tarea. Hay mucha cantidad. Espere...

El altavoz calló. Uno podía imaginar al hombre a veinte brazas de profundidad, inclinándose sobre el agua, moviéndose afanoso en su laboriosa exploración. Luego se volvió a oír la voz gutural.

—La cámara blindada está próxima a la escalera principal. Encima de la escalera hay una cúpula de cristal. Podemos subir de nuevo a cubierta y romper los cristales para que puedan bajar por ahí el aparejo. De esa forma no será tan larga la tarea. Pero no podemos continuar aquí por más de unos minutos. Hace casi tres cuartos de hora que hemos bajado, lo cual es mucho tiempo para esta profundidad.

Vogel consideró la situación durante un momento.

—Rompan primero el cristal de la cúpula, y luego los subiremos —ordenó, volviéndose a los hombres que estaban junto a la grúa—. Calvieri... Orbel... prepárense para bajar en cuanto suban esos otros dos. Tú, Grondin, te ocuparás del aparejo...

Durante algunos minutos estuvo dando órdenes detalladas, asignando a cada uno su misión, con una eficiencia impersonal. Pareció salir de su laxitud sin perder aquel aire de abandono y descuido terrible que mostraba siempre. Se convirtió en un mero cerebro organizador, sin movimiento y casi como desintegrado de sí mismo, ajustando los engranajes de su máquina para ponerlos en disciplinado movimiento.

Y al terminar, volvió a oírse nuevamente la voz de Ivaloff:

—Hemos practicado ya una gran abertura en la cúpula. Ahora podemos subir.

Vogel asintió, y un hombre acercóse a los controles de la grúa. Por fin Vogel se puso de pie.

Se ajustó los pantalones y se arregló la americana con el lánguido movimiento de un hombre que no tiene nada que hacer y en cuya mente nada hay tampoco de importancia. Con gesto de abandono y la misma expresión que hubiera tenido cualquier individuo al dirigirse hacia un cenicero para dejar la colilla del cigarrillo, salvó el metro o dos que le separaban de la bomba de aire y se inclinó sobre uno de los tubos de goma.

Su avance fue tan plácido y carente de emoción que por un momento hasta la misma Loretta no pudo creer lo que estaba viendo. Sólo fue cuestión de un instante. Y luego lo comprendió todo sin lugar a dudas.

Sus ojos se abrieron desmesurados en una expresión de horror. No habría podido decir por qué. Ella había visto antes la muerte, habíala visto apenas unas horas antes, y había sabido soportar la escena; en esta misma cubierta se había encontrado pálida y silenciosa mientras el profesor Yule moría. Pero ahora volvió a sentir la misma garra helada en su corazón, la misma torpeza de angustia, la misma aniquilación de su poder de acción. No supo qué estaba haciendo, qué pensaba, no hizo ningún movimiento consciente; y sin embargo, de pronto se halló junto a Vogel, asiéndole la muñeca y el brazo, apartándole la mano. Oyó que alguien murmuraba: «¡No! ¡No! ¡No, eso no!»... y se dio cuenta en forma inexplicable que estaba oyendo su propia voz.

—¡No! ¡No!

—¡Mi querida Loretta!

Vogel se había erguido, y estaba mirándola con su cara fría y desdeñosamente crítica. Tuvo la impresión de que estaba respirando como si acabara de correr una gran distancia, que su corazón le martilleaba contra las costillas con martillazos horribles, que en su mirada había una expresión de completa estupidez. Y al mismo tiempo se dio cuenta de que la grúa había vuelto a detenerse.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó anhelante.

—¿El que?

Loretta le sacudió inconscientemente el brazo.

—Detener la grúa.

—¡Querida mía! —exclamó él, con su tono blando y dominante a la vez—. Es el procedimiento normal. Cuando un hombre ha estado trabajando por



espacio de tres cuartos de hora en una profundidad como ésta, su sangre se satura de nitrógeno. Si fuera subido con demasiada rapidez y la presión fuera alejada de pronto, el gas podría formar burbujas en su sangre como ocurre en una botella de champaña cuando se saca el corcho. El buzo sufriría un severo ataque de parálisis. La presión debe ser restaurada gradualmente. Hay una tabla bien estudiada para ello. Nuestros buzos se han detenido a treinta pies. Allí reposarán durante cinco minutos; después durante diez minutos cuando estén a veinte pies; y más tarde durante quince minutos...

Ella sabía que él estaba tratando de hacerla parecer tonta, pero también estaba bien segura de no hallarse equivocada.

—No es eso lo que se está haciendo —dijo.

—¿Qué entonces?

—Usted estaba a punto de retirar uno de esos tubos de aire de la bomba.

—¡Querida mía!...

—¿No estoy en lo cierto acaso?

Vogel la miró impasible, como si estuviese jugando con las posibles respuestas a su disposición, deliberando sobre su probable efecto en ella más bien que en su veracidad. Loretta se encogió con amargura.

—¡Oh, lo sé! No necesita mentirme. ¡Estaba usted a punto de matarlo!

Un débil asomo de expresión, el destello de la crueldad calculadora y desapasionada que ella había visto anteriormente, pasó por la cara de Vogel.

—¿Y si así fuera? ¿Hasta qué punto podría afectarla su muerte?

—Me sentiría afectada en una forma que usted no puede comprender.

Vogel esperó. Esta mujer tenía una singular y enojosa sensación de que él no se hallaba en su sano juicio, de que estaba dando rienda suelta a la sádica megalomanía que marcaba todas sus acciones, jugando con ella como un gato y saboreando el placer morboso de observar su agonía. Loretta le buscó los ojos por debajo de la sombra de sus cejas, y los halló de pronto devorándola con una rigidez sobrenatural que la heló. Se encontró hablando incoherentemente, jadeante otra vez, tratando de ahogar este nuevo horror en un farfulleo de palabras que jamás habría podido expresar de no dejarlas salir ciegamente.

—Yo sé por qué causa ha bajado él. Sé también por qué motivo ha abierto esa cámara blindada para usted. No lo habría hecho para salvar su vida. No le habría creído a usted. Él ha tratado de decirme que era por eso por lo que iba a bajar, pero no ha conseguido que yo le creyera. Él sabía que usted pensaba matarlo en cuanto hubiera terminado la labor. Y no ha tenido miedo en ningún momento. Yo lo he visto. Yo le he hablado. Me ha mentido. Se ha

mostrado espléndido. Pero yo no me he dejado engañar. ¿Usted le ha ofrecido algo que él pudiera creer! ¿Ha hecho que él hiciera el trabajo... por mí!

—Realmente, mi querida Loretta, esto es muy dramático. He debido interpretar mal a nuestro amigo Templar. ¿De manera que se ha convertido en el caballero perfecto capaz de morir para salvar el honor de su dama...?

—Sí. Yo le dije que usted no le comprendería.

Vogel dejó escapar una exhalación de aliento que no hubiera podido llamarse una risa.

—¡Tonta de mujer! ¡Si él jamás ha hecho nada por el estilo!

Fue entonces cuando ella recordó.

—No. Pero yo le he dicho que prefería vivir. Y él lo ha hecho para salvar mi vida.

—¡Otra vez el perfecto caballero andante!

—Es algo que usted jamás llegará a entender. Ahora lo sé. ¿Acaso no es ésta la verdad? Usted ha hecho ese trato con él. Mi vida contra la de él... y un poco de trabajo. ¿No ha sido así?

Vogel suspiró.

—Habría sido muy sensible no ofrecerle una oportunidad para mostrar tan clásica caballerosidad —dijo.

La ironía de la respuesta hizo subir la sangre a la cara de Loretta. Experimentó un disgusto casi petrificante. La máscara que él llevara puesta desde que le conoció, por vez primera había desaparecido por completo. La suave inmutabilidad de su rostro había dejado de ser un venero de impenetrable autodomínio. Era la mueca fija, estereotipada, de un demonio que gozaba de su propia inhumanidad...

—Él no tenía ningún derecho a hacer un pacto por mí —dijo ella, tratando de impedir que le temblara la voz—. Yo no le he pedido ninguna clase de sacrificio... no habría podido aceptar ninguno. Me hallo aquí, y puedo hacer mi propio pacto por mi cuenta. El Santo ya ha hecho lo que usted quería que hiciera. ¿Por qué no dejarle marchar?

—¿Para que vuelva nuevamente a interferirse en mis planes?

—Podría imponerle la condición de que olvidara todo cuanto sabe. Es hombre capaz de cumplir su palabra.

—Ciertamente... el caballero perfecto... ¡Qué ridícula es usted!

—¿Siempre ha pensado usted así?

Vogel calló de pronto, inclinando la cabeza hacia un lado. Un momento después, su mano de reptil se elevó y descendiendo lentamente la tocó en la cara.

—Bien sabes lo que he pensado de ti, querida —dijo, tuteándola—. Te lo dije una vez. Estabas tratando de engañarme. Intentaste destruirme con tu beldad, pero nada habrías podido darme en cambio. A pesar de todo, he corrido riesgos por ti, me he colocado en un peligro casi fantástico, he jugado con todo... para mantenerte a mi lado y ver hasta qué punto podrías ser traicionera. ¡Pero! —De pronto, su mano corrióse sobre el brazo de ella y se lo apretó de un modo tan brutal que Loretta casi gritó—. Yo tenía mis propias ideas acerca de la medida en que permitiría avanzar tu traición, para luego obligarte a hacer enmiendas.

La atrajo contra sí y le rozó la boca, brevemente, a plena sangre fría. Ella no se resistió, pero se mantuvo como si estuviese muerta, hasta que él la apartó.

—Ahora —dijo—, no te hallas en situación de hacer pacto alguno.

Volvió a inclinarse sobre el tubo conductor de aire. Loretta se aferró a su mano y él se irguió.

—Si piensas ser una molestia —pronunció con su voz fría de siempre—, tendré que hacerte llevar de aquí.

—¡Usted no puede hacer semejante cosa! —jadeó Loretta—. Todavía no tiene todo lo que deseaba. Y si lo mata, jamás podrá tenerlo.

—Te tengo a ti.

—Solamente como prisionera. Sí, mi cuerpo está aquí. Puede hacer conmigo lo que quiera. Lo que desea puede tomarlo por la fuerza. Si es eso todo lo que busca...

—Será bastante.

—Pero yo podría dar...

—¿Qué?

La miró fijamente, sintiéndose presa de una nueva inmovilidad. Podía notarse un asomo de humedad en sus labios delgados, y el brillo de sus pómulos parecía un blanco lustre opaco. Sus ojos se inclinaron ligeramente, brillando como brasas. Sus manos suaves y húmedas la asieron por los hombros.

—¿Qué? —volvió a preguntar.

Ella no pudo mirarlo, pues de haberlo hecho le habría faltado el coraje. Ya se sentía profanada por ese húmedo y frío contacto suyo. Cerró los ojos.

—Si le deja marchar... me quedaré con usted... voluntariamente.

## IV

Les costó más de cuarenta minutos subir... casi tanto tiempo como el que habían necesitado para el descenso. Fue una labor extenuante la de seguir la descompresión gradual, permaneciendo suspendidos en el espacio verdoso por pausas cada vez mayores, elevándose un poco más para detenerse de nuevo. El Santo no sentía ninguna clase de efecto enfermizo por la larga inmersión, aparte de una creciente fatiga, que había llegado a ser casi aplastante en el momento de romper los cristales de la cúpula que había encima de la escalera. Jamás se le había ocurrido pensar que la resistencia del agua que debía ser vencida con cada uno de los menores movimientos, pudiera agotar tanto. Aun siendo fuerte, sentía un dolor penetrante en cada uno de los miembros y un anhelo nervioso de hacer movimientos naturales con todos sus músculos que hizo que el ascenso le pareciera mucho más lento y penoso de soportar que todo lo ya pasado. Habría dado la mitad de los millones que acababa de rescatar del mar por tener un cigarrillo, pero tal placer era imposible de obtener.

Al mismo tiempo, se daba cuenta de que podía sentirse feliz por el hecho de poder experimentar tal incomodidad. Al quedar hecha la labor, se había apartado de la puerta abierta de la cámara blindada y anunciado por el micrófono que había acabado la tarea. Había estado esperando la cesación de toda sensación de vida. No sabía exactamente cómo llegaría, pero creía que sería rápida y segura. Acababa de hacer todo cuanto Vogel le exigiera. Además de eso, él era una amenaza en potencia y, por tanto, debía ser quitado de en medio antes de que pudiera causar mayores daños. Al igual que Loretta, se daba cuenta que debía ser enojoso el morir dejando tanto sin terminar, morir en esta solitaria obscuridad, sin experimentar la exaltación embriagadora de la batalla. Y al sentirse todavía con vida se preguntaba qué podría haber ocurrido para que le fuera ofrecida tal recompensa.

¿Es que Vogel habría cambiado de idea? Eso era más de lo que el Santo podía sentirse dispuesto a creer. ¿O sería que Vogel había comenzado a preguntarse si sería acertado y seguro el matarle? Probablemente había pensado que sin duda tenía amigos en alguna parte que sabían tanto como él, que sabían también a qué parte había ido, que harían rápidas averiguaciones y entrarían en acción cuando él no regresara. El Santo podía ver dificultades prácticas en el hecho de presentar su muerte como un accidente, y ello podría haber hecho que Vogel se detuviese a pensar. Sin embargo, no podía convencerse de que el talento estratégico de Vogel hubiera fallado al final.

Se hallaba vivo sin saber por qué causa... sin saber por cuánto tiempo duraría esa deliciosa sensación, pero creyendo que no podría prolongarse por

mucho más. No obstante, el instinto de conservación era tan fuerte que se hallaba más ocupado preguntándose cómo podría aprovechar ese respiro en su mayor beneficio. Incluso mientras había estado trabajando junto a la puerta de la cámara blindada, creyendo que no tenía ninguna esperanza de volver a ver la luz del día, ese mismo curioso instinto de conservación le había hecho prepararse para aprovecharse de cualquier imposible oportunidad. Ahora, cuando movió los brazos, sintió un húmedo roce en su brazo. Se lo produjo un pequeño instrumento de acero que no estaba ahí cuando abandonó la cubierta del *Falkenberg*, un instrumento que todavía podía valer más para él que todo el oro del *Chalfont Castle*.

El agua se convirtió en una mera película que se quebró contra su casco. El peso sobre sus hombros volvió a ser real otra vez y las macizas botas tiraron de sus pies hacia abajo. Un momento después unas manos expertas desatornillaron el casco y lo apartaron de su soporte, y el Santo llenó sus pulmones con el aire puro del mar.

Vogel se hallaba ante él.

—Quizá ha estado en lo cierto al decir que mi antiguo ayudante era un simple aficionado —hizo notar cortésmente—. A juzgar por lo que usted ha hecho, debo considerar que él no era tan eficiente como yo pensaba.

—No es apropiado comparar a nadie conmigo —murmuró modestamente el Santo—. ¿Qué haremos, pajarraco, después de estos cumplidos?

—Irá usted a su cabina mientras decido qué debo hacer con usted.

Hizo una ligera inclinación de cabeza, y se alejó para dar otras instrucciones a los dos buzos de reemplazo que estaban ocupados en ajustar los cordones a sus corseletes. Simón se sentó en un banquillo y aflojó los cordones y tiras de sus botas, mientras su propia plancha pectoral le era quitada. Al zafarse del pesado y molesto traje de goma pudo deslizarse el instrumento de su manga hacia su mano, y durante el proceso de quitarle el pesado *sweater* de lana y los gruesos pantalones que le habían sido dados para protegerse contra el frío del agua pudo pasarlo, sin ser notado, a un bolsillo interior de sus ropas. Todavía no estaba muerto.

Extrajo un apretado paquete de cigarrillos y encendió uno mientras buscaba algún signo de Loretta. El humo acarició el hambriento tejido de sus pulmones y envió su bálsamo narcótico a lo largo de sus nervios; y fue entonces cuando la vio junto a la barandilla, delgada, serena y apetitosa en su ligero vestido blanco. Pero no podía hacer nada para acercarse a ella y tomarla serenamente en sus brazos. El verla y desearla en silencio fue para él una parte del supremo éxtasis de su vuelta a la vida, un deleite de

supervivencia sensual que estaba en consonancia con el aroma del mar y el rojizo ocaso del sol, una cristalización del voluptuoso encanto de vivir. Ella le miró un momento, y luego se volvió. Un instante después él fue cogido por los brazos y conducido escaleras abajo.

Loretta le oyó partir, sin volver la cabeza. Oyó el ruido de pisadas de los hombres sobre cubierta, y el chirriar de la grúa cuando los otros dos buzos fueron descendidos. Poco después oyó la voz de Arnheim:

—¿Cuánto tiempo más llevará esto?

Y la contestación de Vogel:

—No lo sé. Probablemente tendremos que hacer volver a bajar a Ivaloff con alguien más, cuando Orbel y Calvieri se cansen. Creo que será ya de noche cuando llegemos a St. Martin.

—¿Es que ellos nos esperan?

—Tendré que informarles. ¿Quieres ocuparte del teléfono?

Loretta tenía los codos apoyados en la barandilla y la barbilla en las manos. Su cara resbaló entre sus manos hasta que los dedos se deslizaron por entre los cabellos. Miraba hacia el mar, pero sin ver nada.

Un golpecito en el hombro la despertó. Se estremeció, y al erguirse sacudió los cabellos para apartárselos de los ojos. Su cara estaba pálida y mostraba una expresión carente de vida.

Vogel estaba a su lado, con las manos en los bolsillos.

—¿Estás cansada? —le preguntó, con su voz fría de antes.

Ella movió la cabeza.

—¡Oh, no! Un poco... algo aburrida de esperar. ¿No es natural? Supongo que usted estará interesado en el trabajo, pero... yo quisiera que se apresuraran. Hace horas que estamos aquí...

—¿Quieres beber alguna cosa?

—Sí.

Él la tomó por el brazo.

—Ven.

La condujo a la cabina de cubierta y presionó un botón para llamar a un mozo. Cuando el hombre apareció silenciosamente, le dijo:

—¿*Whisky*? Creo que ésa es la receta de tu país.

Loretta asintió, y él confirmó la orden con una mirada. Le tendió una caja de cigarrillos y encendió un fósforo. Loretta aspiró el humo y se mantuvo ante él sin retroceder, con la cabeza elevada. El corazón le latía con celeridad, pero su mano se mantenía firme.

¿Sería pronto? Ansiaba que ocurriera de una vez antes que se sintiera debilitar por el temor; y, sin embargo, instintivamente rogaba por un respiro, como si el tiempo pudiera dar a una lógica fría un dominio más aplastante de su revulsión. Después de todo, ¿qué significaba este sacrificio físico, esta breve humillación? Su mente, el yo que la convertía en una personalidad viviente, su alma o corazón o como pudiera llamársele, no podían ser tocados. Era algo que se hallaba más allá de todas las reacciones del cuerpo mientras ella lo deseara así. «No quema uno su casa porque se haya pisado un poco de fango en el suelo», había dicho antes. Ella, su yo interno, podrían triunfar cuando la carne fuera derrotada. ¡Qué cantidad de exageradas tonterías se decían acerca de ese gesto crudo...! Y, sin embargo, su corazón le latía locamente ante la realidad inminente.

—Excúsame un momento.

O él nada había observado, o es que se hallaba insensible a las emociones de ella. Sin tocarla, se volvió hacia los estantes de libros que había al otro extremo de la cabina.

Ella tuvo su respiro. Regresó el mozo y dejó una bandeja sobre la mesa. Vogel sirvió un vaso y se alejó de nuevo sin decir una palabra. Loretta levantó el vaso y tomó un sorbo. Después de haber bebido, se le ocurrió que podría estar narcotizado y casi lo volcó. Fue entonces cuando sus labios se movieron para dar paso a una ligera sonrisa. ¿Qué podía importar?

Se volvió para ver qué estaba haciendo Vogel. Había acercado una silla junto a un armario de libros y estaba sentado delante del mueble. Los estantes superiores se abrían como una puerta, llevando consigo los libros, y al otro lado se veía el tablero compacto de un instrumento transmisor de radio de alguna potencia. Vogel acababa de colocarse un par de auriculares sobre la cabeza, y sus largos dedos blancos manipulaban delicadamente los cuadrantes: deteniéndose, ajustando, sintonizando su estación con golpes rápidos y prácticos. En el silencio reinante ella pudo oír un suave murmullo y luego un intermitente golpetear, más claro, más nítido. Vogel había dado con su correspondiente e inmediatamente empezó a enviar un mensaje.

El ritmo de la llave del transmisor repercutía en el cerebro de ella y se traducía casi automáticamente en letras y en palabras. Al igual que todo el personal de la firma *Ingerbeck*, había estudiado el código Morse como parte de su entrenamiento general: era una segunda naturaleza suya el interpretar esa sucesión de rayas y puntos, un hecho tan simple como si hubiese oído hablar a Vogel. Lo hizo tan instintivamente, mientras la parte activa de su mente estaba demasiado acaparada por otros pensamientos como para

prestarles atención, que pasaron algunos segundos antes de que lograra coordinar lo que estaba oyendo.

«Punto-punto- raya-punto... punto- raya... raya-punto- raya-punto».

¿No era ésa la señal de llamada de la estación de radio en Cherburgo? Un momento después, Vogel dio su propia señal. Luego, con la eficiencia de un operador profesional, envió su mensaje. Un telegrama: «Baudier, Herqueville... Llegaremos esta noche a las nueve y media. Hagan preparar los faros...».

Los nombres nada significaban para ella y el mensaje no tenía gran importancia. Evidentemente, Vogel debía tener su cuartel general en alguna parte y era lógico que se dirigiera a él. Pero lo verdaderamente esencial era el propio aparato de radio. No estaba meramente en contacto con una estación similar en su cuartel general, sino que podía comunicarse abiertamente con Cherburgo, y, por lo tanto, presumiblemente, con cualquier otra estación receptora radiotelegráfica a la que pudiera llegar su onda. La estación Niton, en la isla de Wigh, por ejemplo, podría estar dentro del alcance. Y desde ella sería factible despachar otro telegrama, por cable, a St. Peter Port. No parecía que pudiera haber cuestión alguna acerca de la aceptación del mensaje. Evidentemente, el *Falkenberg* figuraba en la lista de los transmisores registrados, igual que cualquier barco de pasajeros de navegación por el Atlántico. Casi sintió una sensación de pánico mientras trataba de recordar la señal mediante la cual Vogel se había dado a conocer, pero no tenía por qué tener miedo. Las letras estaban como grabadas a fuego en su memoria. Después, si podía estar nada más que cinco minutos sentada a solas en esa silla en donde ahora se encontraba Vogel...

Éste ya había terminado. Quitose los auriculares, movió la llave en el centro del tablero, apagó la luz que iluminaba el armario, cerró la puerta y volvió junto a ella.

—No sabía que se hallara usted tan bien equipado —dijo Loretta, confiando que él no notase su ansiedad.

Vogel no pareció notar nada, quizá porque estaba muy confiado en que a ella no le importaba nada. Encogiose de hombros.

—A veces es útil —dijo—. Acabo de enviar un mensaje para anunciar que no tardaremos en estar de regreso.

—¿Adónde iremos?

—A Herqueville... más abajo del Cabo de la Hage, en el extremo norte del Ansa de Vauville. No es un lugar a la moda, pero justamente por esa razón me ha parecido conveniente. Tengo allí un castillo en donde estarás muy



cómoda. O, si lo prefieres, podemos realizar un crucero por alguna parte. Todo estará completamente a tu servicio.

—¿Será allí donde dejará libre al Santo?

Vogel contrajo su labio inferior.

—Quizá. Pero eso llevará tiempo. Comprenderás, querida... que tengo que protegerme.

—Si él da su palabra...

—¡Es claro, la palabra de un caballero! —repuso Vogel con sonrisa sarcástica—. Pero no hay que olvidar la otra virtud de un caballero: la caballerosidad. Tal vez él se resista a dejarte así, sin más ni más.

Loretta abandonó el vaso. Dolíale la cabeza debido al tumulto de sus pensamientos; y, sin embargo, otra parte de su mente parecía torpe e incapaz de reaccionar. Había llegado a esa etapa de agotamiento nervioso en la que los pensamientos parecen luchar entre el torbellino de la fiebre y el estupor del colapso. ¿Acaso importaba algo? Pasóse una mano por la frente, se echó hacia atrás los cabellos y dijo con lentitud:

—Pero él debe saberlo.

—Naturalmente. Yo no intentaré reconciliarlo con nuestro pacto. Pero él querrá saber por qué causa te quedas con nosotros, y habrá que hallar una manera de satisfacerlo. Además, he corrido mucho riesgo...

Loretta se volvió hacia una ventana, y de ese modo no vio la suave expresión de gozo de su cara. La cabeza le bullía en un torbellino de pensamientos que no podía disciplinar: radio... radio... Peter Quentin... Roger Conway... Orace... Steve Murdoch... el *Corsair*... en St. Peter Port... el Hotel Royal. ¡Si pudiera hacerles llegar un mensaje...!

Vogel continuó hablando, con ligera condescendencia.

—Comprenderás que no puedo continuar con una carga como la que tenemos a bordo. Tengo que desprenderme de ella. Los Bancos de nada me sirven, y se necesita tiempo para disponer de ellos. Por consiguiente, poseo mi propio Banco. En el fondo del mar, frente a Herqueville, a unos treinta pies de agua, en donde nadie que no sepa la exacta posición puede hallarlo, en donde nadie puede llegar sin poseer el equipo necesario, tengo tal tesoro en oro y joyas como jamás puedes haber soñado. Cuando haya sumado el valor de lo de hoy habrá ya más de doce millones de libras. Creo que ha llegado el momento de llevar todo eso a una parte en donde puede disfrutarlo. Tú lo compartirás conmigo. Esta noche anclaremos encima del lugar, y el oro del *Chalfont Castle* será unido al tesoro. Creo que ya es suficiente. Después irás

conmigo adonde desees y las mismas reinas te envidiarán. Pero debo impedir que Templar nos moleste.

Estaba mirándola de costado; y ella supo con una horrible desesperación que todas estas excusas eran mentiras. Tal vez lo había sabido siempre. Sólo había un medio de que el Santo dejara de ser un peligro, y al final Vogel recurriría a él. Pero antes de eso jugaría con ellos: dejaría vivo al Santo... siempre que de esa manera ella pudiera resultar más fácil de gozar.

—Sí, supongo que será necesario —dijo, sin ganas ya para discutir.

—No lo lamentarás.

Se acercó. Sus manos se posaron sobre sus hombros, se deslizaron por su espalda, y ella sintió como si una víbora hubiera corrido sobre su carne. Sintió que la atraía hacia sí, y casi cerró los ojos. Era una pesadilla no luchar, no golpearle locamente y sentir el impacto de sus manos contra su cara; pero hubiera sido lo mismo que estar golpeando un cadáver. ¿De qué serviría todo? Aun cuando sabía que él estaba mofándose con promesas y excusas, debía someterse, debía ser accesible, tal como un hombre obedece el mando de una pistola a pesar de saber que está llevándole a la muerte. Debía ceder porque hasta el último instante siempre existe la ilusión de la vida.

Los labios de Vogel estaban a una pulgada de los suyos; sus ojos negros como de piedra se hundían en ella. Vio el tono de cera de su tez, sin arrugas y estirada como si hubiera estado extendida sobre una calavera, y algo pareció estallar dentro de su cabeza. Por un instante su mente corrió clara como una corriente cayendo de una montaña. Un momento después su cabeza se echó hacia atrás y quedó inerte en los brazos de él.

Vogel la sostuvo por un instante, mirándola fijamente. Luego la depositó sobre una silla. Loretta quedó allí con la cabeza moviéndosele de un lado a otro y los rojos labios abiertos, tentadora e inconsciente. Él la miró durante un segundo más antes de llamar al mozo.

—Cenaremos a las ocho —dijo—. Comeremos salmón ahumado, *langoustine Grand Duc*, *Suprime de volaille*, *Bergerette*, *fraises Mimosa*.

—Sí, señor.

—Beberemos ese *Château Laffitte 1906*.

Despidió al mozo con un movimiento de la mano, y con todo cuidado agujereó la punta de su cigarro. Al salir hacia cubierta se detuvo junto a la silla de Loretta y le acarició la mejilla.

Durante toda la tarde Simón Templar oyó el zumbido de la grúa, el paso pesado de los hombres en la cubierta de encima, el murmullo de las voces y los golpes de la increíble carga que era subida a bordo para ser colocada en su

lugar. Al mismo tiempo pensaba en Peter Quentin, en Roger Conway, en Orace, en el *Corsair* y en St. Peter Port, tal como antes lo hiciera Loretta. Pero más que nada pensaba en ella, y se atormentaba con preguntas sin respuesta. Serían casi las ocho cuando por fin cesaron los ruidos, y el zumbido bajo de los motores volvió a oírse debajo de sus pies. Miró por el ojo de buey, sobre la superficie de las aguas en calma, y vio que avanzaban directamente, apartándose de la muralla roja de nubes bordeada de escarlata en donde el sol se hundía. Un marinero protegido por otros dos que empuñaban pistolas, le trajo una bandeja con víveres y un vaso de vino. Media hora más tarde el mismo cortejo reapareció en busca de la bandeja y se la llevó sin decir palabra. Simón encendió un cigarrillo y oyó el ruido de la llave en la cerradura. Durante una media hora se mantuvo sentado en la litera con las rodillas en alto, inclinado contra el mamparo, fumando y pensando, mientras las sombras se extendían por la cabina. Por fin se decidió a sacar el instrumento que la Fortuna dejara tan singularmente en sus manos mientras abría la cámara blindada del *Chalfont Castle* en las verdes profundidades del mar.

## Capítulo VIII

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR UTILIZÓ SU CUCHILLO, Y DE CÓMO KURT VOGEL DESCENDIÓ A SU TESORO

### I

**L**a cerradura cedió después de sufrir el silencioso y científico ataque del Santo.

Desde luego, no hubiera tenido muchas posibilidades de ofrecer una resistencia. Era una cerradura bastante buena de acuerdo con los tipos corrientes, un mecanismo que habría resultado más que adecuado para cualquier propósito convencional, pero que no había sido construido para resistir manipulaciones de la herramienta que Simón Templar acababa de usar.

La besó con éxtasis antes de volver a guardársela en su bolsillo. Era algo más que un trozo de metal habilidosamente retorcido. En ese instante representaba el único y acaso el más imperdonable error de Vogel: un error que podría alterar todavía la situación trocando la victoria en derrota. Al enviarlo a abrir la cámara blindada, Vogel había dado la oportunidad de elegir el instrumento del equipo de un ladrón y poder deslizarlo debajo de las bandas de goma de su traje de buzo; al dejarlo subir con vida, le había ofrecido la oportunidad de usarlo; y al darle la posibilidad de utilizarlo, no había hecho otra cosa que violar la ley de la jungla en la que ambos vivían: que el único enemigo del que uno nada puede temer es el enemigo muerto. Todo ello era perfectamente coherente y lógico, tan coherente y lógico como cualquiera de los ejercicios tácticos de Vogel, a los que únicamente les faltaba la primera causa que pusiera en movimiento a las demás. Por espacio de dos

horas Simón había estado tratando de descubrir esa primera causa, y aun así sólo tenía una teoría fantástica a la que se resistía a dar crédito.

Un sentimiento de grave y terrible ansiedad se apoderó de él al coger el picaporte de la puerta y moverlo lentamente y sin el menor ruido. Sea cual fuere la causa primera, él tenía su oportunidad; y era improbable que se le presentara otra. Dentro de una hora más o menos su duelo con Kurt Vogel tendría que ser resuelto en una u otra forma, y con ello todas las cuestiones implicadas en el asunto. Contra él tenía el dominio y mando de Vogel, la cualidad intelectual de Otto Arnheim, y una tripulación compuesta por diez de los más rudos piratas del siglo xx. Por su parte, no contaba sino con la fuerza de su brazo y su rapidez de visión, así como con la ventaja de la sorpresa. La diferencia era bastante apreciable como para asustar a cualquiera, pero a pesar de ello brillaba en sus ojos una sonrisa audaz. Se había pasado la vida enfrentándose con situaciones imposibles, y poseía la certeza de que no podría tener nada peor que afrontar lo que ya afrontara.

El cerrojo se movió hasta el extremo y él abrió quedamente la hoja de la puerta. Se abrió sin un crujido. Miró hacia el pasillo a través de la abertura. Frente a él se veían otras puertas, todas ellas cerradas. Sacó cauteloso la cabeza y miró a izquierda y derecha. Nada. Los tripulantes estarían cenando, o descansando después del trabajo del día. El pasillo se hallaba desierto; era un túnel de pintura blanca que brillaba a los tenues reflejos de las luces encendidas a intervalos. Un segundo después cerró la puerta de su prisión y echó a andar hacia cubierta.

El aire fresco le resultó muy agradable después del encierro en la cabina. Encima de su cabeza, el firmamento se mostraba prácticamente negro, y las primeras pálidas estrellas empezaban a brillar; hacia el horizonte occidental, en donde lo gris del cielo se confundía indistinguiblemente con el gris del mar y las estrellas se mostraban ya más brillantes, vio entre ellas las luces del palo mayor de algún barco pequeño que navegaba a muchas millas por la parte de popa. La estela espumosa se perdía entre la negrura como si fuera un camino recto.

Por un momento permaneció a la sombra de la cabina de cubierta contemplando la escena. Los únicos sonidos que oía eran los del agua al desfilar junto a los costados y el zumbido sordo de los motores que empujaban la nave hacia el Oeste. Por encima suyo, el largo botalón de la grúa se extendía en un ángulo reducido con las pinzas pendiendo sueltas, rozando la barandilla; y a su alrededor los cajones mojados con lingotes de oro sacados del *Chalfont Castle*, apilados contra los mamparos. Asomó la

cabeza por un rincón e inspeccionó la cubierta. Se hallaba desierta. Pudo ver cuatro trajes de buzo sobre sus estantes, como una hilera de muñecos con sus cascos juntos como un grupo de cabezas decapitadas. Un poco más adelante alcanzó a ver las luces de las ventanas de la cabina del timón cortando la cubierta en franjas de luz y oscuridad. Podía caminar tranquilamente hacia allí, pero no podía correr el riesgo de ser prematuramente descubierto por alguno de los tripulantes que saliera a tomar el aire. Recordando la anterior ocasión en que anduvo merodeando por el barco, trepó por la convenientemente dispuesta escala al techo de la cabina de cubierta, y se deslizó sobre ella a rastras.

Un minuto después yacía de bruces sobre el techo de la cabina del timón, preguntándose si no resultaría muy peligroso encender un cigarrillo.

Directamente al frente, las luces diseminadas de la costa francesa empezaron a aparecer entre la oscuridad. Pudo ver el perfil de los negros batimentos de una costa rocosa. No halló nada que pudiera identificar, pero por lo que sabía de su curso calculó que sería algún punto al sur de Cap de la Hague. Sobre el lado de estribor pudo ver un par de luces rojas y otra roja y blanca.

—¿Un poco más de café, Loretta?

La voz blanda de Vogel llegó de pronto a sus oídos desde una de las ventanas abiertas. Contuvo el aliento y bajó un poco la cabeza sobre el borde del techo para espiar. Sólo miró durante un par de segundos, pero en ese intervalo la escena quedó grabada en su mente hasta en su menor detalle.

Allí estaban todos: Vogel, Arnheim, Loretta. Ella llevaba un vestido blanco de satén, perfectamente simple, pero cortado con un arte tan exquisito que habría hecho parecer inútil todo otro ornamento, inútil y vulgar. Mostraba la curva dorada de sus brazos y hombros con una sugestión excitante de las otras curvas que ocultaba, y además se adhería a la línea escultural de su cintura con extraña perfección. A su lado se hallaba la enorme mole de Otto Arnheim con su pechera sobresaliente como si perteneciera a algún sapo obscuro y panzudo. A no ser por la palidez de su cara, Loretta podría haber sido una princesa recibiendo graciosamente a dos ministros favoritos. La arrogancia suave de Kurt Vogel, cubierto con un *smoking* de terciopelo azul y sirviendo el café en una mesa lateral, completaba la ilusión. El hombre parado junto al timón, en nada afectaba el cuadro. Todos ellos estaban allí... ¿qué era lo que podía hacerse ahora?

Simón escuchó el murmullo quebrado de la conversación absurdamente vulgar, y consideró el problema. Era más que seguro que navegaban hacia el

cuartel general de Vogel: los cajones de oro en lingotes apilados en la cubierta de popa, y el aparejo no tapado todavía con su lona, alejaban la idea de que se dirigieran a un puerto común. Era posible que Vogel tuviera una casa o algo en las cercanías del mar. Desembarcaría allí su reciente cosecha y bajaría a tierra esa misma noche. El Santo se dio cuenta que no podría planear nada hasta no saber más. Intentar introducirse en la cabina del timón y capturar a los dirigentes de la organización sin que se diera la alarma era algo en que no podía pensarse. Intentar acorralar a los tripulantes, uno por uno o en grupos, según los encontrara, armado únicamente con su cuchillo, era algo completamente descabellado. Por consiguiente, tendría que esperar que se le presentara una oportunidad o una inspiración. Por otra parte, existía el peligro de que alguno de los tripulantes fuera enviado a vigilarlo y llegara a descubrir que se había escapado de la prisión.

—Las luces, señor.

Una nueva voz atrajo su atención, y en seguida pensó que debía ser la del timonel. Volviéndose sobre su codo miró hacia el lado de proa. Las luces de la costa estaban ahora muy cercanas. Vio dos nuevos pares de luces aparecer sobre la costa, un par a babor y otro a estribor. Supuso que habían sido encendidas por los cómplices de Vogel para guiar al *Falkenberg* entre los peligrosos arrecifes y bajíos hacia su fondeadero.

—Muy bien —contestó Vogel; y luego, dirigiéndose a Loretta, añadió—: ¿Me excusarás, querida, si te hago bajar? Temo que intentes ganar a nado la costa y quiero evitar que nos des el mismo trabajo que nos diste la última vez que lo hiciste.

—¿Sin estar con el Santo?

En su voz se notó un repentino temblor de imploración que el Santo jamás había oído, y debió asirse al borde del techo para mirarla cuando Vogel contestó:

—Naturalmente. Eso sería difícil para ti. Será mejor que bajes a tu propia cabina. Procuraré que no estés encerrada más tiempo que el necesario.

Loretta asintió en silencio, y echando a andar pasó junto al mozo que acababa de aparecer en la puerta. Antes de partir, Simón notó en sus ojos un brillo de temor y vio una velada sonrisa irónica en los labios de Vogel: ambas cosas bastaron para decírsele todo. Una vez más se vio ante la puerta abierta de la cámara blindada del *Chalfont Castle*, a veinte brazas de profundidad, preguntándose por qué causa no le llegaba la muerte que estaba esperando; y todas las preguntas que habían fermentado en su mente desde entonces quedaron ahora contestadas. Ya no podía alejar de su mente lo que su cerebro

había estado diciéndole. Ahora lo sabía con certeza: y su estómago pareció volcársele. Sí, sabía; y la certeza hizo que sus nudillos palidieran mientras por un instante sus ojos miraban hacia su brazo. Se sentía dominado por una indecible humildad y por un gran orgullo a la vez.

Casi se levantó, con el único pensamiento de ir tras ella. Pero luego se dio cuenta de la locura de la idea. Ignoraba en qué lugar se hallaba su cabina, y mientras la buscara podía correr el riesgo de abrir la puerta de una ocupada por algún miembro de la tripulación. Y si era descubierto, la esperanza que los dioses estaban ofreciéndole desaparecería por completo. De alguna forma tenía que hallar la fuerza necesaria para esperar, hasta que se le presentara la oportunidad de asestar el gran golpe definitivo, total.

—¿Piensas descargar esta noche el oro?

Fue la voz gutural de Otto Arnheim la que hizo la pregunta; y Simón aguardó reteniendo el aliento para oír la respuesta. Y ésta llegó.

—Sí... será más seguro. El diablo sabe qué información ha podido dar ese Templar a sus amigos. Ese hombre es más peligroso que todas las agencias de detectives del mundo, y sería fatal estimarlo por lo bajo. Por suerte no necesitaremos hacer nada más durante un largo tiempo... Será una lástima hundir al *Falkenberg*, pero creo que será lo mejor. Fácilmente podremos preparar una barcaza para recuperar el oro... En cuanto a deshacernos de él, mi estimado Otto, eso será asunto tuyo.

—Ya hice los arreglos finales antes de partir de Dinard.

—En ese caso poco podemos inquietarnos.

La voz de Vogel llegaba desde un punto diferente y el Santo se arriesgó a echar otra ojeada al interior. Vogel había tomado el timón y estaba junto al panel de cristal abierto, en la curvatura delantera, con un nuevo cigarro entre los dientes y su cara fija y complaciente a la vez. Movi6 las palancas, y el zumbido de los motores se confundió con el murmullo de las aguas.

Simón miró hacia delante y notó que se encontraba muy próximo a la costa. Los promontorios de granito se elevaban negros ante ellos, y le fue fácil ver la blanca línea de espuma en donde las olas se quebraban. Las luces de una aldea aparecían sobre la cuesta de más allá, y a izquierda y derecha las luces rojas que notara antes, se mostraban ahora muy próximas. Un poco más cerca todavía otra luz danzaba sobre el agua.

Se dio cuenta tan inesperadamente que se tendió sobre el techo como un conejo asustado. Un reflector brilló por encima de su cabeza e inundó la cubierta delantera y el mar de más adelante con su potente rayo. La luz danzante que había observado poco antes resultó ser la de una linterna



colocada sobre uno de los palos de un chinchorro gobernado por un hombre solitario que trataba de pescar una boya de corcho. El timonel avanzó al foco de la luz y tomó el cabo con un bichero. Lo aseguró a una de las pitas delanteras, y el bote se balanceó sobre las aguas hasta que su ocupante pudo asirse al corto pasamano y se izó habilidosamente a bordo mientras los motores del *Falkenberg* zumbaban por un momento en marcha atrás. Los motores cesaron luego, y el reflector volvió a apagarse.

—*Ah, mon cher Baudier!* —saludó Vogel a su visitante en la puerta de la cabina del timón—. *Ça va bien? Entrez, entrez...*

Luego se volvió al timonel.

—Avisa a Ivaloff que esté listo para descender dentro de un cuarto de hora. Y dile a Calvieri que me prepare un traje de buzo. Estaré ahí dentro de unos minutos.

El marinero se alejó por cubierta en dirección a popa, y Vogel fue a reunirse a Baudier y Arnheim en la casilla de timón. El Santo se apoyó en las puntas de los pies y los dedos de las manos y saltó como un enorme cangrejo sobre el que se alejaba.

Únicamente el ángel guardián de Simón Templar podría decir qué pasó en ese instante por la mente del Santo. Ni él mismo tuvo una idea muy clara de la situación. Sin embargo, acababa de tomar una de las decisiones más audaces y más desesperadas de su vida en una infinitesimal fracción de segundo... una decisión que probablemente no habría tomado si se hubiese detenido a pensar en ella. Ni siquiera tuvo la más vaga idea de los detalles intermedios entre el primer movimiento y el resultado final que él había vislumbrado en esa microscópica fracción de tiempo. Más tarde podrían ser llenados los claros. El impulso irresistible había abarcado de golpe, dejando de lado la lógica. Sin saber muy claramente por qué, se encontró listo sobre el techo; y cuando el hombre pasó por debajo de él su brazo se tendió y lo cogió por la garganta...

Antes de que su grito llegara a salir, fue ahogado en su cuello por la garra feroz de aquellos dedos de acero, y en el mismo instante el peso del Santo cayó silenciosamente sobre sus hombros y lo derribó sobre cubierta. Mirando hacia arriba con ojos azarados y enormes, el hombre vio el brillo de la hoja de un cuchillo a la tenue luz de cubierta y un momento después la punta del arma se hundía en su carne.

El fiero murmullo del Santo zumbó en su oído, en alemán: *Wen du einen Laut von dir gibst, schneide ich dir den Kopf ab*<sup>[1]</sup>.

El hombre no hizo el menor sonido, pues no tenía ningún deseo de que esa hoja siniestra se hundiera en su cuello y se lo seccionara. Se mantuvo

inmóvil; y el Santo soltó lentamente su garra de la garganta y usó su mano libre para quitarle la automática que llevaba en el bolsillo. Luego retiró su rodilla del pecho del sujeto.

—Levanta.

El hombre se puso lentamente en pie, con el cañón de la pistola hundido significativamente en su pecho y la hoja del cuchillo ante sus ojos.

—¿Quieres llegar a viejo, Fritz? —preguntóle el Santo con suavidad.

El otro asintió, humedeciéndose los labios. Los blancos dientes de Simón brillaron por un instante en una breve sonrisa.

—Entonces mejor será que escuches cuidadosamente lo que te voy a decir. No llevarás ese mensaje a Ivaloff. Me llevarás contigo, y le dirás que Vogel ha dicho que «yo» debo bajar. Eso es todo. No volverás a ver más esta pistola, porque la guardaré en mi bolsillo; pero la tendré bastante próxima para meterte una bala en el cuerpo. Y si haces el menor movimiento para traicionarme, o hablas una sola palabra de más, te agujerearé el estómago y tu cuerpo servirá de comida a los peces. ¿Me has entendido o debo repetirlo?

## II

Mientras avanzaban, Simón amplió sus instrucciones. Metió el cuchillo en la vaina y lo guardó dentro de su camisa; la pistola la hundió en el bolsillo del pantalón, volviéndola de modo que pudiera hacer fuego con facilidad. Todavía iba ideando su plan mientras daba las órdenes al otro. ¿Una locura? ¡Claro que lo era! Pero cualquier hombre que estuviera dispuesto a ganar una lucha semejante tendría que ser un loco.

Ahora pudo llenar los claros de razonamiento que pasara por alto en el instante de decidirse a obrar. La vista de los cajones con lingotes apilados en torno a la cubierta de popa había iniciado la cosa; las grúas no habían sido retiradas todavía. La conversación de Vogel acerca de desembarcar el oro había cerrado el paréntesis. Y luego, al oír hablar a Vogel de «bajar» otra vez, y al saber que pensaba acompañar a Ivaloff en el descenso, la explicación completa e incontestable se había mostrado a su mente como una bomba explosiva. Loretta había dicho... ¿cuántos cientos de años atrás?... que Vogel debía tener en alguna parte un fabuloso depósito, en donde gran parte de los productos de su asombrosa carrera de piraterías podía ser hallada todavía, cosa que la agencia *Ingerbeck* estaba buscando desde hacía cinco años. Y ahora él sabía cuál era el lugar. Lo sabía tan ciertamente como si

hubiera podido ver a través de esos treinta pies de agua sobre la que se balanceaba el barco. ¿Dónde hubiera podido Kurt Vogel encontrar un depósito más apropiado e inviolable que en los mismos vastos dominios de Neptuno?

El Santo iba a descender y Vogel bajaría con él para mostrarle el último secreto. Una vez allá abajo, en el pesado silencio del mundo submarino, en donde ninguna otra alma podía intervenir, su lucha sería llevada hasta el final.

Cuando llegaron a la escala, Simón se quitó la corbata y la arrolló alrededor del guardagatillo de la pistola. Afirmó al timonel al llegar a la cubierta de abajo.

—Cógete a mi brazo.

El hombre obedeció. Los ojos azules del Santo le miraban con un dominio que no permitía que la menor idea de desobediencia bullera en él.

—Y no lo olvides —agregó en voz baja, para no dejarle la más mínima duda de que cada amenaza la cumpliría al pie de la letra—. Si ellos empiezan a recelar de algo, no podrás vivir para verlos cambiar de idea. Sigue andando.

Siguieron avanzando. El timonel se detuvo ante una puerta situada en el lado opuesto del de la cabina donde había sido encerrado Simón, y la abrió. Ivaloff y los otros dos hombres se hallaban allí, y los tres mostraron una expresión de sorpresa.

Simón contuvo el aliento. Su dedo índice se posó sobre el gatillo, y cada uno de los músculos de su cuerpo se puso terriblemente tenso. El segundo que tardó en hablar el timonel, fue para él el más largo en su vida. Pareció hacerse eterno en el silencio.

—El jefe dice que Templar debe bajar de nuevo...

Simón oyó las palabras a través de una bruma de alivio entre la cual le pareció que bailaba la cabina. El aliento volvió gradualmente a sus pulmones exhaustos. La voz del timonel fue prácticamente normal, o por lo menos no se notó en ella el menor temblor capaz de alarmar a los otros, que no tenían razones para sospechar. Si el Santo había descendido al mar una vez... ¿por qué no podía descender otra más?

Sin una palabra los dos ayudantes se pusieron de pie y salieron al pasillo, mientras el timonel terminaba de dar la orden.

—Dice que tú, Calvieri, te ocupes de que haya listo un traje de buzo para él. Él piensa bajar también. Estará aquí dentro de pocos minutos, de modo que no hay tiempo que perder.

—Bien.

Los dos hombres se alejaron. Ivaloff salió para seguirles, pero el timonel lo detuvo.

—Tú te quedarás aquí. Te pondrás tus ropas de tierra, y luego te cuidarás de que nadie salga a cubierta. Nadie, excepto el ingeniero y su ayudante, debe salir por ninguna razón, hasta que haya terminado la tarea. Luego irás a tierra con él.

—¿Qué significa esto? —murmuró el otro.

El timonel se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo yo? Ésas han sido sus órdenes.

Ivaloff murmuró algo y luego se volvió para desabrocharse el cinto. El timonel cerró la puerta tras él.

La cosa había salido bien.

El escenario se hallaba listo, y todas las instrucciones dadas. Con la última orden, los demás tripulantes quedarían tan inmovilizados como si lo hubiesen sido por la violencia, y acaso más sencillamente, dado que el hombre cuya inesperada aparición en cubierta habría bastado para echarlo todo a perder acababa de ser destinado a cuidarlos. Simón no dudaba que un hombre como Vogel debía haber sabido impresionar a sus subalternos acerca de las ingratas consecuencias de la desobediencia. Y la exquisita estrategia de su plan hizo aparecer el primer asomo de una sonrisa en la profundidad de sus ojos. Esperaba que Kurt Vogel, ese maestro del mando y la estrategia, sabría apreciarla cuando llegara el momento...

Mientras conducía al timonel, ahora pálido y tembloroso por lo que acababa de hacer, el Santo revistió velozmente los detalles de su plan y no encontró en ellos ningún fallo. Solamente quedaba el propio timonel, quien podía desbaratarlo todo en cuanto tuviera la primera oportunidad. Por tanto, era esencial que esa oportunidad no se le presentara durante bastante rato. Simón detuvo al hombre frente a la cabina en la que él había estado encerrado y lo miró con una sonrisa. Fue entonces cuando su puño cayó sobre su cara con un terrible *uppercut*.

Fue un golpe asestado con toda la fuerza de su brazo, una fuerza con la ciencia y el poder que el Santo tenía a su disposición. Cayó con certeza quirúrgica sobre el punto más sensible de la mandíbula del timonel en un golpe seco que produjo el mismo ruido de una rama al quebrarse, y la cabeza del hombre se proyectó hacia atrás como si acabara de chocar contra un tren expreso. Aparte de ese ruido causado por el impacto, no se oyó ningún otro. Ciertamente, el receptor estaba incapacitado para hacerlo, y el Santo se sentía razonablemente seguro de que cuando menos por más de una hora no podría

hacerse oír. Cogió al hombre, lo depositó sobre el suelo en el interior de la cabina, y silenciosamente cerró la puerta.

Al avanzar con rapidez por el pasillo en dirección a la escalera, se anudó la corbata detrás de su cuello y la ocultó entre la camisa. La automática, sostenida por la guarda del gatillo, colgaba de forma que podría alcanzarla en cuanto le quitaran el casco de su traje de buzo.

Calvieri y su ayudante habían estado fuera de la vista cuando Simón asestó el golpe al timonel, y no mostraron ninguna sorpresa al verlo aparecer solo en cubierta. En verdad no habían transcurrido sino contados segundos desde que ellos llegaron arriba antes de que el Santo los siguiera; el timonel había tenido que dar un mensaje separado a Ivaloff. Probablemente a ellos no les llamaba la atención, y la conducta del Santo estaba tan justificada que parecía cosa segura dejarle moverse por cubierta sin tener un guardia a sus talones.

Sentose sobre un banquillo y se desató los cordones de los zapatos. Su experiencia anterior le había familiarizado con el proceso de vestirse para el buceo, y cada segundo era precioso. Tan rápidamente como le fue posible hacerlo, sin parecer apresurado, hundió las piernas en los pesados pantalones de lana y se colocó el *sweater*. Los hombres le ayudaron a ponerse los gruesos calcetines de lana que le llegaron hasta las pantorrillas y luego introdujo sus pies en las piernas del traje de buzo. Calvieri le frotó con jabón las muñecas y asió la manga del traje entre las rodillas mientras forzaba sus manos entre los puños de goma vulcanizada con la pericia de un acabado profesional. Ajustaron las fuertes bandas de goma para asegurarlo todo en las muñecas; y luego, mientras Calvieri ataba los pesados zapatones, el otro le puso el cuero forrado sobre la cabeza y ajustó cuidadosamente el borde del traje a los pernos de la chapa delantera.

Mientras estaban ajustando las tuercas de seguridad él pudo sacar un cigarrillo de su paquete, y lo encendió mientras ellos colocaban los pesos de plomo por delante y detrás del corselete. Durante todo el tiempo estuvo escuchando ansiosamente para raptar el primer anuncio de la proximidad de Vogel, hasta que por fin oyó pasos y voces sobre la cubierta por detrás de él.

—*Alors... à demain!*

—*À demain, m'sieu.*

Simón se irguió. Oyó el ruido de los pasos de Baudier descendiendo hacia su chinchorro, y luego los pasos de Vogel y Arnheim avanzando por cubierta. El peligro no estaba alejado todavía.

Un equipo completo de buzo pesa alrededor de noventa y tantos kilogramos, lo que realmente no es una carga para permitir un fácil avance estando en tierra; pero Ivaloff era hombre un tanto seco y el Santo no podía exponerse al riesgo de hacerlo aparecer como excéntrico. Avanzó dificultosamente hacia la borda, se inclinó sobre ella y observó al hombre del bote que se alejaba lentamente más allá del alcance de las luces de cubierta en dirección a tierra. Por detrás suyo escuchó los vagos sonidos emitidos por Vogel mientras era vestido, pero no se oyó conversación alguna. En su descenso de la tarde había notado Simón que Vogel no era hombre que cambiara palabras inútiles con sus tripulantes y esperaba que ahora mantendría la misma regla. Una vez más su suposición resultó acertada.

Por fin oyó el *chuff-chuff* de la bomba de aire y el lento pisar de pesadas botas detrás suyo; Calvieri apareció a su lado con el casco. Se agachó para que le fuera colocado, y esperó a que el ventanal delantero quedara ajustado antes de volverse a mirar.

Entonces, perfectamente oculto detrás del pequeño cristal grueso, se volvió hacia la escalera que había sido afirmada en sus ganchos junto a la borda inferior de cubierta y vio a Vogel siguiéndole más lentamente. En el mismo momento fue encendida una lámpara submarina de trescientos vatios e inundó la cubierta de popa con su potente luz.

Los dos se hundieron en el centro de su cono de brillantez. Oyó el repentino chillar de la presión del aire en sus tímpanos y un momento después el silencio profundo y la soledad de más abajo. La lámpara bajada al agua detrás de ellos, se detuvo en el mismo momento en que los dos llegaron al fondo y quedó colgando a casi dos metros por encima de sus cabezas, aislándoles en su pequeña zona de luz. El efecto de este descenso fue mucho más extraño que el de veinte brazas que había hecho el Santo al atardecer. La lámpara daba mayor luz en su radio que la que él tuviera en el *Chalfont-Castle* aun estando el sol brillando por encima de la superficie del mar. Los contornos del fondo rocoso dentro de la reducida área visible, se mostraban tan claros como si se hubieran encontrado bajo el sol. El Santo podía ver las algas diseminadas irguiéndose erectas y movibles ante el impulso de imperceptibles corrientes, y unos cuantos peces asustados quedaron como suspendidos ante la inaudita sorpresa de tal perturbación.

Vogel estaba ya avanzando hacia una enorme roca redonda que se divisaba vagamente sobre los borrosos confines de su campo de iluminación, y Simón ajustó su válvula de escape y echó a andar tras él. Nuevamente tuvo que adaptarse a la molesta lucha que el agua le obligaba a sostener a cada

movimiento: era como una pesadilla en la que tentáculos invisibles estuvieran aferrándose a todos sus miembros, reduciendo su avance al paso de un caracol. Le pareció que necesitó de varios minutos para cubrir los pocos metros que debía salvar; y al aproximarse más notó que Vogel parecía estar tratando de alejarlo. Se volvió torpemente de lado para avanzar hacia el otro lado de la roca.

Con una sensación repentina de ansiedad se le ocurrió pensar que la lámpara a cuya luz estaban moviéndose tal vez podía hacer que todo cuanto estaba ocurriendo sobre el lecho del mar resultase tan visible para los hombres que se encontraban en la cubierta del *Falkenberg* como lo era para él. Y luego, con los labios apretados en una ligera curva de alivio, se dio cuenta de que no tenía causa alguna para alarmarse. Las ondas y las pequeñas olas sobre la superficie del mar bastarían para confundir todos los detalles y mostrarlo todo como formas imposibles de distinguir. Apenas si podrían ver nada más que un borroso nimbo de luz en la opaca profundidad. ¿Por qué otra cosa podría haber descendido Vogel con un hombre de confianza para guardar el secreto de su depósito?

Notó que Vogel miraba hacia arriba, con su casco un poco hacia atrás como la cara de un extraño monstruo de mar levantada hacia un cielo de la prehistoria. Miró también él hacia arriba, y vio que los ganchos descendían a través del techo luminoso que se extendía por encima de sus cabezas. Vogel acudió a su encuentro, y el Santo hizo lo propio. Siguiendo lo que supuso eran las intenciones de Vogel, ayudó a asir el gran gancho y a posarlo junto a la roca al lado de la cual se encontraban parados. Luego retrocedieron un poco; y en su casco oyó repercutir la voz de Vogel:

—¡Listo... arriba!

Los cables de acero se estiraron y quedaron rígidos como barras de acero. Una pequeña nube de sedimentos perturbados subió como una columna de humo desde la base de la roca. Ésta empezó a levantarse, deslizándose para seguir el arrastre diagonal.

—¡Alto!

La roca vibró un momento y luego quedó quieta; los cables volvieron a aflojarse. Mirando hacia abajo por entre la niebla gris que se movía en torno de sus piernas, el Santo pudo ver que en donde poco antes había reposado la piedra aparecía ahora un cráter irregular en el suelo desigual. En un principio no pudo advertir sino los borrosos perfiles de la abertura, pero aun así no dudó que el movimiento de la roca había dejado abierto el último de los

secretos de Vogel, la más singular cueva de Aladino que jamás conocieran los más temerarios piratas.

### III

Vogel estaba moviéndose junto al borde del orificio con aquellos extraños y lentos movimientos que se hacían en aquella profundidad, con sus brazos tendiéndose como los tentáculos de un pulpo intentando avanzar. Le pudo ver caer de rodillas y hundir sus piernas en el foso: allí debía haber una escala fija que descendía hacia el interior de la roca, porque poco después sus pies encontraron las anillas y empezó a descender peldaño por peldaño.

Simón iba a seguirle, pero nuevamente Vogel le hizo señas para que se apartase. Oyó el apagado retumbar del teléfono.

—¡Quédate donde estás, y guía los bultos hacia aquí!

El Santo vaciló. Allí abajo, en aquella angosta caverna que se abría a sus pies, debía hallarse la singular caja fuerte de Vogel; allí debía hallarse el estupendo botín por el que tanto había sido arriesgado, por el que tres hombres habían dejado de existir, por el que Wesley Yule había ido a encontrar el silencio, por el que Loretta y él mismo se habían hallado bajo pena de muerte y más que de muerte. Y habiendo podido abrirse paso hasta tan lejos, y a costa de correr tantos riesgos, era difícil contener su avance en esa última etapa.

Sin embargo, se dijo que ese último paso podía esperar. La humeante fangosidad que había debajo de sus pies estaba aplacándose, y ahora pudo ver el casco de Vogel brillando más abajo. La roca apartada era una suficiente protección para el tesoro.

Una vaga forma que se movía en el borde de su campo visual le hizo volverse con un sobresalto. Las potentes pinzas habían soltado la roca y vuelto a subir, y ahora descendían de nuevo con una carga de cajones llenos de lingotes sostenidos en sus recias garras.

—¡Alto! —gritó el Santo por el teléfono, a la par que se acercaba hacia el bulto.

El descenso cesó. Posó sus manos en la carga y la empujó hacia el orificio. Resultaba una labor pesada contra la resistencia del agua, y necesitó de todas sus fuerzas. Por fin estuvo en posición, y se aventuró a dar la orden para seguir.

—¡Bajen lentamente!



Las pinzas volvieron a descender, mientras él empujaba. El *Falkenberg* no se encontraba verticalmente encima de su cabeza, y los cinco o seis pies en que debía ser movida la carga parecían como cientos de metros. Continuó empujando con su peso contra ella hasta que quedó más allá del borde del orificio y Vogel dio la orden de parar. Con un esfuerzo pudo restablecer el equilibrio. Sentía correrle el sudor por la espalda y le pareció como si su visión estuviera algo oscurecida. Entonces se dio cuenta de que una película de vapor se había condensado en el interior del panel de cristal de su casco. Abrió el grifo de aire que había a la izquierda del casco y aspirando una bocanada de agua, la sopló sobre el cristal tal como Ivaloff le dijera que debía hacerlo. El agua corrió por entre el cuello del traje y entonces pudo ver mejor.

Las pinzas se abrieron cuando Vogel dio la orden y un momento después subieron vacías. Simón ayudó a que se zafaran junto al borde del agujero y después las soltó. Trató de calcular qué cantidad había descendido en el primer viaje. ¿Medio millón? ¿Un millón? Era difícil calcularlo. Una cosa es hablar descuidadamente de tales cifras astronómicas y otra muy distinta es verlas concretas y tangibles. Al Santo se le ocurrió que él siempre había sido modesto en sus ambiciones. Con toda su fama y sus éxitos, con todos los golpes sorprendentes que había realizado y visto publicados en las primeras planas de la Prensa mundial, jamás había tocado nada que no pareciera insignificante ante este prodigioso robo como jamás los anales de la delincuencia volverían a ver otro igual.

Pero era mejor juez del tiempo que calculador del valor de un lingote de oro. Unos cuatro minutos era todo el tiempo transcurrido entre el momento en que las pinzas desaparecieron vacías hacia la luz de arriba hasta que volvieron a descender nuevamente con la segunda carga. Por consiguiente, era conveniente prepararse sin demora para la última escena.

Nuevamente volvió a forcejear y luchar para mover la segunda carga hacia el agujero. Pero esta vez, en cuanto hubo descendido debajo de su alcance, tanteó en busca del cordel de auxilio de Vogel y tiró un poco para conseguir aflojarlo de las manos que lo retenían arriba.

Entonces sacó el afilado puñal de la vaina que llevaba al cinto.

Sabía exactamente qué estaba haciendo; pero no experimentaba la menor piedad. Pensó en el profesor Yule, esperando la muerte en la obscuridad verde-gris de las profundidades, mientras su voz sonaba por el altavoz con un acento completamente confiado. Se recordó a sí mismo entre los restos del *Chalfont Castle*, esperando con un abandono frío y bestial que el monótono zumbido del aire que llegaba a su casco cediera al último silencio en que le

llegaría la muerte. Pensó en Loretta, y en el precio por el cual él había hecho el trabajo para Vogel... un precio que ella había pagado en una forma diferente. Y se sintió carente de toda piedad.

Empezó a cortar las fibras de la cuerda que correspondía a Vogel.

Siguieron bajando carga tras carga de lingotes, y tenía que guardar su cuchillo cada vez que las empujaba hacia el orificio y apartarse mientras el tesoro llegaba a Vogel; pero en los cuatro minutos de intervalo entre cada descanso de esa labor agotadora, volvía a seccionar el recio cabo de manila con el corazón tan frío y desapasionado como el hierro. Fue seccionando el cable de Vogel hasta que sólo quedaron intactos los hilos correspondientes al teléfono. Luego cortó también a través de su propio cable. Una vez que hubo terminado, tuvo la seguridad de que cada una de las cuerdas podría ser cortada totalmente con un vigoroso golpe de cuchillo. Era menester hacerlo así, para que el hombre que estaba en el otro extremo de los cables pudiera saber quién era quién cuando llegara el momento de subirlos.

Seis cargas habían descendido ya, y los nervios del Santo empezaban a sentirse tensos mientras esperaba las últimas dos bajadas. Todo podía perderlo; todavía podía morir abajo y dejar a Loretta indefensa, con la sola satisfacción de saber que Kurt Vogel cuando menos no gozaría de la derrota de él o la entrega de ella. Si el timonel se recuperaba del *punch* asestado en su mentón... Frotó su helado puño derecho contra la palma de la mano izquierda. Sus nudillos todavía estaban doloridos y su muñeca le dolía aún a causa del golpe; estaba seguro de que jamás en su vida había asestado un puñetazo peor. Sin embargo, si el destino tenía todavía las cartas en su contra... Se preguntó qué clase de pacto podría hacer, teniendo a Vogel a su entera merced...

—Eso es todo.

Fue la voz de Arnheim la que dio el aviso. El Santo la oyó como a través de una especie de niebla de la cual la acústica del casco no podía ser completamente responsable. Vio que las pinzas ascendían del orificio vacías por última vez. Rozaron contra el piso rocoso, se apartaron y empezaron a subir bajo la luz potente de la lámpara. El oro estaba todo almacenado, y no quedaba sino el arreglo de cuentas.

El latido del pulso del Santo, que había ido en aumento durante esos últimos minutos de suspenso nervioso, cesó de pronto. Sólo entonces se dio cuenta, por el vacío dejado por su cesación, que jamás había llegado a tal altura. Y su sangre circuló tan fría y suave como la de un río de hielo líquido

cuando dobló los cables telefónicos de Vogel junto a la hoja de su cuchillo y los seccionó de un potente tajo.

Tan tranquilamente como si estuviera vistiéndose para una noche de fiesta, pasó el extremo del cable de emergencia de Vogel alrededor de su cintura y lo anudó cuidadosamente. Luego habló por su teléfono imitando en lo posible el acento de la voz de Vogel.

—Un momento.

Tiró un poco más de su propio cable y lo aseguró alrededor de una punta de granito encima del corte que había hecho en él, de modo que quedara afirmado allí después de haber cortado los cables del teléfono.

La parte alta del casco de Vogel empezó a surgir por el borde del orificio al trepar a lo alto de la escala.

Simón inclinó una rodilla junto al agujero. Su mano derecha se tendió y encontró una gran piedra suelta, dos veces mayor que su puño.

La levantó.

—No —dijo, imitando todavía la voz de Vogel—. Quédate aquí. Aún tengo algo más que hacer. Volveré a bajar dentro de unos minutos.

La mano de Vogel apareció sobre el borde del agujero y buscó un asidero. La cabeza se elevó sobre la superficie y al mismo tiempo hizo un movimiento impaciente hacia el Santo para que le hiciera sitio para trepar.

Simón no se movió.

El extremo cortado del cable de Vogel pendía de su soporte en el casco, pero no parecía que él lo notara. Su cabeza se volvió hacia la luz, y sus labios se movieron pronunciando algunas palabras que nadie oiría jamás.

El Santo no se movió de donde estaba.

Acaso fuera el hecho de no recibir contestación a lo que había dicho lo que hizo nacer la primera duda horrenda en la mente de Vogel. Quizá fuera la absoluta inmovilidad de la forma grotesca que se agazapaba sobre él. Fuera lo que fuese, se detuvo en su avance. Y luego, con estudiada lentitud, acercó su casco al del Santo hasta que apenas seis pulgadas les separaron de sus ventanillos delanteros.

El Santo le dejó mirar. Nunca había sido parte de su plan privar a Vogel de esa revelación final. Por vez primera levantó la cabeza y la volvió de manera que Vogel pudiera mirar derechamente a su casco. La luz se reflejaba en su cara desde el casco a medio levantar de Vogel y se filtraba por entre los paneles laterales para perfilar sus facciones. El efecto debió ser vago y borroso, pero a tan corta distancia era inevitable reconocerle.

¡Y Vogel lo reconoció! Sus ojos se abrieron desmesurados en una expresión de horror, y sus delgados labios sin sangre, se abrieron en una mueca diabólica. Por vez primera la máscara suave y de color de cera desapareció de su cara y no quedó en ella nada más que el gesto de un lobo. Y entonces empezó a hablar.

Su boca se contrajo al pronunciar palabras que ningún oído humano oiría nunca. Cuando tuvo la certeza de que no había respuesta ni obediencia a ellas, una de sus manos se tendió en torno suyo y encontró la punta de su cuerda seccionada...

¡Dios sabe qué pensamientos, qué huracanes rugientes de incrédulo entendimiento debieron pasar como una tromba por su cerebro en esos segundos infinitos! Entonces debió saber que la muerte que había planeado para los otros le llegaba a él en cambio, pero jamás llegaría a saber cómo había podido llegarle. Habíase sentido ya sentado en los picachos del triunfo. Había ganado uno de los puntos de la partida; y este último descenso no hubiera tenido que ser otra cosa que el epílogo estereotipado de una historia terminada. Había dejado a Simón Templar como prisionero, vencido y desarmado, encerrado en una cabina para esperar el momento en que dispusiera exterminar para siempre su poder de intromisión. Y a pesar de todo, el Santo estaba aquí, sonriéndole, con los labios apretados y mirándole a través del ventanillo de un casco en donde debía haber estado Ivaloff. El Santo había vuelto, no vencido, sino libre e inasible. Sus propios tripulantes eran quienes lo habían vestido con el equipo de buzo y lo habían enviado abajo sin una sola palabra. Éste era el último trago amargo que debía aceptar. El Santo había trocado los papeles y las armas. Pero, en qué forma podía haberlo hecho, cómo había sido sobornada la tripulación, por medio de qué diabólica alquimia el Santo había podido volver las tornas, era un enigma que jamás podría resolver él.

Luchó. Luchó como si el *shock* le hubiera quitado los últimos fragmentos de algo más que el humano autodomínio; su mano se tendió veloz y sus dedos se apretaron sobre el hombro del Santo. Sus dedos resbalaron sobre la tela lustrosa y la mano del Santo cogió entonces su muñeca para apartarlo.

Desde la distancia de un pie, Simón Templar le miró a través de aquella muralla de agua que les separaba, y sus ojos azules sonrieron con una risa sonora y terrible al mirar a la cara horriblemente contraída del adversario. Un momento después su mano bajó la piedra que sostenía en alto y la dejó caer con un golpe formidable contra los dedos de la mano derecha de Vogel, que estaban posados sobre la roca.

Un espasmo de agonía contrajo aún más sus facciones. Y cuando la mano destrozada soltó su asidero, Simón hundió la hoja de su afilado cuchillo en el tubo de aire de Vogel y empujó con violencia su caparazón.

Vogel cayó, absurdamente lento, rodando hacia atrás por la escalera, gradual y deliberadamente, con los brazos en alto y las manos tratando de hallar un sostén inútil en el agua. Continuó cayendo y la oscuridad de su propia caverna atestada de tesoros se cerró sobre su casco brillante. Una columna de débiles burbujas ascendió de entre la penumbra...

El Santo se puso de pie.

—Otto —dijo secamente, imitando siempre la voz de Vogel.

—¿Sí?

—Súbeme, a mí solo.

La línea de emergencia de Vogel, anudada a su cintura, se apretó fuertemente contra su cuerpo. De un certero tajo cortó los cables telefónicos que eran el último eslabón con su propia línea de comunicación.

Sus pies resbalaron sobre el fondo, y poco a poco empezó a ascender por entre la luz, sobre la lámpara, por entre las sombras verde-oscuras de más allá. El círculo del iluminado lecho marítimo fue quedándose cada vez más abajo. Allá en la oscuridad de la cripta en que Vogel cayera, pareció alcanzar a ver algo así como una lámina movable de metal, como si Vogel estuviera tratando de abrirse paso hacia lo alto. Pero todo ello quedaba ahora demasiado distante. Subió solo, por entre las sombras que se iban espesando a su alrededor y el silencio.

## IV

Para ascender de tan poca profundidad no se imponía la necesidad de la descompresión gradual. Tres minutos después estaba pisando las anillas de la escala. Sintió la pronta liberación de la presión contra su cuerpo y el tirar de los pesos de sus hombros. Ahora trepaba a la luz.

Se tendieron manos para ayudarle a subir a cubierta, tocaron su casco y señalaron hacia el banquillo que había detrás de él. Se sentó, y ellos se pusieron a desatornillar el ventanillo delantero de su casco. De nuevo sintió la suave frescura del aire puro.

La abertura circular donde había estado el cristal se movió de lado a través de su visión, cuando el casco le fue quitado. Agachó la cabeza para facilitar la maniobra y al mismo tiempo sacó el cuchillo de la vaina con su mano

izquierda. Cuando el casco quedó libertado mantuvo todavía gacha la cabeza y buscó la automática que llevaba oculta en el cuello. La halló, y el cuchillo brilló veloz al cortar la corbata que sostenía el arma. Luego se volvió mirando hacia la cubierta.

—Creo, compañeros, que éste es el final —dijo con manifiesta naturalidad.

Al oír su voz, los que no miraban hacia él se volvieron. Calvieri, que estaba depositando el casco en cubierta, lo dejó caer de sus manos. Éste produjo un ruido sordo. Y luego todo quedó en un completo silencio.

Arnheim se había levantado de su silla y avanzaba hacia él. Se detuvo como si una pared de ladrillos acabara de materializarse ante sus pies, y su cara carnosa pareció volverse de color amarillo. Su abultado abdomen se estremeció. Una especie de velo se extendió sobre sus ojos menudos, convirtiéndolos en dos manchas negras como la tinta. Y su boca húmeda y blanda se abrió como una roja O en indecible incredulidad. El Santo se dirigió principalmente a él.

—Kurt Vogel ha muerto. O pronto lo estará. Con la provisión de aire que tiene en su traje de buzo no podrá vivir más de cinco minutos estando cortada la línea de abastecimiento. Ésa ha sido mi justicia... —dijo el Santo. Hizo una pausa, y su mirada se volvió hacia el resto de los hombres con la impasible serenidad de un juez—. En cuanto a vosotros —agregó—, algunos sólo sufriréis un largo descanso en la prisión... si es que vivís lo bastante para poder comparecer en el proceso. Pero para que tal ocurra debéis levantar bien en alto las manos y tener buen cuidado de que nadie me moleste, porque si alguno hace el menor movimiento...

La automática hizo fuego una vez, con un estampido persuasivo para reforzar sus palabras; Otto Arnheim, con su mano a mitad de camino hacia el bolsillo, se tambaleó como un beodo. Una expresión de estupidez apareció en su cara, y sus rodillas cedieron. Se desplomó pesadamente sobre cubierta, rodó de lado y quedó inerte, con los ojos mirando enormes hacia las lejanas estrellas.

—... es posible que esta pistola vuelva a hacer fuego —concluyó el Santo.

Ninguno de los hombres se movió. Miraron todos hacia el cuerpo inmóvil de Otto Arnheim y mantuvieron sus manos bien en alto. El Santo sonrió.

—Creo que tendré que encerraros por un cierto tiempo —dijo—. Calvieri, toma trozos de ese cable y amarra bien a tus compañeros. Sujétalos por la cintura a un metro de distancia uno de otro, y luego amárrate tú también.

Después iremos abajo, tú en cabeza mientras yo retengo la otra punta de la cuerda, hasta que hayamos terminado con toda la redada.

—Eso ya ha sido hecho, compañero —se oyó decir entonces a la voz de Roger Conway, que avanzó por cubierta desde el otro extremo, con una pistola en cada mano, seguido a poca distancia por Steve Murdoch.

## Capítulo IX

### FINAL

—**R**ealmente ha sido muy fácil —dijo Roger Conway con aire de superioridad—. Cuando recibimos el radiograma enviado por Loretta, nos pusimos en camino en el acto, directamente hacia aquí. Casi hemos encallado tu yate contra unas rocas, pero Orace ha podido maniobrar con habilidad y nada ha pasado. Nos ha llevado tres horas el viaje. El *Falkenberg* nos ha pasado a mitad de camino, muy distante, pero hemos podido seguir teniéndolo a la vista. Por suerte estaba obscureciendo, de modo que hemos apagado la mayor cantidad posible de luces y nos hemos aproximado silenciosamente. Hemos lanzado el ancla a un cuarto de milla de distancia, y en cuanto hemos dado tiempo al *Falkenberg* para fondear debidamente hemos ocupado el chinchorro y nos hemos acercado para efectuar un reconocimiento. Todo el mundo en cubierta parecía estar muy atareado en lo tocante al buceo, y por eso hemos podido subir a bordo por el otro lado y bajar al interior. Hemos atrapado a siete en la batida, incluso a uno que parece que tiene fracturada la cara. Al menos, todavía sigue dormido. El resto están amordazados y amarrados y se hallan para ser inspeccionados. Ciertamente, el trabajo ha sido total.

Después de este modesto resumen de sus actividades, Roger tomó un cigarro, pasó otro a Peter Quentin, y se instaló en el más cómodo de los sillones.

Simón Templar los miró con cara de circunstancias.

—Siempre habéis sido más que eficientes para despejar el campo de batalla después que las tropas se han retirado —hizo notar—. ¿Dónde habéis recogido al americano?

—¡Oh! ¿A él? Ha llegado al *Corsair* cuando estábamos bebiendo un trago con Orace a primera hora de esta tarde —explicó Peter—. Parecía estar muy excitado y se ha puesto a mostrar insignias y cosas, y por eso lo hemos traído.



Sí, ha dicho que estaba muy inquieto por Loretta y se me ha ocurrido pensar que pudiera ser su esposo o algo por el estilo. ¿Acaso eres tú el... el corresponsal?

Steve Murdoch hundió sus puños en los bolsillos de su americana y miró en torno suyo con un gesto agresivo. Sus facciones arrugadas y toscas hicieron que el lujo de la cabina pareciera en cierto modo cosa afeminada.

—Sí, estoy aquí —dijo truculento—. Y esta vez no me moveré. Creo que le debo a usted algo, Santo, por ayudarme a acabar con este asunto; y es posible que sea lo suficiente para sentirme compensado por esos dos golpes que todavía estaban pendientes. Eso será dejado de lado por ahora. Me encargaré de que la agencia *Ingerbeck* sepa cuál ha sido su intervención y probablemente le ofrecerán su parte de recompensa. Si es así, podrá usted ir a reclamarla honestamente. Pero por el momento seré yo quien me encargue de la situación.

Simón miró al techo.

—¡Cuántas modestas violetas hay aquí! —dijo con un suspiro—. Naturalmente, no pienso quitarle el mérito, Steve, después de todo el brillante trabajo realizado. ¿Se puede saber exactamente qué piensa hacer?

—Pediré a uno de ustedes que baje a tierra y trate de dar aviso a la gendarmería. Si es posible encontrar una oficina de telégrafos, se enviarán también uno o dos cablegramas. Los gendarmes pueden encargarse de este Baudier antes de que escape, y poner luego una guardia en el barco. Eso bastará hasta que yo pueda poner en movimiento las cosas desde lo alto. Pero hasta tanto no tenga una guardia aquí, yo mismo permaneceré sentado sobre el aparejo de bucear, por si se le ocurre a alguno de ustedes bajar al fondo a coger algo de lo depositado. Me parece, Santo, que ya ha hecho usted bastantes trabajos de buzo en un día, y no volverá a bajar mientras yo pueda impedirlo. Y por si está pensando en que puede volver a dejarme dormido otra vez, le diré que tendrá que darme un balazo para impedir que ponga a la organización policíaca del mundo entero sobre su pista en cuanto despierte. ¿Me ha comprendido?

—¡Oh, ciertamente, Steve! —contestó pensativamente el Santo—. Yo dije ya a Loretta que me sentía tentado a pedir una parte de la comisión. Aun cuando es algo absurdo ganar el dinero honestamente. La situación es tal que...

Se deslizó del borde de la mesa y se acarició pensativamente la barba por un momento. Y luego, con un encogimiento de hombros, se volvió y sonrió afable al detective.

—Con todo, siempre es una experiencia nueva. Supongo que tanto usted como yo tenemos que ganarnos la vida —dijo—. Dejemos que se divierta usted a su manera. Peter, muéstrate como un buen muchacho y vete a hacer lo que ha dicho míster Murdoch.

—Bien —respondió Peter.

—Roger, tú podrás hacer compañía a Steve en su guardia. Será mucho lo que tienen que contarse el uno al otro para decirse mutuamente lo astutos que son los dos, pero prefiero no escuchar a ninguno.

Una expresión de sorpresa apareció nuevamente en los ojos de Murdoch.

—Si cree usted que va a ir a hablar de nuevo con Loretta —empezó a decir—, permítame que le diga que...

—Escríbame eso y envíemelo por correo mañana temprano, mi estimado pajarraco pequeño —le interrumpió el Santo con afabilidad, y abrió la puerta para que pasaran.

Salieron todos. Murdoch lo hizo el último y muy contra su voluntad, como si ni aun así pudiera creer que era cosa segura dejar al Santo lejos de la vista. Pero Simón le empujó, y cerró la puerta en cuanto hubieron salido.

Luego se volvió y avanzó hacia donde estaba Loretta.

La muchacha se encontraba sentada en una silla, muy quieta y serena, con los labios ligeramente entreabiertos y con aquella expresión suya de malicia flotando entre las sombras cambiantes de sus ojos grises. Las líneas de su cuerpo delgado acusaban una gracia inconsciente que le hizo contener casi el aliento, temiendo que se moviese, aunque bien sabía que al moverse no haría sino mostrar una nueva belleza. Sabía que, una vez que todo fuera dicho y hecho, no quedaría más que el ansia indecible que ella podría provocar en un hombre, el ansia que había podido tentar a Kurt Vogel a cometer su primer y fatal error. Ella tenía tanto en sí como lo que un hombre podía soñar a veces en las largas y solitarias sendas de su proscrición. En las pocas y singulares horas transcurridas desde que se conocieron habían llegado ambos a tener una comprensión que ninguna palabra podría abarcar. Habían estado caminando en un jardín y hablado juntos ante las puertas de la misma muerte. Habían llegado a conocer el temor y también la paz.

Simón la miró, medio sonriendo. Y luego, con una repentina explosión de risa suave, ella tomó sus dos manos y se irguió para quedar en sus brazos.

—¿De modo que no te ha gustado la línea de puntos? —preguntóle.

—Quizá se vuelva contra uno.

Ella movió la cabeza.

—No contra ti.

Simón se quedó pensativo por un momento. Entre ellos dos no quedaba lugar para una mentira.

—Esta tarea ha terminado —dijo—. Steve Murdoch está montando la guardia sobre el equipo de bucear, y he prometido no tocarlo. Podemos comenzar de nuevo. Borrar por completo la línea de puntos.

—¿Y después?

—¿Te refieres al futuro? —preguntó él como al azar—. Todavía quedará la diversión de saberme mal visto por cada uno de los policías del mundo. Robaré y combatiré, ganaré y perderé, continuaré mi vida... ¿Acaso no lo dijiste tú?... Ansiando tanto como jamás podré tener, combatiendo contra la vida misma. Pero he de vivir. Otra vez volveré a verme envuelto en dificultades. Es posible que vuelva a sentirme enamorado de nuevo. Acaso termine siendo colgado, o tiroteado, o apuñalado por la espalda... si es que no tengo antes un lecho seguro en una prisión. Pero mi vida es así. Si intentara vivir de otra manera, me sentiría como un águila enjaulada.

—¿Y mañana?

El Santo rió.

—Tal vez tenga que dejar a Peter y a Roger en alguna parte. Pero el *Corsair* se halla listo para navegar nuevamente. No es un barco tan lujoso como éste, pero creo que es bastante cómodo. Y hace unos cien años yo me hallaba en medio de mis vacaciones.

Tenía las manos posadas sobre sus hombros, y ella le sonrió con los ojos.

—¿Qué es lo que podemos saber ninguno de los dos acerca del día de mañana? —preguntó.

Casi media hora más tarde Simón salió a cubierta, en el momento en que media docena de jadeantes gendarmes subían por la pasarela. Murdoch había recibido al que los dirigía y estaba tratando de charlar con él mediante la ayuda de un microscópico vocabulario de francés pronunciado con un acento atroz. Simón le dejó que se las arreglara él solo, y llevó a Peter y a Roger a un lado.

—Ahora volveremos al *Corsair* —dijo.

—¿Sin la heroína? —protestó Peter—. ¡Ahora que empezaba a conocerla yo!

El Santo le cogió por un brazo.

—Mañana podrás mejorar tu conocimiento —le dijo bondadosamente—. Lo que me cueste llevaros a St. Port Peter y desembarazarme de vosotros. Andando, compañeros.

Bajaron al chinchorro. Simón se acomodó con lentitud en popa, dejando que ellos dos tomaran los remos. Encendió un cigarrillo y miró hacia el cielo estrellado.

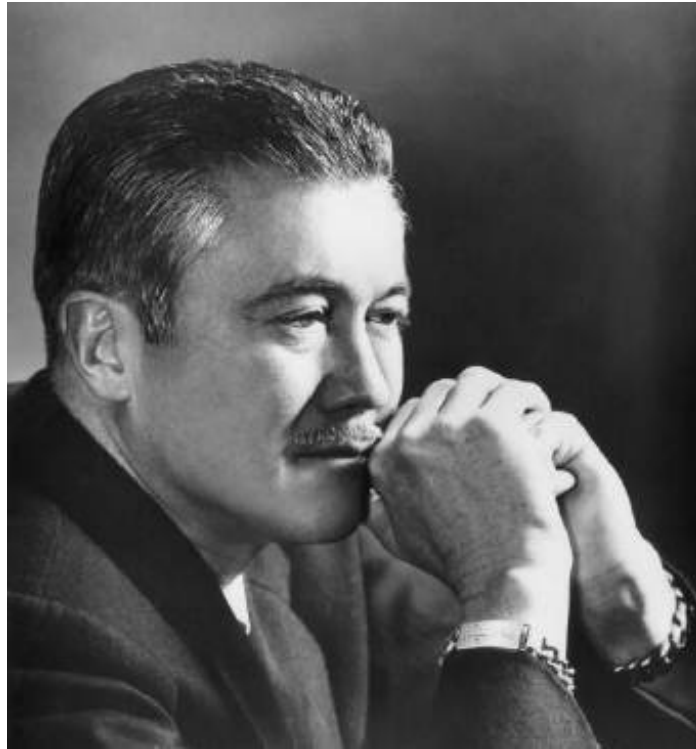
Las luces del *Falkenberg* fueron quedando atrás, y la fría tranquilidad de la noche les envolvió. Las voces se apagaron y no se oyó sino el ruido sordo de los remos y el suave chapoteo del agua. El Santo observaba cómo el humo de su cigarrillo se alejaba en velos delgados a través de la luz de las estrellas, y dejó que su mente vagase a través de los senderos de sus recuerdos. Ése era el único conocimiento verdadero; todas las otras dudas e incredulidades nada significaban para él. ¿Qué era lo que ninguno de ellos podía saber acerca del día venidero?...

La voz de Roger Conway quebró la corriente de sus pensamientos.

—Bueno, es el adiós a esos millones que nos prometiste —hizo notar con acento de pesar.

—¿Quién ha dicho adiós? ¡Mi estimado Roger, todavía no vamos a acostarnos! Vamos a acercarnos un poco más el *Corsair* y a desempaquetar esos dos nuevos trajes de buzo que tenemos a bordo. Y entonces uno de vosotros dos bajará conmigo en busca de un cierto tesoro. Steve y sus gendarmes pueden seguir montando la guardia durante toda la noche, Pero nada saben en lo que se refiere a cuánto oro hay depositado allí abajo, y lo que ignoran no podrán echarlo de menos. Nosotros vamos a tener esta misma noche nuestra parte de recompensa —dijo el Santo.

FIN



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

# Notas

[1] Si lanzas un grito, te corto la cabeza. (*N. del T.*) <<